

AMERIKA

HOMENAJE A SAN FRANCISCO DE QUITO



VOLUMEN IX

NUMERO 58

A M E R I C A

Revista de Cultura Indoamericana
Publicación Trimestral del GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo

Dirección postal

GRUPO AMERICA
Casilla 75.—Quito, Ecuador. S. A.

A T E N E A

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.— Luis D. Cruz Ocampo
Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago:

Domingo Melfi

Mutual de la Armada y Ejército, 2º piso, N° 8.
Santiago, Chile

CONTENIDO

América: Nuestro homenaje	275
Pío Jaramillo Alvarado: Atahualpa creador de la nacionalidad quiteña	277
Manuel Moreno Mora: El reino preincaico de Quito.....	317
Oscar Efrén Reyes: El ciclo de los conquistadores.....	344
Remigio Crespo Toral: Cien años del Ecuador-República.	357
Julio E. Moreno: El sentido histórico de la cultura.....	385
César Carrera Andrade: Apuntes para el estudio de la cultura en la colonia	398
Víctor Gabriel Garcés: Quito antiguo	410
Manuel María Sánchez: A Quito	420
José Rafael Bustamante: Quito, en su espíritu y virtualidades	426
Augusto Arias: Mujeres de Quito	435
Hipatia Cárdenas de Bustamante: Fe Quiteña	450
Alfredo Pérez Guerrero: El lenguaje quiteño	452
Rodrigo Jácome: Quito, la esposa del Sol	464
Nicolás Jiménez: Un capítulo de la "Biografía de González Suárez"	472
Gonzalo Escudero: Quito, sub specie aeternitatis.....	486
Juan Pablo Muñoz Sanz: La música en Quito	489
Quitonián: Humorismo quiteño	497
José Gabriel Navarro: La arquitectura civil doméstica en Quito, en la época virreinal	507
Luis F. Torres: Panorama de la educación quiteña.....	512
Alejandro Andrade Coello: Tipos quiteños	520
Miguel Angel Albornoz: Ciudad heroica y noble.....	525
Carlos Manuel Larrea: Quito en la historia ecuatoriana.	528
Notas Editoriales	546
Índice del volumen IX	550

GRUPO AMERICA

SOCIOS

Arias Augusto
Arroyo César E. (en Lima)
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Guillermo
Barrera Isaac J.
Bossano Luis (en Bogotá)
Cárdenas Hipatia de Bustamante
Carrión Benjamín
Carrera Andrade Jorge (en El Havre)
Escudero Gonzalo
Jaramillo Alvarado Pío
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Salvador Humberto
Torres Luis F.
Velasco Ibarra J. M.
Vaca Telmo N.
Zaldumbide Gonzalo (en Ginebra)

REPRESENTANTES

Teresa de la Parra, en Suiza
Rosa Arciniega, en España
Hernán Pallares Z., en Inglaterra
Víctor Hugo Escala, en Venezuela
Alberto Guillén, en Perú
Carlos Mastronardi, en Argentina
Fernando Diez de Medina, en Bolivia
Jesús Lea Navas, en Madrid
Carlos Préndez Saldías, en Chile.
Mariano Latorre, en Santiago.

"INDO - AMERICA"

LIBRERIA

DE

LEONARDO JENARO MUÑOZ

Especialidad: Compra y venta de Obras de Autores Nacionales

Se venden las siguientes obras últimamente publicadas:

Dr. Pablo Arturo Suárez.— Contribución al Estudio de las Realidades entre las Clases Obreras y Campesinas.

Sergio Núñez.— Novelas del Páramo y de la Cordillera.

Jorge Icaza.— Huasipungo. (Novela indígena).

José de la Cuadra.— 12 Siluetas. (Crónicas de literatos y artistas).

Jorge Carrera Andrade.— Latitudes.— Crónicas y Viajes.— Cartas de un Emigrado.

Oscar Efrén Reyes.— Historia de la República.— Los Ultimos Siete Años.— Brevisima Historia del Ecuador.

Jorge Reyes.— Quito Arrabal del Cielo.— 30 Poemas de mi Tierra.

Dr. José Peralta.— Monaquismo.

Dr. Angel Modesto Paredes.— Teoría General del Derecho Internacional, 3 tomos.

Alfredo Llerena.— Agonía y Paisaje del Caballo.

Dr. Pío Jaramillo Alvarado.— Estudios Históricos.— El Indio Ecuatoriano. (Segunda edición).

Alejandro Ojeda.— Etza o el alma de la raza jibara (drama entre salvajes).

Humberto Salvador.— Esquema Sexual.

Augusto Arias.— El Cristal Indígena. (Biografía del Dr. Francisco Javier Espejo).

- Gonzalo Bueno.— Siembras.
Capitán Julio H. Muñoz.— Doctrina Fortificatoria.
Darío Guevara.— Rayuela. Crónicas.
Alfonso Rumazo González.— (Director General de Oriente).—
Album Guía de la Región Oriental Ecuatoriana, con un
vocabulario Castellano-Jivaro-Quechua, con muchas foto-
grafías, y un mapa del Ecuador con sus límites verdade-
ros.
Nicolás Espinosa Cordero.— Estudios Literarios y Bibliográ-
ficos.
Nicolás Espinosa Cordero.— Bibliografía Ecuatoriana.

OBRAS AGOTADAS Y DE VENTA EN ESTA LIBRERIA

- Una colección completa del Boletín de Estudios Históricos, y
Boletín de la Academia Nacional de Historia. 16 tomos.
Dr. Pedro Fermín Cevallos.— Historia del Ecuador. 6 tomos.
Teodoro Wolf.— Geografía y Geología del Ecuador.—Ma-
pa del Ecuador.
Una colección completa de la Revista "Forense".— Organó
del Colegio de Abogados de Quito. Publicación de Dere-
cho, Legislación, Jurisprudencia.—116 Números.— Año
1913-1934.
Juan de Velasco.— Historia del Reino de Quito. 3 tomos en
un solo volumen.
González Suárez.— Historia del Ecuador.— 7 tomos, texto y
atlas. Edición antigua. (1^a).

RECIBO A COMISION OBRAS DE AUTORES NACIONALES

PARA AMERICA:

Solicito Canjes de Obras de Autores Indo-Americanos, con
Obras de Autores Ecuatorianos.

Local: Venezuela N° 36.

Apartado N° 510.

(Quito—Ecuador)

AMERICA

Año IX.— Número 58

Novbre.— Debre. 1934

Quito, Ecuador, S. A.

NUESTRO HOMENAJE

AMERICA

Fervorosos admiradores de la ciudad de Atahualpa y Benalcázar, entusiastas amadores de su historia, de sus glorias ancestrales, de su cultra, hemos querido, al cumplirse los cuatro siglos de su fundación por los conquistadores españoles, contribuir a nuestro modo y en la medida de nuestras posibilidades a la celebración de tan fausta efemérides.

Pequeña contribución la nuestra, si, entendido el homenaje, como el debiera ser, es decir, como la exaltación de las fuerzas intrínsecas que yuxtaponiéndose a través de las progresivas etapas culturales, al calor siempre de ideales renovadores, han llegado a colocar a la ciudad de Quito en el más alto nivel de la civilización contemporánea, el presente número de nuestra revista, con todo de llenar ampliamente nuestras aspiraciones no es ni pretende ser la obra de análisis valorativo, de exégesis y de interpretación de la historia de Quito, como núcleo étnico y entidad política, como realidad social, en el desarrollo y evolución de su propia personalidad y en el desenvolvimiento histórico de la cultura americana, en cuyas gestas, desde los remotos tiempos incásicos, ha tenido la más culminante participación.

Quito, en la existencia de América, tiene, destacada con fuertes lineamientos su caracterización; y es la significación de su vida gestora y realizadora de los altos ideales humanos, el calor vivificante de su pasado, lo que ilumina con luz viva de emoción trascendente y actualista, las nobles luchas por la conquista de sus aspiraciones.

Ciudad guía y vigía de los Andes equinocciales, en la vida de su historia, hecha a golpes de epopeya, fulguran con brillo inmanente las hazañas imponderadas de sus glorias, que, irradiando en la vida y en la unidad nacional, constituyen los evangelios sagrados y sapientes donde aprenderán las eternas lecciones del heroísmo, del esfuerzo, de la dignidad y la libertad humanas, las generaciones de todos los tiempos.

Ciudad hermana de las grandes de América, crisol donde se funden maravillosamente los preciosos metales de la racialidad autóctona e hispánica, para la elaboración de la raza futura, va, con la aurora de sus cuatro siglos, forjando en el troquel modelador del tiempo, la estructura de su espiritualidad; ciudad cuna de la americanidad, antena y fragua, captando la luz de las más elevadas conquistas civilizadoras, va también, fundiendo y realizando a la vez que sus propios sueños y esperanzas, la realidad de un ideal democrático compatible con las imperiosas exigencias de la civilización de la humanidad de este siglo, y digna de su tradición histórica y de sus opulentas fuerzas materiales y anímicas.

Orgullosa, —con orgullo que es conciencia y sentido de su significación— de su valor en la historia ya hecha que es el pasado, y de su valor en el presente, que es la historia haciéndose, la ciudad emporio de arte y de pujanzas mentales, que fue capaz, otrora, de crear una cultura artística y social, de enarbolar en el mástil más alto de los Andes el grito supremo de la libertad; que ha escrito con sangre de bizzarria y de heroísmo las páginas de sus sacrificios y de sus triunfos; que dió y seguirá dando a la veneración del mundo el ejemplo de sus valores humanos, erguida en su plinto de nieves, ausculta los vientos cardinales de la civilización actual, y, elaborando su propia realidad y madurando la reciedumbre de su personalidad, ayuda y colabora, desde sus claras altitudes, a construir los pávidos y ávidos destinos del Continente futuro.

Quito, como antaño, como siempre, será la que un día, pródigamente, obrará en la formación de la cultura integral de América, que habrá de fundamentarse en la total realización de los profundos ideales de justicia y superación social, en el perfeccionamiento político económico y artístico de sus núcleos humanos; porque ella, como organismo integrante que es de la vasta unión continental, arraigado en la entraña mismo de la racialidad y la unidad geográfica, acumula en su seno las energéticas fuerzas cósmicas generadoras de perfección y de civilización.

ATAHUALPA CREADOR DE LA NACIONALIDAD QUITENA

PIO JARAMILLO ALVARADO

I.—LA PERSONALIDAD HISTORICA DE ATAHUALPA

Al conmemorar en estos días los cuatro siglos que han transcurrido desde la fecha de la fundación española de la ciudad de Quito, antes Capital del Reino aborigen del mismo nombre, y hoy Capital de la República del Ecuador, ha sido tema obligado de escritores e historiadores, el recuerdo de algunos episodios de la Conquista o de los últimos capítulos del reinado de los shyris. Y sincrónicamente ha ocurrido en el Perú una producción histórica y literaria parecida, sobresaliendo el estudio sintético que sobre el "Final del Tahuantinsuyo" ha publicado don Luis E. Valcárcel, Director del Museo Nacional de Lima. Este estudio de proyecciones sociológicas especiales y de intención nacionalista evidente, contiene la invitación a dilucidar ciertas afirmaciones históricas, que en verdad es preciso considerar. De la curiosidad erudita historiográfica se ha pasado hoy a cimentar las bases del resurgimiento patrio. El afán de bucear en los fondos de la prehistoria, contiene el pensamiento de estimular la emoción nacionalista. Así el fascismo, y el nazismo y en el Perú el aprismo. Y en esta coincidencia de ideas con el Sr. Valcárcel, añadido al contingente de las rememoraciones históricas y prehistóricas de estos días de recuerdos centenarios, este ensayo acerca de la personalidad histórica de Atahualpa en su carácter de creador de la nacionalidad quiteña.

En efecto, Atahualpa es un personaje histórico. Su vida no se confunde con la leyenda, y sus hechos animan los capítulos vitales de las crónicas de la conquista de América por los españoles. El eco de cuatro siglos en la revisión de estos sucesos históricos, ha mantenido vibrante el interés que despertó en el mundo el último descubrimiento de América, así como la tragedia de una cultura aborigen, que tuvo en esta parte del Continente la representación de un monarca de talla superior, Atahualpa, para quien tienen los cronistas de América y la Historia Universal la pleitesía de su admiración.

Porque ha sido motivo de honda cavilación el por qué Atahualpa no destruyó, como pudo hacerlo, a los grupos españoles conquistadores, y antes bien los recibió como cumplía a un rey recibir la embajada de quienes aseguraban ser enviados por gobernantes poderosos.

Atahualpa mantuvo permanentemente sobre Pizarro y los suyos una vigilancia estricta desde su arribo a las tierras del Tahuantinsuyo. Pudo contarlos, observar sus costumbres, examinar sus armas, la fragil existencia de los caballos, que los indios se imaginaron centauros. Midió las fuerzas de los conquistadores y las de su propia defensa y no temió los resultados. Y antes bien, citó a los españoles a la plaza de Cajamarca y Atahualpa en persona concurrió a la entrevista.

Cuentan los cronistas de Pizarro, concordantemente, que la única actitud que tuvo Atahualpa ante los conquistadores en los momentos de enfrentarse con ellos, fue el reproche por sus rapiñas, y afirman también que, cuando ya en la prisión tuvo ante sí al Gran Sacerdote del Sol, pidió cadenas para él y se las echó al cuello diciéndole: mereces la muerte por farsante; pues cuando fuiste consultado sobre la salud del inca Huaina Cápac dijiste que no moriría, y murió; cuando te consulté sobre mi destino ante la invasión española, aseguraste que yo vencería y estoy a merced de los "hombres barbudos". Actitudes y reproches que demuestran el pensamiento íntimo de Atahualpa, relativo a capturar a los invasores y dar fin con ellos, pero no así como así, sino informándose de sus conocimientos, de su cultura, de sus elementos de guerra, de su idioma, de sus propósitos finales y para esto necesitaba tener a ese grupo en sus manos. La leyenda de Viracocha, que predijo la fatalidad de la caída del Imperio Incaico, no tuvo en el alma indígena un poder de convencimiento irremediable, pues luego de muerto Atahualpa pudo verse la resistencia de los generales Quisquis,

Rumiñahui y otros, así como el cerco del Cuzco, que por poco liquida a los conquistadores con un exterminio total.

Ha sido, pues, motivo de grandes debates históricos, en torno a la personalidad de Atahualpa, el hecho del triunfo de un puñado de conquistadores en tierras de América, en medio de ejércitos aborígenes organizados y de millones de indios estupefactos ante un suceso que les impresionó por la temeridad y el heroísmo de Pizarro y los suyos. ¿Fue un caso del poderoso dominio de la voluntad de una raza sobre multitudes que tenían en su alma el fatalismo asiático?

"Atabalipa era hombre de treinta años, dice Jerez, bien apersonado y dispuesto, algo grueso; el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacía muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles conocían ser hombre sabio; era hombre alegre; aunque crudo; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría". Refiérese asimismo que, cuando Calicuchima, vencedor del Cuzco, vino a visitar a Atahualpa en su prisión, le hizo el homenaje más rendido, hasta besarle los pies, como a la imagen de un Dios.

Su serenidad fue imperturbable durante el cautiverio, y cuando Pizarro después de la prisión en Cajamarca, quiso significarle que deploraba su situación, dicen las crónicas que le replicó: son cosas de la guerra ser vencedor o vencido!

Es Atahualpa, un personaje de tan intensa significación histórica, que apasionó a los mismos conquistadores dividiéndolos en sus opiniones entre adictos a Atahualpa o a Huascar, apasionamiento que trasciende en las crónicas de la época, ya en lo que toca a la crítica de lo que se ha llamado las crueldades de Atahualpa en Tomebamba y Cuzco, ya en lo que se refiere a la propia patria del héroe, esto es, acerca de si Atahualpa fue quiteño o cuzqueño, dilucidación que incluye, no sólo la gloria de la patria del hombre, sino la personalidad internacional, digámo-lo así, del reino de Quito, o el desvanecimiento de esta entidad estatal, para exaltar la integridad histórica del Tahuantinsuyo, como base exclusiva del nacionalismo cuzqueño, hoy, peruano.

2.—ATAHUALPA QUITENO

Fue Atahualpa, el último inca del Tahuantinsuyo, por su derecho de guerrero vencedor sobre el Cuzco, para dejar de lado su derecho de príncipe heredero de la corona imperial, de-

recho que se ha discutido bizantinamente; y fue el último Shyri de Quito, por su propio derecho de heredero de los shyris y de Huaina Cápac, particular en que se coincide casi unánimemente, por el derecho de su madre la reina de Quito.

Pero es preciso entresacar los testimonios históricos más fehacientes acerca de la nacionalidad quiteña de Atahualpa.

La primera noticia que tuvo Pizarro acerca de la existencia de Atahualpa, la refiere así Jerez, uno de los historiadores presenciales de la conquista: "Tuvo noticias el Gobernador que en la vía de Chíncha y del Cuzco hay muchas y grandes poblaciones abundosas y ricas; y que doce o quince jornadas de este pueblo está un valle poblado que se dice Caxamarca; a donde recide Atabalipa, que es **mayor señor** que al presente hay entre los naturales, al cual todos obedecen; y que de **lejos tierra de donde es natural**, ha venido conquistando, y como llegó a la provincia de Caxamarca (por ser tan rica y apreciable,) asentó en ella, y de allí va conquistando más tierras". Y luego estas afirmaciones: "El Cuzco viejo dejó por **señor** de la provincia de Guito, apartada de otro señorío principal a Atabalipa, y el cuerpo del Cuzco está en la provincia de Guito, donde murió, y la cabeza llevaránla a la ciudad del Cuzco"... "Y así mismo dijo Atabalipa que después de la muerte de su padre, él y su hermano el Cuzco estuvieron en paz siete años cada uno en la tierra que le dejó su padre y podrá haber un año, poco más, que su hermano el Cuzco se levantó contra él con voluntad de tomarle su señorío y después le envió a rogar Atabalipa que no le hiciese guerra sino que se contentase con lo que su padre le había dejado; y el Cuzco (llama así a Huascar) no lo quiso hacer, y Atabalipa **salió de su tierra que se dice Guito**, con la más gente de guerra que pudo, y vino a Tomepomba....." (1).

Pedro Pizarro afirma: "Pues estando Guaina Cápac conquistando a Quito que dicen tardó en conquistarlo más de diez años hubo a este Atabalipa de una india hija del **señor principal** desta provincia de Quito". (2)

Pedro Sancho narra que al discutirse acerca de si el sucesor de Atahualpa debía ser de la dinastía cuzqueña o quiteña: "Hubo, dice Sancho, entre ellos gran diferencia sobre esto, porque Calicuchima quería que fuese **Señor Aticoc** el hijo de Atabalipa y hermano del cacique muerto, y otros señores que **no eran de la tierra de Quito** querían que el señor fuera natural del Cuzco, y proponían un hermano carnal de Atabalipa". (3)

Estete.—"Después de estado algunos días en la ciudad del

Cuzco el dicho Gobernador y gente, le vinieron a decir que los indios enemigos estaban en la comarca de la ciudad haciendo mucho daño y talando la tierra. Es de saber que esta gente de guerra que nos la defendía y con la que Atabalica la había ganado, no era natural de la tierra, sino de la provincia de Quito y Cayangui y Carangui, **donde era la naturaleza y asiento de Atabalica**, y desde donde él vino contra su hermano". (4)

Declaración de los Quipocamayos a Vaca de Castro.—Con intervención de Pedro Escalante, Juan de Betanzos y Francisco de Villacastín, declararon los quipocamayos: "Y acabó en Quito su vida, (Huainacápac) habiendo reinado poco más de cincuenta años. Y dejó el reino dividido en dos partes y en dos hijos, que fueron: Atavoalpa, a quien le dejó lo de Quito, y a Guascar Inga todo lo demás que había heredado de sus antepasados". Y más adelante: "Atavoalpa Inga había enviado a sus mensajeros y embajadores a Guascar Inga, haciéndolo saber como Guainacápac Inga, su padre, al tiempo de su fin y muerte le había dejado todo el Quito, lo cual había sido de sus abuelos y antepasados por vía de madre". (5)

Informaciones al Virrey de Toledo.—"Huascar Inga y Atagualpa, hijos de Huaina Cápac, tuvieron guerras entre sí acerca del señorío de esta tierra. El Huascar Inga estaba en esta ciudad (Cuzco), y Atagualpa en Quito, donde dicen que murió Huaina Cápac su padre". (6)

En las **informaciones** que el quipocamayó Catari dió al Padre Oliva se afirma: Huaina Cápac "partió a Quito donde se aficionó de Vayara doncella de estremada gracia y **hija del mayor cacique de aquella tierra** y dejándola con prenda de su amor (?) se volvió al Cuzco". "Primero que tuviese esta amistad y correspondencia le había nacido en el Cuzco un hijo heredero de sus estados llamado Tupa Inticusi Valpa y por otro nombre Vascar". "Tuvo nuevas que en cierta nación que vivía en los confines de Quito se le había rebelado, con esta ocasión, y con el gran deseo que tenía de su querida Vayara y al hijo que le había nacido que se llamaba Atau Valpa se partió del Cuzco con su ejército, llegó a Quito, donde hizo alto y se estuvo de asiento por algunos años, dejando el gobierno de la ciudad imperial y de las provincias del Perú a su hijo Vascar que ya era hombre de veinte años y Valpa el de Quito sería cuando más de quince." Atahualpa "Dejó ordenado llevasen su cuerpo a **Quito donde estaban enterrados los reyes sus abuelos por parte de madre**; fue hombre bien dispuesto, sabio, generoso y en todo franco. (7)

Blas Valera.—“Atahualpa el último rey inca del Perú a quien tiránica e injustamente mató el tirano Francisco Pizarro, cuyo castigo ejemplar se vió poco después porque murió a manos de sus enemigos no indios sino españoles, sin confesión. El rey Atahualpa era hijo de Huaina Cápac y hermano menor de Huascar Inca, muerto el padre se dividió el reino entre estos dos hermanos y aún que la división fue por testamento del padre, con todo Vascar Inca pasó por ello y movió guerra al hermano” (8).

Gómara.—“Empero a todos los ingas pasó Guaina Cápac, que mozo rico suena; el cual habiendo conquistado Quito por fuerza de armas, se casó con la señora de aquel reino, y hubo en ella a Atabaliba y a Illescas” (9).

Agustín de Zárate.—Huainac Cápac “En Quito tomó nueva mujer, hija del señor de la tierra, y de ella hubo un hijo, que se llamó Atabaliba, a quien él quiso mucho; y dejándole bajo de tutores en Quito, tornó a visitar las tierras del Cuzco”... A su muerte Huaina Cápac “mandó que aquella provincia de Quito, que él había conquistado, quedase para Atabaliba, pues había sido de sus abuelos”. Y al mandar Atahualpa a Huascar el mensaje de la muerte de Huaina Cápac y la noticia de la adjudicación que le había hecho del reino de Quito, expresó “que le dejase aquella provincia de Quito, pues su padre la había ganado y era fuera de su estado y mayorazgo; y sobre todo, que había sido de su madre y abuelo” (10).

Herrera.—“Atahualpa, viéndose favorecido de los capitanes, no se contentó con el señorío de Quito sino que levantó el ánimo a ocupar todo el imperio y fue a la provincia de los Cañaris, a persuadir a aquella gente, que fuese de su parte, dando a entender que no pensaba dar a su hermano pesadumbre, sino hacer otro Cuzco en el Quito, donde nació” (11).

Oviedo y Valdez.—“Procediendo Atabaliba en su relación dijo así: “Después de la muerte de mi padre, yo e mi hermano estuvimos en quietud siete años, cada uno con lo que nos dejó, e podrá hacer un año o poco más que mi hermano se levantó contra mí, con voluntad de tomarme mi señorío por fuerza de armas; e yo le envíe a rogar que no tuviese conmigo guerra e se contentase con tan gran señorío como mi padre le dejó, e como no quiso venir en ello, salí de Quito de mi tierra con toda la más gente de guerra que pude, e vine a Tomepumpa, donde hube con mi hermano gran batalla, e le maté mil hombres, e le hice volver huyendo con la gente que le quedó” (12).

Cristóbal de Molina.—“El otro hijo de Guianacaba era Atabalipa, que era su hijo y de una india natural de las provincias de Quito” (13).

Fray Luis Naharro: En Túmbez supo Pizarro “la muerte de Huaina Cápac, hijo de Topa Inca (y la guerra) sobre la sucesión del reino entre Guascar, hijo mayor de Guainacápac, y Atabaliba, su hermano menor, que llaman **rey de Quito**” (14).

Fray Martín de Morúa.—“Esta ciudad de Quito fue grandísimo pueblo de indios y temple moderado de más de que tiene cerca de sí muy lindos valles y de mucho regalo, y así hizo allí el gran Guaina Cápac un gran edificio, en donde vivió mucho tiempo, en el cual **nació el famoso infante y capitán Atahualpa**” (15).

Gutiérrez de Santa Clara.—“Desde aquí (el Cuzco) se fue (Guainacápac) a la gran provincia de Quito, que lo llevaron en hombres en unas andas muy ricas, el cual llegado a ella con mucha gente armada ganó por su persona aquel reino, que era entonces muy grande y rico, y mató en el campo al rey en una batalla que le dió y después se casó con la reina viuda, que era moza y muy hermosa, y **hubo en ella un hijo llamado Atahualpa, que quiere decir gallo fuerte**” (16). Al discutir sobre Huascar, dijo Atahualpa: “No obstante esto, que si él poseía el reino de Quito **lo había heredado de la reina su madre**, que derechamente era suya y había sido señora de todo ello y como verdadera propietaria se lo había dejado a la hora de su muerte, como a hijo legítimo, y nó natural, como él lo era” (17).

José Eusebio Llano Zapata.—“Atahualpa no fue emperador del Perú, sino tirano de este imperio. Según las leyes del reino fue hijo bastardo del grande Guaina Cápac. **Túvole en la reina de Quito** cuando este monarca sojuzgó aquel reino” (18).

Saldamano.—“Libro 1º de los Cabildos de Lima.—El Gobernador “falló culpado al Cacique Atabalica por su intención dañosa”... “e sobre esto proveyó a sus capitanes por todas sus tierras así a las provincias de Quito, **de donde era él natural**, como para todas las otras tierras del Cuzco y de esta Xauxa”. (Carta del Cabildo de Jauja al Rey, suscrita por los cabildantes en 1534, refrendada por el Escribano Gerónimo de Alia-ga) (19).

3.—EL GRAVE ERROR DE CIEZA DE LEON

Comprobada históricamente la personalidad de Atahualpa en su condición de quiteño, nacido en Quito, y heredero del Reino de Quito, por su propio derecho de hijo legítimo de la reina Paccha, hija y heredera del último Shyri, ha quedado sin embargo por dilucidarse una opinión histórica muy respetable, por la calidad del cronista que la sustenta.

Me refiero a la siguiente opinión de **Cieza de León**: "Más adelante están los aposentos de Carangue a donde algunos quisieron decir que nació Atabaliba, hijo de Guainacápac, aunque su madre era deste pueblo. Y cierto no es así, porque yo lo procuré con gran diligencia, y nació en el Cuzco Atabaliba, y lo demás es burla" (20). Y luego afirma: "Huascar era hijo de Guainacápac, y Atahuallpa también. Guascar de menos días; Atahualpa de más años. Guascar, hijo de la Coya, hermana de su padre, señora principal; Atahuallpa, hijo de una india Quilaco, llamada Tupac Palla. El uno y el otro nacieron en el Cuzco, y no en Quito, como algunos han dicho y aún escrito era esto, sin lo haber entendido como ello es razón. Lo muestra, porque Guaina Cápac estaba (estuvo?) en la conquista de Quito y por aquellas tierras aún no doce años, y era Atahuallpa, cuando murió, (de) más de treinta años; y señora de Quito para decir lo que ya cuentan que era su madre, no había ninguna, porque los mismos incas eran reyes y señores de Quito; y Guascar nació en el Cuzco, y Atahuallpa era de cuatro o cinco años de más edad que no él. Y esto es lo cierto, y lo que yo creo" (21).

Tres historiadores peruanos han contradicho y refutado victoriosamente esta opinión de Cieza.

El primero, el **Inca Garcilaso**, que sigue a Cieza muchas veces en el curso de sus Comentarios, dice, sin embargo, firmemente: "El inca Huaina Cápac, como atrás dejamos apuntado, hubo en la hija del rey de Quito (sucesora que había de ser de aquel Reino) a su hijo Atahuallpa. El cual salió de buen entendimiento, y de agudo ingenio, astuto, sagaz, mañoso y cauteloso, y para la guerra belicoso, y animoso, gentilhomme de cuerpo, y hermoso de rostro, como lo eran comúnmente todos los incas, y Pallas: por estos dotes del cuerpo y del ánimo lo amó su padre tiernamente, y siempre lo traía consigo; quisiera dejarle en herencia todo el imperio; más no pudiendo quitar todo el derecho al Primogénito, y heredero legítimo, que era Huascar Inca, procuró contra el fuero y estatutos de

todos sus Antepasados quitarle siquiera el Reino de Quito, con algunos colores, y apariencias de justicia y restitución" (22).— "Viendo, pues, Atahualpa, que le faltaban todos los requisitos necesarios para ser inca, porque ni era hijo de la Coya que es la Reina, ni de Palla, que es mujer de sangre Real; porque su madre era natural de Quito".

Mas, el decisivo impugnador de Cieza de León, es don **Manuel González de la Rosa**, cuya autoridad es respetadísima en el Perú y en América, por la excelencia de sus estudios históricos. En su "Ensayo de Cronología Incana" (23), dice: "Sabemos que Pizarro llegó a Cajamarca en 1532 y Atahualpa murió allí en Agosto de 1533 de treinta y seis años según Sarmiento y los Anales del Cuzco tenía el año anterior cuarenta y uno cuando falleció. Esto es muy reciente para que fueran equivocados los informes que se tuvieron, aunque hay que confesar que fueron errados los del célebre Cieza sobre Atahualpa, a quien hace nacer en el Cuzco, en vez de Quito, cosa que no admite duda.—Resulta, pues, que Huascar debió nacer en 1491 y Atahualpa en 1497; pero no debe olvidarse que el nacimiento de aquél no fue inmediatamente después de la coronación de su padre, que pasó un año en los duelos de Tupac-Yupanqui, no tuvo hijos en la primera mujer sino en la segunda, y solo supo el nacimiento de Huascar cuando ya estaba en la visita del Reino, lo cual le obligó regresar al Cuzco para las fiestas que en tal caso se celebraban. Por lo mismo, no hay exageración alguna que el alumbramiento no se verificó sino tres años, por lo menos, después de la muerte del abuelo en 1488, que fue el mismo de la coronación de Huaina Cápac. Queda pues como seguro que, meses más o menos, por no ser posible precisar más, el último Inca Huascar nació en 1491, Tupac Yupanqui murió en 1488 y su hijo Huaina Cápac recibió la borla en 1488 igualmente: ya tenemos tres fechas que merecen fe.— La cuarta de 1497, que fija el nacimiento de Atahualpa en Quito, es igualmente segura, pues consta de la reconquista de ese Reino poco antes, en 1494, y confirma la diferencia de seis años o poco más de cinco, que hay entre los dos hermanos. La conquista del norte de Quito tuvo que ser dos años después, porque se nos dice fue de esa edad dejó Huaina Cápac a su hijo en Caranqui. De ahí también resulta que Atahualpa tenía veintiocho años a la muerte de su padre y treinta y seis cuando sucumbió en Cajamarca". Según el cuadro de González de la Rosa acerca de la reconstrucción de la cronología de los incas, que inserta en su estudio, Huascar nació en 1491, reinó

siete años, murió en 1532, a la edad de cuarenta y un años; y Atahualpa nació en Quito en 1497, reinó ocho años, murió en 1533, a la edad de treinta y seis años.

Don José de la Riva Agüero, concluye definitivamente, en su famoso libro "La Historia en el Perú", esta discusión acerca de la nacionalidad de Atahualpa. "Es curioso descubrir, dice, en las páginas de los cronistas las calumnias e imposturas con que los bandos de Huascar y Atahualpa procuraron recíprocamente culpar y vituperar a sus contrarios. Al paso que Garcilaso es el eco apasionado de los rencores de los vencidos, Santacruz Pachacuti y Cabello Balboa nos conservan en sus narraciones las mentiras fraguadas por el partido quiteño para desacreditar a Huascar. Lo acusan de impío, ingrato y cruel; y Cabello Balboa con su habitual ligereza toca el último extremo de la inverosimilitud cuando supone que Huascar ultrajó a su madre y a su esposa por creerlas favorables a Atahualpa, y que, vencedor éste, los soldados de Quito humillaron a la cuñada y a la madrastra de su señor, las cuales, según acaba de decir el propio Cabello, habían sufrido por causa de aquél. Uno de los recursos de los de Atahualpa consistía en proclamar que tampoco Huascar era heredero legítimo, porque no fue su madre la primera esposa de Huaina Cápac, Pllen-Huaco, llamada por algunos Mama Cusirimay. Santa Cruz Pachacuti no vacila en repetirlo y en asegurar que Huascar hizo casar a su madre Mama Rahura Oello, con el cadáver de Huaina Cápac, para legitimarse. Pero la falsedad de todo esto era tan enorme y tan manifiesta a los ojos de los indios que no podía producir gran efecto; y debe de haber sido invención posterior a la conquista. Muy sabido era, a lo menos entre las clases dirigentes de la nación, que muerto de menor edad el príncipe Ninan Cuyuchi, hijo primogénito de Huaina Cápac (del cual no habla Garcilaso), la corona por leyes incaicas correspondía de derecho a Huascar y no a otro. **Para cohonestar la evidente usurpación, propalaron los partidarios de Atahualpa que su caudillo no era hijo de extranjera, sino de concubina cuzqueña.** Fingían semejante especie porque efectivamente lo que más debía vulnerar las afecciones dinásticas de la nobleza y de los súbditos leales, era la consideración de que Atahualpa por línea materna provenía de una raza distinta de la de los Incas. Acostumbrados estaban, como lo hemos probado, a que el estricto orden de sucesión se quebrantara y aún a que nuevas familias ascendieran al trono; pero los usurpadores Inca Roca, Viracocha y Túpac-Yupanqui habían sido de

la tribu y sangre incaica y sus madres fueron sin duda cuzqueñas o naturales de pueblos comarcanos y pertenecientes en consecuencia al cuerpo de la antigua confederación. Bastaba eso para que las usurpaciones anteriores se refutaran meros trastornos internos; y para que a los ojos de todos los soberanos arriba mencionados se revistieran de una relativa legitimidad. Lo que jamás se había visto, lo que tenía que herir el espíritu de casta, muy vivo en la capital y su territorio, era que el hijo de una extranjera, nacido y criado en las fronteras del reino, comprovinciano y pariente de gentes que acababan de reducir a la obediencia los incas y que por lo tanto eran tenidas todavía como semibárbaras, se apoderara de la augusta borla que hasta entonces solo había ceñido cuzqueños puros. Por eso, los del bando de Atahualpa ponían ahinco en disipar el recuerdo de su madre la princesa quiteña, lo suponían nacido en el Cuzco y hasta le daban por madre a una india de linaje de Hurincuzco. Se explica con facilidad que Santa Cruz Pachacuti y Miguel Cabello Balboa, cuyas relaciones provienen de seguro de una misma fuente, sistemáticamente hostil a Huascar, hayan acogido tales diceres. Lo raro es que Cieza los prohija con gran fervor, al propio tiempo que reconoce que a Huascar asistía toda la justicia. Veamos cuales son las razones que aduce: "Lo muestra (ser Atahualpa nacido en el Cuzco) porque Huaina Cápac estaba en la conquista de Quito y por aquellas tierras aún no doce años, y era Atahualpa cuando murió de más de treinta años; y señora de Quito, para decir lo que ya cuentan que era su madre, no había ninguna porque los mismos incas eran reyes y señores de Quito; y Guascar nació en el Cuzco, y Atahualpa era cuatro años de más edad que no él". (Señorío de los Incas, Cap. LXIX). ¡Singular razonamiento, que no honra mucho la lógica de Cieza! De que el bastardo Atahualpa fuera o nó mayor que el legítimo heredero. ¿Qué conclusión hemos de sacar, favorable o adversa, a la tesis que Cieza defiende? ¿Por ventura no pudo Huaina Cápac regresar al Cuzco después de haber engendrado a Atahualpa en Quito, y así nacer Huascar en el Cuzco? Cieza admite tácitamente esta posibilidad, puesto que en el Capítulo LXV dice: "Unos de los orejones afirman que Huaina Cápac desde Quito volvió al Cuzco por los llanos". De que los Incas fueron señores de Quito, ¿se desprende acaso que los antiguos señores indígenas a quienes habían desposeído, no tuvieran descendientes conocidos, y que su parentela y nombre se hubiera evaporado? No hay para qué entrar aquí en la discusión del

crédito que merecen los shyrís del padre Velasco (sobre los cuales no dice una palabra Garcilaso); pero sea de ello lo que fuere, es muy verosímil y aceptable que Huaina Cápac, para congraciarse con los nuevos vasallos, tomara como concubina a una hija del curaca quiteño. ¿Por qué aseguró con tanta certidumbre Cieza que hacía menos de doce años que Huaina Cápac había entrado en Quito, cuando la cronología incaica era para todos, incluso para los indios, la cosa más enrevesada y oscura? ¿No pudieron los indios, al contarle que Huaina Cápac hacía menos de doce años que se encontraba en Quito, referirse al último viaje del Inca después del regreso del Cuzco de que trata el Capítulo LXV del Señorío? En este caso la opinión de Cieza no puede prevalecer contra el testimonio de Molina, de las informaciones a Vaca de Castro, de Pizarro, de Zárate, de Gutiérrez de Santa Clara y de Gómara; todos los cuales de consuno corroboran la doctrina de Garcilaso.—La división del imperio entre Huascar y Atahualpa por voluntad de Huaina Cápac, tal como está en los Comentarios, nada tiene de improbable. A este propósito recuerda Pi y Margall la frecuencia de semejantes particiones en la Edad Media Europea. Nosotros citaremos dos ejemplos más, más pertinentes todavía que los medioevales de Europa, puesto que son estados despóticos, cuya constitución no deja de prestar analogías con la del Tahuantinsuyo: la del Imperio Romano por Teodosio entre Arcadio y Honorio, y la del califato de Bagdad por Harún-al-Raschid entre Amin, Mamún y Motasen.—No tiene mucho interés averiguar cuál fue exactamente la causa ocasional de la contienda entre Huascar y Atahualpa: si fue por la presunción del pleito homenaje o por la posesión del Cañar. Lo que importa comprender es que, como suele suceder en estas circunstancias, estimulaban y sostenían la ambición de los dos reyes hermanos las rivalidades entre los súbditos de sus respectivos dominios, cuyas enemistades regionales, casi podríamos llamar **sentimiento de nacionalidad**, venían a ser un oculto y poderoso factor de discordia. Por eso la guerra fue desde el principio de inaudita ferocidad, y por eso los victoriosos soldados de Atahualpa llevaron a su colmo el ensañamiento en el Cuzco y pretendieron extinguir la raza de los Incas. Tanto o más que una guerra civil, parece la reacción de los quiteños contra los cuzqueños, del norte contra el centro y sur. Por grande que fuera la centralización del gobierno incaico, por mucho que las colonias de mitimaes y las vías de comunicación ligaran a las provincias con la capital, el Imperio, por su misma inmensi-

dad, debía tender al fraccionamiento. Quito, tan lejos, tan importante, tan recién conquistado, tan favorecido por Huaina Cápac, no podía resignarse a ocupar el secundario puesto de región vasalla. Siempre que se presenta una situación parecida, aún entre pueblos de igual raza e igual lengua (como lo eran los quiteños y cuzqueños), la hostilidad es inevitable, por que está en la naturaleza de las cosas. Tal fue lo que sucedió con España y Portugal en la era de los Felipes" (24).

El esclarecimiento histórico de la nacionalidad de Atahualpa y su defensa contra la opinión de Cieza ha sido completa por las referencias históricas transcritas; así como las investigaciones de don Manuel González de la Rosa y de don José de la Riva Agüero tan concluyentes, como inevitables las transcripciones literales. Se trata de comprobaciones históricas y éstas versan sobre documentos.

Sin embargo, quedan aún por mencionarse las afirmaciones en pro de la nacionalidad quiteña de Atahualpa, sostenidas por la autorizada voz de Prescott, Mendiburo, Tachudi, Lizárraga y el Padre Cappa, sin contar con los historiadores ecuatorianos (25).

Y conjeturo que las refutaciones de González de la Rosa y de Riva Agüero han de referirse a las "Monografías históricas americanas" de Larrabure y Unanue, publicadas en un libro con el propósito de celebrar el cuarto centenario del Descubrimiento de América, en el que se dedica un Capítulo al nacimiento de Atahualpa; pues desde entonces, por un autor así de consideración, no conozco que se haya resucitado la tesis de Cieza de León, sino en este año de 1934, por don Luis E. Valcárcel, Director del Museo Nacional de Lima.

Y el señor Valcárcel dogmatiza así: "Atau Walpa era hijo de una india kilako (que así se llamaba a los naturales de Kitu), porque como lo tienen demostrado hasta la evidencia los historiadores ecuatorianos modernos, con Jijón Caamaño a la cabeza, jamás existió ese Reino ni hubo tales Shyrís Pajehas que deben ser atribuidos enteramente a la fantasía del Padre Velasco".—Acerca de la patria de Atahualpa dice el señor Valcárcel, que la crítica histórica tiene que pronunciarse entre estas dos afirmaciones: o por la de Pedro Pizarro que supo que era Atahualpa quiteño, o por la de Cieza, que por referencias afirmó que Huascar y Atahualpa eran ambos cuzqueños.—Y añade: "Por mucho que el ya citado Padre Velasco sostenga que Huascar era mayor que Atahualpa, el testimonio tan valioso de historiadores de la reputación de Cieza hace plena fe".

—“Una definitiva conclusión historiográfica deja establecido el origen cuzqueño de Atahuallpa, concluye el señor Valcárcel, aunque por régimen matriarcal éste se sintiera más inclinado a la tierra de Tojto Pacha” (26).

Pero desgraciadamente para el señor Valcárcel, la definitiva conclusión historiográfica ha establecido positivamente el origen quiteño de Atahuallpa, y se rectifican también sus otros errores, como se comprueba en forma irrefutable por los más afamados cronistas de los primeros tiempos de la Conquista, que aquí he mencionado.

Y por lo que toca a Cieza, quien se demuestra feroz enemigo de Atahuallpa y del partido quiteño en todo el curso de sus obras, estuvo tachado de que sus datos históricos **eran de oídas**, por el mismo Pedro Pizarro, que cita el señor Valcárcel.

El señor Jiménez de la Espada inserta en su introducción al “Señorío de los Incas”, lo siguiente: “Ningún historiador de los que yo conozco ha sufrido en su fama de hombre honrado un entredicho como el que le ha puesto el tosco narrador Pedro Pizarro en su relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú, acabada en 1571 y publicada, aunque tarde, antes que los escritos que pretendiera desacreditar.” Porque he entendido, dice Pizarro, hay otros cronistas que tratan de ellas (las guerras civiles del Perú) aprovechándose de las personas que en ellas se han hallado, de dos cosas: de informarse como pasaron y de pedir interese porque les ponga en la crónica, cohechándoles a doscientos y trescientos ducados porque les pusiese muy adelante en lo que escribía. Esto dicen hacia Cieza en una crónica que ha querido hacer **de oídas**, y creo yo que poco de vista, porque, en verdad, yo no lo conozco, con ser uno de los primeros que en el Reino entraron” (27).

No es posible aceptar la en verdad ruda afirmación total de Pedro Pizarro, pero sí que Cieza no advirtió, como la crítica histórica contemporánea lo explica, que el cuento ese de la nacionalidad cuzqueña de Atahuallpa fue forjado por los mismos partidarios de éste, para legitimar el derecho al Incanato, con el ocultamiento imposible de la verdad, que hoy resplandece claramente.

4.—EL REINO DE QUITO

Es tan poderoso el sentimiento de la nacionalidad, que el tiempo no amortigua su ímpetu y antes lo aviva. Si la pasión

mantuvo incendiado el ambiente del Tahuantinsuyo en el momento en que se fraccionaba por la disputa de los herederos de Huaina Cápac, y por el turbión de la conquista española ávida de oro, que lo conseguía sin escrúpulos, sacrificando hombres, pueblos, y destruyendo una cultura, esa pasión tenía que reflejarse y en efecto se reflejó en las crónicas, informaciones de los quipocamayos, esto es, de los cronistas del Inca, para con todo este acervo formar los elementos de juicio para la Historia. Ese ambiente, como lo anota Riva Agüero, hizo que se abandericen los españoles a los partidos de Huascar y Atahualpa, y que comenten con criterio desigual, contradictorio, según los sentimientos dominantes y las fuentes parciales que encontraban para sus investigaciones históricas.

Pero lo interesante es que la vibración pasional de esos días en que se forjaban nuevas patrias sobre las ruinas de la cultura quechua, perdura hasta hoy; y en Bolivia, Perú y Ecuador, componentes del viejo Tahuantinsuyo, se defiende con criterio localista ciertas supremacías étnicas o de cultura, como determinantes del desarrollo incaico. En el Perú, sobre todo, se ha creado un concepto mítico del Incanato, como surgido en realidad por obra de maravilla de las aguas del Titicaca, sin el aporte de otras culturas aymará o quitu con las que positivamente se amasó el substractum del Incario. En el concepto peruano, todos los elementos que no brotaron de la fuente cuzqueña, fueron bárbaros, y a los pueblos que luego integraron el Tahuantinsuyo por conquista o alianza, se les ha querido significar en las crónicas como salvajes, afectando el criterio romano, y pretendiendo hacer de los Incas unos seres extraordinarios y del Incario, una Roma Imperial.

Y las investigaciones históricas, a base de los estudios filológicos, en primer término, de los estudios étnicos, y con grandes reservas, de los estudios arqueológicos, van reconstruyendo el origen de las culturas que en estas tierras de América se han desarrollado en etapas sucesivas, con el aporte de todas las razas y la comunicación y comercio con todos los continentes, que el hombre habitó desde que la Tierra le fue propicia. Y el Nuevo Mundo ha resultado tan viejo como el que más, y la leyenda va plasmando como realidad histórica positiva. Así el quechua, está ya demostrado, no sólo por el doctor Pablo Patrón, que tiene sus raíces asiáticas en el lenguaje sumero y asirio, sino que los atisbos del Padre Gregorio García en su "Origen de los Indios", va encontrando por obra

de excavaciones o casualidades, tal número de comprobaciones, que se autentica cada día la posibilidad de una demostración rotunda respecto a que esta América nuestra ha sido conocida perfectamente en la antigüedad, y frecuentada y colonizada por los cartagineses, por los fenicios, por los hebreos, por los ibéricos, por los griegos, por los romanos, por los escandinavos, y por las inmigraciones asiáticas de los chinos, los mongoles, los japoneses, sin que los atlantes hayan sido en primer término extraños en el aporte de su cultura, conjeturándose aún que las tierras de Ophir no eran otras que las tierras de América.

Luego la movilización de las corrientes inmigratorias dentro de los continentes americanos, formaron el mosaico de pueblos que llegaban a repelerse o a fundirse según sus afinidades, y crearon culturas tan sorprendentes como la azteca y la incaica, en las que no se sabe precisar aún, cuáles son monumentos incaicos o mejicanos, propiamente dichos, y cuáles son los aportes sobrevivientes de las inmigraciones caldea, súmerica, china o de otra procedencia. Los Incas, refieren Garcilaso y Catari iban a admirar los monumentos de Tiahuanaco, ignorando quienes fueron los constructores. Y así las civilizaciones nazca, tiahuanacota, chimú y la incaica expresan una determinación aproximativa de las culturas derivadas de las inmigraciones, que no fueron en marcha expresa a lo que hoy es el Perú, sino que en la ruta incierta de su peregrinaje hicieron altos más o menos largos, dejando a veces núcleos de los que florecieron también culturas, y arraigando al fin donde el medio geográfico o situaciones especiales de fertilidad y riquezas, permitían un más amplio desarrollo del elemento humano. Así, con respecto a lo que ahora se llama Ecuador, recuerda don Carlos Prince, en su libro "Origen de los Indios", (nombre igual al del libro del Padre García), que los cartagineses siguieron la huella de los **Carios**, en los mares del Oeste, según la afirmación de Diodoro de Sicilia, y estos **carios**, que han dejado tantas huellas de su nombre en la región ecuatorial de la América, opina Prince, formaron una dinastía de su raza que imperó en el Reino de Quito (28). Esta afirmación de Prince tiene ya en nuestra historiología sondeos de gran importancia y seguridad histórica.

Querer circunscribir al Perú los núcleos de cultura superior prehistórica, es limitar el campo de visión, para dar salida a un egoísmo local absurdo. No es propio hablar del Incaico circunscribiendo el concepto al actual Perú, pues la crea-

ción del Tahuantinsuyo, no fue una creación artificiosa, hecha por la fuerza de las conquistas exclusivamente, sino que halló su base en la existencia de agrupaciones étnicas idénticas, con dialectos derivados de un gran idioma: el Quechua. Y la simpatía de Huaina Cápac por Quito se originó por el encuentro del idioma, la religión, y los hábitos iguales a los del Cuzco; y el Padre Oliva recogió de un quipocamayo la relación acerca de Quitumbe (29) que explica la comunidad de origen de quiteños y cuzqueños, que menciona sin reserva el señor Riva Agüero en la cita antes mencionada. El Tahuantinsuyo tuvo la base de la cultura quechua y aymará para su desarrollo admirable.

Con lo que queremos significar que la afirmación del señor Valcárcel relativa a que jamás existió el Reino de Quito, ni hubo tales Shyris, carece de seriedad, por decir lo menos; y que la referencia al señor Jijón Caamaño, no le da autoridad alguna, pues las conclusiones de carácter prehistórico, fundadas en las investigaciones arqueológicas de este señor, sólo prueba la incipiencia en que aún se hallan dichos estudios arqueológicos en el Ecuador.

El señor don Jacinto Jijón Caamaño ha sido un protector de los estudios arqueológicos en este país. Ha formado un valioso museo arqueológico y una biblioteca y archivo americanista, con sus propios caudales, y también ha realizado exploraciones y escrito obras sobre tales materias. De sus ensayos, su "Examen crítico de la veracidad de la historia del Reino de Quito del Padre Juan de Velasco, de la Compañía de Jesús", fue muy infortunado por la forma y el fondo, y mereció el repudio unánime, pues desoyó la advertencia sabia de Vernau y Rivet (30), que aconsejaron respetar la prehistoria del Padre Velasco hasta que maduras investigaciones permitan fijar nuevos puntos de vista científicos y no meramente conjeturales. Pues la arqueología en el Ecuador, la tierra clásica del volcanismo, como la llama Wolf, aparece con dificultades insuperables, como no acontece en el Perú. En el actual Ecuador han ocurrido catástrofes apocalípticas en épocas relativamente modernas, como aquella a que se refiere el Padre Coba Robalino que menciono más adelante en este estudio (31), catástrofe que tiene una alusión en la historia de Montesinos, gran intuitivo, cuyos datos van siendo comprobados cada día. La cronología de las erupciones volcánicas realizada por Wolf, con referencia al período histórico, demuestra cómo las ciudades de fundación española estuvieron tan afectadas por los te-

rremotos, que algunas de ellas fueron totalmente destruidas, y otras quedaron aplastadas por deslaves monstruosos, como la antigua Riobamba. También la invasión jibara, que es igualmente mencionada por Montesinos, fue un azote terrible para las poblaciones prehistóricas de la serranía, que fueron arrasadas muchas de ellas. Y en fin, la demolición de la ciudad primitiva de Quito por los Incas, la de éstos por Rumiñahui, y el resto por los españoles buscadores de tesoros, y por el empleo del material de piedra de los edificios aborígenes en la construcción de templos, edificios públicos y casas del Quito colonial, ha eliminado el material preciso de la investigación arqueológica, cuyas comprobaciones no son posibles siempre, sino que esta rama de la contribución para el estudio de la historia versa sobre simples conjeturas, con afirmaciones frágiles por los antecedentes en que se fundan.

Por otra parte, las exploraciones arqueológicas encierran el enigma de la procedencia intercomercial de los objetos de cerámica, por ejemplo, y no de inmigraciones, por mucho que se haya fijado tipos convencionales, como indicadores de determinadas culturas. El arqueólogo de tanto prestigio señor Max Uhle, en un estudio publicado acerca de "La esfera de influencias del País de los Incas", en la Revista histórica de Lima en 1909, tomo IV, al referir las relaciones comerciales del actual Ecuador dice: "Muy interesante es para nosotros el informe que dió el piloto Bartolomé Ruiz sobre el cargamento de una balsa que capturó cerca de la Bahía de San Mateo al principio de la Conquista. El cargamento consistía en muchas "piezas de plata y de oro para el adorno de sus personas, de pitos, tenazuelas, cascabeles, zartas y mazos de cuentas, rosiclères y espejos guarnecidos de plata, y tazas y otras vasijas para beber; mantas de lana y algodón, camisas y aljubes, alcázeres y claremes y otras muchas ropas, todo lo más de ello muy labrado, de labores muy ricas, de colores de grana y carmesí, azul y amarillo, y de todos los colores, de diversas maneras de labores, y figuras de aves y pescados y arboledas... en algunas sartas de cuentas venían algunas piedras pequeñas de esmeraldas y calcedón y otras piedras y pedazos de cristal y ánime. Son todos estos artículos de materiales de las clases que especialmente fabricaban los chimus." Sigue el informe así: "Todo esto traían para rescatar por unas conchas de pescado de que ellos hacen cuentas coloradas como corales y blancas, que traían el navío casi cargado de ellas." (Colección

de documentos inéditos para la historia de España, t. V. pág. 127).

He aquí uno de los lindos cargamentos, me parece, para que lo descubran después de siglos, nuestros arqueólogos, y puedan constatar la existencia de ciertas clases de cerámica o de otros objetos, iguales a los de aquí y a los de más allá, cuando en verdad proceden del comercio internacional aborigen, y no fueron transportados o fabricados en el territorio por determinada corriente inmigratoria.

Todas estas consideraciones de carácter volcánico, del vandalismo jibaro destructor, del intercambio comercial, tienen que influir para que los arqueólogos vivan por mucho tiempo en el país de las conjeturas, como se deduce de sus escritos; pero estas consideraciones, donde se ensaya aún la investigación arqueológica, producen una fundada desconfianza, cuando a la primera de cambio, como dicen los jugadores a la gruesa aventura, porque faltan objetos de cerámica tales, nos afirman rotundamente que no existió el Reino de Quito, o que no hubo una ciudad Quito-shyri, sino sencillamente una colonia de yumbos... porque sólo se ha encontrado cerámica yumba!

Los estudios filológicos, los toponímicos, los etnográficos, los prehistóricos en general, suministran tal riqueza de datos para fundamentar la verdad del Reino de Quito, que aún suponiendo que Atahualpa fuese un mito, la historia de las conquistas de Tupac Yupanqui y de Huaina Cápac, así como la guerra internacional entre Atahualpa y Huascar, tan documentada por los cronistas de la Colonia, bastarían para la comprobación histórica, relativa a que precisamente esa guerra entre quiteños y cuzqueños, fue una guerra para fijar los límites de dos reinos que se desarrollaron independientemente.

Y aquí está el punto preciso de la grandeza histórica de Atahualpa, restaurador del antiguo Reino de Quito y Conquistador del Imperio Incaico, grandeza que el nacionalismo cuzqueño parece quisiera aún tergiversar en la historia.

5.—PANORAMA PREHISTORICO

Aceptada la investigación filológica, como la mejor guía para ubicar en la prehistoria la huella de las inmigraciones y la formación de los cacicazgos, son los panzaleos, los uro-puquinas, los chimus chinchas, los colorados y atacameños, los caras o quitches, los quijos, los púruhás, los cañaris, los pal-

tas y zarzas, los huancavilcas, los mantas, los punáes, los componentes étnicos que llegaron a amalgamarse, a confederarse y a constituir el elemento humano del Reino de Quito. Como en el Perú, las corrientes inmigratorias son de determinación incierta con relación a la época de su llegada o de su establecimiento definitivo. La cronología prehistórica es una paradoja, precisamente porque lo prehistórico es lo indocumentado. Sin embargo, los inteligentes en materias filológicas han podido determinar por los idiomas y dialectos comparados, que los panzaleos que llegaron a situarse en el norte y centro del actual Ecuador procedían de lo que ahora es Colombia; los uros cuyo idioma era llamado puquina procedieron del Sur, pues aún hoy se encuentran tribus de uros en el Perú y Bolivia. Los chimus asomaron por el mar y se ubicaron en Manta y el Guayas, y pasaron luego al actual Perú, no sin antes haber dejado la huella de su paso en Chan-Chan, Mocha y Sangay, nombres de indudable procedencia asiática; los colorados y atacameños, moradores de las montañas de la costa, se cree emigraron de las islas de Oceanía, y se expandieron por la Sierra, mezclándose con los habitantes que ocupaban esas regiones, y las tribus de los cayapas sobrevivientes en Esmeraldas, y de los colorados en Manabí y Pichincha, son los últimos rezagados; los carios, caras o quitches, raza de conquistadores llegaron por el mar a la costa ecuatoriana que dominaron, y luego asimismo se expandieron por la sierra en un éxodo, cuyas huellas es posible reconocer hasta hoy en la toponimia de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Esta raza de los carios es la que engendró el Reino de Quito, y la que contribuyó a asentar la base del Incario. La filología, el examen étnico, la tradición y los atisbos arqueológicos coinciden para esta estimativa. Los puruháes y los cañaris correspondían paralelamente por su cultura a una variedad de los carios o caras con los que se unieron y confundieron al fin; y las inmigraciones amazónicas de los quijos, y la irrupción de los jíbaros, que se conservan hasta hoy intactos en su salvajismo, contribuyeron también a la mezcla étnica del Reino de Quito. Así como la trayectoria de la cultura maya mejicana y la tiahuanacota del altiplano boliviano, singularmente, han dejado en el territorio ecuatoriano las huellas de su paso. Se anota, pues, en estas latitudes la misma oleada de inmigraciones, razas y culturas que en el Perú y Bolivia, que produjeron un panorama prehistórico parecido.

Porque si en el Perú se discute el pro y el contra de las

dinastías incaicas afirmadas por Montesinos, que les dió una extensión dinástica no sospechada de siglos; si en Lima se ha discutido por los eruditos la verosimilitud del cronista Garcilaso, que fundamenta sus radicales afirmaciones en la obra del Padre Valera perdida irremediablemente, en Quito se empieza a dar a las relaciones del quipocamayo Catari, recogidas por el Padre Oliva, la importancia histórica que da al Reino de Quito una vida de relación con las dinastías incaicas, que data de una época anterior a las conquistas de Tupac Yupanqui y Huaina Cápac, vida de relación que acredita el alto grado de la cultura quiteña y su potencia rival de la del Cuzco; y también aquí se ha discutido la verosimilitud de la prehistoria del Padre Velasco, fundada en la obra del Padre Niza, que también se perdió.

Y en el momento en que invade el Tahuantinsuyo la conquista española, se encuentra la nacionalidad quiteña en posesión de los territorios que limitaban por el norte con los quillasingas, en el Angasmayo, señalado por el río Carchí; por el Sur con el río Macará último confín de las tribus paltas y zarzas que opusieron tenaces resistencias a las invasiones cuzqueñas, habiéndose dado la gran batalla en Cusibamba, en la llanura en donde los españoles edificaron Loja, batalla decisiva para detener la invasión cuzqueña, después que Atahualpa escarmentó a los cañaris; y por la Costa, todo el territorio que se extiende desde el límite de los desiertos peruanos, inclusive las montañas de Chachapoyas, hasta las fronteras atacameñas que iban más allá de los actuales límites con Colombia. Es decir, se había plasmado la nebulosa étnica de las inmigraciones primitivas, y con la alianza y dominación de varios cacicazgos, surgió la confederación quiteña que llegó a representar el acervo territorial idéntico, al que luego de muerto Atahualpa, hubo de convertir al antiguo Reino de Quito, en la Gobernación de Gonzalo Pizarro, que ensanchó los límites territoriales hasta el Amazonas.

Atahualpa no se lanzó a la guerra, como dicen varios cronistas, por la ambición imperialista de dominar el Tahuantinsuyo, sino para afirmar la posesión del Cañar que incluía la defensa de los territorios de los paltas hasta el desierto de Piura, en primer término; y luego, la beligerancia del ejército cuzqueño, impuso la defensa total del Reino de Quito amenazado seriamente en su existencia independiente, defensa que se definió en las batallas de Tomebamba, Cusibamba y Quipai-pán. Sólo entonces brotó del triunfo el pensamiento imperial

de Atahualpa. Había llegado el día de las represalias por viejas injurias, por usurpaciones territoriales indebidas, y el momento de afianzar el Reino de Quito y su cultura pareja con la cuzqueña, dominando el Tahuantinsuyo, creando una nueva entidad estatal, un movimiento histórico diferente, para lo que se pensó no harían falta las crónicas incaicas consignadas en los quipus que los vencedores mandaron destruir, pues estaban seguros de que se iniciaba una nueva época para el Tahuantinsuyo, ahora en manos de los quiteños.

La guerra internacional de Quito con el Cuzco había concluido definitivamente en el interior del primero de estos reinos las diferencias localistas. Los cacicazgos del Norte, imbayas, caranquis y cayambis, que constituyeron la fortaleza de los señores principales de Quito, como les llaman los cronistas españoles a los que en quichua se denominaron Shyris (Señores), se habían refundido totalmente con los cacicazgos del Centro que tuvieron en el Puruhá su núcleo representativo. Los habitantes de la costa se sujetaban al dictado de los shyris, y el Cañar aprendió por la fuerza a mantener la unidad soberana del Reino de Quito. Y la vieja fortaleza del Lincán (Shyri) fue sustituida por la ciudad de Quito, fundada por los Incas. Esto en lo que toca a la unidad nacional, que en lo que se refiere al sistema de gobierno, el antiguo Reino de Quito recibió del sistema incaico el bien del sistema centralista administrativo. Pues lo que permitió el triunfo de los incas sobre Quito fue la existencia de una confederación de cacicazgos sin un nexo poderoso para la defensa nacional. La implantación por los incas de una gobernación unitaria, autócrata y teocrática que heredó Atahualpa, hizo posible que el Reino de Quito llegase a obtener todo el poderío indispensable para mantener su unidad, y para vencer en definitiva sobre los eternos adversarios del Cuzco.

La guerra internacional de Quito con el Cuzco probó que las fuerzas beligerantes quiteñas tenían una eficiencia tan alta, que expresaban a la vez el grado de su desarrollo cultural. Los españoles que fueron al campamento de Atahualpa, próximo a la fortaleza de Cajamarca, admiraron las tolderías que en magnífico orden, abrigaban al ejército quiteño, y Francisco Jerez describe así la presentación que de sus fuerzas hizo Atahualpa al concurrir ante los españoles: "En la delantera vienen honderos que tiran con piedras las guijeñas lisas y hechas a mano, de hechura de huevos; los honderos traen rodellas que ellos mismos hacen de tablillas angostas y muy fuer-

tes; así mismo traen jubones colchados de algodón, tras de éstos vienen otros con porras y hachas de armas; las porras son de braza y media de largo; y tan gruesas como una lanza jineta; la porra que está al cabo engastada es de metal, tan grande como el puño, con cinco o seis puntas agudas tan gruesa cada punta como el dedo pulgar, juegan con ellas a dos manos; las hachas son del mismo tamaño, y mayores; la cuchilla de metal de anchor de un palmo, como alabarda. Algunas hachas y porras hay de oro y plata que traen los principales; tras éstos vienen otros con lanzas pequeñas, arrojadizas como dardos; en la retaguardía vienen piqueros con largas lanzas de treinta palmos; en el brazo izquierdo traen una manga con mucho algodón, sobre que juegan con la porra. Todos vienen repartidos en escuadras con sus banderas y capitanes que los mandan, con tanto acierto como turcos. Algunos de ellos traen capacetes grandes, que les cubre hasta los ojos, hechos de madera; en ellos mucho algodón, que de hierro no pueden ser más fuertes. Esta gente que Atabalipa tenía en su ejército, eran todos hombres muy diestros y ejercitados en la guerra como aquellos que siempre andan en ella, e son mancebos e grandes de cuerpo, que sólo mil de ellos bastan para asolar una población de aquella tierra, aunque tenga veinte mil hombres" (32).

Así estimó el conquistador español al ejército quiteño, que contaba en sus glorias la resistencia de más de diez años a la guerra de conquista de Huaina Cápac, que se sublevó contra la dominación incaica repetidas veces, que triunfó sobre el ejército de Huascar, que resistió a los españoles, a Benalcázar y Almagro en la conquista de Quito, y que mantuvo a raya al ejército cuzqueño aún en presencia de los españoles, quienes tomaron al fin la defensiva, obteniendo la evacuación del ejército quiteño del territorio peruano.

El Reino de Quito se presentó ante los conquistadores, y a los ojos de la Historia de América que balbució sus crónicas, en la integridad de su territorio propio (33), como vencedor de su adversario el Reino del Cuzco, y en la potencialidad guerrera eficiente, no sólo para dominar el Tahuantinsuyo, sino para aplastar con la mano la conquista española, que tiene que seguir creyendo en el milagro por haber podido realizarla.

Y todos estos antecedentes prehistóricos e históricos, es lo que no podrá borrar la historiografía peruana actual, ni aún con la colaboración ingenua de nuestros arqueólogos.

6.—LA GOBERNACION DE QUITO

La fama del Reino de Quito se había extendido por el mundo. La personalidad de Atahualpa tomó asiento en la Historia, sellando su fama con su sangre. Es el creador de la nacionalidad quiteña, pues que, sin su actitud vencedora ante las pretensiones de Huascar que quería anular el testamento político de Huaina Cápac, el antiguo Reino de Quito habría desaparecido sin personalidad propia internacional en la Historia.

Pues si la reina Paccha había triunfado sobre el corazón de Huaina Cápac, en forma tan absoluta, que el Inca olvidó el Cuzco, e hizo de Quito la otra cabeza del Imperio, dejándole al morir, su corazón, como un legado de amor, este afecto sentimental tuvo su realidad en la entrega del antiguo Reino de Quito al legítimo heredero de éste, a Atahualpa, que supo estructurarlo, delimitarlo, consolidarlo, y defenderlo en una forma histórica eficiente. El sentimiento de la nacionalidad quiteña ha llegado por eso a fijar como un dogma constitucional las bases territoriales del Reino de Quito de Atahualpa, y el equilibrio de las naciones americanas ha consagrado esa demarcación, ensanchada por las conquistas del Quito colonial, con la fuerza de un fallo histórico y jurídico definitivo.

Y decía que la fama del Reino de Quito fue tal en los días iniciales de la conquista española, que desde la lejana Guatemala emprendió don Pedro de Alvarado una expedición para conquistarlo. Y Pizarro y sus compañeros de Cajamarca que supieron por boca del propio Atahualpa la importancia de este Reino, envió también a sus capitanes para reducirlo a su obediencia y dominio. El encuentro de Alvarado, Benalcázar y Almagro en Riobamba es la constancia de una disputa resuelta en paz por la conquista de la "importante Quito".

Rumiñahui y otros generales de Atahualpa, una vez muerto éste, se apercibieron para la defensa de Quito, con el apoyo de los grandes caciques del Reino. La defensa fue desesperada y en Tiocajas, le presentó Rumiñahui a Benalcázar un combate tan bien dirigido y sostenido, que ya derrotado el conquistador, pudo reaccionar por el pánico que produjo una erupción del Cotopaxi, que dispersó el ejército indio en el terror supersticioso. El anuncio final del rendimiento del Reino de Quito ante su destino histórico, tuvo su voz en los volca-

nes, que siempre fueron en las tierras ecuatoriales la señal de grandes desolaciones.

Y aquí es indispensable un paréntesis. El volcanismo activo destruyó en los orígenes del Reino de Quito grandes ciudades y una cultura magnífica. "En el libro manuscrito, escrito en puruhá-español, por Leandro Zafla, cacique de Lincán, que presentó al sabio Humboldt y a Stevenson, dice el Dr. Coba Robalino, sacerdote ilustrado, que ha venido a reforzar las filas de los defensores de la prehistoria quiteña, con un caudal filológico que es un augurio de dilucidaciones definitivas, en ese libro manuscrito, dice, "constaba la tradición de cuando sucedió el hundimiento del **Cullay** o Altar, que era más alto que el Chimborazo. Hubo muchos días de terremotos y varias semanas de obscuridad, porque los volcanes Cotopaxi, Tungurahua y otros que se **acabaron**, hicieron erupción al mismo tiempo. Y los caciques Tituaña, Montachán y Pilamunga me decían que hubo un tiempo "cuando se sentó el gran cerro vecino de la **Mama Tungurahua**, en que todos los volcanes reventaron; hubo terremotos, se formaron muchas quebradas donde no había, se hundieron varias lomas y desapareció el sol durante meses por la mucha lluvia de arena que caía".—"En ese entonces, continúa el doctor Coba Robalino, se destruyó todo lo no arrasado por los indios orientales; fueron tapadas las construcciones notabilísimas en ciudades y edificios de los civilizados chimús; desaparecieron las ciudades de San Sebastián de Guano y de Macaji, en el Puruhá, descubiertas y estudiadas por el ilustre señor Jijón Caamaño; el ChanChan ecuatoriano, los primitivos Chambo y Chimbo, y en nuestra hoya de Latacunga-Ambato, ¿qué ciudades, qué edificios notables dejarían de existir? ¿Cuánta gente perecería? Es posible y muy probable que en ese largo y nunca visto cataclismo general no se salvaron sino los de las provincias norteñas, los de las selvas occidentales, y los chichas-chimú-cañaris-huancavilcas de más allá del Puruhá.—La reconstrucción de los reinos cara y puruhá debió haberse verificado, con notable regularidad desde 1430 más o menos, cuando ya los incas del Perú, queriendo aprovecharse de la desolación producida por el largo terremoto empezaron la conquista del Chinchaysuyo. Desde esa época de reconstrucción podemos, sin exponernos a error, aceptar la determinada existencia de los shyris-duchicelas, y la consolidación del Reino de Quito en su segunda etapa. Era necesaria la formación de un reino ya unido o ya confederado y con

un solo Jefe Supremo, para oponerse con éxito, contra el imperio del Cuzco y sus Incas" (34).

Y esta anotación del volcanismo en el Ecuador era indispensable para no perder de vista un factor telúrico que ha obrado en las determinaciones históricas del Reino de Quito, con la fatalidad inflexible de las fuerzas cósmicas, no sólo en lo que toca a la destrucción de los tesoros arqueológicos, sino en lo referente a las bases agrarias y mineras, a la riqueza natural del suelo y del subsuelo, y por estas bases, a la aclimatación o desarraigo de las corrientes inmigratorias poderosas, que hallaron en otras latitudes el sustentáculo para su cultura, después de haber probado sus energías con escaso resultado en suelos menos propicios.

Pues si Benalcázar sólo encontró en Quito, la capital del Reino, las ruinas que dejó el odio de Rumiñahui impotente para aniquilar al invasor, apreció que la tierra era hermosa, confortable, magnífica para fundar sobre esas ruinas una ciudad española, y la nombró de nuevo, Quito, como antes lo hizo Huaina Cápac, a esa ciudad de nueva fundación, en Diciembre 6 de 1534, que los cronistas de la Colonia elogian con justicia.

Y la fama de Quito que atrajo a don Pedro de Alvarado y la buena gente que le acompañó, hizo también que don Francisco Pizarro, designara con el título de Gobernador de Quito a su hermano Gonzalo, el gran explorador de Quijos, factor determinante para que, con el descubrimiento del Amazonas por Orellana, se estableciera desde Quito la ruta de nuevos descubrimientos amazónicos, fundamentó jurídico de la creación de la Audiencia y la Presidencia de Quito, con la circunscripción territorial del Reino de Atahualpa ensanchado por las conquistas de Gonzalo Pizarro y sus sucesores, circunscripción territorial que se consagró como entidad estatal en las Reales Cédulas Españolas.

Y fue la Gobernación de Quito el centro de las actividades para el descubrimiento y colonización de Popayán por Benalcázar, con el contingente de miles de indígenas de estas tierras, y en Quito culminaron también las guerras civiles de los conquistadores.

La Gobernación de Quito de Gonzalo Pizarro, reafirma la personalidad histórica del Reino de Quito de Atahualpa.

7.—EL NACIONALISMO QUITENO

Estos antecedentes permiten comprobar una cuestión fundamental histórica: Atahualpa fue Rey de Quito, el último Shyri, o Señor principal de la confederación quiteña; y por la fuerza de sus armas fue el conquistador del Cuzco, y el último Inca del Tahuantinsuyo. Lo afirman los cronistas españoles que estuvieron con Atahualpa durante varios meses en Cajamarca, que investigaron en fuentes auténticas, de primera mano, quizá no tanto por un interés histórico, que propiamente no lo tenían los conquistadores, sino por la información acuciosa para la búsqueda de riquezas. Quito gozó de tanto prestigio como el Cuzco, los dos núcleos de cultura quechua que tenían que volver a la gravitación autónoma política, por obra de su propia importancia intrínseca. La monarquía teocrática, absolutista incaica, forjó el Tahuantinsuyo como un pensamiento imperial, que Huaina Cápac mismo hubo de comprobar insostenible, pues había contribuido a hacer del Reino de Quito, un estado unitario, sometidos que fueron todos los cacicazgos que ejercían cierto poder provincial independiente. Quito, nó Tomebamba, como dice el señor Valcárcel, fue el contrapeso que daba o quitaba al Tahuantinsuyo su importancia imperial.

La comprobación histórica relativa a que Atahualpa era el Rey de Quito en la época de la llegada de Francisco Pizarro a Cajamarca, por el testimonio de Jerez, Pedro Pizarro, Pedro Sancho, Estete, de los quipocamayos que informaron a Vaca de Castro con la intervención de Betanzos, perito en el quichua, casado con doña Angelina, hija de Atahualpa; de las informaciones presentadas al Virrey de Toledo, de las informaciones de Catari al Padre Oliva, de Gómara, Blas Valera, Agustín de Zárate, de los Cabildantes de Jauja y de los demás cronistas e historiadores citados textualmente en el curso de este ensayo, esa comprobación de la personalidad histórica de Atahualpa, incluye la existencia también histórica del Reino de Quito, y la deducción de sentido común de la existencia efectiva de una dinastía quiteña reinante. La historia del Reino de Quito del Padre Velasco, que no he citado intencionalmente, se refuerza cada día en su verosimilitud, por la autoridad de documentos y crónicas que no tuvo Velasco en sus manos, que desconoció, pues esos documentos se han publicado contemporáneamente.

Y por otra parte, la autoridad de Cieza de León, hecha

excepción su parcialidad evidente contra Atahualpa y el partido de este caudillo, nada pierde en su conjunto con una rectificación ponderada, justa, realizada por altos exponentes de la historiografía peruana.

Error de Cieza que ha valido no sólo para mejor estudiar a Atahualpa y su Reino, sino también para que, en repetición atávica, se reproduzca cierto encono esporádico cuzqueño, como un lejano eco de antiguas rivalidades nacionalistas, que parecen estar latentes en la subconsciencia colectiva de la raza.

Así el señor Valcárcel realiza una extraña afirmación en su estudio referido, por la que presume que Pizarro y los suyos tuvieron desde el primer momento las sugerencias y el apoyo cuzqueño, para perder a Atahualpa. "No sería descaminado sospechar que hubo maquiavélico consejo, dice el señor Valcárcel, de quienes mucho conocían la situación del Perú. Desde que los invasores se internaron por el país gozaban ya de la amistad de poderosos señores indígenas. Los tallanes, los de Lampayek y Jatunchimú les fueron favorables. Cabello Balboa asevera que el cacique Caxusoli y su hijo Xernuin Pizan solicitaron la alianza de los españoles. En largos meses desde el desembarco en Túmbez hasta la entrada en Cajamarca los invasores pudieron tratar con muchas gentes, inclusive con emisarios del partido legitimista de Kosko, ¿sería extraño entonces que hubiese sido consejo de quienes habían de beneficiarse con la prisión del vencedor de Tumipamba y Kepaypán? Ellos los vencidos, los que buscan el desquite, debieron ser quienes primero llamaron a los invasores "enviados de Wirakocha", viracochas. Ellos traían la venganza, y había de comenzar con la prisión del Gran Culpable.—**Con astucia y sutileza comunes entre los líderes del Cuzco** ha podido ser insinuada la maniobra que significa perdición para Atau Wallpa y, por lo tanto, perspectivas mejores para Wascar y los suyos. Muchos pueblos del Norte no le eran favorables al vencedor; los de Tumipamba, los kañaris, los chachapuyas y aún los tallanas y chimús debieron ser hostiles al hijo de la Quilaco.—Sabían ya sobradamente que era la atracción áurea el talón de Aquiles de los forasteros. **Debieron insinuar a Pizarro el secuestro de Atau Wallpa** como medio eficaz para conseguir todo el oro del Imperio, y el usurpador tendría que entregarlo, pero con sacrificio de toda autoridad moral, de todo el respeto religioso, de los súbditos. Para el rescate convenido Atau Wallpa se vió precisado a ordenar el despojo de los templos

con escándalo de todo el Imperio. Esta determinación sacrilega levantaría en todos los corazones la abominación del bastardo, el anatema de la iglesia peruana."

Así se produce hoy, después de cuatro siglos de la batalla de Quipaypán el señor Valcárcel. Con la misma saña con que el Inca Garcilaso forjó el cuento, como dice Prescott, de las crueldades de los generales de Atahualpa, después de la toma del Cuzco; cuento que reproduce largamente el señor Valcárcel, sin embargo de la serena discriminación que de esta imputación a Atahualpa, hace Mendiburo en su famoso "Diccionario histórico biográfico del Perú" (35). Y luego reclama el señor Valcárcel el honor de la nacionalidad cuzqueña de Atahualpa!

Palpita, indudablemente, un fuerte sentimiento de nacionalismo en las páginas de la Historia antigua y moderna que versa sobre el final del Tahuantinsuyo; y la personalidad histórica de Atahualpa y su Reino sigue siendo el punto de convergencia de esa discusión.

Mas, esta misma actitud de la historiografía empeñada en torcer el criterio nacional hacia fines de interés político localista, está denunciando la grandeza histórica de Atahualpa, no como el monarca en desgracia, ni como el representante de una raza vencida, como repite el vulgo ilustrado, sino como el creador de un Reino, sojuzgador de un Imperio, defensor del nuevo Tahuantinsuyo, sino hubiese sido sorprendido por el arrojado español, que posiblemente fue impulsado al crimen por la "astucia y sutileza comunes en los líderes del Cuzco", como afirma el señor Valcárcel.

Y de este prejuicio contra el Reino de Quito y su historia magnífica, no ha podido despreocuparse ni el espíritu ecuaníme de Mendiburo, que llega a insinuar: "Bien pudiera decirse que Huaina Cápac, la Princesa de Quito, Atahualpa y sus primeros campeones, causaron la pérdida del Perú si no se opusiera al rigor de esta deducción, la evidencia de que fracasando la empresa de Pizarro, nuevas y multiplicadas fuerzas habrían al fin alcanzado a conquistarlo por más unida y potente que fuere la resistencia."

Y esta preocupación latente contra Atahualpa tiene en la época actual un renacimiento discreto en el nacionalismo peruano, que insinúa la restauración integral del Tahuantinsuyo, al que se opone la creación estatal de Atahualpa, que demarcó el territorio del antiguo Reino de Quito, le infundió su es-

piritu nacionalista, y lo incorporó a la historia del mundo, sellándolo con el sacrificio de su vida.

Pero la creación espiritual del nuevo Tahuantinsuyo que parece afirmar Haya de la Torre, si es posible, en el concepto sustentado por Atahualpa, es decir, por el respeto y la restitución absolutas de las fronteras territoriales de las naciones que lo integraron (36).

Sólo entonces puede renacer el Tahuantinsuyo espiritual con vinculaciones que le harían indestructible, y nó por la tergiversación histórica, ni por el encono inútil, sino por la armonía de comunes intereses, por la aproximación leal de los elementos que constituyeron la cultura quechua, y por la única base que crea la paz, por la justicia.

Quito, Diciembre de 1934.

C I T A S

- (1) Francisco de Jerez, "Relaciones de la Conquista del Perú", Colección Urteaga y Romero, tomo V, Págs. 26, 65 y 66.
- (2) Pedro Pizarro, "Descubrimiento y Conquista del Perú", C. Urt. y Rom. t. VI, pág. 39.
- (3) Pedro Sancho, "Relaciones", Col. Urt. y Rom. t. V, Pág. 144.
- (4) Miguel de Estete, "Relación de la Conquista", Col. Urt. y Rom. t. VIII, pág. 53.
- (5) Declaraciones a Vaca de Castro, Col. Urt. y Rom. t. III, (2ª serie) págs. 23 y 26.
- (6) Informaciones al Virrey de Toledo, Col. Urt. y Rom. t. III, (2ª serie) pág. 108.
- (7) Annelo Oliva, "Historia del Perú", Ed. Varela pág. 58, 59 y 107.
- (8) Blas Valera, Cit. por Oliva, pág. 107.
- (9) López de Gómara "Historia de las Indias" Col. Vedia, t. XXII, pág. 232.
- (10) Agustín de Zárate, "Historia del Perú" Col. Vedia t. XXVI, pág. 473.
- (11) Antonio de Herrera "Historia de las Indias Occidentales", Década V. Libro 1º, pág. 5.
- (12) Oviedo y Valdez, "Historia General y Natural de las Indias", Libro XLVI, Cap. IX, t. IV, pág. 181.
- (13) Cristóbal de Molina, "Relación de la Conquista", Col. Urt. y Rom. t. I, pág. 152.

- (14) Fray Luis Navarro, "Relación Sumaria", Col. Urt. y Roma t. VI, pág. 196.
- (15) Fray Martín de Morúa, "Historia de los Incas", Col. Urt. y Rom. t. V, (2ª serie) Segunda Parte. pág. 24.
- (16) Horacio H. Urteaga.— ¿Atahualpa? Véase cita N° 37.
- (17) Gutiérrez de Santa Clara, "Historia de las Guerras Civiles del Perú", Ed. Madrid 1905, t. III, pág. 440 y 444.
- (18) José Eusebio Llano Zapata, "Memorias históricas-físicas-apológicas", Ed. Lima, 1904, pág. 76.
- (19) Cabildos de Lima, Libro I, t. III, pág. 8.
- (20) Cieza de León, "Crónica General del Perú", Col. Urt. t. I, pág. 128.
- (21) Cieza de León, "Del Señorío de los Incas", Ed. Madrid 1880, pág. 264.
- (22) Inca Garcilaso de la Vega, "Comentarios Reales de los Incas", Ed. Madrid 1723, t. I, pág. 316.
- (23) González de la Rosa, "Revista histórica de Lima", 1908, t. IV, pág. 44.
- (24) José de la Riva Agüero, "La Historia en el Perú", Lima 1910, pág. 143 y siguientes.
- (25) Guillermo H. Prescott, "Historia de la Conquista del Perú", Madrid (Ediciones Mercurio) Pág. 185. "Pero el más querido de los hijos del Inca era Atahualpa. Su madre era hija del último Shyri de Quito, que había muerto de dolor, según se decía, poco después de conquistado el Reino por Huaina Cápac. La Princesa era hermosa, y el Inca, ya fuese por satisfacer su pasión, ya, como dicen los peruanos por indemnizarla de la ruina de sus padres, la recibió entre sus concubinas. Los historiadores de Quito aseguran que era su legítimo esposo; pero este honor, según las costumbres del Imperio, se reservaba a las doncellas de la sangre Inca".— "En el lecho de muerte convocó (Huaina Cápac) a su alrededor a los altos funcionarios de la Corona y les declaró que era su voluntad que el Reino de Quito pasase a Atahualpa, quien en cierto modo podía tener derecho a él como dominio de sus antepasados."

Manuel de Mendiburo, "Diccionario histórico biográfico del Perú", t. I, pág. 378: "Atahualpa.—Inca nacido en Quito, hijo del Emperador Huainacápac: su madre se llamó Pacchas y fue hija del último rey de Quito Cacha, que murió después de perder su reino." J. J. Tschudi.— "Contribuciones a la historia, civilización y lingüística del Perú antiguo".— Col. Urt. y Rom. t. X, pág. 121. Hace referencia a la controversia histórica suscitada por Cieza de León sobre la nacionalidad de Atahualpa, y concluye así: "A es-

ta singular argumentación de Cieza, no hay que dar por cierto gran valor."

Fray Reginaldo de Lizárraga, "Descripción y población de Indias", Lima 1908, pág. 72, dice: "y de allí a poco sucedió que cuando se alzó toda la tierra contra los españoles, a pocos años después de conquistada y muerto el Señor de ella Atabalipa, tuvieron los indios serranos y yungas cercada la ciudad de los reyes."

Fray Ricardo Cappa, "Historia del Perú", Lima 1885, pág. 54: "En Quito tuvo (Huainacápac) a Atahualpa en Paccha, hija del último Shyri.

Con respecto a los historiógrafos ecuatorianos que se han ocupado acerca de la personalidad de Atahualpa, tengo noticia de unos apuntamientos del Padre Jerves, que no pude conseguir, pues su autor manifestó que no los tenía en su poder.

- (26) Luis E. Valcárcel, "Final del Tahuantinsuyo", Estudio reproducido por el "Boletín del Instituto Nacional Mejía" de Quito, en febrero de 1934. Nos. 11 y 12.
- (27) Cieza de León, "Señorio de los Incas", Madrid, 1880, Introducción de Jimenez de la Espada, pag. 10.
- (28) Carlos Prince, "Origen de los Indios", Lima, 1915, pág. 248.
- (29) Anello Oliva op. cit. pág. 22 y sig.
- (30) Verneau y Rivet, de la Misión Geodésica que visitó al Ecuador dicen en su obra "Antigua Etnografía del Ecuador";—"González Suárez que había admitido primitivamente los hechos, tales como los refiere Velasco, los considera en sus últimos trabajos como leyendas sin valor para él. Quitus o Schiris o Caras son un solo y único pueblo, y los constructores de tolas eran una tribu desconocida anterior a ellos. Ciertamente, no nos hacemos ilusiones acerca de la autenticidad absoluta de las tradiciones recogidas por el Padre Velasco; creemos que es menester someterlas a una crítica severa y esforzarse por comprobarlas; más en este asunto, nos parece difícil admitir que el jesuita de Quito, cuya buena fe no nos es dudosa, hubiese forjado desde los materiales elementales, para la historia de las inmigraciones caras! "Por otra parte, las investigaciones arqueológicas y lingüísticas, confirman su relato; y, en efecto, se han encontrado tolas en todo el trayecto que este pueblo habrá tenido que recorrer para venir desde el Pacífico hasta el valle interandino; así como esta basta zona está caracterizada por la terminación toporúmica pi".—"Por último, en la región de Quito se encuentran efectivamente los dos modos de sepulturas señaladas por Velasco".—"No estamos bastante informados, por los antiguos autores acerca del modo de sepultura empleado por los caras.

Velazco es el único que señala la sepultura de tolas, insistiendo sobre este hecho muy importante, si llega a comprobarse algún día, que los quitus, por el contrario, sepultaban sus muertos en hoyos profundos cavados en la tierra. Hemos dicho ya que González Suárez juzga que las tolas son monumentos anteriores a los caras. Excavaciones sistemáticas (que no se han hecho) en la región de Quito y de Ibarra, serían las únicas que podrían resolver el problema por un examen comparativo de los objetos extraídos de los túmulos y de las fosas. Nuestras investigaciones han sido demasiado rápidas en este país para podernos permitir responder a esta importante cuestión. Mientras esperamos que se publiquen nuevos documentos aceptamos los hechos tales como los refiere Velazco."

- (31) José María Robalino, "Monografía General del Cantón Pillaro", Quito—1929.
- (32) Francisco de Jerez. Op. cit. pág. 63.
- (33) Agustín de Zárate. Op. cit. pág. 478.— "Y en fin le vino a decir (Atahualpa a Francisco Pizarro) que le había traído nueva de un Capitán suyo, viéndole a él preso, había muerto a su hermano Guascar, lo cual él había sentido mucho, porque le tenía por hermano mayor y aún por padre; y que si le había hecho prender no había sido con intención de hacerle daño en su persona y su reino, salvo que le dejase en paz la provincia de Quito, que su padre le había mandado después de haberla ganado y conquistado, siendo cosa fuera de su Señorío. El Gobernador le consoló que no tuviese pena; que la muerte era una cosa natural." Mendiburo. Op. cit. pág. 381: "La frontera de Quito había sido el confín de la provincia de Puruhá (Riobamba) bien que antes de Túpac Inca Yupangui no pertenecían al Imperio peruano diferentes provincias situadas más al medio de aquella. Pero debe advertirse que tampoco fueron parte integrante del Reino de Quito, sino sus aliadas y confederadas: así era que el Rey no les daba mandatarios y se gobernaba por sí eligiéndolos por su propio arbitrio."
- Wolf, "Geografía Política y Civil del Ecuador", Pág. 515: "Sintiéndose acercarse sus días (Huainacápac), dividió el Imperio entre sus dos hijos, legando a Huascar, el primogénito, el Perú con todas las partes meridionales hasta Chile, y a Atahualpa su hijo que tenía en Paccha, el antiguo Reino de Quito, como lo habían poseído sus abuelos maternos (los Shiris). Con esta división se restableció el Ecuador, casi en sus límites actuales, en una entidad política independiente; pero al mismo tiempo comenzó la 'Cuestión de Límites' entre el Perú y el Ecu-

dor, que para ambas partes litigantes tenía consecuencias tan fatales, exitando una guerra entre los dos hermanos, que debilitaba sus fuerzas y ayudaba poderosamente la conquista española de Sud América. Huascar y Atahualpa se disputaban las actuales provinicas de Cañar, Cuenca y Loja; el primero consideraba el nudo del Azuay como lindero entre los imperios, y el segundo reclamaba todo el terreno que habían poseído sus antepasados maternos, hasta Paita”.

- (34) J. M. Caba Robalino. Op. cit. Pág. 110.
- (35) Manuel de Mendiburo, Op. cit. Pág. 387: “Parece propio de la sana razón no dejar pasar por completo las relaciones de Garcilaso en ciertas materias que se prestan no poco a la desconfianza. Ha sucedido con sus producciones lo que no es fácil ni frecuente se advierta con la de los escritores en general, que hayan corrido sin objeciones por dilatados años. Mas el laborioso Prescott sin seguir las huellas de los autores que han repetido las aseveraciones de Garcilaso sin desviarse de ellas, no se conforma con una de sus más prolijas narraciones (que reproduce en las Citas de su estudio el señor Valcárcel), y juzgándola quimérica pregunta ¿qué fin llevaría Atahualpa en dar extensión tan increíble y superflua a la mortandad de todos los parientes de Huascar, de las mujeres, de los niños, de los curacas y capitanes y hasta de los criados de la Casa Real? La repulsa merece oírse porque tan general crueldad carecía de objeto, y se ejercitaba en crecido número de mujeres, niños y personas que en nada habían ofendido a Atahualpa ni podían dañarle después. Como adversarios de cuentos novelescos o improbables que afean la historia, estamos por disminuir esas atrocidades abultadas a tanto extremo, sin negar que habrían muchas y bárbaras venganzas.
- (36) Haya de la Torre, “Política Aprista”, Lima 1933. Pág. 160: “Y el aprismo es eso; dolor viril que brota de la propia tierra, impetu másculo de la justicia que ha de cumplirse en la propia tierra. Es el Perú que nace reanimado por lo que hay de eterno y de profundo en el Perú que fue. Es la obra truncada de los Incas, que resurge a través de cuatro siglos de yugo sobre su raza. Por eso, con el Aprismo retorna la Justicia Social del Tahuantinsuyo. Nosotros lo hacemos nuestro, y, como la vieja bandera gloriosamente rendida, la izamos en los mástiles nuevos de nuestras rebeldías de hoy”. (Manifiesto del 12 de noviembre de 1933).
- (37) Horacio H. Urteaga. ¿Atahualpa?.— (Fragmento de una mo-

nografía histórica).— ¿Cuál fué el nombre del último soberano del Perú y cuál el valor etimológico de este nombre?

Desde el comienzo de nuestros estudios sobre historia nacional nos ha llamado la atención la diferencia que existe en la designación del nombre del último Inca, tan injustamente victimado en Cajamarca por los españoles.

Atabaliba, Tabaliba, Atabalipa, Atagualiba, Atagualpa Atagualpa, Atahuallpa, he aquí como llaman a ese soberano los primitivos cronistas. Si se remonta más lejos la investigación, se encuentra este otro nombre, más extraño todavía: **Ttopaattaguallpa y Auquiataogullpa**, sin escasear el **Auqui Ttopaattaguallpa** (1). Semejante vaguedad y divergencia en la pronunciación del nombre del soberano, hace suponer que la pronunciación difícil de ciertas letras, o mejor de ciertos sonidos quechuas, desconocidos en el español, obligaban a los castellanos a alterar los nombres propios, hasta el extremo de que después de una doble o triple transmisión, el nombre se hallaba desfigurado de tal modo que no se le encontraba semejanza al primitivo ni respondía a su anti-gua etimología.

Sabido es que entre los peruanos, los nombres propios de sus reyes sobre todo, se formaban por aglutinación de adjetivos magníficos, como en **Sinchi Roca** o **Chinchi Roca** = **Valeroso y Prudente**; **Huayna Cápac** = **Moso Poderoso**; otras veces aglutinando dos o más palabras que designaban las cualidades físicas características, como **Lloque Yupanqui** = **el zurdo memorable**, o tal vez como símbolo del carácter de una época (que es más improbable) como en **Yáhuar huaca** = **el que llora sangre** y otros, en fin, por la reunión de palabras que eran frases de alabanzas, y a veces simples dicciones que indicaban un acontecimiento o suceso más o menos fausto, como en **Pachacútec**, **el que cambia la faz del mundo** o **el regenerador del mundo**; o en **Huáscar** = **soga brillante**, en recuerdo de los festejos que se hicieron al nacimiento del príncipe imperial (2).

Ateniéndonos a este carácter del idioma quechua tenemos que

(1) Joan Santa Cruz Pachacuti en *Relación de Antigüedades deste Reino del Pirú*, publicada por J. de la Espada, pág. 311.

(2) El nombre de **Huáscar**, **soga** o tal vez **cadena** lo tomó en recuerdo de la **cadena de oro** dentro de la que bailaron multitud de **danzantes** (4.000 a creer la tradición), pero el verdadero nombre del príncipe heredero fué **Anti-Cussi-Hallpa** o **Inti-Cussi-Hallpa**. Así también lo nombra **Montesinos**, asegurando que **Huayna Cápac** antes de tomar el nombre con el que es conocido tuvo el de **Inti Cusi Hullpa**. *Memorias Históricas*, cap. XXVII pág. 159 edi: 1882. No puede ser más improbable el origen que el **Licenciado** atribuye a los nombres de **Atahuallpa** o de **Huáscar-Ob**, cit: cap. XXVIII pág. 167 y 168.

suponer que el nombre del último soberano ha debido participar de la general costumbre; pero desde luego tropezamos con un obstáculo: la variedad de nombres que los antiguos cronistas dan al Inca.

El siguiente cuadro pone de manifiesto esta variedad, más o menos marcada.

Cronistas	Nombre del Inca	Obras
Pedro Cieza de León	Atabaliba	Señorío de los Incas.
Francisco de Jerez	Atabaliba	Conquista del Perú.
Pedro Pizarro	Atabalipa	Descubrimiento y Conquista del Perú.
Miguel Estete o Astete	Atabalipa	Relación del 1er. Descubrimiento de la Costa y Mar del Sur.
Hernando Pizarro	Atabaliva	Carta a la Audiencia de Panamá, ap. Oviedo.
Herrera	Atabaliba	Hechos de los Castellanos, Década V.
Oviedo	Atabaliva	Historia General y Natural de las Indias.
Gómara	Atabilib	Historia de Indias.
A. de Zárate	Atabalib	Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú.
Pedro Gutiérrez de Sta. Clara	Atagualiba	Historia de las guerras civiles del Perú, Tomo III.
El Licenciado Santillán	Tabalipa y Atabalipa	Tres relaciones de Antigüedades Peruanas.
Joan Santa Cruz Pachacuti	Ttoopaata-guallpa o A-taaoguallpa	Id. Id. 3ª Relación.
Gerónimo de Oré	Atahualpa	Símbolo Católico.
Garcilaso de la Vega (1)	Atahuallpa	Comentarios Reales.

Como se ve por este cuadro, el nombre que se ha transmitido a la posteridad para designar al Inca, es el indicado por Garcilaso y Oré, siendo de notar que Joan Santa Cruz Pachacuti es de los

(1) La mayor parte de los historiadores que han escrito sobre el Perú con posterioridad a Oré y Garcilaso, han adoptado el nombre de Atahuallpa o Atahualpa.

Francisco Pizarro llamó al Inca Atabalica. Véase carta al Emperador Carlos V en Cabildos de Lim, Tomo III.

cronistas antiguos el único que se le aproxima, y no se puede suponer sin esfuerzo que el indio collagua hubiese copiado del Símbolo Católico o de los Comentarios Reales, pues aunque la relación de Pachacuti date de 1613 como lo supone el Sr. Jiménez de la Espada, es casi seguro que el inculco cronista no tuviese noticia de la aparición de los Comentarios Reales, que se publicaron en 1609 (1), ni de el Símbolo Católico Indiano que apareció en 1598.

Pero esta coincidencia entre las designaciones que dan Oré, Garcilaso y Pachacuti es un rayo de luz en el problema cuya solución buscamos. En efecto, Oré, Garcilaso y Pachacuti (2) son los cronistas que más profundo conocimiento del idioma quechua tuvieron y los que al transmitir los nombres propios indígenas en sus historias, por el hecho de la mejor pronunciación, menos los desfiguraron. El Ttoopaatahuallpa de Pachacuti está puricado de la extrema aglutinación en el Atahuallpa de Garcilaso.

El nombre se formó probablemente en su origen de las palabras siguientes:

Atau—Allpaman.

Lo formaban un sustantivo y un verbo acompañados de una desinencia.

Atau = dicha y ventura en guerra; con más latitud, honores marciales (3).

Allpaman corresponde al verbo luchar (4).

Pero el **Atau Allpaman** concluye por ser sólo **Atau Allpa**. Esta reducción obedece a la costumbre corriente en el lenguaje de acortar las largas dicciones cuando a estas las acompañan desinencias o proposiciones separables.

El siguiente cuadro pone de manifiesto las combinaciones en que entra la partícula **man**, ya como terminación verbal ya como preposición.

(1) La primera parte se publicó en Lisboa, en 1609 y la segunda en Córdoba, en 1617.

(2) Oré y Garcilaso eran, por la línea materna, descendientes directos de indios.

(3 y 4) Diccionario del idioma quechua, por el R. P. F. Honorio Mossi, M. D. Letra A, No. 28.

Véase también en Anello Oliva (Historia del Perú, Cap. II, pág. 30) la tradición de **Atau**, el padre de Manco, fundador del Imperio. **Atau—dicho, feliz.**

COMBINACIONES VERBALES

Cari = Ser; cay = se tú o está tú; aa cayman = ¡Oh! si yo fuese o estuviese.

Aa caman o cacuman = ¡Oh! si ellos fuesen o estuviesen.

Aa cayman = ¡Oh! ojalá sea o esté. Y lo mismo en el verbo activo.

Amar = munay; en quechua el infinitivo representa un perfecto substantivo y se traduce por el amor.

Aa munayman = ¡Oh! si amara o amaré.

Aa munanman o munancuman = ¡Oh! si ellos amaran o amaren. Siempre la desinencia indica la formación de un futuro.

PREPOSICION

Man = a, preposición de acusativo, tiene dos acepciones; se refiere a lugar o persona: v. g.: Diosman = a Dios; llactaman = a la ciudad. Con la partícula ñec dice contra; v. g.: Aupayñecman macamacuy = pelear contra el diablo (1).

El significado del nombre del último Inca fué, pues, probablemente el dichoso vencedor (2).

No hay en el idioma quechua dición que corresponda a las combinaciones baliba, baliva, balipa y por lo mismo no la hay de gualiba ni gualipa. El cambio que los conquistadores hicieron de Atau Allpa en Aatabaliba o Atabalipa no fué sino ocasionado por los defectos que tuvieron en la pronunciación del quechua. En esta lengua no existían las consonantes B. D. F. J. G. ni X, dice Garcilaso, copiando a Valera, distinguido quichuista (3), por lo mismo no pudieron existir las combinaciones derivadas de la unión de estos consonantes como bal, iba, iva. La pronunciación

(1) Las partículas man con los participios pasivos de pretérito y de futuro de verbos de ir significan el lugar de donde se hace lo que se dice o el lugar de donde se procede o se ejecuta la acción: v. g.: Humuskanchic llacta chayman —al pueblo a donde vivimos (Diccionario Quechua, Lobato; reforma del Diccionario Holguín). Allpaman, si traducimos la partícula man por desinencia de futuro, diría— Ojalá que yo sea el vencedor; y con el imperativo: sé vencedor.

(2) No puede ser más improbable lo que asegura Montesinos, que le llamaron Atahuallpa por el ama que le dió leche, la cual era de un pueblo que se decía Atau, que en lengua cuzqueña quiere decir virtud o fuerza, y hallpa significa benigno manso. Memorias Historiales, cap. XXVIII pág. 167.

(3) Nótese la curiosa disertación del P. Mossi, que principia por negar y concluye afirmando un mismo aserto: "Seríamos interminables, dice, si quisiéramos demostrar que a la quichua no le falta tampoco la letra B, siendo tan a fin de la P y con V que las más de las veces se toma la una por la otra. Si dijéramos Bombon, Cochabamba y así de otros muchos que acaban con esta dición Bamba son nombres

de lipa dada por algunos cronistas se deriva del cambio de la C en P, fácil por ser las dos letras labiales. Esta derivación es segura, pues se observa que no la traen los primeros cronistas que más relación tuvieron con el soberano. Jerez, Pedro Pizarro, Hernando Pizarro dicen Atabaliba; son Cieza, Gómara, Zárate, Oviedo, etc., que escriben Atabalipa, quizá si guiándose por una mejor pronunciación.

Pero ¿cómo pudieron cambiar estos cronistas el Atau Allpa en Atabaliba?

Cuando se oye el quechua puro y bien pronunciado, no es difícil percibir en el curso de una conversación, semejanza y casi identidad en los sonidos allpa y allba, si se nota además que la ll tan común en el quechua tiene un sonido que no es de la elle castellana, sino más bien de elli, se comprende que quien oyó de boca de los indígenas el Atau Allpa bien pudo, sin percibir bien ni precisar el sonido, decir Ata en lugar de Atau, balli en vez de huall y ba en vez de pa, y formar entonces del Atau Allpa un Ata ulli ba (nótese la transformación de la elle en elli).

Parece, pues, según este análisis, que el nombre de Atabaliba o Atabalipa corresponde al Atauallpa, o como lo quiere el purista Garcilaso, a Atahualipa, cuyo significado parece seguro, fué: El dichoso vencedor (1).

Pero hay algo más: se ha traducido Atahualpa por gallina (2). Semejante caprichosa etimología es por demás infundada; bastaría tener en cuenta que la palabra aborigena no podía corresponder al objeto, puesto que esa especie de ave no existió en el Perú y sólo fué importada por los españoles. Tal vez si después

quichuas nos responderían que son corruptos y que sus propios nombres son Pampa, Cochapampa, y así de lo demás. Nosotros no queremos desconocer esta verdad (!) pero decimos que tampoco la B castellana está libre de la misma censura etc."

R. P. F. Honorio Mossi —Ensayo sobre las excelencias del idioma llamado comunmente quichua— Sucre, 1860, Cap. I, pág. 3.

El sonido de la C es raro en las lenguas de América y el de v y f casi no existe—P. Patrón Nuevos estudios sobre las lenguas americanas Tomo I. Introducción, pág. 4 edic. Leipzig, 1907.

(1) Atahualpa, en efecto, asistió como capitán de los ejércitos de Huayna Cápac a la época más brillante de las conquistas de este soberano, se distinguió por valeroso y activo y fué apreciado por los generales y amado tiernamente por su padre; tuvo una juventud dichosa.

(2) "Atabalipa era bien quisto de los capitanes viejos de su padre y de los soldados porque anduvo en la guerra en su niñez y porque él en vida le mostró tanto amor que no le dejaba comer otra cosa, que lo que le daba de su plato". Cieza de León —Señorío de los Incas, cap. LXVI.

de la conquista se designó a la gallina por la palabra *Hullpa* (1), pero nada autoriza a suponer semejante ridículo calificativo al soberano imperial. Algún cronista contó una anécdota curiosa y completamente desacreditada, en que se relacionan los nombres del Inca y el de gallina (2), y quizá si fué éste el origen de la aplicación del nombre de *Huallpa* a esa ave.

Esto no obstante, tan extraña etimología ha hecho carrera, desfigurándose cada vez más. Así, el Sr. P. F. Ceballos apunta que *Huayna Cápac* tuvo en *Pacha*, su cuarta mujer, reina de Quito, un hijo llamado *Atahuallpa*, que significa gran pava o pavón (3). Etimología que no hace honor al soberano quiteño.

Por nuestra parte hemos expuesto las razones para seguir en la designación del ilustre nombre a *Garcilaso* y *Oré* para sostener que el *Atabaliba* o *Atabalipa* de los primeros cronistas corresponde a la enérgica expresión *Atau Allpa*, y que este nombre reivindica en la lengua de Cervantes la expresión no menos hermosa de el dichoso vencedor.—Febrero 1908.—Horacio H. Urteaga.—De "Revista Histórica"—Lima, 1908. t. III.

(1) El Diccionario quechua de los PP. Redentoristas dice: *Huallpa*—gallina;—*Atahuallpa*—gallina—*Urco Atahuallpa*—gallo y también *Allpa*—gallina; pero luego se halla otra acepción. *Huallpa mayna*—joven diligente trabajador esforzado.

(2) "Al fin, al *Ataogullpa* hecha presos en la cárcel, y allí canta el gallo y *Ataogullpaynga* dice: hasta las aves saben mi nombre de *Ataogullpa*". Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas —Joan Santa Cruz Pachacuti, pág. 325, 3ª Relación.

(3) Historia del Ecuador, Tomo I. Cap. II. pág. 64.

EL REINO PREINCAICO DE QUITO

MANUEL MORENO MORA

Asunto de controversia ha sido y aún es la existencia del reino de Quito. Americanistas nacionales y extranjeros lo han estudiado sin dejarlo dilucidado satisfactoriamente. Para su investigación preciso es acudir a las ciencias auxiliares de la Historia, como la Etnología y la Lingüística.

El único historiógrafo que trata de modo especial de la existencia del reino de Quito y establece cronologías y habla de sucesiones de sus reyes y de confederaciones de aquél con otros estados es Juan de Velasco.

Recorrió este jesuita, durante seis años, la mayor parte de las provincias de la Audiencia de Quito; visitó entonces sus monumentos incaicos y preincaicos e hizo a la vez algunas observaciones concernientes a las ciencias naturales. En estos viajes se le despertó la vocación por la Historia. Leyó historias del Nuevo Mundo; estudió manuscritos de los archivos de la orden de los jesuitas relativos a las misiones de América, y recogió las tradiciones orales que conservaban los indígenas ecuatorianos de las vicisitudes de su historia.

Cuarenta años vivió en la Audiencia de Quito. Desterrada la Compañía de los jesuitas, hubo de trasladarse a Italia, en donde compañeros y superiores le mandaron éstos y le pidieron aquéllos que escribiera la Historia del Reino de Quito. Resistióse a escribirla, pues se conocía desprovisto de las dotes y cualidades de historiador. "Un historiador debe ser filósofo y crítico verdadero —dice él mismo— para conocer las causas y los efectos naturales de los objetos que describe, y para discernir en el confuso caos de las remotas antigüedades,

lo fabuloso, lo cierto, lo dudoso, y lo probable; calidad que confieso faltarme casi del todo."

Durante veinte años se dedicó a preparar su historia, ya tomando datos de las publicadas o inéditas, ya tratando de estos asuntos con algunos misioneros.

La idea de escribir la historia del reino de Quito se le vino al leer las obras de Paw, de Raynal, de Marmontel, de Buffón y de Róbertson, a fin de "notar las equivocaciones y errores de los escritores antiguos, como principalmente para refutar las calumnias, falsedades y errores de algunos escritores modernos especialmente extranjeros." Su sentimiento de amor a la patria se vió herido por estas obras en que se trataba de empequeñecer a América.

Después de recogido todo el material para su Historia, no pudo escribirla inmediatamente por haber perdido su salud. Nueve años se mantuvo así en completa inacción.

Evangélica fué su vida de religioso, consagrada a la catequización de los indígenas.

Modernamente, siguiendo la opinión de Marcos Jiménez de la Espada, se ha tratado de desfigurar su carácter, haciéndole aparecer como embustero, ligero y apresurado en su obra. Ciertamente que careció del don de observación del hombre de ciencia y del criterio de historiador para juzgar con acierto de hechos y datos. Fué demasiado ingenuo y por ello tomó como verdades leyendas y tradiciones falsas. Su excesivo amor a la patria le llevó a engrandecerla y a imaginar un reino que no existió sino en su fantasía. Ligereza y exageración las hay también en muchas partes de su historia, ya por su mismo carácter, ya por no haber sabido contrastarla con las fuentes por él conocidas.

Todo lo que en ella se refiere al reino de los Quitos y al origen de los Caras no tiene fundamento alguno en la historia. Es mera leyenda, tomada de narraciones de los indígenas o creada por su imaginación. Hay además numerosos errores históricos en toda ella, a pesar de que conoció las obras y manuscritos de los primitivos historiadores y cronistas de Indias.

* * *

Según Velasco, los Caras llegaron en balsas a la costa ecuatoriana, desde donde, por el río de Esmeraldas, subieron a la sierra, en pos de la conquista del reino de Quito, hacia el año de 980 de nuestra era. Los Quitos tenían mil años de exis-

tencia y de dominio en parte del actual territorio ecuatoriano. (14, II, p. 6).

Mediante el matrimonio de Duchicela, hijo de Condorazo, régulo de Puruhá, con la princesa Toa, hija del Scyri Caran XI, se realizó la unión del reino de Quito con la nación puruhá. (14, II, p. 9).

El reino de Quito se extendió más todavía hacia el sur con la confederación que verificó Duchicela, Scyri XII, con los Cañaris y Paltas. Esta confederación se realizó en el siglo XIV, de la manera más pacífica. (14, II, ps. 9-10).

Cuando Tupac Yupanqui conquista a los Cañaris, Hualcopo Duchicela, Scyri XIV, nada hace en defensa de este pueblo confederado, cuya dependencia de Quito era sumamente escasa. A aquéllo se oponían la dificultad de enviar tropas y la misma sumisión de los Cañaris al poder del imperio incaico. (14, II, p. 10). No obstante, el Scyri se defiende del Inca en Ticsán, que era mirado por Hualcopo como frontera propia. (14, II, p. 11).

Tupac Yupanqui conquista hasta Mocha y regresa luego al Cuzco por el año de 1460. (14, II, p. 12).

Cacha, Scyri XV, reconquista Mocha, Puruhá y Ticsán, y sostiene guerras con los Cañaris a quienes no puede reconquistar. (14, II, p. 12).

Cuando Huayna Capac emprende la conquista de Quito, Cacha se retira a Tuntaqui y deja así al Inca que se lo conquistó definitivamente, hacia el año de 1487. (14, II, p. 16, 17). En la llanura de Tuntaqui se da la batalla campal con que el Inca extiende su imperio por toda la sierra ecuatoriana. (14, III, p. 46). Para consolidar sus conquistas Huayna Capac se casa con Paccha, hija de Cacha, el último Scyri. (14, II, p. 18, 19).

* * *

Ahora veamos qué dicen los primitivos historiadores de Indias respecto al reino de Quito.

Cieza de León, el historiador de más autoridad entre los primitivos por su veracidad y por sus cualidades singulares de investigador, que le dan el título de primer etnógrafo de América, escribe su historia después de haber recorrido gran parte de la América Meridional, a raíz de la conquista del Perú, y nada dice sobre el reino preincaico de Quito. "Más adelante están los aposentos de Carangue, a donde algunos quisieron decir que nació Atabaliba, hijo de Huayna Capac, aunque su

madre era natural deste pueblo. Y cierto no es así, porque yo lo procuré en gran diligencia, y nació en el Cuzco Atabaliba, y lo demás es burla". (1, p. 389). Por narraciones de indios peruanos vuelve Cieza a afirmar, en otro pasaje, que Atahualpa salió muy niño del Cuzco con su padre y anduvo mucho tiempo en su ejército. (1, p. 426). Tocante a la división del dilatado imperio de los Incas, cita Cieza las dos versiones a ella relativas: A la muerte del emperador Huayna Capac, tomó Huascar la borla y corona del imperio, y envió mensajeros a todos sus pueblos para que le reconocieran como su único señor. Mientras tanto, los capitanes de Huayna Capac, Quisquis, Incahuallpa, Chällocochima y Rumiñahui, habían resuelto en Quito fundar allí otro nuevo imperio y proclamar a Atahualpa su emperador. La otra versión es que Huayna Capac mismo resolvió dividir el vasto imperio y dejar a Atahualpa Quito y todas sus conquistas. (1, p. 426).

Francisco de Jerez estuvo en la conquista del Perú. Su obra es considerada por Vedia y Robertson como una de las fuentes más autorizadas de la Historia del Perú.

En su *Relación* trae este valioso testimonio de uno de los embajadores de Atahualpa enviados a Francisco Pizarro: "Mi señor Atabaliba es hijo del Cuzco viejo, que es ya fallecido, el cual señoreó todas estas tierras; y a éste su hijo Atabalipa dejó por señor de una gran provincia que está adelante de Tomipunxa, la cual se dice Guito, y a otro su hijo mayor dejó todas las otras tierras y señorío, se llama Cuzco como su padre. Y no contento con el señorío que tenía, vino a dar guerra a su hermano Atabalipa, el cual le envió mensajeros rogándole que le dejase pacíficamente en lo que su padre le había dejado por herencia; y no lo queriendo hacer el Cuzco, mató a sus herederos y a un hermano de los dos que fue en la embajada. Visto esto por Atabalipa, salió a él con mucha gente de guerra hasta llegar a la provincia de Tumepomba, que era del señorío de su hermano". (6, p. 329).

Francisco López de Gómara fué tachado como historiador de mentiroso por Bernal Díaz del Castillo y el inca Garcilaso. El Padre Las Casas, también afirma que mentiras y nada más que mentiras constituyen toda la obra de este historiógrafo. Prescott notó ya que gran número de sus relaciones no se apoyan en los testimonios contemporáneos.

Este autor es el único que habla de reyes al referirse a los antepasados de Atahualpa: "Murió Atabaliba con esfuerzo, y mandó llevar su cuerpo al Quito, donde los reyes, sus ante-

pasados por su madre estaban". (4, p. 231). Y luego añade:—"Empero a todos los ingas pasó Guaynacpac, que a mozo rico suena, el cual, habiendo conquistado el Quito por fuerza de armas, se casó con la señora de aquél reino y hubo en ella a Atabaliba y a Yllescas. Murió en Quito; dejó aquella tierra a Atabaliba, y el imperio y tesoro del Cuzco a Guaxcar". (4, p. 232).

Agustín de Zárate vino al Perú por el año de 1542 o 1544. Alcedo dice que su obra carece de exactitud. Parece, además, que parte de ella fué tomada de la historia de Gómara.

Al hablar de Huayna Capac dice: "...en Quito tomó nueva mujer, hija del señor de la tierra, y della hubo un hijo, que se llamó Atabaliba, a quien el quiso mucho; y dejándole debajo de tutores en Quito, tornó a volver la tierra del Cuzco...; después de haber estado en el Cuzco algunos años, determinó volverse a Quito, así porque le era más agradable aquella tierra como por el deseo de ver a Atabaliba, su hijo, a quien él quería más que a los otros; y así volvió a Quito... donde vivió y tuvo su asiento lo restante de la vida hasta que murió; y mandó que aquella provincia de Quito, que él había conquistado, quedase para Atabaliba, pues había sido de sus abuelos". (16, p. 473). Más adelante, al narrar los orígenes de la guerra entre Atahualpa y Huascar, añade: Atahualpa envió a Huascar "embajadores haciéndole saber la muerte de su padre, y dándole la obediencia, suplicándole que le dejase aquella provincia de Quito, pues su padre le había ganado y era fuera de su estado y mayorazgo; y sobre todo que había sido de su madre y abuelo". (16, p. 473).

Antonio de Herrera, como real cronista, dispuso de los archivos de España y América para escribir su historia; no obstante, su obra es un plagio y un plagio lleno de errores y contradicciones, según lo afirman Marcos Jiménez de la Espada y Manuel J. Quintana.

Es el único de los historiadores de Indias que da el nombre de la madre de Atahualpa: "Guascar era, según las costumbres de los Reies, el legítimo sucesor, como hijo de la verdadera Mujer, Hermana de su Padre... todos los otros eran hijos de diferentes Mujeres, y bastardos, como lo era Atahualpa, cuja Madre se llamó Tutapalla". (5, Dec. V., p. 5). Y más adelante dice: "Nacianle muchos hijos, y entre ellos fue Atahualpa: su Madre se llamó Tutapalla, del Linaje de los Orenucuzcos". (5, Dec. V., p. 78).

* * *

Analizando estos pasajes de los primitivos historiadores de Indias y ateniéndonos a la mayor o menor autoridad de éstos, se puede sentar estas tres tesis incontrovertibles:

I.—La existencia del reino preincaico de Quito no tiene fundamento en la verdadera historia.

II.—La provincia precolombina de Quito no comprendió dentro de ella a la provincia precolombina de Tomebamba.

III.—La nación de los Kanaric no formó parte de la nación de los Quitos.

* * *

Las **Relaciones geográficas de Indias**, una de las fuentes valiosas de Historia americana, vienen a corroborar estas conclusiones. Ninguna referencia se hace en ellas a la existencia del reino preincaico de Quito. Los indígenas conservan la memoria sólo de reyes y conquistadores peruanos. Muy probablemente los Incas que dominaron las naciones precolombinas del Ecuador fundaron sus divisiones políticas sobre las mismas que en ellas encontraron. Con respecto a la nación de los Kanaric cuenta uno de los relatores esta narración de los indios de Cañaribamba: "Salieron tres principales a recebille (a Benalcázar) por mandato de un cacique llamado Oyañe, el cual gobernaba hasta la provincia que hoy llaman Riobamba, camino de Quito, y por otra parte gobernaba hasta **Yanamayo**". (II, III, p. 181).

* * *

Si hubiese existido el reino preincaico de Quito este hecho se habría revelado en la manifestación de una cultura uniforme en el norte y en el centro de la sierra ecuatoriana. Además, esta cultura habría sido por lo menos correspondiente a la edad del cobre en el Ecuador, para estar en íntima armonía con la cultura social y política que demanda un reino, producto de superior organización. Y la arqueología ecuatoriana, una de las mejor estudiadas por hombres de ciencia nacionales y extranjeros, nos revela sólo una cultura uniforme en la edad de piedra del Ecuador.

Sentemos algunas conclusiones, en vista de los estudios de Verneau y Rivet, y como fruto de los nuestros propios.

La industria lítica ecuatoriana es más arcaica que la correspondiente del Perú: el hacha neolítica simple y el hacha

de garganta se encuentran muy difundidas en el Ecuador, en tanto que en el Perú no existen o son excepcionales.

Las otras variedades de hachas son comunes en ambas naciones; cuando en el Perú no existe el tipo correspondiente en piedra, existe el tipo en cobre; de modo que la civilización peruana tiene sus orígenes en la civilización ecuatoriana.

La evolución progresiva de los instrumentos de piedra se realiza con más rapidez en el Ecuador meridional que en el septentrional, sobre todo en la región Kanaric. (15, ps. 239, 240). Creemos que esta progresión desde el norte hacia el sur se puede explicar aceptando, paralelamente, una marcha progresiva de inmigración de las tribus dueñas de estas industrias; pues casi puede afirmarse con certeza que el grado de civilización de un pueblo está en relación directa con su grado de antigüedad, principalmente al tratarse de las naciones americanas. Esta comunidad étnica explica satisfactoriamente la comunidad de civilización.

Todos los instrumentos de piedra del Ecuador son fabricados con rocas originarias suyas, lo cual prueba lo autóctono de su industria. (15, p. 240).

Casi todos los instrumentos de piedra del Ecuador se han descubierto en el altiplano; con rareza y por excepción se han encontrado en la costa. Esto prueba la mayor arcaicidad de la civilización del valle interandino que la de la costa. Las primeras inmigraciones de tribus venidas del norte poblaron el altiplano antes que el litoral.

No creemos en la exclusiva influencia oriental de la industria lítica, influencia que irradiando del Brasil se extiende por el altiplano de los Andes y alcance las Antillas y llegue a la región sureste de la América del Norte. Junto con esta corriente inmigratoria hay que admitir otra, que parece haberse irradiado desde el mismo sudeste de la América del Norte hasta el Brasil, pasando por el altiplano de los Andes y otras regiones. Obsérvese atentamente la presencia del hacha de piedra de filo semicircular y talón no perforado en los Estados Unidos, en las Antillas, en la Guayana inglesa, en Colombia, en el Ecuador y en gran parte del Brasil y su ausencia en las demás naciones de la América Meridional, y se notará que esta dispersión sólo puede explicarse por una inmigración procedente del sudeste de los Estados Unidos o por lo menos de las Antillas. Sostenemos, pues, que el substrato de la cultura de la sierra ecuatoriana es de origen antillano y amazónico.

La antigüedad de esta influencia está probada por el hecho de que ésta se descubre sólo en la serie lítica y singularmente en los objetos de necesidad y no de adorno. (15, p. 241).

Otra de las influencias netas que ha tenido la industria lítica del Ecuador es la septentrional, como lo prueban algunos dibujos sobre piedra, la semejanza de las fusaiolas y de los ganchos de propulsores, la de algunas figuras antropomorfas y zoomorfas, la de ciertos morteros y espejos. (15, p. 242).

Particularmente notable es la influencia de Centro América en la industria de los Kanaric, revelada en los morteros zoomorfos, propios de esta región. Los prekanaric son las tribus a quienes se puede atribuir esta cultura. Ya hemos demostrado en otro estudio (10), mediante la lingüística, que una lengua chibcha, emparentada con dialectos de Colombia y de la América Central, se habló en la región Kanaric.

Si se estudia detenidamente el conjunto de los objetos de la serie lítica se puede descubrir la comunidad de origen de muchos pueblos americanos y las influencias que han tenido.

La Arqueología todavía no ha descubierto todo lo que cabe descubrir en el Ecuador y en otras naciones; no obstante, se puede sentar algunas nuevas conclusiones, las cuales, por descubrimientos futuros, serán confirmadas o rectificadas en parte.

En el Ecuador dos regiones bastante exploradas son las de los Karas y Kanaric; mediante el examen del conjunto de la serie lítica se observa la comunidad fundamental que existe entre las dos culturas; desde el hacha simple neolítica, y quizás desde la punta de lanza paleolítica, se desarrollan ambas industrias sobre bases comunes. ¿Qué tribus fueron las que en una y otra región tuvieron la misma cultura? ¿Existieron estas tribus coetáneamente en las dos regiones o pasaron de la una a la otra dejando sus huellas? Cabe eliminar a gentes chibchas, pues en Colombia no existen el hacha de garganta incompleta, las hachas de filo semicircular, —salvo la de talón corto imperforado—, las hachas arracadas, los discos estrellados, las piedras de tiro, las manos de moler, los pequeños recipientes, los espejos y los grabados sobre rocas, objetos propios, indudablemente, de una civilización posterior; hay que eliminar a gentes surcentroamericanas, pues objetos que revelan influencias de esta clase, de un modo característico, como los morteros zoomorfos, las arracadas circulares, las cabezas con tocado y las piedras de cúpula, no existen en la región de los Karas. Se llega, entonces, a ver que es lógico admi-

tir que esta comunidad de gentes en las áreas de Karas y Kanaric se refiere a una época remota, de lo más primitiva, que reposa sobre una cultura íntimamente relacionada con las de las Antillas y de los Estados Unidos, siendo esta última la más antigua, puesto que las puntas de lanzas paleolíticas no existen en las Antillas, sino en los Estados Unidos. Se puede pues afirmar que el substrato étnico y cultural de las regiones de los Karas y de los Kanaric, y quizá de todo el altiplano del Ecuador, está formado de tribus y de culturas originarias de los Estados Unidos y de las Antillas.

Con estos datos arqueológicos coincide la afirmación conjetural de Boturini de que ciertas tribus que llegaron a Méjico por la parte oriental fueron arrojadas de su territorio y pasaron a las Antillas y a la América meridional. (3, I, p. 96).

En pos de estas influencias vienen las mejicanas y centroamericanas a obrar en la región de los Kanaric y a separarla de la cultura de los Karas, mediante las formas que hemos señalado.

Tras de esta influencia viene la de los Chibchas de Colombia a unir de nuevo las dos regiones de Karas y de Kanaric: todas las nuevas formas líticas de este origen se repiten en ellas, salvo algunas, que probablemente existen, aunque no se las haya descubierto.

Las relaciones entre las culturas de los Kanaric, Diaguitas y Kalchaquíes no se puede explicar satisfactoriamente sino reconociendo el común origen étnico de estos pueblos. En estas dos regiones argentinas existen formas líticas que no hay en otras regiones vecinas sino en la Kanaric, como el hacha de garganta incompleta, el hacha de muescas, el hacha de filo semicircular y talón corto perforado, los morteros globulosos, los torteros de tipo ecuatoriano, los pajaritos de piedra, las figuras humanas enlazadas y las figuras humanas groseras.

Las inmigraciones de tribus de tipo antillano tuvieron mayor extensión que las demás en el Ecuador.

* * *

La metalurgia de la región de los Kanaric es la más rica y floreciente del Ecuador. (15, p. 341).

En la costa la metalurgia está adelantada en la región del Guayas; los Esmeraldas y Barbacoas parece que no la conocen. (15, p. 341). Los Barbacoas no son, pues, quienes han

difundido el arte centroamericano en la metalurgia de la región Kanaric ni en las demás regiones del Ecuador.

La metalurgia de la región Kanaric influyó en la del Perú; en el litoral peruano evoluciona hacia su mayor perfección, gracias a la habilidad artística de los Mochicas.

La metalurgia de la región Kanaric tiene analogías y semejanzas completamente con las artes de las regiones que quedan al norte del Ecuador; de modo que no se debe pensar en la existencia de influencias culturales del Perú.

En efecto, en el altiplano del Perú se conocía la aleación del estaño con el cobre, la cual fué desconocida en la sierra ecuatoriana o usada excepcionalmente. (15, p. 341). Las aleaciones cuproestánicas puede afirmarse que son propias de objetos **mitimaes**.

La metalurgia en el Ecuador reproduce totalmente la industria lítica; hay estrecha solidaridad entre ellas. (15, p. 342). Esto prueba que la civilización ecuatoriana, principalmente la del altiplano, se ha desenvuelto lenta y progresivamente en su propio **habitat**, sin las influencias de la costa y el altiplano peruanos.

Las industrias metalúrgicas del Ecuador y del Perú tienen caracteres bastante diferentes; se puede, pues, suponer que han evolucionado independientemente la una de la otra durante largos años. (15, p. 342).

La metalurgia de la región Kanaric se ha desarrollado con independencia de la industria similar de la región de los pastos. (15, p. 342).

En el litoral del Ecuador meridional son raros los objetos de oro. (15, p. 342).

La plata se trabajaba sólo en la región de los Kanaric en el Ecuador; en el litoral los objetos fabricados con este metal, son raros. Esta industria parece que se presentó tardíamente en el Ecuador y por influencia de la conquista incaica. (15, p. 344).

El parentesco que se nota entre la metalurgia del altiplano del Ecuador meridional, particularmente de la región Kanaric, y la de la costa del Perú, no es fruto, según parece, de invasión sino de contigüidad. (15, p. 345). Una explicación más real y científica de este parentesco cultural está en el mismo parentesco étnico de la familia Yunka del Perú con ciertas tribus de la costa y sierra del Ecuador. La misma familia Yunka puede sostenerse que pasó del Ecuador al Perú,

dejando en él tribus de algunos de sus grupos o grupos aún no clasificados.

Entre las industrias metalúrgicas del Ecuador la más antigua es la del cobre, luego viene la del oro, anteriores ambas a la conquista incaica. (15, p. 346).

La metalurgia de los Karas carece de muchas formas que existen en la metalurgia de los Kanaric, tales como el hacha de orejas, el hacha de filo semicircular de talón perforado y de orejas, igual forma de cubo, agujas tipo I y II, punzones, sortijas, brazaletes, collares, narigueras, tincullpas lisos, tincullpas zoomorfos, llauto con penacho, cascos cónicos (tiaras), cascos de banda, armaduras (placas), figuras falóideas (sellos), vasos, copas, vasos zoomorfos, conchas, objetos ceremoniales (la trinidad humana y animal de estos objetos tiene analogía con la de las placas pectorales de la región de los Diaguitas, descrita por Lafone-Quevedo (8, p. 321), figuras humanas con diadema, figuras macizas, etc. Es, pues, profunda la diferencia entre la cultura de los Karas y de los Kanaric.

* * *

La única comunidad cultural que existió en el altiplano del Ecuador fué, como se ve por la Arqueología, en la época neolítica. Gentes antillanas y amazónicas, tribus de la gran familia Chibcha fueron seguramente las que trajeron al Ecuador la civilización neolítica. En esta época primitiva no pudo existir en él ningún reino, ya que esta organización social y política en cualquier pueblo está en íntima relación con una civilización más adelantada y no con una en que apenas se salía de la civilización paleolítica, propia de gentes que vivían una vida nómada, expensas a lo que la naturaleza les brindaba por sí misma, como frutas y hierbas comestibles, aves y peces, y animales aún no domesticados, para entrar en una nueva civilización, en que el hombre, mejor dotado de instrumentos, comienza a dominar a la naturaleza, y cultivar la tierra, y domesticar los animales útiles, y teje la lana o el algodón para su vestido.

En la época de la civilización neolítica, la Arqueología y la Lingüística nos revelan cómo en el Ecuador las tribus se establecen en las riberas de sus ríos y en las mesetas de los Andes, de modo firme, y, aisladas, así, unas de otras, evolucionan adquiriendo un tipo propio de cultura, por más que

haya rasgos que les den ligeros toques de analogía, más no de semejanza.

Más tarde, por natural evolución, vienen las confederaciones de tribus, el predominio de las más capacitadas, los movimientos de migraciones y conquistas.

Si algunas tribus en el altiplano ecuatoriano pudieron haber llegado a fundar un reino son únicamente las que ocuparon la región de los Kanaric, o sea los mismos Kanaric, como lo manifiesta su cultura superior y más antigua, junto con los mismos signos reveladores de autoridad regia que se han hallado en sus tumbas, como coronas, hachas ceremoniales, armaduras y mantos de oro.

* * *

Si es difícil, aunque no imposible, averiguar qué gentes poblaron el altiplano del Ecuador en la época paleolítica, no lo es tanto al referirse a la edad neolítica.

Creemos que a la gran familia Arawak cabe atribuirle parte de la difusión de la civilización de tipo Chibcha, no sólo en el Ecuador, sino en el mismo continente suramericano. Solamente así se puede explicar, de modo satisfactorio, que sus formas hayan pasado a las Antillas (Puerto Rico, Santo Domingo, etc.), siguiendo la costa del norte de Sur América y hayan alcanzado la región amazónica (Orinoco, Amazonas) y las vertientes orientales de la cordillera del Este, llegando hasta el Paraguay.

En efecto, la gran familia Arawak dominó en una extensión enorme de América, desde las Antillas mayores y menores, desde la Florida hasta el Paraguay septentrional y desde la costa del Perú hasta la embocadura del Amazonas, al Este. (13, p. 642).

Otra familia a la cual le debe el Ecuador su formación étnica es la Chibcha, que llegó hacia el norte, a la frontera de Costa Rica y de Nicaragua, y hacia el sur, no sólo hasta la latitud de Guayaquil, como afirma Rivet (13, p. 680), sino hasta la misma provincia del Azuay, como hemos demostrado en otro estudio (10). Tribus del mismo origen se encuentran en la vertiente oriental de la cordillera sobre los altos afluentes del Orinoco y el Amazonas. (13, p. 680).

Esta familia es de gran importancia para el Ecuador porque en su clasificación, establecida por Rivet, están comprendidos muchos grupos étnicos del Ecuador, quizá indebidamen-

te. Comprende ella cuatro grupos de dialectos: Talamank-Barbacoa, Dorask-Guaymi, Chibcha-arawak y Páez. El primer grupo comprende los subgrupos Guatuso, Talamank, Kuna y Barbacoa. El subgrupo más importante para la etnología ecuatoriana es el Barbacoa, pues en él pone Rivet a muchas de las tribus históricas del litoral y la sierra del Ecuador. A este subgrupo pertenecen los Barbacoa, que moraban al oeste de las cordilleras en las cuencas de los ríos Patía, Mira, Cayapas y Esmeraldas, y sobre el curso de los ríos Daule, Vinces y Bodegas, hasta el paralelo sur 2°30, cuyos raros sobrevivientes son los Telembí sobre el Patía, los Kuayquer sobre el Mira, los Kayapas sobre el Cayapas, los Colorado (Sakcha, Yumbo) sobre los ríos Esmeraldas, Daule y Vinces y a los cuales une Rivet los Yumbo, quienes viven al este de Pimampiro; —los Kara de la alta meseta interandina desde el Chota, al norte, hasta el paralelo sur 0°31;— los Kixo (indios de la Canela) sobre el alto Napo hasta su confluencia con el Coca y sobre las riberas de este último río, y tal vez los Latungu, quienes vivían al sur de los Kara.

El grupo Páez asimismo es importante, ya que parece que algunos dialectos ecuatorianos estaban emparentados con éste.

* * *

Bien pudiera establecerse ya en la Arqueología ecuatoriana la cronología y sucesión de las culturas prehistóricas de esta nación como una base fundamental de su etnología y para así contrastar los datos de su protohistoria.

La **cultura primitiva** está manifestada por algunos objetos hallados por Seler en Guapán y por Bamps en Quingeo.

La **cultura arcaica**, de origen mejicano, mantenida y difundida por tribus nahuas, caracterizada por sus idolillos modelados, se manifiesta también por numerosos objetos y estilos encontrados en su territorio por Bamps y Ulhe en Quingeo, Incapirca, etc. La cultura arcaica no pasó al Perú desde Méjico, por "migración directa por mar", como cree Ulhe (12, p. 457), sino por migraciones indirectas que pasaron también por el Ecuador y de aquí al Perú: las copas cilíndricas de lados escotados descubiertas en Cuenca por el mismo Ulhe son de ello prueba concluyente. La cultura arcaica es netamente serrana, propia del valle interandino. S. G. Morley sitúa la cultura arcaica de Méjico y de la América Central en el milenio anterior a la era cristiana. La cultura arcaica en la sierra e-

cuatoriana debe haber existido antes de la era cristiana, pues la Protonazca, influida ya por la arcaica, comienza en el 50 D. C., según Ulhe.

Esta cultura, originaria de Méjico, se expande a Centro América, a Colombia, a Venezuela, a las Guayanas y llega al Ecuador y pasa al Perú. Parece que ella propagó el cultivo del maíz y el arte naciente de la cerámica. El modelado se hacía con las manos, pues, aún no se conocía el uso de los moldes. Los dibujos son sencillos y geométricos. La decoración pintada es también común. Escultura típica de esta cultura es la de un hombre desnudo, sentado en cuclillas y las manos en el pecho.

La cultura arcaica es muy posible que haya sido traída al Ecuador por tribus nahuas o por tribus centroamericanas cuyas lenguas tuvieron profunda influencia del nahuatl.

Creemos que en esta época arcaica comienza a formarse en el Sur de Colombia y en el Ecuador la lengua Quechua, como lo demuestra el siguiente cuadro comparativo:

Español	Nahuatl	Quechua
Estar	Ca	Ca (1)
Señores	Tlatoque	Toque (2)
No	Amo	Ama
Espuma	Apozonalotl	Posoko
Brotar, germinar	Eua	Quihua (3)
Casa	Calli	Calpa (4)
Bolsa	Xiquipilli	Quepi (5)
Rayar-dibujar	Huahuana	Yhuana (6)
Negrusco	Yayauhqui	Uqui (7)

(1) Según nuestra opinión no existe en Quechua el presente de infinitivo: para la formación de los modos impersonales y personales de los verbos se añaden a la raíz verbal ciertas terminaciones que para los personales son los pronombres posesivos *y*, *yque*, *n* o *nin*, *nchic*, *ycu*, *yquinchic* y *n* o *ncu* y sus variaciones, como *ca--n--y*, *ca--n--qui*, *ca--n*, etc.

(2) General, jefe.

(3) Hierba.

(4) Casa grande.

(5) Maleta de camino.

(6) Reptil que tiene el cuerpo rayado o manchado.

(7) Pardo, ceniciento.

Manjar	Molli	Amulli (8)
Color obscuro	Yahuitl	Yana
Maíz tostado	Mumuchtli	Mutti (9)
Mano	Macuil	Maqui
Nuestro	No	Nocap (10)

La cultura centroamericana se revela también en la sierra ecuatoriana por numerosos artefactos descubiertos, entre otros, por Festas en Chordeleg y por Jijón y Caamaño en la región de los Puruhaes, cultura epigonal a cuyas variedades este autor ha dado el nombre de Protopansaleo.

Parece que esta marea cultural se verificó por inmigraciones de algunos de los grupos de la familia Chibcha que se pusieron en contacto con pueblos de la América Central.

Las gentes que transmitieron esta cultura de la sierra ecuatoriana a la sierra peruana fueron indudablemente los proto-kanaric, cuya lengua quechua estuvo ya más evolucionada. En otro estudio fuimos nosotros los primeros en manifestar que las terminaciones **si**, **ay** y **cay**, en todas sus variedades, tenían una extensa área de difusión que comienza en la América Central y se extiende hasta la misma Argentina.

Podemos afirmar rotundamente que casi todos los nombres geográficos terminados en **ay** y **cay** de la región Kanaric son propios del dialecto quechua de esta región, perfectamente traducibles, valiéndose de la misma lengua quechua del Cuzco.

Parece que al final de esta cultura sobrevino una nueva inmigración, la de los Yunka, cuyos dialectos contribuyeron a la formación de la lengua de los protokanaric.

La palabra **cay**, tan característica de la región Kanaric, debe significar en la lengua Kanaric río, como ya Wolf lo supuso. En Chimú **ja** significa agua, río; en Tupi **i** significa agua. En quechua hay la palabra **Kayra**, que significa rama de agua, derivada indudablemente del Kanaric **cay**.

Traduzcamos algunos nombres en **cay** para que se vea que son netamente quechuas en la base:

Jo-cay	Quechua:	hoo junco; Río de juncos.
Bachu-cay	Quechua:	pachhu; beber hasta las heces.
Chil-cay	Quechua:	chilchil; Tagetes multiflora.
Alac-cay	Quechua:	Ala; hacer frío.

(8) Bocado.

(9) Maíz cocido.

(10) Mío.

Pal-cay Quechua:	ppallka: llano, plano.
Putu-cay Quechua:	Putu: calabaza.
Moro-cay Quechua:	murú: grano, semilla.
Nara-n-cay Quechua:	nacra: paja gruesa.
Masu-cay Quechua:	masu: murciélago.
Sid-cay Quechua:	siti: animal pequeño, raquitico.
Llama-cay Quechua:	llama: auchenia.
Aya-n-cay Quechua:	aya: muerto.
Alca-cay Quechua:	alka: páramo.
Chaquil-cay Quechua:	chaquil: ovas de hoja menuda.
Ja-cay Quechua:	hac: extraño, forastero, de otra región o familia.
Pichac-cay Quechua:	Pichac: que barre o limpia.
Sul-ca Kanaric:	Sul sul: croton spherocarpus.
Sini-n-cay Quechua:	Sini: zorro.
Serrak-cay Kanaric:	Serrak: Cremanium aspergillare.
Huiqui-cay Quechua:	hueqqe: lágrimas.
Ilun-cay Quechua:	illu: cavar la tierra.
Nushu-n-cay Quechua:	nushu: pájaro de cuerpo amarillo y cuello rojo.
Piru-n-cay Quechua:	piruru: fusaiola o tortero.
Uchuc-cay Quechua:	uchuc: pequeño.
Hasha-cay Quechua:	hasha: quijada, mandíbula.
Shañin-cay Quechua:	Shañin: flor de la campanilla.
Yumac-cay Quechua:	Yumac: que engendra.
Cabu-n-cay Quechua:	hapu: rico.
Sankay Quechua:	samka huasi: cárcel, lugar terrible.

No todos los nombres geográficos del Ecuador terminados en **cay** son del Kanaric; los hay que son simplemente verbales del mismo quechua, como los siguientes:

Nocay Quechua:	nokay: acto de atar cargas.
Pucay Quechua:	pocai: basura, pucay lloclla : avenida de aguas rojas, turbias.
Bulcay Quechua:	Bullcay: resguardo, abrigo.
Juncay Quechua:	Konkay: olvido.

Creemos que esto prueba decisivamente, sin lugar a duda, que, como hemos dicho, la lengua quechua se formó en el sur de Colombia y en el Ecuador.

Antes de la conquista incaica, muchos siglos antes, se hablaron varios dialectos quichuas en el Ecuador. Rivet supone,

y es lo más probable, que muchas tribus del grupo Inka, como los Karas, los Kanchi, los Chumbivilka, los Aymará, los Chanca y tal vez los Kichua mismos hablaron primitivamente el Aymará, y sólo en una época relativamente reciente adoptaron la lengua Kichua (13, p. 668). Esta última aserción parece comprobarse con el hecho histórico de que los Incas conservaban una lengua secreta para su uso privado, lengua que debe ser la aymará, como lo corrobora el mismo nombre del primer Inca que es netamente de esta lengua: **Maa-ank'o-Capacc**.

En los grupos lingüísticos, establecidos por Rivet, de la familia Kichua, cabe modificar el tercero, cambiando su mismo nombre y denominarlo ecuatoriano y poner en él como dialectos el Kiteño, el Kanaric y algún otro.

Los Kanaric son étnicamente Kichuas. Su mismo nombre gentilicio es Kichua. Mucho se ha fantaseado sobre el nombre **Kanaric** buscando etimologías en lenguas extrañas. González Suárez quiere hallarla en el quiché: **Can-ah-ri**: "estos son los de la culebra" (**can** "culebra", **ah** afijo de posesión, **ri** pronombre demostrativo).

En Kichua hay el verbo **Kana** que significa hacer, acontecer, dar una vuelta. Casi todo verbo Kichua forma el reflexivo mediante la adición del sufijo **ri**; debió pues existir el verbo **Kanari** con el significado de "darse una vuelta". **Kanaric** es en consecuencia "el que se da una vuelta", aludiendo al modo de ceñirse los cabellos que tenían los antiguos Kanaric. Cieza de León cuenta:—"Traen los cabellos muy largos, y con ellos dada una vuelta a la cabeza de tal manera que con élla y con una corona que se ponen redonda de palo, tan delgada como haro de cedazo, se ve claramente ser cañares, porque para ser conocidos traen esta señal. Sus mujeres por el consiguiente se precian de traer los cabellos largos y dar otra vuelta con ellos en la cabeza, de tal manera que son tan conocidas como sus maridos". (I, p. 398).

La **cultura centroamericana** es la de mayor importancia para el Ecuador por haber sido la de más extensión en la Sierra, desde donde se expandió al litoral y a la misma región amazónica.

En la misma época de esta cultura se realizan nuevas inmigraciones que traen al Ecuador las de tipo **mayoide** y **sub-mayoide**.

En pos de ésta se presenta la cultura **Yunka** que ha dejado sus huellas en la sierra y en el litoral ecuatorianos no

sólo en las tumbas sino en la toponimia y en las mismas lenguas indígenas, en la lengua Tallana que se hablaba en la colonia.

* * *

A través de estas culturas aparecen otras de menor importancia, propias de inmigraciones de tribus de civilizaciones primitivas.

La familia Tucano o Betoya está representada en el Ecuador por los Pastos y los Ancutenas, uno de cuyos subgrupos, los Imbayas, vivieron en Imbabura, en Pichincha, en Guayas y Los Ríos. Su toponimia se caracteriza por la final *ya*.

La familia Siwora, que acaso procedente de las Antillas, llegó al Ecuador y atravesando la costa y el altiplano, se establece en la región amazónica.

La familia Aymará cuyos representantes serían los Cayapas. La influencia del aymará que tiene el cayapa se pudiera explicar tal vez así agrupándolos en aquélla.

Los numerales *man*, *main* y *pallo*, análogos a los del aymará, nos inducen a creer esto. El mismo nombre Cayapa, de neto origen aymará, **Callapa** "pellejo blanco", (II, II, p. 52) manifiesta que estas tribus eran mezcla de Chibcha y de Aymará.

La familia Tupí-Guaraní, representada por los **Llurimagua**, que habitaron en Imbabura, Pichincha, Chimborazo y parte del Azuay, habiendo penetrado por el Pastaza y el Morona se extendieron a la misma costa, como lo prueba la toponimia de estas regiones: Yanguara, Cuajara, Paramba, Pitura, Timbara, Yacipang, Imbabura, Charapotó, Paute, etc. Traduzcamos sólo este nombre por el dato curioso que encierra. **Pau** "cosa intermedia, intervalo", **ti** "nariz". **Nariz del intervalo** significa Paute. Vamos a comprobarlo del modo más irrefutable con el siguiente pasaje literario: "En ese tiempo se forzaba la entrada por la áspera roca hacia los edenés orientales del Azuay, a través del Tagual. Practicada la senda en su mayor parte, se dió al cabo en una nariz que se inclinaba sobre el río a manera de baluarte formidable" (1). El mismo nombre **guasó** que tenían los caciques de algunas tribus del norte del altiplano ecuatoriano es tupí-guaraní: **guazú** "grande".

La familia **Atallán**, nombre éste con que se designaba la lengua hablada en las llanuras de la costa ecuatoriana, y dada

(1) Remigio Crespo Toral: *La piedra rota*.

por Rivet a los Manta, los Huancavilca, los Puná y los Tumbes. (13, p. 651). De esta familia quizá es preciso descartar a los Huancavilcas (huanca-huillca: nietos de los huanca) por ser éstos tal vez de la misma familia Kickua, del grupo Chinchaysuyo. Y perfectamente se puede considerar a los Atallán como un grupo ecuatoriano de la familia Yunka. Además de las tradiciones que conservaban algunas tribus Yunka de haber procedido del Ecuador, la abundante toponimia de dialectos Yunkas, no sólo en la costa, sino en la misma sierra del Ecuador, lo prueba rotundamente. **Yansun**, **Chonona**, **Chongor Molong** y mil nombres más son netamente de esta familia lingüística.

La familia **Esmeralda**, que vivía en la costa, desde el río Santiago hasta el cabo Pasao y Salango. (1, p. 400).

Los **Esmeraldas** eran comerciantes y marinos; tenían relaciones de comercio con los pueblos de la costa del norte y con los de la sierra ecuatoriana. (5, Dec. I, p. 230; Dec. III, p. 169, 198; Dec. IV p. 174; Dec. V, p. 180).

Creemos que esta familia es una de las mal estudiadas por la etnología y la lingüística ecuatorianas. Parece que los varios grupos de esta familia vivieron no sólo en el litoral sino también en el altiplano del Ecuador y en la misma región amazónica, de donde parece que llegaron a la sierra y a la costa. Se puede afirmar que los **Esmeraldas** fueron gentes amazónicas. Así lo demuestra el siguiente cuadro comparativo:

<u>Español</u>	<u>Esmeralda</u>	<u>Bagua</u>	<u>Sacata</u>	<u>Siwora</u>
Vamos	Naca	Nacxe (1)		
Candela	Chite		Chichace	
Espalda	Taquil			Taquir
Vamos a bañarnos	naca qui- miaja			Quimiár- tazan (2)

Por un estudio lingüístico concerniente a la toponimia de los **Esmeraldas**, se puede dividir esta familia en tres subgrupos: Al primero se le puede dar el nombre de **Homán**, al segundo el de **Tosagua** y al tercero el de **Cara**. Muchas de las

(1) Venacá.

(2) Lavarse las manos.

naciones primitivas de América se creían las únicas dignas de llamarse hombres, y así **Iomane** sería un nombre gentilicio muy adecuado para uno de sus grupos.

Hay una toponimia que hasta ahora no ha sido notada como especial en el Ecuador, de neta facies esmeraldeña, la caracterizada por la terminación **chi**. Esta partícula se halla con tal insistencia en nombres de ríos que no se puede por menos que darle el significado probable de agua o río. Por su unión con palabras esmeraldeñas se nota que es propia de un dialecto de esta familia lingüística, pues en la lengua Esmeralda agua es **uvi** o **uivi**. En las provincias de Esmeraldas, Manabí, Guayas, Los Ríos, Imbabura, Pichincha y León son abundantes estos nombres geográficos, tales como Viche, Calache, Maché, Colonche, Yaguachi, Illuchi, Tuluchi, Carchi, etc., perfectamente traducibles por la lengua Esmeralda.

Otra toponimia, de carácter análogo, se caracteriza por la terminación **gua**, como Bigua, Azingua, Quindigua, Macagua, Caragoa (río de Colombia), etc. que se pueden traducir por medio del Esmeralda o de otras lenguas amazónicas.

Finalmente hay una terminación que distinta de la **quí**, que nos parece propia de un dialecto esmeraldeño y que significa agua. Si analizamos esta frase de lengua esmeralda: **Naca quimiaja**, "vamos a bañarnos", se observa que "naca" significa "vamos", **aja**, según Seler, es el pronombre de la primera persona de plural para el imperativo; resta, pues, en la frase sólo el fonema **quimi**, que ciertamente pudiera derivarse de **qui** "pez"; pero uno de los cronistas de Indias dice que **Quique** significa "agua fría". (II, II, p. 130). Además, en una de las lenguas amazónicas, en la de los indios Llanque, agua se dice "quiet". (II, IV, p. 30). El mismo cronista afirma que **Canque** quiere decir "agua fuerte" (II, III, p. 130). Además, es de observar que la región de Llanque se denominaba también **Lanza** (II, IV, p. II), es decir, la final **que** era sustituida por la final **entza** del Siwora, indudablemente por la igualdad de significado. Nombres como **Caranque**, **Cuaque**, **Quianque**, **Canque**, **Caraque**, **Misoaque**, **Anasque** y muchos otros de las tres regiones ecuatorianas son indudablemente propios de este dialecto.

Con esta breve enumeración no nos referimos a todas las tribus que poblaron y pueblan el litoral, la sierra y la región amazónica del Ecuador, regiones que fueron un verdadero mosaico de los más variados grupos étnicos. Sólo en la última de éstas existían y aún existen los **Ancutenas**, **Cófanos**, **Quixos**,

Zameos, Gayes, Iquitos, Oas, Abijiras, Pinche, Omaguas, Siworas, Patagones, etc., con su variedad de grupos y subgrupos, de lenguas y dialectos, muchos de los cuales tienen nexos étnicos y lingüísticos con las antiguas naciones del Ecuador, probando así, de modo irrefutable, la influencia amazónica en las primitivas culturas ecuatorianas.

* * *

Tócanos ahora investigar a cual de las anteriores familias étnicas pertenecieron los Quitos.

"A estos aposentos tan reales y principales, dice Cieza, llamaban los naturales Quito, por donde la ciudad tomó denominación y nombre del mismo que tenían los antiguos". (I, p. 391). Por lo pronto sabemos mediante este dato que el nombre de **Quito** fué usado ya en época preincáica; de esto que no es posible traducirlo valiéndose del quechua. En esta lengua hay la palabra **Quito** "paloma", como también **quiti** "hueco, provincia, sitio, comarca, contorno, circuito, espacio, anchura", derivada a nuestro parecer de la voz **quí**, que con análogo significado se nota ya en nombres geográficos de Colombia, del Ecuador y de la Argentina, como veremos más adelante. Pero ninguna de estas voces entra en la aglutinación del nombre **Quito**. Creemos nosotros que esta palabra se compone de **qui** y **to**. Corresponde la primera a una de las lenguas que hablaban cerca de Pimampiro y la hallamos en el nombre **qui-que** "agua fría"; la segunda es de la lengua Colorado: **to** "tierra". De modo que **Qui-to** significa "tierra fría". Si se toma en consideración las afinidades que existen entre numerosos grupos lingüísticos, particularmente en los americanos, no se puede por menos que aceptar esta traducción como una de las más probables. Así pues se puede inferir que los **Quito** pertenecían étnica y lingüísticamente al subgrupo Barbacoa de la familia Chibcha.

* * *

¿A qué familia étnica pertenecen los Kara? Sabemos por Cieza que la madre de Atahualpa era natural de Caranqui (I, p. 389). Los cronistas de Indias nos han transmitido unas pocas palabras, con sus traducciones, de dudosa fidelidad, de la lengua o lenguas que se hablaban en Otavalo: Sarancé, Cotacachi, Tuntaqui, Urcoquí, Tumbabiro, Pimampiro, Otavalo...

Por un detenido análisis lingüístico de estas palabras se obtiene el resultado de que parte de ellas pertenecen a distintos y aún diversas lenguas y de que el resto es casi inclasificable. De la lengua cayapa, por sus terminaciones, serían las palabras **Tumbabiro** y **Pimampiro**. **Pilo**, en esta lengua, significa "laguna". **Tuntaqui**, por su final, sería de un dialecto quechua, lo mismo que **Urco-qui**, cuya traducción "hombre de bien", parece un **calembour** de los indios que fueron en este caso **tradittori** y no **traduttori**. Hay en quechua la voz dialectal **ullcu**, ciertamente, con el significado de "varón"; pero también hay la palabra **urko** con el de una variedad de "auchenias" o de "macho de anchenia"; de modo que **urco-qui**, tal como suena el fonema, significa "tierra, región o comarca de auchenias". Aún se puede comprender por qué los indios ocultaron el significado en este caso. Las llamas eran para ellos animales sagrados, quizá totémicos, y bien sabían que los españoles andaban en pos de destruir sus dioses e ídolos, sus wacas y sus totems. La historia colonial refiere en efecto cómo un buen marqués español hizo matar en las faldas del Tunkorahua las postreras anchenias, en medio de los clamores de los indios que miraban atónitos el sacrilegio de los blancos e impetraban venganza para ellos a sus dioses.

Este dato nos revela que entre los indios de Otavalo convocados por el cronista de Indias para escribir la relación de este corregimiento, había quien conocía la lengua quechua. Y realmente Cieza dice: "Al poniente de los aposentos reales de Caranque y de Otavalo están los indios Poritaco, Collaguazo, guancas y cayambes". (I, p. 390).

En las otras voces de la lengua misteriosa de Otavalo hay elementos chibchas y acaso aymarás, como en **Cotacachi** y aún **Kunzas**, como en la misma.

Si nos atenemos al carácter lingüístico del mayor número de ellas tenemos que concluir que una lengua de Otavalo era la Cayapa, que como ya hemos visto, es una lengua híbrida de aymará y de algún dialecto barbacoa.

El nombre de Kara fué quizá puesto por los quechuas conquistadores a los Cayapas —pieles blancas— tal como solían apodar a muchas otras naciones conquistadas.

La dificultad para establecer de modo seguro la lengua de los Karas, lo mismo que su nacionalidad proviene de que en los pueblos del partido de Otavalo se hablaban muchas y diferentes lenguas, pues en cada pueblo se hablaba una. Así muy poco sirven las etimologías dadas por los relatores de In-

días para poder descubrir la distinción de ellas: etimologías que además son sospechosas, como ya las juzgó así Marcos Jiménez de la Espada. (II, III, p. 110-111).

No obstante, se puede afirmar, como hecho probable, que las lenguas que se hablaban en Otavalo, en los primeros años de la colonia, eran, además del quechua cuzqueño, un dialecto quechua caracterizado por la terminación **qui**, igual a **quiti**; la lengua Cayapa, el aymará de los **mitimaes**, un dialecto esmeraldeño, el Ilomán, y alguna otra.

En Carangue y en los pueblos de todo el partido de Otavalo puso Huayna Cápac **mitimaes**. (2, p. 258, 259).

No es posible averiguar qué clase de **mitimaes** serían estos. Los había de tres clases: Indios que eran llevados de las tierras conquistadas o nuevamente sujetadas a otras tierras del imperio; indios que eran llevados del dominio incaico a las tierras conquistadas para que estorbasen cualquiera sublevación; estos eran llevados a tierras de igual clima que el de la que dejaban. Eran muy honrados y privilegiados los de esta clase, la cual se subdividía en varias categorías: **mitimaes** destinados a la agricultura, **mitimaes** destinados a las industrias y **mitimaes** destinados a la milicia, los cuales tenían fortalezas para su defensa. La otra clase de **mitimaes** era la de los colonizadores, los cuales eran llevados a las tierras conquistadas que estaban despobladas. (2, p. 83, 84, 85, 86, 87, 88).

Posible es que los Poritaco y Guancas encontrados por Cieza al poniente de Caranqui hayan sido de este origen.

Además de las razones aducidas, lo que nos induce a creer que los Karas de Otavalo fueron Cayapas es el examen lingüístico de los nombres de los caciques de Otavalo y de otros pueblos comarcanos. Casi todos ellos tienen la terminación **ango** que no es otra palabra que la aymará **anko** "blanco" que fué acaso un título de honor para ellos.

Traduzcamos algunos de estos nombres mitad quechua y mitad aymará:

Cacoango: **cacu** "menudo"; Cahuas-cango: **Kahuac** "centinela, guarda, espía"; Apuango: **apu** "señor grande, juez, superior"; Anrango: **Kanra** "sucio, desaseado"; Cuchungo: **Kocho** "gozoso, alegre, festivo"; Cocoangochica: **Kuku** "angosto-es-pantajo"; **chican** "diferente" Ebatango (Ihuattango, huattango): **huatta** "isla"; Casucango: **Kasuc** "el que quiebra a golpes"; Pizango: **Pisa**, nombre de un arbusto; Cucuguantango (Kuku-guantu- ank'o); **Kuku** "angosto", **huandu** "andas", etc.

Esta terminación **ank'o** de nombres de personas es com-

pletamente distinta de la terminación **ngo** de nombres de lugares, la cual parece que fué corrupción de la forma **nka** de pasivo de futuro por contaminación quizá de un dialecto **yunka**, en que **ngo** significa "de".

Si cabe preguntarse ahora si los caciques del partido de Otavalo eran indígenas del Ecuador o **mitimaes**....

* * *

Los nombres Tontaqui y Urcoqui nos revelan otra lengua que pudo haber sido también la de los Karas, caso de no ser la Cayapa. Esta lengua no es otra que un dialecto quechua, el caracterizado por la terminación **qui**, al cual bien se lo pudiera denominar dialecto Kara.

Nombres geográficos terminados en **qui** se encuentran ya en Colombia como **Andaqui**, nombre de una tribu que vivía en las riberas del Magdalena y del Suasa, particularmente en el valle de San Agustín y actualmente en la vertiente oriental de la cordillera entre los dos ríos Fragua. En el valle de Caragoa, en Colombia, hay el río **Ruminaqui**; en la región de los Moxos, el pueblo de **Siquilanque**; en la Argentina, el valle de **Calchaqui** y luego en Imbabura, Pichincha, en la región amazónica y en otros lugares. Estos nombres son netamente quechuas. **Rumi-nac-qui** "región sin piedras", **seqque-llan-qui** "región de piedras planas de la linde", **Anta-qui** "región del cobre o del tapir", **Kallchac-qui** "región que se enoja"; etc.

Parece, pues, que la formación de la lengua Quechua se verificó en el Sur de Colombia y sobre todo en el Ecuador, en el altiplano, que fué el punto de confluencia de las más variadas inmigraciones procedentes del norte de América y de la Amazonia.

Lenguas uralianas: Cheremisa **Kit**, Votiak **Ki**, Ostiak **Ket** "mano"; lenguas mongólicas: Coreano **manan** "pero", **main** "muy"; japonés **Koyo** "princesa", **amu-uta** "hacer versos, improvisar poesías, escribir poesías", **Kapacu** "poderoso", **Kagaya** "brillante", "reluciente"; Ainú: **an** "ser"; lenguas hiperbóreas: **xun**, sufijo de plural; lenguas caucásicas septentrionales: **nu** "yo"; pabardi: **nap-p'e** "rostro"; Abk haz: **Ch'y** "boca", **ch** "poner"; lenguas Sino-Tibetanas, Tibetanas: **K'on** "llenar", **s'na**, **se-na** "nariz"; Chino: **chan** "largo", **in** "fuerza creadora", **tau** "camino"; lenguas americanas: Iroqués: **co** "cascada", algoniquin: **Kiskishai** "perra", **K'os** "tu padre"; Dakota **huaca** "colocar" **pa-ksa** "romper con la mano", **Ca-ia** "hablar y gri-

tar" Kaska "atar" wa-kaska "yo ato", wa-yusa "yo tomo"; Quiché: ah-ppo "señor, jefe, caudillo"; Choctaus: chuffa "uno"; Hitchi-tees: to-Kay "dos", etc. Todas ellas llegadas en inmigraciones de norte a sur, han contribuido a la lenta formación del quechua y sus dialectos en un período que acaso comprendió un milenio.

Vamos ahora a aducir algunas razones de orden lingüístico para probar nuestra tesis de que la lengua quechua se formó en el altiplano del Ecuador.

El quechua del Cuzco tiene un gran porcentaje de voces de origen aymará, porcentaje que se reduce al mínimo en el quechua ecuatoriano. Si éste fuera de origen peruano tuviera igual porcentaje.

El sistema fonético del quechua ecuatoriano es de carácter más primitivo que el del quechua peruano. Las vocales del primero no son sino a, i, u.

La s inicial de muchas palabras del quechua ecuatoriano se transforma en h en el quechua peruano. La s, dice Meillet, está sujeta a transformarse en h, pero no la h en s (9, p. 47, 49).

Si el quechua ecuatoriano fuera una lengua aprendida durante la dominación incaica no tendría la unidad que tiene. "Una población que aprende una lengua nueva, dice Meillet, tiende a menudo a introducir en esta lengua cambios más graves que una población que continúa su uso antiguo". (9, p. 107). Más elementos **emprestados** tiene el quechua peruano que el ecuatoriano.

"Para que una lengua se generalice, es necesario y suficiente que sirva de soporte a una civilización". (9, p. 118). El imperio incaico no transformó la civilización de los pueblos conquistados ni llevó a ellos una nueva y verdadera civilización. Así, en la misma sierra y costa peruanas, volvieron a usarse con pujanza las lenguas autóctonas de cada región, cuando cayó el imperio.

Se ve, pues, que no sólo el origen de las civilizaciones peruanas, como sostienen Verneau, Rivet, Jijón y otros, está en el Ecuador y en las naciones del norte de ésta, sino el origen mismo del quechua y del yunka, como también de estos pueblos mismos.

Hora es de contemplar las antiguas civilizaciones ecuatorianas a la luz de estas nuevas doctrinas científicas e investigar la autoctonía de gran parte de ellas, descartando sobre todo la influencia de las peruanas que es pequeña.

A muchos monumentos ecuatorianos, como el de Callo, el

de Incapirca, se los considera indebidamente como incaicos. Son productos de un arte, de una técnica distintas de las incaicas, anteriores a la conquista de los reyes del Tahuantinsuyo.

"Estamos convencidos, terminaremos con Verneau y Rivet, que el Perú ha tomado de la cultura ecuatoriana más que el Ecuador de la peruana". (13, p. XI).

BIBLIOGRAFIA

- 1.—Cieza de León (Pedro de).— *Crónica del Perú*. Biblioteca de autores españoles, t. XXVI: *Historiadores primitivos de Indias*, t. II, Madrid, 1853, in 8º.
- 2.—Cieza de León (Pedro de).— *Segunda parte de la crónica del Perú, que trata del Señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación*. Biblioteca hispano-ultramarina. Madrid, t. V, 1880, in 8º.
- 3.—Clavijero (Francisco Saverio).— *Historia antigua de Méjico*, Londres, t. I, 1826, in 8º.
- 4.—Gómara (Francisco López de).— *Primera parte de la historia general de las Indias*. Biblioteca de autores españoles, t. XXII, *Historiadores primitivos de Indias*, t. I, Madrid, 1852, in 8º.
- 5.—Herrera (Antonio de).— *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del mar Océano*, escrita por Antonio de Herrera, Cronista Mayor de su Majestad de las Indias y Conquista de Castilla y León.—Madrid 1º vol. Dec. V, 1728. in 4.
- 6.—Jerez (Francisco de).— *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla, conquistada por Francisco Pizarro*.— Biblioteca de autores españoles t. XXVI: *Historiadores primitivos de Indias*, t. II, Madrid, 1853, in 8º.
- 7.—Lobato (Juan G. N.).— *Arte y Diccionario Quechua-español, corregido y aumentado por los RR. PP. Redentoristas al que en 1608 publicó el Rvdo. P. Diego González de Holguín S. J., en esta ciudad de los Reyes*.— Lima, 1901, in 8º.
- 8.—Levillier (Roberto).— *Nueva Crónica de la conquista del Tucumán*, documentada en los archivos de Sevilla y de Lima y en XXIV volúmenes de publicaciones históricas de las bibliotecas del congreso argentino editadas o en vías de editarse bajo la dirección del autor precedida de un ensayo sobre los tiempos prehispánicos. t. I, 3ª ed. Madrid, 1927, in 8º.
- 9.—Meillet (A.).— *Linguistique historique et Linguistique générale*.

Collection linguistique publié par la Société de Linguistique de Paris.—VIII.— Deuxième édition, Paris, 1926, in 8°.

- 10.—Moreno Mora (M.).— Contribución al estudio de la lingüística y etnología cañaris.— América latina, t. II. Cuenca 1924, in 8°.
- 11.—Relaciones geográficas de Indias (publicadas por el Ministerio de Fomento y editadas por Marcos Jiménez de la Espada).— Madrid, 4. vol., t. I, 1881; t. II, 1885; t. III-IV, 1897, in 4°.
- 12.—Ulhe (Max).— Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas. Boletín de la Sociedad ecuatoriana de Estudios históricos americanos. Vol. IV, Nº 12. Quito, 1920.
- 13.—Un groupe de linguistes (sous la Direction de Meillet et Marcel Cohen).— Les langues du Monde. Paris 1924, in 8°.
- 14.—Velasco (Juan de).— Historia del Reino de Quito en la América meridional. Quito, 3 vol. 1841-1844, in 8°.
- 15.—Verneau (R.) y Rivet (P.).—(Etnographie ancienne de l'Equateur Mission du Service Geographique de l'armée por la mesure d'un arc de meridiem équatorial en Amérique du Sud, 1899-1906. Paris, t. VI, fasc. I, 1912; fasc. II, 1922.
- 16.—Zárate (Agustín de).— Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú. Biblioteca de autores españoles, t. XXVI, Historiadores primitivos de Indias, t. I, Madrid 1853, in 8°.

EL CICLO DE LOS CONQUISTADORES

OSCAR EFREN REYES

El 25 de setiembre del año de 1513, Vasco Núñez de Balboa descubría, desde una altura del istmo de Panamá, el Gran Océano. Los indios le hablaron de tierras distantes y ricas de oro que se dilataban por el sur.

Desde entonces, comienzan las empresas expedicionarias por las costas occidentales de América, navegando por el Océano Pacífico. El primero en organizarla es, naturalmente, Vasco Núñez de Balboa. Pero la envidia rencorosa del Gobernador Pedrarias Dávila obstaculizó la empresa. Y aún más: mató al autor de ella, el descubridor del Océano Pacífico.

Vinieron después tentativas diversas, y siempre con mala suerte. Los vientos contrarios, las tempestades en el mar, la falta de viveres, las costas malsanas e inhospitalarias o la ferocidad de los indios, descorazonaban y vencían a los primeros exploradores.

FRANCISCO PIZARRO EN EL IMPERIO DE LOS INCAS

Francisco Pizarro, un español de rara energía, avecindado en la colonia de Panamá, concibió, de acuerdo con Diego de Almagro, llegar a ese país imposible, "el país del Inga, más allá del Birú", según indicaban los aborígenes panameños. (1524).

Después de algunas exploraciones, llenas de sorpresas, pe-

nalidades y episodios angustiosos, Pizarro llegó al Tahuantinsuyo, a tiempo que éste se desmoronaba por la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa.

Huáscar fué vencido y ejecutado por orden que diera, según algunos historiógrafos, su propio hermano Atahualpa. En manos de éste cayó, pues, por la decisión de las armas, el gran imperio socialista.

En estas circunstancias, Pizarro llegó a Cajamarca. Audazmente procuró una entrevista con Atahualpa, y, con su pequeño destacamento de españoles, capturó al inca todopoderoso, en medio del estupor general de los indios. Era el 16 de noviembre de 1532. Unos pocos generales de Quito, de los que acababan de triunfar con Atahualpa sobre las fuerzas de Huáscar, abandonaron, sin embargo, prestamente el Cuzco y retornaron a su territorio para organizar la defensa heroica contra la hueste extranjera.

Diez meses tuvo Pizarro preso a Atahualpa. Durante este tiempo había obtenido de él, a guisa de un supuesto rescate, una cantidad fabulosa de oro y plata, y le había sometido a un proceso, por fratricida, conspirador, polígamo e idólatra...

Para condenarlo, se recurrió, villanamente, a todo pretexto. Hasta que el 29 de agosto de 1533, Pizarro lo hizo ejecutar en la plaza de Cajamarca, por exigencia febril de sus compañeros y, singularmente, de Almagro.

Francisco Pizarro quedó, por esta hazaña, de jefe nato de lo que fuera el Tahuantinsuyo. En seguida se dedicó a fundar ciudades y sentar las bases económicas de la nueva existencia, renovando y sistematizando la agricultura, estableciendo industrias, etc.

TIERRA ECUATORIANA

Francisco Pizarro, jefe de la conquista del Perú con toda su actividad no fué, sin embargo, ni el primer explorador europeo ni el conquistador directo del Chinchasuyo, cuyos principales centros de población fueran el Tumibamba y el Quito.

El español que por primera vez pisó tierra ecuatoriana fué Bartolomé Ruiz, el célebre piloto de Francisco Pizarro. Era el 21 de setiembre de 1526, día en que fondeara con su canoa en la bahía que él denominara de San Mateo, en Esmeraldas.

Luego pasó frente a las costas de Manabí, tratando con los asombrados indios, averiguando y observando. En una ma-

fiana, despejada y serenísima, vió, hacia el SE, rutilar algo como una inmensa mole de plata, bajo la maravilla de un cielo azul sin límites: era el Chimborazo.

Otro día capturó una pequeña embarcación, de forma no vista hasta entonces por él en los mares de Indias; pues que venía a vela desplegada. Sus pilotos eran aborígenes —aborígenes del Túmbez,— y traían, para el intercambio con mercancías esmeraldeñas o manabitas, bellos tejidos, algunos cántaros y adornos de oro y "uno como balancín", quizás para pesar piedras preciosas...

Ruiz inquirió algo a los tumbecinos acerca del Inga; tomó unas pocas muestras y retornó a San Juan, donde quedara Pizarro, para contarle cuanto había visto.

Era la primera exploración. El Ecuador estaba descubierta. La conquista de sus pueblos vendrá, propiamente, unos 8 años después, una vez muerto Atahualpa, tomado el Cuzco por Francisco Pizarro y ya casi disuelto y extinguido el Imperio de los Incas....

SEBASTIAN DE BELALCAZAR, EL CONQUISTADOR

El conquistador de los pueblos aborígenes del Ecuador fué Sebastián de Belalcázar.

También fué el organizador de los primeros centros de población española en el territorio recientemente conquistado. Organizó las ciudades y organizó la vida rural. En todo puso la celeridad, la dinamia y el ímpetu que caracterizaron siempre su obra de colonizador, desde Nicaragua hasta Colombia.

Naciera Sebastián de Moyano —pues éste fuera su verdadero apellido,— en el pueblo de Belalcázar, de España. Su primer oficio, leñador. Un día, yendo por camino fangoso, se le atascó el burro en que conducía la leña, y exasperado le dió de palos, para levantarlo. El burro no se levantó nunca: había muerto.

Temiendo, por este hecho casual, un castigo de su hermano mayor, a cuyas órdenes trabajaba, Moyano huyó de Belalcázar para siempre. A tiempo se organizaba en Sevilla una expedición para las Indias, como entonces se llamaba a América, y él se alistó en ella. Vino con el Gobernador Pedrarias Dávila a Panamá. Aquí se distinguió el mozo por su espíritu de empresa, su actividad y rara energía. Una noche vieron los

españoles de la colonia de Panamá brillar a lo lejos, en la montaña distante, unas luces. Debía de ser aquello o un pueblo de indios o una perdida expedición española. La curiosidad de los colonos era muy viva; pero nadie quiso aventurarse en un reconocimiento. Sebastián de Belalcázar, sin embargo, promovió la locura, y pocos minutos después, con un puñado de audaces, se perdía en la obscuridad de la selva tropical, rumbo a las señales misteriosas. Al día siguiente Belalcázar asombraba a los colonos con el retorno y una buena cantidad de oro, recogida de aquel pueblo indígena distante, cuyas luces les inquietaron en la anterior noche.

Por sus cualidades adquirió pronto relieve entre sus compañeros del istmo. Marchó a la conquista de Nicaragua, y al fundarse la ciudad de León recibió el nombramiento de Alcalde.

En estas funciones se encontraba cuando comenzó a hablarse en Panamá del contrato entre Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque, para conquistar, por su cuenta, "el país del Inga, más allá del Birú", fantásticamente famoso. Diego de Almagro era compadre de Belalcázar, y no tardó en invitarlo para la aventura.

Cuando Belalcázar vió que las exploraciones de sus amigos no habían sido infructuosas, y que ya se iniciaba la conquista de aquel "Birú", decidió abandonar a Nicaragua. Cedió los repartimientos que ahí había adquirido, vendió algo, y con el producto de estas operaciones y un poco de plata y oro ahorrados adquirió un barquichuelo y seis caballos y con este contingente salió en busca de sus amigos. Los alcanzó, según parece, por las costas de Manabí, y con ellos estuvo ya en Puná, donde tomó parte en la gran batalla con los isleños. Luego ascendió la cordillera y participó de las emociones de Cajamarca, en noviembre de 1532.

Como Francisco Pizarro dejara en la costa una ciudad fundada —la ciudad de San Miguel de Tangarara,— nombró a Belalcázar Teniente de Gobernador en ese punto estratégico.

LA EXPEDICION A QUITO

Desempeñaba este cargo Belalcázar cuando llegó a sus oídos una denuncia: un tal Juan Fernández, de los españoles que se retiraran de los destacamentos de Francisco Pizarro a raíz del reparto del botín arrancado a Atahualpa, había ido a Gua-

temala y contado a su Gobernador, don Pedro de Alvarado, algo acerca de las riquezas increíbles del país del Inga, del rescate de Atahualpa, de las doscientas cargas de oro y veinticinco de plata que viera entrar en el memorable 13 de junio de 1533 en Cajamarca y, en fin, de aquellos seis meses fantásticos —de enero a junio de aquel año,— en que los caminos del Imperio de los Incas no fueran sino un hormigüear de indios cargados de oro... Y había hablado de que, aún así, quedaba una tierra por conquistarse —la del Quito, al norte del Cuzco.

Don Pedro de Alvarado, frenéticamente ambicioso, sintiera vértigos con el relato. En seguida armó una expedición —la más formidable que hasta entonces se viera en aguas del Pacífico,— y con doce embarcaciones construidas o adquiridas por él y dos arrebatadas violentamente a un amigo de Pizarro, y 500 españoles, inclusive mujeres, y unos dos mil indios quichés salió rumbo al Quito, para conquistarlo...

Sebastián de Belalcázar no vaciló: decidió adelantarse al expedicionario.

En seguida se puso al trabajo. Reunió mantenimientos y hombres; compró los caballos que pudo. En aquellos tiempos un caballo costaba alrededor de 1.000 pesos. Los 80 que consiguió Belalcázar para la expedición de Quito constituían, pues, una fortuna.

A la vanguardia del destacamento irían las ovejas y los cerdos, para que la carne no faltase durante el viaje. También el cerdo constituía un capital; pues que cada lechoncillo, aún en el vientre de la madre, como apunta Cieza de León, se compraba en aquellos tiempos en 10 pesos. Una vez, el propio Belalcázar, para obsequiar con un banquete a un amigo, pagara por una puerca 1,600 pesos...

Organizada previsivamente la marcha, Belalcázar, sin comunicar siquiera su decisión a Francisco Pizarro, tomó rumbo al NE.

Su destacamento se componía, en totalidad, de 200 hombres: pocos compañeros, en verdad, para una empresa de tan grandes proporciones como la conquista de una tierra que ya se sabía belicosa.

LA RESISTENCIA INDIGENA

Allá, en Quito, organizaba la defensa de la patria Rumiñahui. Este había visto caer a Atahualpa en manos de Pizarro, y sin titubear —mientras el poderío incaico se rendía sin heroicidad alguna,— emprendió el retorno a Quito, con 5.000 guerreros. Le disgustó la mansedumbre de Atahualpa ante la insolencia de los extranjeros. Le hirió la cobardía cómplice de las chusmas, conformadas o traidoras.

Rumiñahui se sintió dispuesto a la batalla: la daría con todos sus recursos y sin cuartel. Hombre audaz y valeroso, partió al norte para asumir poderes dictatoriales. Llamó a los pueblos a la defensa de la raza. A los pueblos que no acudieron al llamamiento, los escarmentó con cruel energía; pues advirtió el inmenso peligro que significaban para la defensa aquellos enemigos interiores.

Otros generales quiteños, como Rumiñahui, preparaban también la reacción, dentro del propio Collasuyo: Quisquis, Calicuchima... A Quisquis le asesinó un inca traidor. A Calacuchima le quemaron vivo los españoles.

Rumiñahui, al conocer por sus espías, que Sebastián de Belalcázar había salido de San Miguel, rápidamente despachó una avanzada al mando del capitán Chiaquitinta, "del linaje de los Ingas", hacia la tierra de los paltas. Por ahí se encontraron con los primeros jinetes españoles: ver Chiaquitinta a los caballos y huir despavorido, todo fué uno.

Belalcázar acercábase a Tomebamba, cuando recibió una comisión de cañaris, que venía a ofrecerle su amistad y ayuda para la marcha sobre Quito. Los cañaris odiaban mortalmente a los soldados de Rumiñahui y a este mismo, por sus violentas represiones al pasar al Perú para aplastar a Huáscar y al regresar a Quito para resistir a los españoles.

El cacique cañari contribuyó a la campaña con maíz y "charqui", le dió a Belalcázar un croquis de las provincias del norte y del camino que debían seguir y puso a sus órdenes como 11.000 guerreros. Para avivar la codicia de los europeos, se les informó también que en Quito estaba el oro de Atahualpa en cantidades fabulosas...

Así emprendió su marcha arrolladora Sebastián de Belalcázar. Los indios se aterrorizaban con los caballos y con el fognazo y el estampido de los arcabuces. Estos venían a ser, pues, los principales auxiliares de la campaña. Aparte de las

defecciones en el ejército de Rumiñahui y de la traición constante entre los mismos aborígenes.

Rumiñahui, no obstante, llegó a contar como con 12.000 hombres. Le ayudaban varios héroes: Zopozopangui, Nina, Razo-Razo, Quingalumba... En Llactacunga organizaba sus fuerzas el cacique Tucomango, y en el valle de los Chilllos, su jefe Quimbalemo. Legión de bravos, aunque en minoría, en medio de pueblos supersticiosos y sin unidad, desvinculados por la anterior política de las deportaciones colectivas y por los odios mutuos y la entremezcla de los "mitimaes", que les restaban todo entendimiento rápido.

El gran encuentro se produjo, al fin: en los campos de Tiocajas. Los 12.000 combatientes de Rumiñahui tuvieron que sostener la batalla con los 11.000 cañaris y los 200 españoles, que, con sus caballos veloces y sus arcabuces, con su táctica militar, disciplina y defensas de acero equivalían a otros once mil... Los indios peleaban en masas cerradas, casi desnudos y con piedras y estacas. Hubo momento, sin embargo, en que el destacamento español se sintió vencido: sus hombres imploraron a gritos el auxilio del cielo, creyentes como eran, y pensaron ya en lo inevitable de su tragedia. Aquellas falanjes de indios valerosos no temían ni el arcabuz ni el cañón ni el caballo, y guerreaban con ímpetu de tigres, gritando por la patria, en medio del estruendo de las armas extranjeras, y viendo caer a sus compañeros por centenares.

La noche salvó a los españoles. La traición, en tanto, tuvo tiempo para facilitarles su marcha hacia adelante, indicándoles los peligros, señalándoles los caminos...

A tiempo, sobrevino la erupción del Tungurahua —la de julio de 134.— y muchísimos indios, viendo en ella una expresión de divino enojo, el anuncio de una fatalidad o una tragedia, se desbandaron espantados.

Rumiñahui, en su retirada, fué incendiando las chozas de Mocha y de Llactacunga y ejecutando traidores o cobardes. Ejecutó a las mujeres del serrallo del Inca, a las vírgenes del Sol y a los "principes" ingas, gente tímida toda. Luego quitó los adornos y los ídolos de plata y oro de los adoratorios, y los escondió, para castigar la codicia de los extranjeros.

Belalcázar avanzó con celeridad de huracán hasta Quito, y de aquí a Quinche, a Cayambi y a Caranqui, buscando oro por los cementerios y los templos. El adoratorio de Caranqui tenía las paredes tapizadas con láminas de plata. Un indio del

pueblo entregó a Belalcázar también 11 cántaros grandes de plata y 13 de oro purísimo...

Regresó a Quito. Para resistir el asedio incansable de las huestes de Tucomango y Quimbalembó, los caciques de Llacatunga y Chillo, concentrados para secundar a Rumiñahui en la campaña.

LA PRIMERA CIUDAD

Hasta que, de repente, Belalcázar recibió una noticia: de Liribamba, pueblo de los puruháes le llamaba perentoriamente un español que acababa de llegar, con un destacamento de gente nueva. Este era don Diego de Almagro, compadre de Belalcázar, a quien le venía a pedir explicaciones de su conducta por haber abandonado intempestivamente la Tenencia de San Miguel y marchado a la conquista de Quito, sin el conocimiento ni la autorización de Francisco Pizarro, jefe de todos ellos.

Belalcázar obedeció. Ante su compadre Almagro dió las explicaciones necesarias y, una vez de acuerdo, prosiguieron juntos la conquista rápida de estas tierras, ya que la llegada de don Pedro de Alvarado era inminente.

El 15 de agosto de ese año de 1834 fundaron, con el sitio de Cicalpa, cerca de la laguna de Colta, una ciudad: la de Santiago de Quito, con su Cabildo de soldados y sus 60 "vecinos", nombrados de la gente de Almagro y Belalcázar que manifestó deseos de quedarse. Fundación oportunísima ésa, porque apenas unos cinco días después ya Diego de Almagro y Sebastián de Belalcázar, con sus fuerzas —que no llegaban, unidas, a 250 guerreros,— se encontraban frente a frente con don Pedro de Alvarado y sus numerosos hombres, que venían también tras de las riquezas "del Quito".

LA RUTA DE DON PEDRO DE ALVARADO

El Gobernador de Guatemala, con sus 14 embarcaciones, sus 500 españoles y sus 2.000 indios quichés, había llegado frente a las costas de Manabí.

Desembarcó en Bahía de Caráquez.

Dejando una breve guarnición, tomó rumbo inmediata-

mente para el interior del país. Confiado a la buena fe y a la pericia de algún nativo, se introdujo en plena selva tropical. A poco, el guía nativo se escabulló por los bosques, y la exploración tuvo que realizarse mediante conjeturas y cálculos.

Alvarado caminaba con dirección SE y parece que llegó hasta el curso superior del Daule. De aquí siguió, resueltamente hacia el este, perdiéndose en la inmensidad de la selva milenaria. Todo fué hostil para la expedición: el clima feroz, los pantanos, las víboras, los bichos, la vegetación implacablemente cerrada, la naturaleza inhospitalaria y cruel. Faltaron los alimentos; el calor terrible excitaba la sed, y el agua murmuraba muy lejos o al fondo de quebradas profundas, que parecían más bien abismos.

En el tránsito iban quedando indios desfallecidos o muertos, cadáveres de hombres y mujeres de España.

Abriéndose camino con machetes y sables, llegaron los exploradores, por fin, a la Cordillera. Si la ruta de la selva fué infeliz, el ascenso a los Andes constituyó una verdadera tragedia. La fatiga, la desventura imponderable del cuerpo y del espíritu, las enfermedades y el hambre iban señalando la ruta con esqueletos humanos. Los españoles comieron por ahí las monturas y los correajes de sus caballos. Luego, a los caballos mismos y a los perros.

El oro y las esmeraldas y la plata recogidos, como frutos inapreciables de conquista, allá, en México o en Guatemala, llegaron a despreciarse y a tenerse en menos que el riñón sabroso de un can. Las armas, principalmente los arcabuces, se echaron lejos, como peso muerto, para marchar con menos dolor.

Y fueron a dar en los páramos fríos e inclementes de la serranía. Desorientados, y como empujados por una mano fatal, tomaron direcciones desventuradas, y tuvieron que pasar por entre el Quispicacha, el Casahuala y el Sagoatoa, de la cordillera occidental de la actual Provincia de Tungurahua, que los viajeros denominaron "puertos nevados". Indios, negros y blancos se diezmaron en este paso. Muchos quedaron ciegos, por el efecto de la reflexión de la luz sobre la nieve.

Así llegó Alvarado hasta los poblados indígenas de Quisapincha, cerca de Ambato. Al revisar su ejército, se encontró con que propiamente se trataba ya de una hueste de fantasmas, desmedrados, indefensos y tristes. Desde la selva tropical hasta los "nevados", se habían perdido para siempre como unos 85 españoles y unos 1.000 indios y un número crecido de

caballos, que los hambrientos mataran a cuchilladas, "con valer cada uno de ellos cuatro y cinco mil castellanos", según Zárate.

Y sobre estas desgracias, la final: el territorio estaba ya ocupado. Los soldados de Francisco Pizarro, dirigidos por Sebastián de Belalcázar, habían pasado y repasado por esos caminos. Y habían fundado, con Diego de Almagro, una ciudad, cerca de la laguna de Colta. Y no habían dejado ya ni una lámina de oro qué recoger.

Hubo el encuentro inevitable. El choque armado pareció inminente. Pero se impuso el instinto de la propia conservación entre aquellos hombres extraordinarios y se establecieron conferencias sagaces. Rodeados de aborígenes hostiles, que defendían su patrio suelo con toda energía, Almagro y Alvarado prefirieron, razonablemente, una transacción amigable antes que una guerra civil. Alvarado se retiraría del territorio, previa una indemnización de 100.000 pesos, por gastos efectuados en la desastrosa expedición, y los barquichuelos y caballos sobrantes de Alvarado pasarían a Pizarro... El 26 de agosto de 1534 se firmaba, en efecto, el contrato respectivo entre Diego de Almagro y Pedro de Alvarado, ahí en la llanura de Cicalpa, o sea, en la "ciudad de Santiago de Quito", ante el Escribano Domingo de la Presa, y por ese contrato quedaban libres los capitanes de Pizarro para seguir con la conquista de los pueblos del Quito, y, por otra parte, se liquidaba totalmente la expedición organizada en Guatemala.

Varios de los hombres de Alvarado se pasaron a las filas de Almagro y Belalcázar. Entre ellos, por desgracia, algunos cuyas armas se encontraban, criminalmente, aún tintas con la sangre de los héroes de Guatemala y México.

Es preciso citar por lo menos a dos: a Juan de Rada y Juan de Ampudia, hombres valientes, crueles y asesinos. Aquel Rada, capitaneando una turba de facinerosos, matará unos 7 años después, a Francisco Pizarro, en su propio palacio de Lima; y Ampudia será uno de los más sanguinarios colaboradores, no ya sólo en la pacificación de la tierra conquistada, sino en la persecución y en el martirio inútil de caciques indefensos.

mente para el interior del país. Confiado a la buena fe y a la pericia de algún nativo, se introdujo en plena selva tropical. A poco, el guía nativo se escabulló por los bosques, y la exploración tuvo que realizarse mediante conjeturas y cálculos.

Alvarado caminaba con dirección SE y parece que llegó hasta el curso superior del Daule. De aquí siguió, resueltamente hacia el este, perdiéndose en la inmensidad de la selva milenaria. Todo fué hostil para la expedición: el clima feroz, los pantanos, las víboras, los bichos, la vegetación implacablemente cerrada, la naturaleza inhospitalaria y cruel. Faltaron los alimentos; el calor terrible excitaba la sed, y el agua murmuraba muy lejos o al fondo de quebradas profundas, que parecían más bien abismos.

En el tránsito iban quedando indios desfallecidos o muertos, cadáveres de hombres y mujeres de España.

Abriéndose camino con machetes y sables, llegaron los exploradores, por fin, a la Cordillera. Si la ruta de la selva fué infeliz, el ascenso a los Andes constituyó una verdadera tragedia. La fatiga, la desventura imponderable del cuerpo y del espíritu, las enfermedades y el hambre iban señalando la ruta con esqueletos humanos. Los españoles comieron por ahí las monturas y los correajes de sus caballos. Luego, a los caballos mismos y a los perros.

El oro y las esmeraldas y la plata recogidos, como frutos inapreciables de conquista, allá, en México o en Guatemala, llegaron a despreciarse y a tenerse en menos que el riñón sabroso de un can. Las armas, principalmente los arcabuces, se echaron lejos, como peso muerto, para marchar con menos dolor.

Y fueron a dar en los páramos frígidos e inclementes de la serranía. Desorientados, y como empujados por una mano fatal, tomaron direcciones desventuradas, y tuvieron que pasar por entre el Quispicacha, el Casahuala y el Sagoatoa, de la cordillera occidental de la actual Provincia de Tungurahua, que los viajeros denominaron "puertos nevados". Indios, negros y blancos se diezmaron en este paso. Muchos quedaron ciegos, por el efecto de la reflexión de la luz sobre la nieve.

Así llegó Alvarado hasta los poblados indígenas de Quisapincha, cerca de Ambato. Al revisar su ejército, se encontró con que propiamente se trataba ya de una hueste de fantasmas, desmedrados, indefensos y tristes. Desde la selva tropical hasta los "nevados", se habían perdido para siempre como unos 85 españoles y unos 1.000 indios y un número crecido de

caballos, que los hambrientos mataran a cuchilladas, "con valer cada uno de ellos cuatro y cinco mil castellanos", según Zárate.

Y sobre estas desgracias, la final: el territorio estaba ya ocupado. Los soldados de Francisco Pizarro, dirigidos por Sebastián de Belalcázar, habían pasado y repasado por esos caminos. Y habían fundado, con Diego de Almagro, una ciudad, cerca de la laguna de Colta. Y no habían dejado ya ni una lámina de oro qué recoger.

Hubo el encuentro inevitable. El choque armado pareció inminente. Pero se impuso el instinto de la propia conservación entre aquellos hombres extraordinarios y se establecieron conferencias sagaces. Rodeados de aborígenes hostiles, que defendían su patrio suelo con toda energía, Almagro y Alvarado prefirieron, razonablemente, una transacción amigable antes que una guerra civil. Alvarado se retiraría del territorio, previa una indemnización de 100.000 pesos, por gastos efectuados en la desastrosa expedición, y los barquichuelos y caballos sobrantes de Alvarado pasarían a Pizarro... El 26 de agosto de 1534 se firmaba, en efecto, el contrato respectivo entre Diego de Almagro y Pedro de Alvarado, ahí en la llanura de Cicalpa, o sea, en la "ciudad de Santiago de Quito", ante el Escribano Domingo de la Presa, y por ese contrato quedaban libres los capitanes de Pizarro para seguir con la conquista de los pueblos del Quito, y, por otra parte, se liquidaba totalmente la expedición organizada en Guatemala.

Varios de los hombres de Alvarado se pasaron a las filas de Almagro y Belalcázar. Entre ellos, por desgracia, algunos cuyas armas se encontraban, criminalmente, aún tintas con la sangre de los héroes de Guatemala y México.

Es preciso citar por lo menos a dos: a Juan de Rada y Juan de Ampudia, hombres valientes, crueles y asesinos. Aquel Rada, capitaneando una turba de facinerosos, matará unos 7 años después, a Francisco Pizarro, en su propio palacio de Lima; y Ampudia será uno de los más sanguinarios colaboradores, no ya sólo en la pacificación de la tierra conquistada, sino en la persecución y en el martirio inútil de caciques indefensos.

LA FUNDACION DE SAN FRANCISCO DE QUITO

Las negociaciones con don Pedro de Alvarado —quien debía partir juntamente con Almagro al Perú para recibir sus cien mil pesos,— dejaron en plena libertad a los conquistadores de Quito para proseguir en su campaña, sometiendo a los aborígenes y estableciendo poblaciones.

Antes de partir quiso Almagro sentar un acta de nueva fundación. Y desde aquella propia llanura de Cicalpa, o "ciudad de Santiago de Quito", en donde acababa de suscribir el contrato de transacción con Alvarado, decidió fundar la "Villa de San Francisco de Quito", en el sitio indicado por Sebastián de Belalcázar como "población principal de los Ingas".

Sentóse el acta el día 28 de Agosto de 1534. La autorizó el escribano Gonzalo Díaz.

Nombró Almagro, en seguida, los principales funcionarios de lo que sería el Cabildo de la Villa de San Francisco. Designó también a Sebastián de Belalcázar Teniente de Gobernador de Quito, quien debía terminar la conquista y hacer efectivas todas aquellas fundaciones nominales de Almagro. Luego partió al Perú.

Ahora Belalcázar seguía batiéndose con los indios. Esta ocupación le llevó algunos meses, y sólo el 6 de diciembre de 1534 entraba, por segunda vez, al centro de la población principal de los Ingas, ya para realizar aquella fundación de la "Villa de San Francisco de Quito".

Las principales edificaciones incaicas habían sido demolidas o incendiadas. No quedaron ni adoratorios ni residencias del Inca. En su retirada, Rumiñahui iba destruyéndolo todo, a fin de que el enemigo no encontrase ni el oro codiciado ni fácil albergue.

Belalcázar, en aquella propia mañana del 6 de diciembre, procedió a la designación precisa del lugar de la ciudad, al norte de dos quebradas profundas, que facilitarían la defensa contra el asedio de los indios irreductibles —quebradas hoy rellenas y que han quedado al centro de la ciudad;— repartió los solares entre quienes quisieron ser los primeros vecinos; indicó el sitio de la plaza pública, el de la Casa del Cabildo y el de la iglesia, e inició la vida municipal, presidiendo su primera sesión e incitando a alcaldes y regidores al cumplimiento exacto del deber "por manera que esta dicha villa fuese bien



SEBASTIAN DE BENALCAZAR
en la fundación de San Francisco de Quito

regida e la justicia de su Magestad en ella administrada, so pena de quinientos pesos de oro para la Cámara de Su Magestad, además de otras penas en derecho establecidas"...

A la cabeza de los nuevos vecinos se hizo inscribir, ante el Escribano Gonzalo Díaz, Sebastián de Belalcázar. Con él, pues, ascendían a 205 los primeros habitantes españoles de Quito.

Los primeros funcionarios municipales de esta villa deben considerarse como las primeras autoridades efectivas del nuevo régimen en tierras del Ecuador y hay que recordarlos: alcaldes, Juan de Ampudia y Diego de Tapia; regidores, Pedro de Añasco, Rodrigo Núñez, Juan de Padilla, Alonso Fernández y Martín de Utreras.

En los primeros días, los recientes pobladores aprovecharon las chozas que habían quedado de los indios, para vivir. Luego construyeron las casas a su gusto, con las piedras y el barro y la paja de esas mismas chozas. La vida doméstica se arregló en el acto con los "yanaconas", que no desdeñaron, bajo los españoles, seguir con el antiguo oficio.

FIN DE LA RESISTENCIA INDIGENA

Como en muy pocas partes de América, en Quito la resistencia indígena asumió caracteres de guerrilla organizada y pertinaz.

Había multiplicidad de capitanes, y cada uno con la misma varonilidad y entereza que Calicuchima, que Quisquis o que Sotaurco, ya extinguidos lejos de la Patria.

Sólo la energía indomable, la actividad de centauro de Sebastián de Belalcázar pudieron enfrentarse con el asedio terrible de aquellas huestes dispersas. Y sólo la crueldad de fieras de aquellos bandidos que dejó don Pedro de Alvarado pudo desmoralizar a las masas combatientes.

La traición, las sombras de la noche o el amor de las indias —como el de Marina para Hernán Cortés en México,— ayudaron también a los españoles.

Zopozopangui —o Zocozopagua, como le llamaban algunos al gran cacique de Mocha,— Quingalumba, Nina y Razo-Razo fueron capturados, tras de persecución incansable, por Pedro de Puellas. Luego los atormentó y asesinó. Juan de Ampudia acabó con los demás caciques, sometiéndolos a martirios diversos o quemándolos vivos; pues este era el método

observado en la conquista de Guatemala para arrancar declaraciones acerca de tesoros ocultos.

Belalcázar persiguió a Rumiñahui. Lo alcanzó en un peñón distante y casi inaccesible de la cordillera oriental y lo condujo a Quito. Lo sometió a torturas sin fin, para que revelase el lugar en donde había escondido el oro, la plata y las piedras preciosas de los adoratorios de Quito y de las residencias del Inca. Rumiñahui calló despectivamente o indicó sitios lejanos e imposibles, a donde se trasladaban pelotones de aventureros para escarbar febrilmente la tierra...

Rumiñahui les entretuvo así a los españoles durante varios días, burlándose, en medio de los tormentos que desgarraban las carnes de su cuerpo, de la loca codicia de sus victimarios. Nunca les pidió lástima. Jamás declinó su bravura homérica.

Hasta que en una mañana de enero de 1535, exasperados los españoles, ahorcaron al héroe.

Con la muerte de Rumiñahui se extinguieron las últimas llamas del valor indígena. Las huestes guerreras o se desbandaron por las alturas inaccesibles o se internaron en lo más espeso de las selvas vírgenes. Las masas conformadas se sometieron, en seguida, a la compasión o al rigor de sus conquistadores.

CIENT AÑOS DEL ECUADOR-REPUBLICA

REMIGIO CRESPO TORAL

Fragmento de un estudio sobre los anales
de la República del Ecuador.—1832-1932.

En 1832, con el Tratado que definió sus límites septentrionales, el Ecuador se constituyó Nación independiente. Hasta aquel año, éramos "el Ecuador en Colombia", con expectativa de que se federasen los Departamentos de la gran República de Bolívar, prevista por él para dirigir y prevalecer, con la investidura de pueblo, que fue protagonista en el movimiento de la Emancipación. Aunque en la moneda ecuatoriana hasta 1835 constaba "el Ecuador en Colombia", en realidad nuestro país consolidó su soberanía en 1832, al definirse la frontera norte e intentarse, en el mismo año, un pacto (el Noboa-Pando) de *statu quo* con el Perú.

El viejo Reino de Quito recuperó su personalidad desde 1832, sin perspectiva ni remota de adherirse a ninguna de las nacionalidades limítrofes, sobre todo en forma unitaria.

I

¡Cien años! Enorme pesadumbre sobre la máquina humana y apenas un año, una hora, un instante, en la vida de una Nación. Podemos decir que amanece para nosotros la niñez y que lo que pensamos acerca del pasado y del porvenir se resiente de candor infantil, y que lo que llamamos decadencia es más bien tara fisiológica y deformación ancestral.

La nacionalidad no se produce al acaso, obedece su formación a la ley evolutiva, al elemento geográfico, al antecedente histórico. En este mundo de los efectos, de las relatividades y de la versatilidad de lo que decimos tiempo, la solución del problema arranca de las causas y de lo Absoluto, en torno del que giran las variaciones de la Historia —océano sin límites en que se precipitan todas las corrientes.

La constitución de las nacionalidades procede de hechos que la determinan. Las naciones no se improvisan y hasta la fuerza misma que, en veces, interviene para formarlas, no logra consolidar una entidad soberana sino en la base de la realidad territorial, racial y originaria.

Precisamente observando la primera fermentación de libertad de la América Hispánica y previendo la independenciam, con intuición genial, escribió el Barón de Humboldt, en su **Viaje a las Regiones Equinociales**: "La estabilidad de las naciones depende mucho menos del grado de cultura intelectual, que del vigor del carácter nacional, de esa mezcla de energía y de reposo, de ardor y de paciencia, que mantiene y perpetúa las instituciones así como de las circunstancias, en que un pueblo está colocado y de las relaciones con los Estados limítrofes."

La posición de un pueblo, sus vecindades y los motivos étnicos concurren necesariamente en la formación del grupo, en su fortaleza y perpetuidad.

EL ELEMENTO GEOGRAFICO

El Ecuador de hoy posee la fisonomía, el relieve, la complejidad dentro de una estructura geográfica original, cuyas partes —por su misma diversidad— debían completarse en entidad territorial y nacional. En los países donde en gradación anual se desarrolla la primavera hasta culminar en el verano y el otoño para descender al invierno, asombra que haya habitantes razonables en el horno de la tierra, en su centro periférico de calefacción. En otros continentes e islas, en América mismo, la zona ecuatorial incluye las arenas incendiadas por la llama solar, el infierno verde de la floresta húmeda y aplastante, la Isla de Borneo, los Archipiélagos Polinésicos, donde Cam suda el alma y con ello refresca la piel barnizada al sol.

Mas, en nuestra tierra céntrica, en nuestro oasis tropical, la más grande cordillera del mundo que le sirve de espina dor-

sal, las ingentes masas acuáticas que de ella se desprenden, el desdoblamiento de la costra terráquea que en inverosímiles formas se distribuye, la lujuriosa vegetación que atrayendo la fresca pluvial humedece la superficie, que sin aquélla ardería a manera de ascua; determinan esta formación única de geografía característica, para los mayores contrastes de la vida y de la belleza. Así es cómo la temperatura no llega en los páramos al glaciarse ni en la tierra baja al grado del estío de las regiones templadas; las nieves esparcen templanza y serenidad en el ambiente, las aguas lo refrescan con nieblas y vapores; rara vez se produce el fenómeno de la puna, y los aires levisimos no desequilibran las vías respiratorias ni comprometen los órganos centrales. Y además, aquellas condiciones contribuyen a que generosamente el suelo produzca los frutos de todas las zonas. El trigo pone matiz de oro en la falda de los nevados, el viñedo cerca del banano cuaja el eliseo licor; se inclinan juntos al viento el tallo frágil del mijo y el soberbio de la caña nutrida de miel, el bambú extiende el encaje de su parasol sobre las manzanas de la Europa septentrional. Más que lo descrito por Bello en *La Agricultura de la Zona Tórrida*, prevalecen los racimos de oro, leche y miel del plátano —nombre griego que hemos dado a aquel prodigio de la madre Naturaleza —pan, néctar y savia cerebral, orillando muchas veces la pradera en flor de otro engendro maravilloso —la turma, la patata— que esconde sus pimpollos y los multiplica bajo la tierra, para reventar en jugosa harina sobre la mesa rica y en las hojas que sirven de mantel al jornalero campesino.— ¿Qué nos falta en esta tierra, con todos los climas de ella, sobre todos sus planos? Junto al capulí nutricio, escudado por el ágave de dulces entrañas, tiñe de carmín sus gajos el peral que vino de Castilla; el olivo de Extremadura da la nota clara de color junto al oscuro y jugoso aguacate, que ahonda la raíz en los campos funerarios de la raza aborigen; el naranjo dora sus pomos cerca del chirimoyo perfumado y oscuro; reina soberbia la piña junto al humilde pimientito; nutre la semilla el café de Arabia, haciendo cerco de honor al teobroma indio, que da el manjar de los dioses. Para contraste de su jugosa fragancia, vaciará en nuestros labios el cocotero el ánfora fresca que sacia la sed, a manera de agua milagrosa; y el árbol del pan lo dará gratuito y la chonta el jugo sustentador.

Esta arquitectura del territorio, su variedad, sus condiciones únicas para el incremento de las especies habían de converger a la formación étnica, al grupo, al conglomerado social, pre-

dispuesto en las anticipaciones de la Naturaleza. La tierra baja había menester de la alta y ésta de la playa. Las tribus de las distintas comarcas, en satisfacción de urgencias y necesidades, se mancomunaban con las dependencias del comercio, desarrollándose, sin mayor tropiezo ni rivalidad, dentro de la convivencia y la afinidad racial. De los antecedentes telúricos, se originaba la agrupación que más tarde había de constituir pueblo y nacionalidad en la evolución de los componentes primitivos hacia la Confederación—remate y término de las sociedades progresivas.

En este territorio así dispuesto, dentro de límites en gran parte definidos al Sur y al Occidente, se preparaba la cuna de nuestra Patria, no improvisada en las combinaciones de la política, ni trazada por los conquistadores sobre la carta geográfica con la punta de la espada, ni sometida a las imposiciones de la conquista. El núcleo originario, el protoplasma existía en el terreno que debía fecundar. El Creador del hombre, el Dios de las Naciones trazadas tiene sobre la carta las marcas y las rayas de formación de los pueblos, que no se deben al capricho de los hombres sino al proceso lento y seguro de la germinación y de la evolución.

LOS ORIGENES.— LA PREHISTORIA

Aunque incorporados después al conglomerado regnicola de los Incas, al colonial, al militar de la Emancipación, la célula, el protoplasma, cuyo desarrollo lo estamos viendo, corresponde a la época inicial, al génesis del núcleo. Fuimos conjunto de tribus, en un territorio desde el mar de Occidente hasta el de agua dulce de la floresta central, con las islas adyacentes, más o menos distantes de tierra firme. No obstante la complejidad de las posiciones, la diversidad de los climas y la áspera conformación orográfica e hidrográfica, se imponía el motivo topográfico, en preparación y como base de entidad independiente. La estructura ósea de los Andes, dominando las playas ribereñas del océano y las de la Región Oriental, constituye un cuerpo que no podía fraccionarse y menos en beneficio de grupos colindantes.

Previamente a la conquista española, la región ecuatorial, en relativa homogeneidad, mantenía algo como señorío, cuyo desenvolvimiento prometía, para no muy tarde, una respetable

agrupación nacional, sobre el fundamento del clan agrario y del patriarcado de tribu.

La distribución demográfica tribal extiéndese en correspondencia al factor geográfico. Así en nuestro territorio, demoran: en el extremo norte los Quillasingas, en prolongación al Valle del Cauca (nombre de procedencia quichua); luego los Imbayas, los Caranquis del Imbabura; los Quitus y Pansaleos, los Puruháes, los Cañares, los Paltas, los Chaparras: todos ellos a lo largo del Altiplano; en la Costa, los Caranquis-Cayapas, que invadieron la Sierra al norte; los Huancavilcas, los Tumbes. En derivación al Oriente se encuentran las tribus de invasión quizás caribe, desde el bajo Amazonas, por sus vastos ramales de ríos hasta la penetración en las vertientes de los Andes por las innumerables bocas fluviales que de ellos arrancan.

Arqueólogos e historiadores han establecido o adivinado que en nuestro territorio se formaron los núcleos primitivos, mediante inmigración del norte y también del sur. De la primera no cabe dudar; pues la inmigración ha procedido siempre del norte, de la zona boreal hacia el Ecuador, extendiéndose luego a la región austral.

Pero se asegura que del sur —precisamente del Cuzco matriz y del predecesor Tiahuanaco— proviene gran parte o casi toda nuestra cultura aborígen. El Imperio de los Incas resulta así una prolongación del Tihuantinsuyo, lo que no se conforma con la extensión hasta adelante del Ecuador de aquel imperio famoso. A ser ello verdad, debió traer el idioma de más allá del Titicaca— el aimará, no el quichua, extraño y divergente: las civilizaciones avanzan con el idioma, no retroceden.

¿No será aventurado adherirse a la opinión de los que juzgan que la civilización incaica procedió más bien del norte y avanzó por los Llanos y la Altiplanicie hasta dar con la Nación Aimará y confederándose con ella, para llegar hasta el Maule en la costa del Pacífico y hasta el Tucumán en el corazón del Continente, en cabeceras de la Pampa?

En este mosaico de tribus, ¿cómo pudo establecerse una comunidad, por lo menos una alianza? Sin embargo, se ha comprobado que los núcleos patriarcales y familiares no llegaron a rompimientos y dislocaciones. Se preparaba el germen de la unidad, que más tarde había de producirse. Ciertó que la diversidad de climas, la del medio y la del suelo —producen divergencias, roces y disconformidades, por el temperamento de los habitantes, modificado en las condiciones cosmográficas.

Pero es también verdad que estas desigualdades y desequilibrios traen el acercamiento del comercio, necesitándose unos de otros los grupos, para el complemento del progreso y su equilibrio. Las electricidades contrarias dan luz y calor: no así las de la misma procedencia. Es la diversidad para la unidad.

Sea de ello lo que fuere, resulta que en el territorio ecuatorial del Imperio Incaico, se produjeron los episodios finales, los grandiosos y trágicos de Huascar y Atahualpa, la resistencia de sus capitanes del Quito, Rumiñahui, Calicuchima, Quisquis. La lealtad refugióse en las tierras de la última conquista de los Incas, por imperativo de simpatía hacia los Soberanos nacidos en el territorio del Norte, Huaynacápac y Atahualpa. La guerra civil de éste con su hermano Huascar y el triunfo de Atahualpa, reconcentraron el poderío y la resistencia en el Quito antiguo —nombre que comprendía las numerosas agrupaciones al norte del Perú.

La contienda entre Huascar y Atahualpa obedecía ya a desacuerdo nacionalista entre las secciones del Tihuantinsuyo y las del Septentrión, conquistadas por Túpac-Yupanqui y Huaynacápac.

Desde entonces se diseñaba el germen poderoso de nacionalidad, que había de constituir la Patria Ecuatoriana, que pudo ser grande, y que se encuentra mermada merced a incidentes que más largamente se explican en el curso de la Historia hasta nuestros días.

EL REGIMEN COLONIAL

Durante él, en vez de perderse el espíritu de esta región, ella cobró el incremento y brío que había de culminar en la Emancipación. La vida municipal discurrió intensa, con el Cabildo —compendio de gobierno plural, legislativo y ejecutivo. Las Audiencias formaron el núcleo modelado sobre el troquel de los centros indígenas: en el *aillu* incaico se ingirió la rama del Ayuntamiento español, ahogado, ahorcado en España después de Villalar y trasladado, por injerto, a la futura, grande América.

Dentro de estas anticipaciones, subsistió el Reino y Presidencia de Quito. En este corazón de la tierra americana, que palpitaba con la pulsación del volcán y el terremoto, fueron las

primeras y épicas contiendas. País de libertad el nuestro, desde remoto tiempo, cuando el Inca se anexó las tierras ecuatoriales, sin anular su autonomía, se rindió con su último Rey al desastre de Cajamarca. En Quito resistió osadamente la raza y supo —si no vencer— combatir con los caballos y los caballeros y los arcabuces de Europa.

En esta comarca —hoy República nuestra— fueron los episodios homéricos y el primer grito de emancipación. Aquí llegaron Almagro, Pizarro, Alvarado, Benalcázar, Orellana —la flor de la capitania en disputa de adelantados, en certamen de rivalidad heroica.

Almagro hubo de retirarse al sur ante la prevalecencia de los Pizarros; Alvarado que llegó a la floresta brava en marcha inverosímil sembrando de cadáveres la ruta, había de regresar a su céntrica Guatemala. Quedó como soberano el inclito Gonzalo Pizarro, de nariz de alfanje, de ojos de buitre, de contextura de toro montés. El se proclamó aquí señor; y apellidó—el primero de todos— libertad contra el Emperador, a quien no le costaba un maravedí de su tesoro, la dominación de estas cordilleras y bosques y mares.

Desde estas amenas praderas, Gonzalo se aventuró por la montaña, apretada como una muralla, al misterioso Oriente. Fue entonces cuando Orellana descubrió y bautizó el mar interior —Marañón, Amazonas, Orellana— nombres que apenas dan el significado de aquel río, monstruo de las aguas.

Gonzalo venció en los aledaños de Quito, donde sucumbió el Virrey del Perú, el anciano Blasco Núñez Vela, lugarteniente de la Majestad Cesárea. Quedó la tierra para Gonzalo y sus parciales. Era el valeroso intento de emancipación a raíz de la conquista: con ésta, la trajeron los mismos españoles. Asomaba cabeza y brazo la libertad con la del fuerte varón que la pedía para la tierra que los Pizarros y sus camaradas hicieron suya: el derecho del adelantado que reclamaba la posesión de la presa, el dominio absoluto en la obra de su temeridad.

Más tarde, pereció el **Príncipe de los Andes** colgado de una horca. No es aventura asegurar que él plantó entonces el renuevo fecundo de la liberación. La ciudad de Quito alimentó la estaca del árbol inmortal del famoso Gonzalo. En breve, daría hojas y se embebería en sangre cuando la rebelión de Diego de Arcos. La libertad española en marcha, con apellido español.

La pacificación de los naturales, deshecha la sublevación de Manco en el sur del Perú y aquietadas las rebeldías de los

colonizadores españoles, el régimen metropolitano entró en un período de tranquilidad, en casi todas las vastas secciones desde el Oregón al Cabo, y desde Tabatinga en el Amazonas hasta la punta de Santa Elena en el Pacífico. Por ello, Sarmiento pudo escribir después de las turbulencias de la Revolución contra España: —“Las colonias españolas han vivido cosa de tres siglos en una tranquilidad patriarcal, y sólo con la Revolución, comenzó a verse ejecuciones y derramamiento de sangre.... En España se generó la Revolución, por contagio de Francia, y por justa reacción, a monarcas degenerados.”

El impulso de rebelión, la seducción de la Libertad procedió de la misma raza española, que trasplantó a América la siembra exótica del 89 francés y la no menos poderosa de la emancipación de las colonias norteamericanas, a la que auxilió Francia con Lafayette y España con insólita, candorosa benevolencia.

1809.—

EL PRIMER GRITO

Tales precedentes explican la conjuración de 1809 —verdadera declaración jurídica del derecho a la emancipación de las secciones subordinadas, en virtud de haber desaparecido el vínculo metropolitano, por la ocupación napoleónica. No teníamos los americanos entonces a quién guardar fidelidad: no al Rey que dejó de ser, menos a los altos poderes coloniales, lugartenientes de aquél, tampoco a las Juntas de defensa del territorio español, pues éramos iguales a ellas. ¿A Napoleón? No había aquí franceses ni afrancesados, ni aún el gran francés Liniers, Virrey del Río de la Plata, dejó de ser, un solo instante, magistrado español.

La América española, cuando la invasión francesa, fue más española que España. Los nobles manifiestos de los Cabildos demuestran que a las Colonias no alcanzó el resplandor del **Capitán del Siglo** y que la raigambre nativa peninsular trasladada a América, resultó más recia y sana, pues no aceptó ingerencias extrañas, aunque la Monarquía española llegase al ocaso de sombra a que llegó. Así es cómo no tuvo curso favorable la misión de Sassenay al Río de la Plata, para deslizar allí la seducción napoleónica; menos la tuvo la de Goyeneche, cuya doblez traicionó a España y a América. Y hasta Liniers —no obstante su valerosa y triunfal defensa de Buenos Aires contra

los ingleses— menguó en la opinión de los criollos; y quizás ello influyó después en el vituperable castigo de muerte que se le dio, sin que lo redimiese el recuerdo de su heroísmo, en bien de toda la América, amenazada del imperialismo británico, el que apoderado de la insuperable arteria río-platense, habría dominado sin resistencia la mayor parte del sur, desde Panamá hasta el Cabo en el Pacífico, y en el Atlántico, el Uruguay, el Brasil meridional, además de la Argentina.— “América para los americanos”— fórmula equívoca de los Estados Unidos— fue realidad en América Hispánica, merced al valor y a la previsión política de próceres de nuestra raza y patricios republicanos.

Quito dio la voz y lanzó la declaración trascendental. La pluma que la escribió movióse, como en telepatía retrospectiva, a impulso del espíritu de Gonzalo Pizarro. La Libertad, desde la lejana historia española, nos venía, en oculta, no interrumpida corriente. Los de la Junta de Quito, ¡qué próceres, qué hombres! Morales, promesa de legislador; Quiroga y Salinas, nacidos para caudillos militares; Selva Alegre, estadista brillantemente improvisado.

La masa bruta militar cayó sobre la organización de Quito, la que se sacrificó. Su sacrificio conmovió a la América desde el Golfo de Méjico hasta Magallanes. La sangre de los patricios de Quito corrió desde el Real de Lima hasta la tumba olvidada de Diego de Arcos.— La horca de Gonzalo Pizarro volvería a licuar su sangre centenaria.

Entonces mismo, actuaba en Bogotá un hijo de Quito, el Conde Antonio Villavicencio, precursor, proto-mártir, figura patricia y prevaeciente, “de los primeros”, según decir de Don Gonzalo Bulnes, imparcial historiador y publicista chileno.— Al pronunciamiento de Bogotá se vincula la limpia gloria de Villavicencio, primera víctima de la venganza de Morillo.

Quito había dado el ejemplo; y los libertadores de Venezuela —primogénitos de la gloria— así lo reconocieron. Caracas se cubrió de luto en 1810 en homenaje a los mártires de Quito, y al patíbulo de Villavicencio, su bogotana esposa, se lanzó en ímpetu de desesperación a disputar el sacrificio: su llanto, su locura trágica fueron los de la hidalga Santa Fe.

Caminando así por los caminos de la gloria, nadie podrá negar a la Presidencia el derecho a la libertad y a la vida —cuando éstas fuesen realidad. Y se nos llamó así: **Presidencia**, con nombre cívico y de cepa republicana, como que habíamos de echar el grano de la democracia de la América His-

pana en el surco, donde surgiría la planta con humedad de sangre —la del 10 de Agosto.

Los primeros serán los últimos. Aplastados por la reacción realista, quedamos uncidos al yugo. En 1812, tentóse de nuevo la afirmación de nuestra libertad, se la declaró en nuevo documento solemne; y tuvimos al frente a un héroe nacional nobilísimo, Montúfar, y a un extranjero, padre de otro héroe, Don Francisco Calderón. La suerte nos traicionó de nuevo, después de la inconcebible derrota de Biblián y del desastre de Ibarra. Fueron victimados Montúfar y Calderón. En Montúfar perdimos tal vez el caudillo militar que hubiese mantenido nuestra personalidad como Nación y dádole vitalidad en el civismo. La causa quedó después a discreción del que llegase de lejos, a despertar al país esquilmado por la campaña española. Pasto, fortaleza realista dentro del Reino, mantenía la resistencia culminante, y desde la Presidencia, iban contingentes realistas en ayuda de aquella Numancia americana.

Y el espíritu nacional despertó en 1820 en Guayaquil y en Cuenca; y fue Pichincha, la victoria de Sucre, de Córdova, de Santa Cruz, una victoria de Colombia con auxiliares peruanos y argentinos. A poco se rendía Pasto a Bolívar y el caudillo Agualongo, el indio que dio en América ejemplo máximo de lealtad al Rey, rindió la vida, allí mismo donde la arrancó a Calderón, uno de los tiranos que deshonoró a España con ferocidad de visigodo.

Debe, en esta ocasión, observarse que las entidades secundarias del régimen colonial, algunas de ellas —Quito, Charcas— que precedieron en el intento de emancipación, decidieron ésta dentro del estatuto republicano, sin vacilación alguna. Los Virreinos —el Perú, el Río de la Plata, el Nuevo Reino de Granada, Nueva España— entrañados con los hábitos monárquicos, desde un principio y persistentemente después, se inclinaron a la monarquía, para fundarla en América. Los patricios de Buenos Aires insistieron en ella, ya ideando un Emperador Inca, cediendo ya a las insinuaciones de la Princesa Borbónica Carlota Joaquina, en conflagración con el Brasil lusitano-imperial. San Martín honradamente decidióse por el estatuto real, tanto para su patria como para el Perú, siendo su opinión francamente sostenida en la entrevista de Guayaquil con Bolívar, quien insistió en el régimen democrático. Prohombres de la Nueva Granada, a espaldas del Libertador, proyectaron también una Monarquía constitucional en Colombia. Méjico estableció el efímero Imperio de Agustín Itúrbide. Mas las sec-

ciones de segunda categoría —Venezuela, Guatemala, Chile, Quito, el Alto Perú, Paraguay, Uruguay impusieron la República. Cronistas de intimidad aseguran que hasta Bolívar, en la pavorosa situación posterior al parricidio de Septiembre, pareció inclinarse, por motivos de seguridad y firmeza, a la constitución monárquica, y hubo de sospecharse que prestó oído a su coronación. Mas desde su propia casa, con la vehemencia de su sangre hereditaria, le vino —por boca de una gran mujer— su hermana María Antonia Bolívar, el grito: ¡o Libertador o muerto! El genio, recobrando la ingenuidad del fondo de sus entrañas y de su cerebro, repitió el grito: ¡Libertador o muerto!, y murió Libertador, dejando la República como institución invariable y perpetua de la América Española.

Y a Quito y al Manifiesto de 1809 ha de referirse el crítico de historia que inquiera los orígenes de la República en tierras del ultramar. Pudo su primera declaración velarse con la lealtad a la soberanía metropolitana; pero en esa misma declaración, consta el derecho de los pueblos a constituir casa aparte y proclamar la soberanía que les convenga, sin reconocimiento de derechos superiores ni prerrogativas de un pueblo sobre otro. La libertad individual había de traducirse en la libertad de los grupos, con facultad de organizarse para el bienestar común.

LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

Entonces, hijos del antiguo Reino y Presidencia de Quito, recordad: sin jefes nativos, decapitada la nacionalidad, nos entregamos sin reserva a la fascinación de la gloria, suscribiendo el programa grandioso de Bolívar —el plan de una República máxima que presidiese en la América del Sur —Colombia— tan desgraciada como el Descubridor del Nuevo Mundo. En ella la Presidencia de Quito perdería su nombre, y deshecha la creación colombiana, nos echaron fuera, o salimos de ella, no sin haber perdido buena porción del haber patrimonial. Entramos en casa grande, para salir de ella con una partija mínima de gloria, dejando en cambio algunas provincias en beneficio del que, en la confederación, tomó para sí el mayorazgo. ¡Oh, cara libertas! ¡qué cara la libertad! La disolución de Colombia hubo de venir: en el centro mismo se maniobraba contra esa efímera construcción del Genio, contra esa como epopeya bélica, que no correspondía, según parece, a la de un estadista. La

conjuración repercutió en Venezuela, se la auxilió desde el Perú, trascendió a Bolivia, movió la pluma de envidiosos de Buenos Aires. Era la sublevación contra el Libertador, contra su obra, contra su empresa trascendental de homogeneidad americana. Los Departamentos del Sur, de antemano descuartizados por una ley de la Gran Colombia, dada en daño de la Presidencia, no tenían a quién guardar lealtad, sobre todo cuando Bolívar, proscrito, esperaba la muerte o la emigración en playa de Cartagena.

Antes de consultar plebiscitariamente a Quito, a Guayaquil, a Cuenca, a los demás Centros, desde la Asamblea de Angostura, se incluyó la Presidencia de Quito en Colombia. Un creador, como genio que era y enfermo de superlativismo, no se resignaría a una creación mediocre: hubo de idear algo como un Imperio del Atlántico al Pacífico y del Orinoco al Amazonas: la República habría de corresponder a su magnífica situación geográfica.

De acuerdo con este propósito, se declaró que con sólo los Virreinos se formarían las nuevas naciones y que su delimitación se realizaría según los títulos coloniales (el famoso y no siempre aplicable *uti possidetis* de 1810).

Después de Boyacá y de Pichincha, se hizo en el Sur la consulta plebiscitaria; la Gran Colombia lo fue también por voluntad de todas sus secciones desde Angostura hasta el Guayas.

Colombia ensayó luego la vida constitucional y representativa. Se estableció el régimen electoral —el del sufragio popular, antes desconocido. Si el sistema en ningún tiempo logró eficacia y fianza de verdad, menos pudo tenerlas en pueblos gobernados militarmente, en estado de guerra casi siempre. Comenzaron las maniobras electorales, en que era diestro el Vicepresidente Santander, y tuvimos además del Congreso de 1824, de feliz memoria para Quito, los célebres de Cúcuta y Ocaña y el Admirable, así calificado por el hiperbolismo bolívariano.

Los Diputados del Sur llegaban tarde, a una mesa de antemano preparada por los del Centro, y casi todos llevaban la consigna de adhesión al Libertador, en oposición al General Santander —adversario en veces reservado y al cabo franco de Bolívar.

En estas turbias aguas, actuó la escasa minoría del Sur. Además, los Diputados impuestos por los Jefes militares no siempre se escogieron entre los más ilustrados. Ello explica

cómo se fraguó la creación del Departamento del Cauca, anejándole el Chocó, la Isla de Tumaco, Pasto y los Pastos. Tal estratagema legislativa había al cabo de mutilar la República que en la dispersión, se establecería en sólo parte del territorio de la Presidencia de Quito.

En los cortos años de la Gran Colombia, el Sur, a causa del comercio libre, cayó en la más desastrosa situación económica. Había vivido del producto de sus obras, de sus tocuyos, de su ganadería, bajo el régimen de distribución de funciones económicas de la Colonia. Desaparecida aquella, se produjo la miseria. La concurrencia del comercio extranjero y el de otras regiones no pudo ser resistido, y la antes floreciente Presidencia se redujo a estado de extrema penuria, precisamente cuando la guerra y los resultados de ella exigían recursos extraordinarios, que los gobernantes demandaban con el imperativo de la urgencia.

Luego, a poco de la campaña de Pichincha y de las imponderables de Pasto —en que hubimos de intervenir como realistas y también como republicanos, se determinó el auxilio al Perú. Los Departamentos del Sur, sobre todo Guayaquil y el Azuay, sacrificaron todas sus posibilidades. Los contingentes militares, los de avituallamiento, los de dinero —por la vecindad misma con el Perú— debieron ser y fueron ingentes, en términos de producirse el agotamiento.

A lo que hubo de añadirse la campaña de 1828 y 1829, de resistencia a la invasión armada del Perú. Los batallones históricos llegaron en cuadros y se llenaron con reclutas del Sur. El Libertador escribía a este propósito desde Quito a Briceño Méndez: —(Marzo de 1829) “Los pobres pueblos han sufrido lo que Ud. no puede imaginarse”. . . . y a Páez, desde la misma ciudad: “El pobre Azuay ha quedado arruinado. Guayaquil ha sido también más que desgraciado.”

El Padre Solano cuenta cómo fueron licenciados, en estado de miseria, los reclutas que volvieron de Ayacucho y los que pelearon en Tarquí —que discurrían por las calles de Cuenca demandando piedad.

En las postrimerías de Colombia se discutió con las armas y en la mesa diplomática nuestra territorialidad con el Perú. A Colombia nos cumple bendecir su arrogante triunfo militar y el señalamiento de los linderos ciertos y claros de las Cédulas de erección de la Audiencia y del Virreinato.

La disolución de Colombia —como predijo el Libertador— contribuiría a que el Perú no respetase los tratados ni se pres-

tase a la demarcación en ellos prevista, que posteriormente acordó, en forma de enorme concesión al Perú: la del Mainas Meridional, (Bolívar confesó que el tratado fue excesivamente moderado a favor de Colombia); y ni esa graciosa estipulación pudo finalizarse. La generosidad de los libertadores, si enalteció entonces su nombradía en el ingrato Perú, dañó la causa del Sur.

Cabe observar que en aquellos días preñados de conflictos y temerosas incógnitas, se produjo la situación caótica precedente a la definitiva organización de las nacionalidades suramericanas, sobre todo de las que sucederían a la primitiva Colombia.

La disolución de ésta creíase irremediable. Ella no podía subsistir sino con Bolívar: éste era Colombia. El grande hombre había previsto el sucesor, (que antes insinuó el mismo Santander). Era Sucre. "Sucre será mi sucesor —escribió Bolívar a Flores.— Lo sostendremos todos. Por mi parte, con alma y corazón".— Esta predilección funesta para el Gran Mariscal determinó su sacrificio....

Desde Venezuela, el Centro y el Perú se maniobraba para disolver Colombia. Los caudillos que carecían de eminencia para dominar en una Patria grande, la dividirían en retazos que correspondiesen a la mediocridad de algunos lugartenientes de Bolívar.

Por otro lado, el Perú que auxilió la sublevación de Bustamante en Lima, acordada o tolerada por el Vicepresidente de Colombia, mancomunada con la facción de la Montaña (Obando y López), el Perú que insistía en incorporar a Guayaquil —su astillero y plaza fuerte colonial—; promovió el *casus belli* de 1828.

Presidia esa nación el General José de La Mar, nativo del Azuay, al que no se reconoció General de Colombia, y que aceptó la Presidencia del Perú, por ruego y encargo del Libertador.

Ninguno por optimista que fuese, concedía ya a Colombia corta ni larga vida. La Mar —al invadir los Departamentos limítrofes con Colombia, lo hacía con la impresión y perspectiva de la nueva organización de los Estados que se constituirían en los dos Virreinos: el de los Reyes y el del Nuevo Reino de Granada.

Como Jefe del Perú, separada como estaba Venezuela, tolerada por el Centro la sublevación de la Tercera División, protegida además por los caudillos del Patía, bien pudo prever la restitución del Imperio de Huainacápac, incorporando el anti-

guo Reino de Quito; o la reintegración de éste como nación aparte entre las dos secciones virreínicas. Esto último lo declaró en Loja el General La Mar, y de ello tomó nota el Libertador.

Así que, la derrota de La Mar postergó la definitiva formación de nuestra República, que quizá habría logrado suerte mejor, a lo menos en la definición de sus fronteras, con la separación de Colombia, que protegía el Perú, desde tiempos atrás, cuando la independencia de Guayaquil....

Los peores males de la guerra son los posteriores a ella. Los gobiernos no saben qué hacer de las masas militares, aparte de indemnizaciones y saldos inevitables de la campaña.

Después del último combate de Colombia —el de Tarqui— Bolívar declaró dolorosamente: que se veía obligado a suscribir tratados mediocres en consideración a no tener qué hacer de siete mil soldados que acampaban en el exhausto territorio del Departamento del Azuay.

La clara visión del Libertador adivinó el peligro del desarme y el de los caudillos militares que, privados de mando en los campamentos, atropellarían las escalas de subir a los puestos civiles. Así es cómo determinó dedicar sus últimos años a dos grandes campañas que diesen labor y gloria a los soldados de Colombia: la liberación de Cuba y Puerto Rico y el auxilio militar a los pueblos del Plata contra la monarquía portuguesa del Brasil. Cuando se le anunció que el Emperador de este último país había invadido los territorios orientales de Moxos y Chiquitos, retornó Bolívar a la edad juvenil y cobró aliento para otra gran jornada, que no sólo guardase los linderos patrimoniales de España en Sur-América, sino que eliminase la monarquía del territorio americano, siguiendo las inspiraciones de los patriotas del Pernambuco, que en 1822 proclamaron la gran Confederación del Amazonas, en conjunción con la República de Colombia. El dinero de los últimos empréstitos de la gran República, lo no filtrado por los comisionistas, se dedicó a la adquisición de armamentos para la magna empresa, sobre todo para la de las Antillas.

La profunda miseria moral de las medianías que hostigaban al Genio de América, el caudillismo montaraz de algunos jefes de Venezuela, la intriga de subsuelo, roedora y temible de los libertarios de Bogotá, la ingratitude de los antiguos áulicos del Virreinato de los Reyes, la envidia de estadistas del Plata: tantas otras conjuraciones, desvíos e ingraticudes, fueron parte a que nuestra América, después de la guerra de la Independen-

cia, no se constituyese con la integridad de los territorios patrimoniales y con el prestigio de su derecho. Los años que habían de venir dieron el fruto amargo de la rebeldía contra el programa grandioso del Libertador. El Río de la Plata hubo de sostener intensa contienda para salvar la Banda Oriental. Constituido el Uruguay, perdiéronse en cambio Río Grande del Sur y parte del territorio de Misiones.

Cuanto a la hoya gigantesca del Amazonas, una política de rivalidad en concesiones al Brasil, hizo perder a los herederos españoles una cuarta parte del Continente, desde el Moxos y Chiquitos, defendidos por la arrogancia de Bolívar y de Sucre, hasta el Río Negro venezolano. Los pueblos logran la suerte que merecen. Esa terrible sentencia va a cargo de los hombres funestos de ingratas épocas. Después de 1830, ¡cuán pocos de los sucesores de la liberación, dejaron siembra para un honrado recuerdo!

A pesar de malandanzas y desventuras, de Colombia la Grande no podemos renegar; pues voluntariamente nos ligamos a ella, y en esa Gran Patria fuimos actores, aunque secundarios, por carecer de hombres culminantes. Mas, fue inmenso el sacrificio del Sur en hombres y recursos para la campaña del Perú, libre definitivamente en Ayacucho, y para la guerra de 1828-1829 que terminó en Tarqui y la desocupación de Guayaquil.

La Gran Colombia nos dejó la nostalgia de su gloria. Y precisamente los Departamentos del Sur intentaron lealmente hasta el fin de volver a la unidad, por motivos, tradiciones y perspectivas de grandeza. Colombia quedó como un cadáver ilustre.

Debía desaparecer para engrandecimiento de otros pueblos. A ella podíamos apostrofar como un olvidado poeta, Quiroz, a Itálica:

Tu morir fue deber, pues si hoy vivieras,
ni a tus hijos más lauros les hallaras,
ni del mundo en el ámbito cupieras.

1830.—LA TERCERA INDEPENDENCIA

Debía Quito rehacer su heredad, en la dispersión de los componentes de Colombia. Entonces se planteó la ecuación funesta de nuestro destino. Carecíamos de hombres, sobre todo de caudillo nacional que nos presidiese, que reclamase con

el patriotismo nativo, el territorio histórico nuestro y nos constituyese República aparte con el mismo derecho que Venezuela. Teníamos vinculada la esperanza a Sucre, ciudadano de Quito por elección suya, por predilección nuestra. Pero esa circunstancia y más por su indiscutible prestigio, que podía restaurar a Colombia y rehacer el culto a la gloria de Bolívar, fue condenado a muerte. Quedó a redimirnos como jefe único el General Flores.

Sucre desde su tumba, seguiría actuando en la Historia. En torno a su cadáver, se jugaría nuestra fortuna. Los presuntos asesinos, con el fin de burlar la justicia de Colombia, juraron la nacionalidad ecuatoriana; y en subsidio de esta insidiosa estratagema, intentaron la creación de un cuarto Estado en el Valle y Pasto. Mas, la suspicacia nacionalista del Centro, eliminando el último elemento bolivariano, muerto Bolívar, gritó salvación y se entregó a los Jefes de la Montaña, que en vez de pertenecer al secundario Ecuador o gobernar un pequeño Estado, se dieron a partido en la metropolitana Bogotá, donde se declararon inocentes de la muerte de Sucre, echando la responsabilidad del crimen sobre los hombros del General Flores. Se interpretó en el terreno de la conjetura, que éste temía la venida de Sucre a Quito, donde podía eclipsarse su estrella ante el sol del vencedor de Pichincha.

Nadie, en el Sur, juzgaba que Sucre, que había rehusado la Presidencia de Colombia, limitase sus aspiraciones a regir el Ecuador.

Debe estudiarse, a la luz de la crítica histórica, el pensamiento de nuestro país en 1830, cuando la sinceridad dominaba en todos los espíritus.

Los Departamentos del Sur ¿se incorporarían a la Nueva Granada?

¿Se incorporarían al Perú?

¿Formarían Nación autónoma?

Lo último, por razón originaria y motivo geográfico, en fuerza de los acontecimientos inmediatos de 1828 a 1830, nos obligaba a constituir nación soberana, a lo sumo federada con el Centro de la antigua Colombia, conservando independiente el régimen interno. La estrecha relación de los dos pueblos en la Emancipación, aparte de consideraciones económicas y de seguridad en lo futuro, aconsejaban aquella organización, cuyo intento se conservó hasta años después. Así quisimos constituirnos en la independencia definitiva, hasta con previsión de que Venezuela también tornase al glorioso lar de la primera

República, en liga federal, como lo había consentido en sus postrimerías el Libertador.

¿Adherirnos al Perú? Causas fundamentales y de razón —el origen, la raza, la expectativa de un grande Imperio en el Pacífico, nos impelían a incorporarnos en el Perú. Guayaquil, por voluntad de hombres suyos representativos, se había inclinado a ello espontáneamente. El poeta Olmedo tomó asiento en Congreso peruano y Jimena no siquiera volvió al nativo Guayas, encariñado con Lima. El General La Mar, hijo del actual Ecuador, fue el primer Presidente del Perú. Tales antecedentes nos inclinaban hacia él. Según opinión de muchos conciudadanos nuestros, entre los dos Virreinos, dentro de cuyos límites se nos estrechaba, el del Perú merecía preferencia, sobre todo porque allí podían actuar estadistas sobresalientes del Guayas, sin posible rivalidad, por carecer entonces el Perú de superioridades que pudiese ser cabeza de una nación de primer orden.

¿Incorporarnos a la Nueva Granada? Quito, Guayaquil, Cuenca, los pueblos todos acá del Carchi habían ingresado a la Colombia de Bolívar, por seducción del Genio americano, por simpatía a Sucre, por estímulo de gloria. Asesinado Sucre, proscrito y muerto el Libertador, desaparecido el imperativo de la unión que radicaba en el personal gobernante y no en consideraciones territoriales o económicas, dominando en el Centro los adversarios iracundos del Padre de la Patria, nuestra adherencia a la Nueva Granada resultaba aventura peligrosa y pérdida quizás de personalidad, aún en una liga federativa. Además, entre ambos países mediaban Pasto y el Cauca, entregados entonces a Obando y a López, doblemente traidores al Ecuador y a la Nueva Granada, acusados por fin de autores del crimen de Berruecos.

Acerca de la doblez de estos famosos actores de la guerra de la Independencia y de la posterior en la República, será mejor oír a Posada Gutiérrez (*Memorias*):

“La situación era un tanto complicada. La provincia de Casanare había celebrado una de las actas de costumbre, volviendo a unirse a Nueva Granada, y en uno de los **considerandos** se expresaba que Venezuela había rechazado hasta por tres veces la anexión de que di cuenta en el tomo primero de estas **Memorias**. Gracias, pues, a Venezuela, aún conservamos aquella valiosa provincia.

“En el Sur, las cosas pasaban de diferente manera. Los departamentos **granadinos** del Azuay, Ecuador y Guayaquil se

habían por fin constituido en una República independiente, y el General Juan José Flores había sido nombrado su Presidente. Cuando el Departamento del Cauca fue impulsado por los Generales Obando y López a anexarse a dicho nuevo Estado, fue esta anexión acogida en él con alborazado entusiasmo, y por una ley se declararon parte integrante de dicha República todos los pueblos del citado Departamento.

“Bajo este concepto se eligieron en el Cauca Diputados al Congreso ecuatoriano, y el General López lo fue por la provincia del Chocó, nombramiento que aceptó, aunque no concurrió al Congreso.

“El Gobierno del Ecuador había destinado de guarnición en Popayán el batallón Quito, a las órdenes del Coronel Manuel Zúbiria (cartagenero), y mayores fuerzas en Pasto, con el propósito de mantener la anexión del Departamento. Pero todo había cambiado, y aquel propósito era un error que comprometía hasta la existencia de la nueva República.

“Las circunstancias en que los Generales Obando y López se encontraban cuando se hicieron ecuatorianos y expusieron a la Nueva Granada a perder (1) el hoy Estado del Cauca, habían variado. Caído el General Urdaneta, había desaparecido el riesgo de que se siguiese el juicio sobre el asesinato del Mariscal de Ayacucho, a que aquel General los llamó. Pensaron, pues, ambos en volver atrás; el General López por medios indirectos casi impracticables; el General Obando por el camino recto para llegar pronto a los resultados. El General López quería que se reuniese una Asamblea del Departamento, de origen popular, que resolviese la cuestión; el General Obando, sin andarse en rodeos, promovía actas y pronunciamientos populares, y con ellos logró su objeto. Las actas, que son legítimas o criminales según conviene al que las califica, fueron reintegrando todo el Departamento, excepto la provincia de Pasto, que el Gobierno del Ecuador se propuso conservar a todo trance. El General López aclara en su **Memorias** la situación diciendo:— “Semejantes acontecimientos (los pronunciamientos citados) que se supieron en Bogotá a principios de Octubre, exigían mi presencia en Popayán para tratar de aquietar los ánimos y buscar pacíficamente los medios de conciliación sin escándalo ninguno . . . Como yo no había sido exonerado de la Comandancia General del Cauca, por el Gobierno del Ecuador, a cuya República correspondía ese Departamento, continué ejerciendo

(1)—Se advertirá que no es Posada quien subraya la palabra.

mi autoridad, que corroborada por nombramiento expreso, me hizo el General Flores.

"Allí me ocupaba en aconsejar de todos modos a los que pretendían romper de hecho los vínculos que unían ese Departamento a la República del Ecuador, exhortándoles a permanecer tranquilos hasta que por los mismos medios con que se había hecho la agregación se verificase la separación, si ésta era la voluntad de la mayoría de sus habitantes. No faltaban entre éstos muchos que deseaban se formase del Cauca un Estado en los mismos términos que el del Ecuador, y otros querían que se proclamase el sistema federal.

"El General López, siguiendo su idea, escribió al General Flores proponiéndole que expidiese un decreto convocando en el Cauca la Asamblea con que él quería que se allanase la dificultad; pero Flores no convino en que la provincia de Pasto y parte de la de Buenaventura fuesen comprendidas en el decreto, y por consiguiente no tuvo lugar la convocatoria.

"El General Obando, acá en la capital, se desesperaba con estas dilaciones, y habiendo el Coronel Zubiría puesto preso al Comandante Sarria (uno de los asesinos de Sucre), reiteró Obando sus instrucciones a sus agentes en el Cauca, y los acontecimientos se precipitaron excepto en Pasto. En virtud de ellos tuvo Zubiría que poner en libertad a Sarria, cuya prisión tenía al General Obando en ascuas, no pudiendo ni siquiera disimularlo. Zubiría con el batallón regresó a Pasto."

López y Obando, Generales ecuatorianos, sostenían la incorporación del Cauca al Ecuador. López en Noviembre de 1830 escribía a Flores:—"Viva usted en el concepto de que si una mayoría de esclavos ha vendido el suelo y su reputación a un déspota, las ideas a favor de la incorporación del Sur prevalecerán." El mismo López en Abril y Mayo de 1831, decía en cartas al Obispo de Popayán: "La gloria del Ecuador va a realizarse y las pruebas de mi consecuencia se realizarán más y más".... "Inmediatamente debe dirigirse el señor Caicedo a nuestro Gobierno, con el objeto de entablar relaciones de paz y buena inteligencia. Yo siempre paso como auxiliar, y aunque se me ofreció el Ministerio de la Guerra, lo he despreciado."

Obando gestionaba, con la vehemencia que le era característica, la reintegración de los pueblos en que él dominaba al antiguo Quito.

Era tan general el ambiente favorable a este movimiento que Obando, en Enero 22 de 1833 escribió a Santander que se aseguraba que Don Joaquín Mosquera, ex-Presidente de Co-

Iombia, opinaba por que el Cauca formase Estado con Quito. Esta opinión se generalizó en aquella comarca. Por ello pudo el notable caucano Santiago Arroyo escribir a Flores: —“El Estado Sur reunido al Cauca se equilibraría con el del Centro y el del Norte, formándose la más duradera federación.” (1)

Fue también el dictamen de Bolívar, quien por lo menos, según testimonio del General Urdaneta, estuvo de acuerdo con Flores para que siquiera Pasto se reintegrase al Ecuador.

La Presidencia de Quito parecía entonces reconstituirse en buena parte de su primitiva territorialidad, alterada mañosamente por la Ley de División Territorial Colombiana de 1824.

Así, actuándose el proceso del asesinato del Gran Mariscal, había de rehacerse la nacionalidad de Quito, que se llamaría Ecuatoriana —nombre sin valor histórico, improvisado como el de América para el Continente, nombre sin antecedente apreciable, sin mínimo detalle de arte. En esos años de espectación y angustia no restó otra salida que la de recoger los despojos de la Presidencia. Entre los dos Virreinos, el Ecuador pidió algo siquiera de la preciosa herencia arrebatada al Norte; y en escaramuzas militares, fuimos al desastre hasta llegar al Tratado de 1832.

En el mismo año, el Gobierno del Ecuador, en los apremios de reivindicación al Norte, acudió a Lima, al General Gamarra, al vencido de Tarqui, en demanda de auxilio contra los Poderes de Bogotá. Allí se encuentra la génesis del Tratado Noboa-Pando, que el Perú interpreta como reformatorio del de 1829, no obstante su carácter provisional y la falta de solemnidades finales. ¡Triste Presidencia! Se debatía en la cruz, entre dos nacionalidades superiores, en una como crucifixión, al decir de un publicista de entonces, el Padre Solano. ¿Cuál de los ladrones es el buen ladrón?

Es el caso de notar que las secciones Virreinaticias, alegando privilegio exclusivo, contradecían su propia doctrina de libertad de todas las Provincias y comarcas para organizarse. Muy bien observó un estadista nuestro y Presidente del Estado, Don Antonio Flores: —“Los mismos que acababan de destruir la unidad del Poder, querían conservarlo para sí. Los que acababan de proclamar y sostener con las armas el derecho al

(1) Esta cita y las anteriores del Gral. López las tomamos del Archivo del Sr. Alfredo Flores Caamaño, archivo que pertenece hoy al Sr. Jacinto Jijón.

gobierno propio, no querían reconocerlo tratándose de secciones que consideraban de su territorio."

El Ecuador en 1830 se fundó, dismanteladas las fronteras. Una brecha al Norte y otra al Sur. Para eliminarnos, llevó la Nueva Granada así la delantera como la personería. El Perú nos reconoció, perdida toda esperanza sin duda sobre Guayaquil y puestos los ojos en la montaña, de tan relativa importancia entonces. . . .

Mientras los otros vecinos de Colombia y el Perú se constituyeron con el haber hereditario íntegro, cuando Bolivia tuvo la suerte de que se le restituyese Tarija, a pesar del llamado **uti possidetis** —fórmula desgraciada y sujeta a equívocos y falsas interpretaciones— el Ecuador quedó a discreción de los vecinos, pobre, esquilado, deshecho. Los próceres del año 30 fundaron el Ecuador con los tres Departamentos del Sur de Colombia, recogiendo no por cierto lo que nos habían quitado: el Chocó, Tumaco, Buenaventura, Pasto, y al Sur Jaén, Tumbes y los míseros pueblos amazónicos de la orilla derecha del gran río. No daba el tiempo para más: la célebre Ley Territorial de 1824 nos vedaba reconstituir Quito. Sin que lo sospechase la astucia granadina, quedaban los territorios orientales —Quijos y Mainas. Por olvido de nuestros tutores del Norte, esas comarcas vendrían más tarde a discutirse codiciadas por los colindantes: los hermanos norteños y los suranos, para que después se diese el espectáculo de que sobre nosotros se trabasen de las manos los dos, arrancando cada uno de ellos su partija y vendiéndose los del Perú al Brasil.

Así es cómo se empequeñeció la Presidencia y se engrandecieron las Repúblicas Virreínicas; porque es de saber que la reivindicación que intentó Colombia, por los derechos de Quito al Sur, quedó también pendiente, a pesar de que hizo con eficacia la campaña y se venció en ella y se hizo constar en el Tratado la totalidad de los derechos históricos. "Disuelta Colombia, no se respetarán los Tratados": cumpliéndose la predicción del Libertador.

¿Cuál nuestro destino? ¿Cómo se pudo esquivar la fatalidad? La primera guerra internacional, fratricida de América fue entre Colombia y el Perú: iba en ella como capítulo y motivo de guerra el territorio de Quito al Occidente y al Oriente. Se triunfó y se esterilizó la victoria. Los mandatarios nuestros convirtieron la espada vencedora en pluma diplomática —la de una paloma o de un ganso.

A poco de la guerra del Sur, hubimos de soportar la del

Norte contra los del otro Virreinato y contra el **Tigre del Patía**—General del Ecuador, que era ya omnipotente en Bogotá. Contra este nuevo **Padre de la Patria**, lanzó esta candente estrofa el prócer poeta de la Nueva Granada José Eusebio Caro:

“La esposa del Romano Colatino
al verse impura, prefirió morir.
Los hombres del Congreso granadino
besáronle la mano al asesino,
a trueque de vivir.”

Resurgió nuestra nacionalidad con terrores de tragedia. A entenderse los Jefes de los dos Virreinos, pudieron distribuirse el territorio de la Presidencia, sin más novedad que unas actas de pronunciamiento: Guayaquil y Cuenca para el Perú, lo demás que sobraría de la rapacidad de 1824, para la Nueva Granada....

En ese momento psicológico, trance de vida o muerte, el Ecuador debió al Jefe de los Departamentos del Sur, al denodado General Flores, la salvación de esta nuestra Patria, siempre mutilada. ¿Quién pudo entonces rescatarnos? Carecíamos de caudillos, de hombres de espada y de prestigio. ¿Rocafuerte? No asomaba aquel varón de entereza, internacionalizado al servicio de varios pueblos americanos. Ingratitud sin perdón significa negar al General Flores su adhesión al Sur, el esfuerzo supremo de su brazo por la posible integridad de la Presidencia. De las secciones colombianas, la hermana menor resultaba casi desheredada. El Libertador, al decidir la transformación federativa de Colombia, insinuó que el Valle, Pasto y el Chocó, de la Audiencia de Quito, formasen en la sección meridional, para equilibrio por lo menos relativo de las tres circunscripciones en que se organizó la primera Gran Patria. Flores hasta 1841 insistió con tenacidad desesperada en que parte siquiera se nos restituyese de las tierras de la Presidencia, en el actual Departamento de Nariño: intervenciones armadas, besuques diplomáticos, discursos, justas y cañas, reconciliaciones y cariñosos esponsales de los pueblos, resultaron episodios sin eficacia en el curso invariable de la desheredación del Ecuador.

Quedamos pues en solar limitado, con recursos apenas para una vida de milagro. Los batallones colombianos de Tarqui que quedaron al Sur y sirvieron en verdad para que Flores lograra algún respeto a nuestra justicia, pesaban sobre el Erario mendicante, en términos que el soldado, contra lo que la palabra entraña, quedó en veces sin sueldo, y apeló al terrible re-

curso de la sublevación para el saqueo. El drama sangriento del glorioso batallón Vargas es la página más dolorosa de la inopia de este país, cuya estrella lució en el cielo internacional dentro de un nimbo de sangre.

Los adversarios de Flores, con Don Pedro Moncayo a la cabeza, no han cesado de vituperar al General por la separación de 1830, invocando causales de lealtad a la gloriosa Patria de la creación boliviana.

Lo único valedero en esta acusación es tal vez la circunstancia de la extranjería del General Flores, a quien una Asamblea ecuatoriana, para aquietar escrúpulos nacionalistas, le declaró ecuatoriano de nacimiento.

Tal reproche, a raíz de la Independencia, cuando formábamos una sola nación con Venezuela, no podía discutirse siquiera. Los héroes de la Independencia, en cualquiera de los países libertados, tenían derecho a la ciudadanía, y por lo mismo a la Magistratura.

Además, eliminado el General La Mar por una derrota, desposeído de la gobernación del Perú y muerto en el ostracismo, no nos quedaba otro que Flores para la última emancipación, de las varias que intentamos, emancipación que se hizo condicionada, quizás en peores términos y sin perder tierra, como pudo hacerse en 1828, cuando de acuerdo el Centro con Santander, Venezuela con Páez y el Sur con La Mar, nuestra territorialidad pudo salvar incólume.

Los enemigos de Flores, sobre todo los de la facción extrema liberal, habrían querido que éste mantuviese la unión con Nueva Granada, reconstituyendo el Virreinato de Santa Fe, según el criterio de estadistas y patricios del Norte, entre ellos el integérrimo General Posada Gutiérrez.

No se tiene en cuenta, o se ignora, que en la Nueva Granada, sobre todo desde Popayán al Carchi, feudo de López y Obando, al cabo adversarios nuestros, no se nos admitía ni siquiera como agregados. Antes el gentil General Córdova, héroe de Pichincha y de Ayacucho, nos había tratado con sumo desprecio, en confidencia con su hermano de logia, Santander.

Obando, nuestro General en 1830, había reaccionado en contra del Ecuador, en forma inusitada.

Hasta en la insignificante rectificación de fronteras que intentó Flores, no se dio a partido. Flores escribióle "se interesara en que se acordase la línea del Guáitara"... "Empéñate —le decía— en cumplir tu ofrecimiento, seguro de que te inte-

resa a ti mismo. Piensa en lo futuro... y acuérdate de lo pasado". (1832, Noviembre 21).

Obando respondió: —"Ya dije a usted que escribiría sobre los límites del Guáitara; pero usted ve, la Constitución nuestra, la del Ecuador y las leyes que demarcan los límites (la de 1824). Esto está escrito, y es inalterable... En lo demás, seré abogado del Ecuador" (¡qué abogado!)

La línea de Guáitara no la tendríamos jamás. Si Obando nos la negaba, más tarde, después del Huilquípamba, la rechazarían también sus mortales adversarios Mosquera y Herrán, no obstante su platónica gratitud a Flores.

Para desengaño de los que creyeron posible, en las condiciones de sectarismo partidista, nuestra unión con el Centro, léanse los siguientes acápites del mismo Obando, en cartas a Santander: —"Los que estamos más cerca de los elementos del Ecuador, estamos penetrados de la fragilidad de su existencia. Esta nación es de aquellas que no pueden ser, por su propia naturaleza."

Los hombres públicos ecuatorianos "no calculan, no piensan, no reflexionan... Flores... Rocafuerte ¡qué guayaquileños! no hay nadie en ese Sur... Valdivieso que teme morir de parto, está asustadísimo."

"¡Qué ocurrencia de los podridos ecuatorianos agregarse a la Nueva Granada! Dios nos quite semejante cáustico de la nuca."

¿A qué soñar incorporarnos a la Nueva Granada, empeño que más tarde había de insinuar mañosamente el General Tomás Cipriano Mosquera a García Moreno, condicionando desde luego la reintegración de la Gran Colombia con la anexión de Imbabura al Departamento del Cauca?

Se produjo lógicamente la consolidación de la República del Ecuador, como heredera del antiguo Reino, Audiencia y Presidencia de Quito, sin definición ni linderos, los que quedarían movibles, en perjuicio nuestro y en bien de las superioridades vecinas, sus Majestades Virreinales.

Era la lógica de la fuerza, ya sea armada o desarmada. Así, los Estados Unidos devoraron la mitad de Méjico, Méjico detentó Chiapas y Verapaz, Colombia la Nueva avanzó sobre el Carchi y más allá del Mira, el Perú hasta hoy intenta suprimirnos, a su vez Chile ha llegado hasta Arica, y Bolivia ha quedado embotellada, sin salida ni al Plata ni al Pacífico. El Brasil ha duplicado su territorialidad, rebanando a casi todas las naciones de Sur América.

Hay tantas formas de conquista....

COMIENZA EL ECUADOR

Sobre tan funestos antecedentes, con perspectiva de nuevos conflictos y casi sin base económica, con presupuesto de miseria y cargado además de la deuda de la Independencia, que se le impuso en forma injusta y desproporcionada, el Ecuador intentó los primeros pasos.

Flores tuvo que soportar las consecuencias de nuestra ingrata fortuna; y quizás sólo él pudo en aquel amanecer de bruma, sostener la autonomía de una República de tan adversas condiciones, diversos climas, de áspera topografía, sin caminos, con el terrible problema racial adentro de las entrañas y la constante amenaza de enemigos exteriores.

Los últimos años de la guerra de la Independencia, los primeros de la organización republicana, se habían desarrollado en cálido ambiente, y la anarquía destruyó lo poco edificado. El puñal asomó para nivelación, comenzando por el Libertador. No logró su inmólación sangrienta, pero sí su inmólación moral. Quedaba aquella para el sucesor del grande hombre: Sucre.

Esa doctrina y práctica de la eliminación, comenzada en Lima, en la persona de Monteagudo, el Ministro de San Martín, se ingirió en las costumbres públicas de las naciones bolivarianas y trascendió del Centro al Ecuador, junto con el intento de ruptura de la unidad religiosa. Y con estos principios, nuestro país entró al teatro trágico. Eramos sí la fiel Antígona de la tragedia, fieles a Bolívar y amantes de su gloria.

Un elegante escritor chileno, B. Vicuña Makenna, al volver los ojos allá en 1886 al Ecuador, lo diseñaba como a campo de muerte. Su entrada en el hermoso Golfo la atalayaba la Isla del Muerto; y tierra adentro, llantos y alaridos denunciaban las trágicas escenas. Los Presidentes asesinados frente al Palacio, los Jefes de Iglesia envenenados en el cáliz del Altar, las plazas y montañas cementerio de batallas que fueron.... ¿Qué sino de adversidad nos ha entregado así a las Furias, a esta demencia de rencor? La comunidad nace y se mantiene por el amor, y a poco de nacidos, nos vino del Norte el fluído, la emanación pestilencial de las banderías llamadas políticas, la rabiosa alucinación de una República imposible, el poco o ningún respeto a la vida, a la honra y a los haberes de nuestros semejantes, la labor de zapa, el hormiguero de las ligas secretas que nos

envió la Unión Norteamericana, tan adversa a nuestra Independencia, y tutora desde 1826.

Ha pasado una centuria dolorosa, cuyo balance de bienes y de males se inclina de este lado. Naciones mucho más pequeñas y pobres que nosotros: el Uruguay, El Salvador, Costa Rica —países templados o tropicales— han prosperado: la siembra de la Libertad dio el ciento por uno allí.

En nuestra Patria, los problemas de su cuna y su herencia y los otros inmediatos de complicaciones y discordias, subsisten aún agravados algunos por el desarrollo exuberante de los gérmenes morbosos y por la terrible evolución del mal.

Pueblo sin fronteras, ante todo, hemos debido cerrarlas heroicamente, apretando la posesión en los territorios amenazados. Nuestra maniobra ha sido luchar en los papeles y no en el terreno, retroceder y no avanzar, malogrando el patrimonio que los colonizadores nos legaron, que con nuestros sacrificios y caudales se mantuvo y que a costa de sangre nuestra se vindicó. Pero este negocio que ha debido unirnos haciendo del Ecuador un solo bloque armado, una máquina perfecta de conservación, resistencia y reivindicación, nos ha servido para desconectarnos desde los primeros pasos: en 1832, en 1840, en 1859-1860, en 1894, en 1910 y anteayer y ayer y siempre, y cada día, mezclando en la fermentación doméstica pútrida, el agua clara de nuestro derecho en lo internacional.

Se nos trajo también como cuestión previa, a romper la unidad, la cuestión religiosa, para resolverla no con las soluciones de la Libertad, sino con el garrote de la Ley —esa horca peor que la que cuelga sus racimos de víctimas en el Oriente liberticida, en la Armenia del Islam, en la Rusia Soviética, en el Méjico de estos días.

Sin negar la influencia de los obstáculos materiales en nuestra evolución, podemos señalar las causas eficaces de la mísera relatividad de nuestro progreso:

1º.—Nuestro país sólo temporalmente ha formado Nación orgánica, con haberes propios, local y regional. El centralismo, sin base en la vida fundamental de la familia y de las regiones, va a la muerte, a la política de la envidia y de las malas pasiones;

2º.—La incomprensión de elementos étnicos diversos —los de la Costa y de la Altiplanicie, tan diversos como los de naciones de distintas lenguas;

3º.—La disidencia religiosa, que como apuntó hasta el mis-

mo Renán, destruye la cohesión nacional y trae la crisis del patriotismo;

4º.—La milicia entrometida en la política partidista para eliminar las libertades públicas;

5º.—El falseamiento sistemático del sufragio, fundamento de la soberanía;

6º.—El poco respeto a los haberes del Estado, manejados en veces como botín de guerra; y

7º.—La sedición como hábito y política —medio casi único de cambiar el personal gubernativo, dada la eliminación del sufragio.

Los Jefes del Estado se han mantenido con el arma lista, obrando en ellos, no el ideal político, sino el instinto de conservación. Así, no es raro que tuviésemos, para contrarrestar la tiranía de abajo —también la de arriba.

EL SENTIDO HISTORICO Y LA CULTURA

JULIO E. MORENO

En el sugestivo prólogo a la traducción española del famoso curso de Hegel sobre Filosofía de la Historia, nos habla Ortega y Gasset de su desconsuelo ante este extraño fenómeno: la desproporción escandalosa entre la enorme masa de labor historiográfica ejecutada durante un siglo y la menguada calidad de sus resultados. Frente al innegable carácter evolutivo de las otras ciencias, encuentra que la historia "parece no haber adquirido aún figura completa de ciencia". No obstante algunos esfuerzos geniales de ciertos pensadores, antes que de los historiadores mismos, para elevar la condición de los libros históricos, el fondo y sustancia de éstos continúa siendo el cronicón. En sus reparos de dureza, el prologuista español llega a sentenciar que con razón los estudiosos desconfían de la inteligencia del gremio historiador: **se cree, no sé si con justicia, que tienen (los fabricantes de esos eruditos trabajos) almas retrasadas, almas de cronistas; que son burócratas adscritos a expedientear el pasado. . .**

Mucho antes de esta casi diatriba del severo meditador peninsular contra los profesionales de la historia, ya el desolado y libérrimo espíritu de Nietzsche se había sublevado en análogo sentido. Formidable experto en la medición de las fuerzas de los instintos vitales, no puede soportar que el cultivo histórico, lejos de conservar la vida, la momifique, por faltarle el aire vivificante del sentimiento de las cosas humanas. Se asiste entonces—dice—al espectáculo repugnante de una sed ciega de colección, de una acumulación infatigable de los vestigios de otro tiempo; el hombre se encierra en una atmósfera de vetustez, llegando hasta envilecer dones superiores, aspiraciones nobles, por

la manía de la antigüalla y de las bagatelas bibliográficas. Según el diagnóstico nietzscheano, la vida tiene necesidad de los servicios de la historia; pero el exceso de estudios históricos es nocivo a los que viven. Cuando los sentimientos, cuando la sensibilidad no son lo bastante vigorosos para evaluar el pasado a su medida, aquel que pide consejo a la historia acaba haciéndose comediante. Todavía hay una categoría terrible de hombres que, incapaces de poner en primer término su propia e íntima personalidad, en la marea ondulatoria de las cosas, adoptan la máscara de personalidades que la desviación del sentido histórico ha convertido en abstracciones puras. Es una mitología del hombre "cultivado" moderno; pero una mitología mala. Llega un momento en que la cultura, que es o debe ser, ante todo, vitalidad, se torna anquilosamiento.

En suma, que tanto el pensador hispano, como el gran solitario de Sils María, se revuelven contra todas aquellas formas de cultura histórica convencional en que no se incita para nada las energías profundas de nuestro ser, por olvidar que el drama histórico no arranca su sentido sino de la sensibilidad para los valores trascendentales con que se hace la decantación legendaria de las genuinas culturas. Una historia que contribuye a la depauperización biológica humana acusa un contrasentido. Ya Goethe hubo observado que sólo la actuación de nosotros sobre el medio ambiente estimula la vida interna, dándonos cuenta de que la seca especulación no hace más que sorber sus jugos. Si no acertamos a valorar cada momento con verdadero sentido histórico, toda investigación y todo empeño erudito no serán, pues, sino obra baldía y muerta.

Convenía a los intereses de orientación de nuestra cultura hacer preceder a las reflexiones sumarias con que conmemoramos el cuarto centenario de la fundación de Quito lo que para modificar la constitución de la historia han dicho aquellos espíritus eminentes. Como en Europa, y con síntomas aún más alarmantes, la obsesión historicista galopa desafortadamente por los campos de la embrionaria cultura de nuestra América. En ninguna parte más que en estas tierras de empedernido formalismo se ha dado y se sigue dando una viciosa superestimación al acumulo de datos y materiales como prototipo de la historia. La documentación, las consabidas "fuentes", el hacinamiento de hechos inesenciales: he ahí el cuerpo histórico, que está lejos de ser un cuerpo vivo. Para producir esa especie de organismos o, más bien, mecanismos inertes, basta con una buena dosis de laboriosidad y de paciencia en la consulta de archivos.

De esta suerte, será fácil la pululación de historias y monografías en que sus autores conseguirán, para el concepto común, el máximum de acierto y autoridad, a fuerza de explotar esa específica fruición en el manipuleo de los documentos y hechos externos.

Pero lo **histórico** incluye el descubrimiento de los valores inherentes a la vida por la sensibilidad común a toda una época, y sentir y poner de relieve el sistema de esos valores con que ha disciplinado su vivir un pueblo constituirá la delicada labor del historiador auténtico. El proceso histórico es, así, como bien se ha insinuado por Ortega, una estructura de cualidades reales que podemos percibir en el tiempo, y las dos experiencias del verdadero historiógrafo se reducen a la sensible y a la estimativa. Entonces alcanza cabal sentido la definición de la historia cuando se dice que es el manejo de la fina materia de la vida humana. Entonces los estudios históricos dejarán de ser la constatación de lo azaroso y, al darnos la comprensión de lo real en la evolución del hombre, se convertirán en instrumento de cultura.

Quizás, ciertamente, si los pueblos viven todavía una vida como provisional, de desorientación y de tanteo perennes, ello se deba a que la historia no pasó de un difuso cronicón de situaciones y personajes, en que rara vez se advierte el latente dinamismo de los imperativos vitales que hacen el destino de las colectividades humanas. Y no habiendo estas coordenadas de los estadios de la evolución, que es lo esencial en la historia, no cabe ninguna conciencia histórica, ya que los trabajos de investigación y reconstrucción del pasado resultan una cosa sin mayor contenido y de un alcance cultural sumamente equívoco. Tenemos ya una abrumadora bibliografía historiográfica: sería, empero, algo de milagro si alguien pudiese mostrarnos que nuestros pueblos han encontrado un centro de gravitación vital impulsados por su sentido histórico.

Mientras nos aferremos a la idea de que el pasado es venerable por ser pasado, y no aprendamos el arte selectivo de excluir de lo histórico aquellas partes exánimes de la cultura pretérita, seguirá la morbosa exaltación historicista, junto con la ficción colectiva de que al enseñar historia educamos a las generaciones. Somos románticos por excelencia, y en ninguna disciplina espiritual impera y hace estragos este romanticismo como en el cultivo histórico. De la historia misma hacemos un mito —sabida es la beata seriedad con que invocamos en toda circunstancia semi-solemne "el templo de la historia"— y ni

que decir queda de cómo divinizamos, falsificándolos, a los llamados personajes históricos.

Y si el sacerdote de la historia se propone ser vengador o sancionador, como en el caso de los historiadores envenenados de resentimiento, el tribunal de la historia viene a ser algo catastrófico para los intereses de la cultura. El mundo de la persona resentida, dice el admirable Max Scheler, recibe una estructura muy determinada en su relieve de los valores vitales, cualesquiera que sean los objetos que aquella persona tome en cuenta. A medida que esta desviación vence sobre la atracción de valores positivos, la persona se hunde (con omisión de los valores intermedios y de tránsito) en los males opuestos a aquellos, males que ocupan un espacio cada vez mayor en la esfera de su atención valorativa. Hay en esa persona algo que quisiera injuriar, rebajar y empequeñecer, y que hace presa, valga la palabra, sobre toda cosa en que puede desfogarse. De este modo, "calumnia" involuntariamente la existencia y el mundo, para justificar la constitución de su vida valorativa.

De historias divinizantes o denigrantes está ahita Hispano-América, y ya aquí entrevemos que el método al uso que en general lleva a la tergiversación de esta rama de la ciencia se agrava entre nosotros por el temperamento pasional que, según nuestros credos políticos o religiosos, imprimimos a lo que pretende ser historia. Padecemos los hispano-americanos de una radical incultura histórica. No es sólo falta de técnica; es falta de agilidad mental para captar los valores fundamentales de la cultura; es inescrúpulo para prescindir de toda preocupación normativa y hacer historia beligerante. Cuando no sea el afán erudito y detallista que impide toda visión panorámica, será el pasionismo conceptual mediocre, polémico, personalista, lo que prepondere en la tarea historiográfica. ¿Cómo esperar que ésta se traduzca en instrumento de educación, en estimulante de la cultura? El educando, el ciudadano llega a vivir de reflejos difusos acerca de la realidad íntima de las situaciones; se queda perplejo y confuso en lo tocante a la positiva actuación de sus antepasados, a la debida valoración de los hombres representativos. Se le representa la historia como un bosque tropical de incongruencias y contradicciones. El anarquismo ideológico y cultural es ineludible en estas condiciones. La acción pedagógica de la enseñanza de la historia se vuelve contraproducente. Con la mejor voluntad, el mismo profesor de la materia en un instituto se verá imposibi-

litado de poseer una idea estructurada y sencilla del cuerpo general de la historia, que es su misión enseñar.

No quiere decir esto que se desconozca la multiforme e incesante disensión de opiniones y actitudes con que la vida imprime su dinamismo al proceso histórico. En cada momento y desde los distintos campos de divergencia habrá quienes quieran gritar su verdad, haciendo incluso historia de estos o los otros acontecimientos. Pero el lugar propio de esos escritores estará en la propaganda, la política, el ensayo; de ningún modo, en la ciencia de la historia, que, por lo mismo de tener su imperio más allá de nuestras individualidades e intentar la comprensión de la sensibilidad de una época, mal puede convertirse en obra de fisonomía reaccionaria o revolucionaria. Historiador que se esfuerce por amoldar el enjuiciamiento de la realidad social a la cuadrícula de sus conceptos o de sus prejuicios está traicionando inmoralmente su profesión de tal.

La importancia jerárquica de ésta se halla en la capacidad de aprehender el impulso unitario de oposición entre las fuerzas vitales en cada época o en cada pueblo. La unidad que domina las complicadas oposiciones sociales determinará la estructura de los contenidos culturales, y el historiador ha de mostrarnos la ley de evolución cumpliéndose mediante esa concurrencia dinámica de las energías y actitudes vitales. El don de penetrar simpáticamente en aquellos contenidos de la cultura, unido a la sagacidad crítica que nos permita la visión de las grandes líneas, ha de caracterizar, pues, al profesional de la historia. De ahí la dificultad del género, como ciencia de la realidad máxima que es, y la angustiosa penuria de resultados en el dominio de la ciencia histórica.

Sin embargo, como queda dicho, es el caso de una superproducción viciosa de trabajos históricos, que, en definitiva, "bajo un aparente rigor de método en lo que no importa", no hacen sino traernos la imprecisión y la confusión en todo lo esencial. Para el hombre —sobre todo en la vertiginosidad del vivir moderno— lo primario e ineludible es contraerse a su medio vital y nutrirse de él, haciendo y recibiendo cultura. Para las generaciones que vengan después, las formas de vida actuales no tendrán interés sino en la medida en que les muestren el nexo de aquella cultura. Sería insensato pensar que el hombre de mañana fuese a revivir toda la muchedumbre de emociones y peripecias del hombre de hoy. Pues bien; ésta es prácticamente la semi-inconsciente pretensión de los cultivadores de la historia al creer que ella debe ser la recopilación de

"cuanto ha pasado" y que en estos hechos ha de interesarse de veras el que no los ha vivido o sustentado. El equívoco está en atribuir al documento y al hecho puros, aprovechables sólo para la labor selectiva del historiador, el valor de la historia misma, que es lo enseñable en los dominios de la cultura. Con tal criterio de matiz místico o mítico acerca de lo que fue, tendremos, no ambiente histórico, que incluye vitalidad, sino asfixiante atmósfera de museo y reliquias.

Precisa, pues, que desaparezca la vaga noción que solemos tener de lo histórico. La historia necesita medios e instrumentos (que son obra de la paciente rebusca de archiveros y anticuarios) para su delicada tarea vitalizadora, llamada a suscitar estados de espíritu progresivos; pero no nos forjemos la ilusión de que hacemos y fomentamos cultura tan sólo con exhumar indistinta y atropelladamente lo inmemorial y lo pretérito, a cuenta de sagrado. En rigor, al menos en nuestra América, no es siquiera el sentimiento de la tradición, el gusto por las cosas de los antepasados, lo dominante. Apenas habrá países como los nuestros donde menos se cultiva espontánea y sinceramente la tradición. Lo que hay en la actitud nuestra es la no razonada emoción romántica del pasado, la cual nos lleva a dar valor inconsciente a todo lo vetusto. Se multiplican así los trabajos llamados históricos, que pocos leen, y se derrama la efusión admirativa por las cosas muertas en ocasión de aniversarios y centenarios.

Precisa, pues, volvemos a decirlo, que se reaccione contra esta ficción de cultura, contra esta falsa manera de apreciar lo histórico. Quisiéramos sintetizar en una frase nuestro pensamiento diciendo que la historia no cabe que sea factor de cultura sino en cuanto contribuya a que los pueblos adquieran cada vez una dimensión vital; por tanto, fuerza e impulso de transformación. Cuando un pueblo se mueva dentro de su ámbito propio, ni tradicionalismo ni utopismo serán las fuerzas negativas que estorben su desenvolvimiento. Sensibilidad histórica es capacidad de disciplina para la articulación del vivir colectivo. Cultura histórica es fidelidad a nosotros mismos y a la realidad que nos corresponde. Sentido histórico debe ser lo que nos lleve a una motivación esencial de la conciencia propia.

* * *

Apuntadas estas breves reflexiones sobre la esencia y valor de lo histórico, agregaremos que sería una emoción sin par para cuantos anhelamos la actitud estimativa de esa fluencia de afanes vitales que es toda sociedad humana el que la conmemoración del cuarto centenario de la fundación de Quito diese margen a algo constructivo y afirmativo. Que, al añorar el momento primigenio de aquel hecho histórico y buscar el sentido a las cuatro centurias corridas, podamos ver uno a uno los nexos vitales que nos unen al pasado y, sin caer en la tentación de atribuir virtualidad al cuerpo embalsamado de lo que ya no sirve, obtengamos la consciencia de nuestros posibles avances relativos en lo futuro.

En la celebración de una fecha en que aparece el primer núcleo de nuestra organización social, ¿acertaremos a rastrear la relación de nuestro vivir actual con el pasado? He ahí un interrogante, que vale la pena de presentar a la consideración de nuestros virtuosos de la ciencia historiográfica. Hasta qué punto nuestra patria es perduración del pasado y en qué límites ha hecho su evolución o transformación, podría constituir el tema de la oportunidad rememoratoria. Mediante la contracción a lo cardinal, desalojando todo lo que sea acumulación de modificaciones de detalle pretéritas, cabría mostrar nuestra modesta pero auténtica estructura cultural presente, junto con nuestras genéricas posibilidades de porvenir. Al ver el poder de resistencia de ciertos módulos de vida a lo largo de los siglos y sorprender su influencia favorable o desfavorable en el destino íntimo de nuestro pueblo, se habría ganado mucho en la tarea de dirección de dicho destino.

Sin entrar en afirmaciones rotundas, porque ello implicaría la pretensión de iniciar la obra interpretativa y constructiva que recomendamos, encuentro que hay algunos aspectos esenciales de que podemos históricamente sacar sugerencias fecundas.

El más prestigioso narrador de nuestras cosas del pasado, González Suárez, describiendo los antecedentes de la fundación de la ciudad de Quito, por Diego de Almagro, a nombre y con autoridad de Francisco Pizarro, dice:

"Hecha la distribución de solares, comenzaron los primeros pobladores de Quito (doscientos cuatro castellanos) a construir con afán casas de tabique, donde habitar, deshaciendo las chozas de los indios, para aprovecharse en las nuevas fá-

bricas de los materiales de las antiguas; edificaron también un templo provisional, rústico y sencillo, para dar culto al verdadero Dios, y con el templo y el Municipio quedó formada la nueva ciudad No sólo se distribuyeron solares dentro de la ciudad para que edificasen casas los vecinos, sino que a muchos se les repartieron tierras para sembrar y pueblos de indios en encomienda."

En esas frases de media ingenuidad puede el investigador moderno hallar las grandes líneas de las formas de vida que, teniendo por de pronto una evidencia tradicional, encierran ahora además una evidencia lógica del contenido de nuestros más vitales problemas. En esas pocas frases pudiéramos buscar los rasgos de un esquema claro, preciso, de la vida colonial y sus prolongaciones constitutivas: nuestra religiosidad orgánica y nuestro devotismo, que incluye el gran arte antiguo; nuestro régimen del municipio, que ha de jerarquizar paulatinamente la acción de los componentes sociales; nuestro sistema agrario, que significaba el privilegio de la tierra para una minoría y el reparto de rebaños humanos para la servidumbre.

En vía de un fugaz intento de perspectivismo histórico parcial, quiero apuntar aquí algo acerca del tópico primero: el religioso.

Con el templo y el Municipio quedó formada la nueva ciudad. Si; el Municipio comportaba institucionalmente el hogar español civil; pero el templo era el otro hogar común espiritual a donde trascendía el alma de la raza. Desde el alborar de la que es al presente la sociedad ecuatoriana, la religiosidad quiere transformarse en espíritu consolidado del núcleo inicial colonizante, ya que pretende impregnar de sentido a la vida toda. En otras palabras, el templo español representa el pensamiento de que lo religioso alcance y mantenga tan alta consideración como norma y fin de la vida, que todo lo que luego pueda llamarse cultura ostente el sello de la religiosidad.

En efecto, la vida de lo que se condensará en tres siglos de coloniaje se penetra y se satura desde el principio de representaciones religiosas en todos sus aspectos. Sucesivamente, van invadiendo las órdenes religiosas y, mientras se construyen las casas de los nobles y de los criollos, son las iglesias, son los conventos, los que dominan con sus torres y sus ingentes masas pétreas la silueta de la naciente ciudad. Durante más de un siglo, desde que ésta es fundada,

se construyen el templo y el convento de San Francisco, al que siguen otros y otros, y esta larga tarea constructiva va acompañada de un despliegue de íntima fe. Son parte para ello los ritos solemnes del catolicismo, las procesiones y predicaciones, cuyo poderoso efecto ya podemos representarnos. En el ambiente de tristeza de una comarca escondida entre las breñas andinas, hay un sonido que acompaña con su acento familiar toda la vida cotidiana: las campanas.

Como es fácil suponer, sermones y tratados religiosos rebosan un misero menosprecio de la vida. Denigrar el mundo es una actitud obligada para una ingenua voluntad de santificación. Todos los predicadores no hacen sino modular variaciones de la medieval tonada sobre la vanidad de los bienes terrenales. Lo único que debe cultivarse es la virtud, como medio de una eterna salvación, y por virtud viene a entenderse misticismo y devotismo.

Con esto nos acercamos al punto de vista desde el cual cabe considerar la cultura tradicional nuestra. Para el espíritu castellano originario, apetencia de virtud se traduce en representación de una idea abstracta como actitud vital. Pero esta actitud, según bien se ha observado, es la del hombre primitivo que atribuye ser y sustancia a todas las cosas abstractas. El misticismo se reduce, entonces —y tal fue y ha sido toda la desafortada mística española,— a una hiperbólica veneración de la Virtud y, dentro de un concepto genérico, de toda la fauna moral: la Humildad, la Pureza, la Castidad, la Templanza, la Caridad, la Mansedumbre . . . Simbolos o, más bien, representaciones concretas de esas entidades místicas serán Cristo, la Virgen Madre y una incontable cohorte de Santos; y del comercio espiritual cotidiano con todo ello nacerá y se afirmará el devotismo. El culto viene a ser la gran raíz gestante de toda emoción religiosa, y la intervención del sacerdote ha de solemnizarlo y consagrarlo todo. La "vida devota" constituirá la esencia de la fruición colectiva e individual, puesta al servicio de la fe. La religión se elevará hasta sus máximas posibilidades expresivas.

En esta esfera de la expresión, el arte ejerce, así, esencial función complementaria. Complementaria, sí; porque en aquella época es empleado para rodear de belleza las formas religiosas que caracterizan el estilo de vida. Lo que se busca es la elevación e intensidad del sentimiento religioso, favorecido por las obras artísticas. Retablos, sagrarios, púlpitos, cuadros, esculturas; la rica y varia vestimenta de iglesia, con sus

brocados, sus utensilios y muebles; la misma regia magnificencia arquitectónica de la mayoría de los templos en que se derrocha el pan de oro y en que se aspira a no dejar nada sin forma artística ni expresión sensible, hasta el punto de que lo bello es sofocado por la ornamentación formal; todo, todo va encaminado a reflejar el contenido de religiosidad de la época, a subrayar la importancia, no del artista, no del arte mismo, sino de la religión. No basta esta proliferación de las formas artísticas del sentimiento religioso social. En los hogares alcanza igualmente auge y brillo. El oratorio es algo imprescindible en las casas de alguna prestancia, y también allí la ornamentación orfébrica y la profusión de imágenes en pintura y escultura son el modo de rodear de belleza el ambiente religioso familiar. La cultura artística general es, pues, predominantemente religiosa, puesta con decisión intensa al servicio de la fe.

Aquel apasionado, desbordante e inmovible sentimiento religioso, que acude a todos los medios de la fantasía, del arte y de la riqueza, para revestirlo de una forma plástica, tiene asimismo su correspondencia en la esfera de la ideación y la educación común. Al igual que con la Virtud, se hará con la noción abstracta de la Verdad el centro de gravitación de toda enseñanza, y la Verdad no podrá ser sino la ordenación formalista del sistema de conceptos que se incluyen en "el espíritu cristiano". Toda la vida mental se impregna y satura así de un teologismo recalcitrante. Monopolizado el ramo educacional por las comunidades eclesiásticas, será lógico que en los respectivos planteles domine, junto con las prácticas devotistas, la preocupación de lo ortodoxo y del repudio de cuanto se considere herético. Como en el arte, también en la labor enseñante el contenido efectivo será ante todo la fe.

Así quedan forjadas las armas con que la iglesia podrá vencer e imperar a través de las generaciones. En los templos, mediante la predicación, el confesonario, la liturgia fastuosa, la embriaguez de belleza y de goce por parte de los fieles; en los planteles educativos, mediante la acomodación y corroboración pertinaces de la doctrina católica en la vastísima experiencia de la cultura moderna. El misticismo y devotismo como *pathos* social, y el teocratismo y formalismo casuístico, como *ethos* colectivo, tiñen con sus colores los aspectos todos de la vida.

Pero la vida influye también fatalmente sobre la religiosidad, se enlaza con ella, y el momento en que cede la tensión religiosa tenemos una grotesca mezcla de mundanalidad. Cuan-

do la vida entera está empapada de religión, se borra fácilmente la distancia entre lo sagrado y lo profano. Los documentos históricos confirman a lo largo de más de tres siglos esta verdad. La vida religiosa de aquel tiempo ofrece el más rudo contraste de actitudes al parecer inconciliables. Adoradores de la sensualidad, por ejemplo, muestran al propio tiempo un íntimo ardor en cumplir los deberes religiosos.

Actitud de inmensa farsa? Beatería hipócrita? Para los que se satisfacen con la simplificación de las cuestiones y rehuyen atascarse en ningún análisis, aquel sería el método explicativo. Ello respondería, además, a la vieja tendencia moralista, antivital, que pretende forzosidad de correspondencia entre la idea o ideal ético de los hombres y su conducta práctica. Pero el psicólogo de la historia sabe que la utópica aspiración a lo perfecto no acusó jamás una radical renuncia a la existencia. En el caso de la típica unión de religiosidad y sensualidad de nuestra vida colonial, no hay nada enigmático. Fenómeno idéntico caracterizó toda la larga vida medieval, y he aquí como el filósofo de la historia lo explica perfectamente. Eso que nos parece una contradicción es una tensión entre dos polos espirituales. En épocas en que el tono de la vida lo da la fe en un reino de Dios al que se contrapone el mundo del pecado, sucede que, salvo los casos extremos de un verdadero asceta o de un pecador empedernido, las gentes no pueden menos de reaccionar ante un ensayo excesivo y una aspiración imposible. La fuerza vital no soporta ser violentamente turbada en sus raíces, y, entonces, no se trata de que el ideal haya perdido valor y sentido, sino que no se convierta éste en negación de la vida.

En todo caso, quiere decirse que un dualismo semejante implica para las generaciones que lo experimentan un combate terrible de vacilaciones y reservas, en su fondo orgánico; combate que resta sensibilidad para los principios superiores y espontaneidad a lo que debiera ser la sana alegría del vivir. Además, de la fuerte discordancia entre los principios directores y los imperativos vitales surge el riesgo de que se enjuicie a toda una época bajo el dictado de corrompida e hipócrita. El sentimiento de desprecio es su complemento, porque se descalifica a una serie de generaciones en la base misma de su conciencia.

¿No es ésta la impresión general que se nos ha dado y que tenemos de la índole de vida de la Colonia y parte de los comienzos de la era republicana? Ahora mismo, ¿no es preocu-

pación mortificante para muchos la disparidad que se advierte entre el espíritu de religiosidad y los modos de conducta cotidiana? Como en las tres centurias coloniales, persiste todavía en la casi totalidad de las gentes una poderosa emoción al escuchar la palabra de los predicadores religiosos, emoción que indudablemente brota de una fe intensa, y son esas mismas gentes las que se muestran súbitamente susceptibles a una transgresión de los deberes naturales y de los deberes sociales. Lo cual nos muestra que allí donde las creencias son objetivadas abstractamente no pueden engendrar más que fanatismo y profundas disidencias. No aportan ninguna contribución positiva al problema ético de una unidad moral auténtica, problema viviente que necesita plantearse todo pueblo que aspira a una cultura. La nación ecuatoriana pervive en las congojas de una disensión crónica, porque ha mantenido hasta ahora una excitación social pseudo mística que nada vivifica. La mole de su tradicionalismo histórico le abruma y le impide reaccionar en sentido de comprensión y de vida.

Tan radical incongruencia en el orden moral ha menester corregirse. Este cambio en la actitud frente al tradicionalismo religioso sería uno de los modos elocuentes de apreciar lo que ha sido la religiosidad de las cuatro últimas centurias. Quedan intactos los valores de la religión. Únicamente se observa que es iluso y, sobre todo, perturbador querer aislar de la vida, menospreciándola, las llamadas funciones espirituales. Si hay sentido histórico, los testimonios que nos ha dejado esa parte integrante de nuestra constitución orgánica —el proceso colonial— deben servirnos de alguna lección y previsión.

Resumiendo: si en sus cimientos orgánicos, si en su desarrollo de siglos, si en la determinación de su mecanismo psicológico, ha sido la religión el soporte vital del pueblo, pero con una vitalidad negativa, pues implicó la detención de un verdadero crecimiento espiritual; si esta situación paradógica de viva fe en la llamada cultura cristiana y de quiebra constante de las directivas morales ha sido y es nuestro destino, quiere decir que la necesidad y el deber de una genuina cultura —capacidad de disciplina ética— aconsejan la reforma ideal de lo que ha constituido el eje de nuestra existencia. Al espectro de cultura con que disimulamos nuestra evolución retrasada deben sustituir una religiosidad y una moral en que lo esencial sean los actos, las obras.

El grande error de nuestros reformistas ha sido querer "li-

beralizar" a las masas sin el previo estudio de su ambiente histórico, de aquel en que han nutrido su voluntad de fe religiosa. Se ha pretendido ganar terreno en los espíritus, y espíritus secularmente anquilosados por la tradición, con sólo una labor crítica racionalista, sin ninguna base psicológica. Transplantar los conceptos muy lejanos del terreno donde han germinado, querer que por medio de una labor de raciocinio se convierta en ideación lo que ha sido pasión entre las colectividades humanas, es anular el resorte de la motivación de los mandamientos culturales. Para las minorías selectas que preconizan la liberación de los espíritus, la batalla es desigual. Porque, mientras éstas se afanan por abrir perspectivas al intelecto, a la luz de la ciencia, los expertos en la prédica y la propaganda religiosas atraen siempre el entusiasmo de las multitudes, pues su voz se halla instalada en el centro de los atávicos afanes humanos. A poco menester, aciertan a sobrecargar de un patetismo solemne sus arremetidas al contrario. Ellos saben que hablan a generaciones cuya sentimentalidad religiosa tiene raíces numerosas y profundas en el pasado; ellos no ignoran cómo hay que punzar el nervio profundo de los anhelos místicos raciales cuya persistencia nos muestra la continuidad de la Historia.

En tal situación, laicismo y antilaicismo son modos de política que prácticamente valen como ejemplos de detención sustancial, por la manera antihistórica con que tratan su parte de razón. Ni en uno ni en otro campo hay la conciencia de la coyuntura histórica para superarla. Sin sentido histórico, ese interno y dramático mecanismo que favorece la vida y que se llama cultura se convierte en atrofia e inercia. Y cultura que se resuelve tan solo en angustias y disensiones no es cultura.

Quito, diciembre de 1934.

APUNTES PARA EL ESTUDIO DE LA CULTURA EN LA COLONIA

CESAR CARRERA ANDRADE

INTRODUCCION

Es notable en América el movimiento de ideas que prepararon la Revolución. En esto el Ecuador anduvo relativamente feliz. A Quito, ciudad bellamente colonial llegaban como a una Meca Andina sabios y artistas, académicos y togados célebres. Los Académicos franceses hollan con su planta precursora el arenal brillante y la dura cangahua y en majestuosa ascensión a los volcanes clavan pirámides de gloria. Reclús, el geógrafo, considera como uno de los triunfos del espíritu filosófico del siglo XVIII la medición del arco meridiano ecuatorial.

Más tarde, un solitario granadino, el botánico Caldas, viene a pasear su tristeza en el retiro romántico de la sierra ecuatoriana. Dulce paréntesis a su propósito de trabajador infatigable.

Otro sabio de origen germánico, el Aristóteles de su tiempo, planta aquí su tienda a los cuatro vientos del espíritu. Es Humbolt cuya clara voz de profeta despertará a la sirena india, bajo un sol deliciosamente rojo, al pie de la cordillera múltiple.

Por otro lado, florece en los conventos, en una oscuridad de Edad Media, el filósofo y el hombre de ciencia. La producción intelectual de la Colonia se radica en la celda del fraile. Velasco, el historiador y Aguirre, el poeta fueron jesuitas. Coletti y Milanésio también. La única Academia de literatos la fundaron los jesuitas. Las letras fueron, pues, patrimonio de clase. Y así transcurre el ciclo colonial.

* * *

González Suárez ya advirtió que "debemos principiar por reconocer sinceramente que el Antiguo Reino de Quito no fue nunca una provincia de las de primera importancia entre las muchas que formaban la vasta monarquía que los Reyes de España poseían en el Nuevo Mundo".

Cuando aquí se fundaron Universidades y Colegios la península estaba en plena decadencia, pues ocho siglos de lucha con los infieles fueron más que suficientes para agotar la rica savia ibérica.

PANORAMA DE LA ENSEÑANZA

Desde la fundación de Quito en 1534 transcurrió casi un siglo de ansiedad, de rebeldía indígena, de guerras civiles que más tarde habían de repercutir en injustas revoluciones de caudillos ignorantes y en cuartelazos. Una docena de lustros de pernicioso vasallaje al poder militar de los primeros conquistadores ambiciosos. Época de oscuridad completa, de tenebrosa languidez, ya que nada valían los esfuerzos de los clérigos letrados, ni de las personas particulares que se constituyeron en paladines de la enseñanza a una minoría aristocrática, como tampoco el birrete doctoral de la Universidad de San Fulgencio, de los agustinos, concedido a veces a ignorantes, tal el caso del zapatero de Popayán con grado académico.

En 1592 el Obispo Solís establece en Quito el primer Colegio Seminario con el nombre de San Luis. Este Colegio marcó el tinte cultural de la Colonia, pues tenía la particularidad de no recibir a los hijos de los artesanos y a los que no comprobaban lo que González Suárez llama con tanto acierto "limpieza de sangre", cuyos antepasados no hayan ejercido oficio alguno; ya que, según el mismo historiador "el trabajo era deshonroso y la holgazanería muy honorable".

Un siglo había de transcurrir para que se implantara en esta ciudad el Convictorio de San Fernando, regentado por frailes dominicos. Nació de la eterna rivalidad de éstos con los jesuitas, árbitros de la sociedad en todos los tiempos. Quito, envanecido con los dos Colegios, elevólos pomposamente a Universidades con los nombres de Gregorio Magno, a la regentada por los jesuitas y de Santo Tomás, a la dirigida por los dominicos, siendo en verdad simples cursos de Enseñanza

Secundaria, en que, desde luego, no estaba ausente la Teología. Sin orden, sin la médula de una auténtica organización constituyeron con todo la representación viva de la cultura colonial.

No dejemos de anotar el hecho de que poca o ninguna falta hicieron los jesuitas cuando su expulsión en 1767, pues el Colegio Mayor de San Luis, regentado por ellos, abrió en el propio año como de costumbre sus cursos, bajo la dirección del ilustrado doctor Cuero y Caicedo. Sólo se clausuró cuando se confiscaron los bienes de los jesuitas. Sin embargo, poco después el Obispo Minayo abrió definitivamente el plantel.

Prueba también nuestra aseveración el que llegó a establecerse con posterioridad a la expulsión una verdadera Universidad: la de Santo Tomás de Aquino, definitivamente secularizada, con un régimen autónomo y una seria organización de Facultades. Su primer Rector doctor Nicolás Carrión fue elegido por voto secreto de los doctores del Claustro.

Poco o nada había adelantado la Universidad hasta que el Obispo Calama, previa exhortación henchida de fervor patriótico, estableció en 1791 la cátedra de Economía Política. Así quedó implantada en el Ecuador la enseñanza de Derecho Público y Economía dieciocho años antes que en España.

Cierto que existían Colegios de Jesuitas en Guayaquil, Cuenca, Riobamba, Loja, Latacunga e Ibarra, pero carecieron de importancia tanto que clausurados —a excepción del de Cuenca— por la expulsión de esta comunidad religiosa, la metrópoli no se preocupó de volverlos a abrir.

Los frailes dominicos, por su parte, sostenían gratuitamente una escuela de primeras letras para niños, en donde se les enseñaba únicamente a leer. No se admitía del otro sexo porque, al decir de González Suárez, "durante largo tiempo hubo en la Colonia una preocupación, hondamente arraigada, de que a las mujeres les era nocivo y aún peligroso el saber escribir y así se les enseñaba únicamente a leer en libros impresos".

Los medios de que carecía España, su testarudez fanática de entonces, su deficiente método organizador, su decadencia y su cansancio, mantuvo a sus colonias en una quietud matadora, obstando al progreso que todo país conquistador tiene el derecho de imprimir para recuerdo de la historia.

España católica es claro inyectó catolicismo, pero no esa fiebre creadora que en países del pensamiento libre es el alma de toda empresa. De ahí que las grandes corrientes culturales

que en algo contribuyeron a poner de relieve el esfuerzo cultural de las colonias en esa época provinieran de las fuentes reformistas de Francia e Inglaterra.

No faltaba aptitudes al criollo, curiosidad al mestizo, fortaleza al indigena. Excelente materia prima para construcciones duraderas. Pero al español le faltó virtudes de colonizador. Fue descubridor inteligente al estilo de Cabot y Magallanes, conquistador audaz como Pizarro y Cortés. Se esperaba al colonizador y no llegó sino en el amarillento papel de las Leyes de Indias, mas no en la personalidad del organizador perenne. Y es que si bien fundó ciudades no supo imprimir rumbos civilizadores porque el espíritu español no había saltado aún las murallas del medioevo.

El criollo amaba silenciosamente la ciencia, a veces se mostraba propicio a la meditación, pero le vencía la ausencia de todo estímulo. Su rico ingenio, por falta de cultivo en los huertos de la experiencia española, se quedó en la superficie, a flor de piel, hambriento de profundidad. Como las fuentes de ilustración eran escasas y no existía el comercio de libros, podían ser consideradas como heroicas las gentes que conseguían cierta cultura, porque eran superiores los sacrificios que habían de hacer a sus recursos económicos.

Se daba acceso a las bibliotecas de los conventos y de la nobleza, pero en su mayoría eran obras eclesiásticas y raras muy raras las de los notables hombres de ciencia del siglo. Cabe, sin embargo, anotar que en la Recolección de El Tejar, de Quito, encontró el sabio Caldas las Memorias de la Academia de Ciencias que no existían ni en Bogotá.

Acontecimiento notable fue el establecimiento de la primera imprenta en el Ecuador, cuando ya existía en México, el Perú y Nueva Granada. Tan sólo la desidia de los nacionales obstó una más temprana implantación de la imprenta en nuestro suelo. A los jesuitas se les debe este importante adelanto cultural y Ambato, ciudad privilegiada desde entonces, fue la primera que llegó a contar con una regular instalación de tipografía. A poco funcionaba en Quito la imprenta de Raimundo de Salazar y luego la de los jesuitas, casi completa y única en su género que el Gobierno, más tarde, procedió a confiscarla.

LA FILOSOFIA

La enseñanza de la filosofía era una copia servil de la que infestaba los Colegios y Universidades españoles. Se reducía a interpretar a Aristóteles, guía y mentor de la Edad Media en Europa, acaso más que en la Grecia de su tiempo. Esa filosofía la definió claramente el P. Suárez, oficiante mayor de la teología abstrusa de entonces, a la que debe muchos de sus defectos la mentalidad castellana. El **Suarismo**, alquimia medioeval, envenenó las claras linfas del estanque de Leonardo. Fue la zona oscura resultante del choque de dos corrientes de energía luminosa: el Renacimiento y la Reforma.

Los alumnos de la Universidad de Santo Tomás, de los Colegios y Seminarios eran obligados a seguir, entender y defender la **escuela tomista** como la última palabra de la filosofía medioeval. "Los estudios de filosofía no estuvieron nunca florecientes; pues, aunque las enseñanzas eran prolijas, de ordinario se hacían con poco aprovechamiento y de una manera casi rutinaria; así es que, en la historia de las ciencias filosóficas en el Ecuador, no se puede presentar ni un solo autor eminente, durante la época colonial", escribe el más documentado de nuestros historiadores.

La llegada de las obras del P. Feijóo, tan celebrado en la España del décimo octavo, vino a marcar una nueva etapa en los altos estudios del Continente, despertando el amor a la ciencia, la inquietud y el análisis. Entonces, comenzaron las primeras vibraciones del espíritu colonial quiteño que más tarde encontrara su concreción elocuente en el gesto libertario de 1809. Prueba de ello es que el presbítero Miguel Antonio Rodríguez, entusiasta admirador de Feijóo, llegó a enseñar en esta ciudad, a fines del siglo XVIII, el sistema copernicano, los más modernos adelantos en Física y Matemáticas arribando a la celebridad con sus notables proposiciones acerca de filosofía.

Así y todo, bien puede afirmarse que no existió una cultura filosófica, en estricto sentido, en el desarrollo intelectual de la Colonia.

LAS CIENCIAS

Hubo un acontecimiento que con claridades de aurora encendió la vida espiritual de la Colonia: la llegada de los Académicos Franceses. El historiador de la cultura ecuatoriana habrá de subrayar ese hecho como el inicial de una etapa de-

cisiva en el desenvolvimiento intelectual del Ecuador. Fue la primera carta de amor del pensamiento latino a la patria adolescente. De allí arranca la cariñosa mirada de Lutecia a una de sus pupilas más fieles. Francia nos vió nacer, nos prestó su mano para el paso vacilante del crecimiento, su hombro y su corazón para la libertad.

El 10 de junio de 1736 plantó su tienda en Quito la Misión Geodésica, enviada por la Academia de Ciencias de París, para emprender en el delicado trabajo de fijar los grados meridianos de la línea equinoccial, dato indispensable para conocer la magnitud de la tierra. La integraban Godín, Bouguer, La Condamine, Jussieu, Verguin, Semergues, los Tenientes de Navío Jorge Juan y Antonio de Ulloa y otras personas auxiliares. El que se grangeó la admiración y cariño de los quiteños, el recuerdo perenne de los ecuatorianos todos fue La Condamine, espíritu ampliamente comprensivo, agudo observador y elegante hombre de ciencia. Nos dejó su "Diario de Viaje" hermoso como sugestivo. Bouguer, que fue el primero en llegar a esta ciudad por la ruta del conquistador Alvarado, escribió algunas obras acerca de la expedición, mereciendo especial referencia su "Relación de Viaje" en que dedica a Quito sabrosas e interesantes páginas. Jorge Juan y Ulloa consignaron sus impresiones del Ecuador en la ya célebre "Relación histórica del viaje a la América Meridional", publicada en Madrid.

El atraso en materia filosófica fue compensado por un devoto fervor por las ciencias puras. Claro que ese apasionamiento no se cristalizó en un sistema relativamente original, en una tendencia o corriente propia, que es lo que caracteriza al resurgimiento de una etapa científica, pero contribuyó a producir raros ingenios amantes de la especulación desinteresada y sabia. Pedro Maldonado, trompetero mayor del saber de su tiempo. Su hermano el P. José Maldonado, elogiado por La Condamine, comentador de Melabranche. Alcedo, el geógrafo e historiador magnífico. El P. Velasco, humanista e historiador también, a quien se le reivindicará ampliamente algún día. El doctor Agustín Salazar, catedrático, discípulo y refutador de Caldas, Guerrero, a quien colmara de elogios el botánico Mutis. Anagoitia, a quien debe la mecánica inventos trascendentales. Y sobre todo Espejo, el enorme Espejo, pensador y hombre de ciencia, enciclopedista y precursor de ideas.

En el dintel colonial se destaca la venerable figura del P. Fritz que nos legó el mejor mapa de la Hoya Amazónica. La Condamine se llevó un ejemplar a París en cuya Biblioteca

Nacional se lo conserva actualmente como una joya del saber universal. El otro ejemplar enriquece el Archivo de Indias de Sevilla. Todos los trabajos posteriores que se han hecho de la Amazonia tienen por base la carta geográfica de Fritz.

VALORES REPRESENTATIVOS: MALDONADO

Queremos a propósito dar un salto en la historia hasta sorprender a ese gigante de la cultura colonial que se llama Pedro Maldonado. Comparto el ajustado criterio de González Suárez quien afirma que ni en la Colonia ni durante la República ha existido un ecuatoriano de la talla intelectual de Maldonado. La Condamine, el ilustre Académico, le acompañó en su cordial peregrinación a Europa, a la Europa de todos sus sueños. En París estrechó la mano de Buffon, platicó con Lagrange y Fontenelle y las ennoblecedoras palabras de estos maestros encendieron su espíritu de una fiebre de sabiduría. En Londres, su apasionado mirar se empapó de las claras líneas del pensamiento de Burke, Johnson y Sterne. La Academia de Ciencias de París informada por La Condamine y Bouguer, miembros de ella y por el notable hombre de ciencia Jussieu, de la capacidad y saber de Maldonado, concedióle el título tan ambicionado de académico cuando entonces desempeñaba la Gobernación de Esmeraldas. La Real Academia de Londres, por su parte, hizo igual distinción a Maldonado y su nombre pasó a figurar junto a Holdemburgo y Wallis.

Maldonado cada vez más se va convirtiendo en símbolo. Es la explosión amorosa por la ciencia en la austeridad helénica del meditador. Como Pascal, matemático; geógrafo, a la manera de Humboldt; con Mutis, botánico; fundador de ciudades, como La Tola y Limones; explorador de la selva al estilo de los conquistadores castellanos; gentilhombre de Cámara y Caballero de la Llave de Oro de su Majestad, Maldonado es la más pura silueta de sabio que pudo dar la vida colonial americana.

Lo que más se admira en él es que siendo alumno del Colegio de San Luis, su mente rebasaba de la escolástica aristotélica, entrecha e intolerante y la echaba a volar por los más elevados picachos del pensamiento científico como los cóndores. Casi todo lo debió a su propia cosecha, a su tenacidad de lector, a los viajes y a la amistad con sabios. Su contextura espiritual fue tan vigorosa que puede pasar como un ejemplo

del perfecto autodidacta. Franklin y Berkeley acaso lo fueron menos. Caldas en su "Semanario de la Nueva Granada" escribió acerca de Maldonado llamándole "el hombre más grande" que ha producido el Ecuador.

El proyecto de camino de Quito a Esmeraldas no ha sido impugnado todavía y más bien acogido con entusiasmo en nuestros días. En el terreno de la realidad, después de siete años de estudio tenaz, logró una magnífica ruta de Cotacollao a Río Santiago, hoy abandonada.

Como maestro en ciencias geográficas levantó el mejor mapa de la República, calificado por Humboldt de insuperable carta geográfica de las posesiones europeas de ultramar.

En Madrid, después de cálida apoteosis, dió a la publicidad su famosa "Relación" en que detalla los servicios prestados a la patria y a la ciencia.

VALORES REPRESENTATIVOS: ESPEJO

Así como la historia ha consagrado su atención trascendental a la entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil y los estudiosos han tratado de descifrar el sentido esotérico de aquella plática cordial a la par que misteriosa, otros más entusiastas de las cosas nuestras verán en el abrazo de Espejo y Nariño en Bogotá un símbolo precursor de la independencia de América. Allí también hubo dos corazones potentes que unieron sus latidos para la aventura libertaria. Del coloquio amigable surgió el propósito redentor. Nariño en Bogotá traducía los "Derechos del Hombre", Espejo en Quito se empapaba en los clásicos de la Enciclopedia.

Espejo, polígrafo, se sumergió en las aguas del estudio. Médico, escribió las "Reflexiones acerca de un método para preservar la viruela a las poblaciones". Periodista, fue autor de "La Colilla", especie de guillotina para uso de la democracia y fundador de las "Primicias de la cultura de Quito". Político de fuste, visionario de la independencia americana como se desprende del ya célebre "Discurso" dirigido a los socios de la Escuela de la Concordia. Por sobre todo, crítico sagaz y atrevido en su vastísima obra.

Espejo puede decirse que no perteneció a la Colonia. Ubicado en el tiempo, pero no en el espíritu de la época, fue ante todo un revolucionario. En sus libros y en su vida. Principió por apartarse del gusto mediocre de la sociedad de su tiempo

y en su bufete solitario hundió su alma en el fuego de la originalidad.

Alfonso Reyes dice del americano que es hombre de acción más que de contemplación. En Espejo vemos al propagandista, al extravertido que no huye de la contemplación. Pero triunfa en él el beligerante, fundador viril de un módulo literario como Martí. "Las Primicias de la cultura de Quito" no sólo marcan una etapa en el periodismo de América sino significan el punto de partida de una literatura beligerante que hará después escuela de lucha en el continente.

El hombre de fisonomía dura —lo fueron también Mirabeau y Voltaire— no cejaba un momento en su diaria siembra de inquietudes republicanas. Sus ideas eran como el huracán renovador que aventara la semilla en los abiertos surcos de América.

Con ambiciones de mártir y audacias de conquistador echaba al océano sus bajeles ebrios de libertad con la llamada nueva como bandera al tope. Y como el Rodrigo de Triana del descubrimiento, desde el pico gigantesco del Ande desplegaba la epifanía ante la mirada atónita de los espíritus libres.

La historia le ha reservado su sitio en el vértice glorioso de la Era Colonial y la República.

Bien podría escribirse un ensayo acerca de Espejo o el placer de la curiosidad. El insaciable vuelo de su mente creaba motivos de meditación. Las costumbres, la enseñanza, la ideología colonial, unas veces; la sana filosofía, la especulación científica, el comentario ético, otras. Siempre la inquietud.

Ejerció el apostolado pedagógico. Sabía que educar es crear el futuro y con una santa abnegación dedicóse a modelar las almas como Sócrates y Zenón de Elea. Un divino presentimiento de Rousseau y Pestalozzi le hizo concebir el método del raciocinio en pedagogía.

Su pasión fue el libro. De ahí que leyó mucho y asimiló bastante. La Dirección de la Biblioteca Pública encomendada a sus merecimientos le facilitó su labor autocultural.

Pensador y aficionado a la filosofía, fue discípulo de la Enciclopedia. Irónico, siguió admirablemente las huellas de Voltaire. Observador y agudamente crítico se dió la mano con Diderot y D'Alembert. Su amor por las cosas e ideas de Francia fue su muerte. González Suárez, en el prólogo admirable a los escritos de Espejo afirma que "en el público circulaba el rumor de que se le procesaba por aficionado a las impiedades de la Revolución Francesa".

Amador de la belleza, de refinado sentimiento estético, el

criollo genial se extasía ante la hermosura de la mujer quiteña. En su fresco emocional hace de la belleza una condición para la felicidad social. Escribe hondamente: "Una Nación que por la mayor parte tuviese todos sus individuos hermosos, lograría un principio feliz de sociedad". Más tarde, Rodó había de fundamentar en este saludable principio toda su estética.

En pleno siglo XVIII, por una rara intuición, Espejo presintió las doctrinas del determinismo y la evolución que tanto han agitado el mundo. En uno de sus admirables diálogos decía: "Nosotros discurremos con alguna dependencia de los humores que nos suministran y dejan en el cerebro los alimentos". Desde luego, su filosofía es más de carácter biológico, pues como médico que era se gozaba en bucear en los profundos motivos acerca del origen de la vida. Al leer cierta obra del sabio Le Dantec no se por qué rara coincidencia he recordado párrafos del quiteño genial.

Como político comprendió el verdadero sentido democrático y su mirada abarcó el panorama universal. No fue nacionalista, pero supo recoger los latidos del terruño para desentrañar su sentido ecuménico como Mazzini y Nariño.

Crítico mordaz fue moralista empuñando el látigo de Juvenal en veces y brindando la lección saludable siempre. Se mostró duro ante las costumbres disolventes de la Colonia. Fue cáustico para los literatos mediocres y los malos políticos y en todo momento combatió el mal gusto reinante en la sociedad de su tiempo. El Nuevo Luciano es modelo de crítica mordaz y correctivo moralizador. Espejo fue una necesidad en la Colonia.

LA LITERATURA

La literatura tampoco alcanzó ninguna cumbre. La de carácter místico que parecía haber sido muy rica y abundante, fue realmente pobre y apenas llegó a contar con dos o tres obras de valor. Una de ellas es la del P. Mangeri, jesuita ilustrado del dieciocho. Se ha concedido un quilataje desmesurado a su libro piadoso; pero no hay razón alguna para ello. Con todo no podemos pasar por alto el libro de Mangeri.

La poesía fue enteramente descuidada por los ingenios de la Colonia. El mismo Espejo solía decir: "La fama literaria de Quito (al decir Quito, entiéndase el Ecuador entero) para con los reinos convecinos, parece que no es ni la más bien establecida, ni la de mayor extensión".

Tres poetas apenas merecen citarse en un serio balance lírico: Viescas, Orozco y el P. Aguirre. El primero es de grandes impetus y se muestra sutil. Algunas composiciones respiran delicadeza de madrigal y lucen contornos de la Edad de Oro española. Sobradamente imaginativo maneja con habilidad la oculta técnica del verso. En cambio Orozco es el gran señor del poema en tono mayor. Hace épica polifónica a la manera de los más puros clásicos e intenta construir la epopeya en "La conquista de Menorca". El P. Aguirre, mucho más poeta que los anteriores, es la figura descollante de la lírica colonial ecuatoriana. Su vuelo literario tiene las sublimidades del acendrado misticismo de los Luises españoles. Con la mirada presente en su tierra nativa se adentra en las cavernas del espíritu y canta en orquestación universal las cosas nuestras. Su elogio lo han hecho en España e Italia gentiles hombres de letras y Gonzalo Zaldumbide ha escrito las páginas más devotas.

Por lo demás, la poesía degeneraba día a día hasta el extremo de que el grosero epigrama y la sátira burda llegaron a hacer las delicias de la sociedad de aquel tiempo. De ahí comienza el reinado del chiste en el Ecuador, que tanto ha malogrado al auténtico valor intelectual. Hemos perdido en honra ganando en superficialidad.

¿A qué se debió esa falta de literatura en la Colonia? La estrechez del ambiente, el género de vida casi conventual, la ausencia de intercambio de ideas, la falta de libros de avance, en fin la falta de libertad espiritual hicieron que la producción literaria fuera escasa y desde luego mezquina.

El quiteño fundador de las "Primicias de la Cultura de Quito" se quejaba en su periódico mordaz, de esta suerte: "Que juzguen nuestros émulos, si acaso por ventura se nos suscitan, que estamos en el ángulo más remoto y oscuro de la tierra, a donde apenas llegan algunos rayos de refracción desprendidos de la inmensa luz que baña a regiones privilegiadas: que nos faltan libros, instrumentos, medios y maestros que nos indiquen los elementos de las facultades y que nos enseñen el método de aprenderlas".

Con todo el sabio Caldas, que tanto vivió en Quito, se admiraba de que haya podido venir uno que otro libro bueno a estos lugares. Las Memorias de la Academia de Ciencias de París, la Historia Natural de Buffon, la Historia de los Insectos de Reamur, las obras de Linneo y las de Maupertius. Abundaban en las bibliotecas particulares los clásicos de la literatura española y los de la antigüedad griega y romana. Céle-

bre en toda América llegó a ser la biblioteca de don Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, abierta por Espejo. Hoy apenas se conservan sus despojos.

Pero hay que saber que en las Academias coloniales del continente, así en la Pichinchense fundada en Quito por los jesuitas, como Sociedad de Literatos, o ya en la Academia Antártica de Lima, en que sobresalió el gran Villaroel, no existió cooperación sino gregarismo, tampoco la crítica serena, el elogio fundamentado. Los estudios en la Pichinchense carecían de eficiencia y, por otra parte, sus mismas actividades eran dudosas, tanto que Alcedo anota que aquella empleaba su tiempo en observaciones astronómicas y en el estudio de los fenómenos físicos. Bonita Sociedad de Literatos!

Literatura sin tabla valorativa es literatura pobre. La de la Colonia no pudo ser más que esto. Sin temas, ausente de espíritu discriminador. Según Ricardo Rojas la musa de entonces era una "musa perezosa", más bien dicho exhausta. Literatura de puro elogio, de simple cortesanía.

Y es que la Colonia careció de temas artísticos, en cambio tuvo locura por lo decorativo. Sus templos son lujo de decoración, pero al fin pecan por unilateralidad. Así su producción literaria, sin variedad, adornada de papелitos de colores como en los festivales, pero sin motivos, sin sustancia.

Podemos concluir que no hubo literatura propia porque no existió cultura autónoma y ésta no aparece sino con una realidad definida. España dominadora impuso sus normas políticas y sus módulos espirituales en América. Su resultante: una literatura de sujeción, rotas las alas. Esa etapa acaso recientemente la estamos liquidando con las nuevas tendencias sociales, para dar libre paso a la nueva realidad americana.

Quito, 6 de diciembre de 1934.

QUITO ANTIGUO

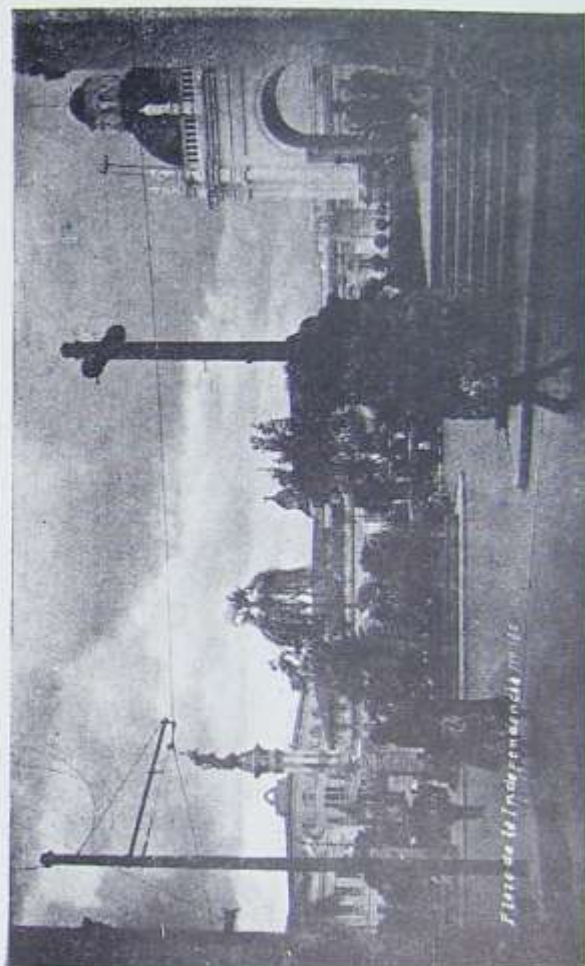
VICTOR GABRIEL GARCES

PLAZA GRANDE Y CALLE REAL

El corazón de las poblaciones, es la plaza. A su centro convergen los hombres en eterna aventura esperanzada. La Plaza Grande como la Calle Real tienen prestigio españolísimo, de sabor castizo. Plaza abierta a los horizontes como una maravilla de placidez y beatitud para los moradores del poblado, halla ecos de campo y tonos urbanos en extraña mezcla. Plaza que es como himno al pasado, leyenda hecha superficie, tradición convertida en tierra de recuerdos. Plaza Mayor de todos los pueblos ecuatorianos y americanos, en las que se encarna una historia siempre renovada y una anécdota cordial y sonriente. Plazas destartaladas de los villorios, de las menudas poblaciones, en donde anida eternamente la esperanza o germina la cálida idealidad. Cómo tiene un rito urbano, ciudadano, para las pompas de una Plaza Mayor de cada pueblo!

Calle Real. Arteria nutrida, apretada de afanes progresistas. Calle Real, como muestrario encantado de afanes de evolución y a la que todos los pobladores encuentra bella, hermosa y decente. Calle castellana, de cepa histórica perfecta, en la que computa la vida una trayectoria larga de culturas. Calle que es vía para las caminatas evocativas y para ambular, con el recuerdo por delante, en misiones reconstructivas del ayer de cada ciudad y cada pueblo.

Plaza Grande y Calle Real, figuraciones simbólicas del pasado y expresiones definidas de presente. Y aspiración firme, espaciosa para el mañana social que toda jornada va llevando en su seno. Haría falta enaltecer merecidamente a estas dos categorías de urbanismo: Calle Real y Plaza Mayor...



UN ASPECTO DE LA PLAZA DE LA INDEPENDENCIA

* * *

Los indígenas vernáculos no suelen hallar necesidades asociativas, entendidas éstas como apiñamiento interhumano, facilidad de agruparse, deseo permanente de comunicación y contacto diario. Los indios se encuentran siempre, a pesar de estar físicamente distantes. Los indios se saben juntos, en una rara comunión instintiva, de raza, de especie étnica definida y homogénea. Pero no necesitan apoyar esta clara determinación vinculadora en la constante reunión de sus elementos humanos. De allí que ellos no requieran centros expresamente destinados a tales fines asociativos. Su sociabilidad se basa simplemente en solidaridades íntimas, pero sin la expresión externa de agolpamientos humanos, si no es para conocidos trabajos en común.

Las poblaciones indígenas son viviendas diseminadas a distancia. No guardan, como los poblados castellanos, uniformidad, simetría, orden. Sus casas pobres, chozas infelices, se desparraman por el agro, presidiendo sendas parcelas de cultivo entrañable. El concepto de urbanismo, alineamiento denso de viviendas, no tiene sentido entre los indios. Su habitación es refugio transitorio, ligero, porque la plenitud de su vida está afuera, en el campo. La vivienda es para reposo nocturno y para abrigo de la familia. Pero la intensidad activadora de energías se la realiza en plena tierra, de cara al sol y entre vientos ásperos. El indio nutre su amor y alimenta su tosca esperanza en la serenidad bucólica, sin radiaciones confortables y refinadas, peculiaridades europeas que llegaron más tarde. El indio se identifica siempre con su medio, hace ecuación terrígena innegable. Gusta hacerse a las tempestades y sumarse a las tragedias de la naturaleza. Es componente, factor decisivo de la tierra en que vive. Indio y tierra son realidades puestas en función vital irrenunciable. Indio y campo, indio y humedad fecunda, indio y pradera verdegueante, indio moreno y aridez ardiente del suelo. Colorido mimético, profuso, experto. Mimetismo que acendra afanes y fórmula consolaciones, en una rica variedad de matices subjetivos, a pesar de la escueta personalidad psíquica de tales hombres de América. Mimetismo anímico —hasta anímico— que guarda ritmos ondulantes con las expresiones terrígenas, valorables económica y socialmente.

Los indios no tuvieron plazoletas y peor aún plazas grandes. Cuando llegó el español, con la cruz y con la espada, se perfiló un nuevo rumbo vital para su destino. Imitaron y si-

guieron, aunque lenta y recelosamente, los hábitos de los blancos en lo que tenían de imitables dentro de su habilidad externa, manual y objetiva. La religión llamó a somatén en esas almas en perpetuo nirvana. El rito exigió iglesias y plazuelas para sus fiestas. La plazuela está adherida a la Capilla, es su complemento. Las necesidades de liturgia, hondamente penetradas en sus espíritus propensos al brillo, a lo irradiante y paramental, se tradujo en impulsos rituales en los hombres morenos de estas tierras de América.

¿Cómo sería Quito hace cuatrocientos años? ¿Cómo estuvo el poblado indígena antes de la llegada de los españoles? ¿Por dónde se repartían las pardas casucas de los indios? ¿Qué densidad demográfica existía en esta región andina, entre quebradas y hondonadas, entre colinas y pendientes, bajo la custodia cósmica del viejo volcán que atalaya su vida, el Pichincha?...

Irumpió el español repentinamente. La calma vernacular cobró calidades distintas, agitadas y convulsas. Los indios aterrados contemplaron venir a los hombres blancos, caballeros audaces y atrevidos. Gente nueva que tarareaba incansablemente canciones y recuerdos, venidos con ellos, en plena lucha anímica desde la Iberia lejana, a regarse dulce y místicamente por la extensión de un mundo. Hombres blancos, barbados y arrogantes. Hombres de vestiduras ajustadas a sus cuerpos ligeros o macizos. Ropajes peninsulares, europeos. Armaduras de soldados que imponían miedo a los indios que los veían con terror supersticioso. Espadas curvas y filas y pesadas. Espuelas doradas y grandes. Cascos y yelmos nutridos de adornos. Acero, hierro en cascabeleo que aturde. Miradas severas, desafiantes. Brazos prontos para el amago duro y terco. Manos listas para el puño agresivo y para el manejo inmediato de sus armas.

Españoles rotundos. Gente nueva que avanzó a América para la aventura suprema, ellos llegaron a Quito, en un día remoto, hace cuatrocientos años...

Pasan los días tardos y aburridos. Entre peligros y amenazas. Entre dolores indios y torturas morenas, junto al escorzor codicioso de los blancos. Se han trazado calles. Se han repartido tierras. Se han hecho tiendas fáciles para el refugio nocturno, pero en acecho siempre, en constante guardia. Casucas rápidamente hechas con material cercano y fácil. Y desde entonces el sitio señalado por los hispanos para la claridad urbana que comienza, para el corazón del poblado diminuto: la plaza de Quito! Plaza sin contornos, sin nada. Plaza que es extensión y superficie, con linderos ya fijados. El cuadri-

látero adusto y primigenio era apenas lugar conferido a todos; lugar público, mostrenco, social. Era de todos y era de nadie.

Ya se alzan raros edificios. La iglesia levanta su mole rozagante hacia la plenitud azul. La iglesia formula plegarias, pero arrecia en incitaciones de acercamiento urbano. La plaza está a sus anchas para la cómoda procesión de pocos fieles. La plaza está allí no más, para la salida ritual, endomingada. Plaza escueta, ruda, austera. Plaza para los suspiros y para las esperanzas de los raros hombres que la pasean cautelosamente. Gente tranquila, ensimismada, silenciosa; gente de vida introvertida, hacia la interioridad. Esa gente, de cuando en cuando, cobija sus premuras urbanas y sus anhelos en la sociabilidad que se inicia. En la plaza se conversa, se comenta, se acurruca el recuerdo o se arremolina la nostalgia castellana. En la plaza se hacen piruetas evocativas o se formulan propósitos enormes. Los hombres acuden presurosos y transidos de frío andino, frío quiteño, frío inconfundible, a solazar sus ocios o esparcir sus noticias, en la plaza...

Los días coloniales se suceden. Pasan y pasan. La plaza de Quito se va adornando poco a poco. Plaza que gana en niveles de superioridad respecto del barrio obscuro y sucio. Eje de configuración ciudadana, centro de dinamismos. Allí convergen callejuelas empinadas, cansadas de tanto irse hacia arriba y de meterse entre quebradas. Callejuelas estrechas, tortuosas. Pero hay la calle primera, amada y cuidada, la de los privilegios, la de los afortunados, la de los mejores hombres, la de los nobles, de rancias noblezas peninsulares. Calle suprema, calle virtual, la calle Real. Real, es decir, de rey, de jefaturas exactas. Calle que entra a la plaza y sale de ella con el mismo esplendor austero de los primeros lujos urbanos de esta vieja ciudad de Quito...

Nos parece que una estructuración social, de cualquiera magnitud que fuese, tiene su foco de expresiones valorativas. Un grupo humano que forma su trama de convivencia, necesita poseer cierta expresión de vitalidad urbana. Eso es la plaza pública. Mercado o lugar de juegos populares, sitio recoleto para las ensoñaciones románticas o asesante realidad comercial, la verdad es que una plaza tiene su alma específica, su espíritu. No podemos negar esta calidad a una plaza pública de nuestras ciudades. Por eso, la plaza de Quito, Plaza Grande o Plaza Mayor, lleva una erudita explicación sociológica en su evolución, en su proceso de mejoramiento. Sobre todo, porque manifiesta nitidamente la forma de progreso de la ciudad asentada a su torno.

Cuando la calma de los primeros tiempos coloniales, la plaza silenciosa expresa desolación. Desolación social. Ausencia de ámbitos urbanos y escasez total de espiritualidad creada en suelo propio. La plaza vacía, poblada aún de verdes yerbas, anota lejanía de plantas humanas que las maten. Ver una plaza apenas trajinada quiere decir que tal plaza no es sino de tarde en tarde visitada, de cuando en cuando servida humanamente. Cuando la plaza se arremolina de polvo, plaza llana, al natural, sin artificios estéticos que la modernicen, significa ruralismo en su fondo. Ruralismo, pobreza de atributos mejores. La plaza nutrida de gentes denota amor, entusiasmo vigoroso en el sentido social.

La Plaza Grande de Quito debió atravesar por distintas etapas de configuración integral. Desde la lejanía de hace cuatro centurias hasta nuestros días plenos. Desde tiempos en que fue sitio sin nombre pomposo hasta cuando adquiere prestigios indudables. La Colonia puso en la plaza sus notas arquitecturales precisas, abigarradas y pétreas. En ese recorrido de tres siglos, la plaza se hizo civilizada poco a poco. Los muros primitivos se trocaron en mansiones confortables. Edificios de líneas simplistas. Casas bajas primero, altas luego, con balcones abiertos y pronunciadamente salidos a la calle. Robando espacio a la plaza. Casas que albergaban a moradores beatíficos. Gente pegada a sus ancestros y tradiciones. Hombres místicos y soñadores u hombres cuya actividad estaba contexturada en moldes de amortiguado ritmo, despacioso compás vital. Mujeres para eterno servicio de Dios y de su iglesia. Mujeres de virtud ascética, tapadas para el mundo pero listas para entregarse a los deliquios de la fe. Mujeres de casa adentro, su vida extramuros familiares debía ser severa y dura. La Colonia fue feudalista hasta por eso: porque integró una sociedad murada, cerrada, de caracol. Porque hizo una vida colectiva de puro ensimismamiento, de castillos feudales con puentes levadizos...

Allí, la plaza era para los domingos. Domingos cristianos de crinolinas y fustanes almidonados. Domingo de caras bonitas de criollas morenas embozadas. Domingos donjuanescos, pero cuya radiación emotiva y sentimental palpitaba en suspiros y en sollozos ligeros, o en gemidos nocturnos de guitarras españolisísimas bajo las ventanas humildes. Domingos de lidia de gallos y de apuestas campechanas, de juego de pelota y de postizas elegancias. Domingo de cuellos altos y camisas tiesas, modales firmes y garbosos, como expresiones de distinción social jerarquizada. Domingos de fiesta, con bullangas y

algarabias de muchachos traviosos. El espíritu público germi-
naba en la Plaza Grande, pero sometido a cánones de definida
orientación mística. Y en las noches profundas, la plaza negra
habrá sido propicia para fantasmas y aparecidos tenebrosos.
Noches de puro firmamento, con luz de luna o parpadeo de
estrellas titilantes. La plaza, entonces, debió ser más grande
y más solemne. Apenas la luz que borbotea detrás de las puer-
tas entreabiertas de las casas cercanas, o el brillo de cocuyos
sonámbulos que vuelan alocados. Plaza triste, por la noche;
plaza acogedora y alegre, durante el día. Así debió ser la plaza
Grande...

¿Adornos, cosas que hiciesen donaire en su terreno cua-
drilátero?... No lo sabemos a punto fijo. Acaso unos pocos
árboles tejían guirnaldas con sus ramas y daban sombra y per-
fume al ambiente. Bien entrada la Colonia debió surgir la ne-
cesidad de poner música cantarina, diáfana, de cristal, con el
surtidor de la pila colocada en la mitad. Pila castellana, man-
sa y chata; pila amplia, de piedra quiteña, arrancada a las ro-
cas andinas para la tarea ennoblecedora de la ciudad señera.

La pila plasma una modalidad nueva en el ámbito de la
plaza. Los aguateros, los criados, los muchachos hacen proce-
sión constante y sistemática. Hay horas contadas en las que
arrecia la recolección doméstica del agua para sus menesteres.
Y la gente de servicio corre a la pila para llenar sus cánta-
ros de barro. Los "pondos" y las cubas arrimadas o puestas
sobre el broquel de piedra, dan vida distinta a la plaza. El
charloteo de los servidores de sus amos anima y cobra subidos
tonos de entusiasmo. El comentario agudo de todos acusa ob-
servación diaria de las costumbres de entonces. Quien averi-
gua por la vida de sus patrones; quien husmea secretos de sus
"niñas", timidas gacelas para las correrías del sentimiento;
quien narra y describe los potajes que huelen sabiamente en
la nutrida mesa casera; ora se dice de los amoríos de "ño" Fu-
lano con la "ña" Sutana; ora se cuenta de las actividades de
la hacienda lejana, las ganancias pingües de sus dueños, el la-
brantío gigante, la cosecha plena, los esclavos numerosos, los
telares activos; ora se pinta la gestión administrativa de los
señores de Quito, vasallos rendidos de Su Majestad el Rey de
España. Reflejo cabal de lo que acontece en la totalidad de
la vida urbana de entonces, la gente de servicio doméstico sue-
le acotarla a su manera, con risotadas claras o con capciosos
susurros al oído de quien los escucha.

Para dar guardia a la pila central se habrá puesto, a su
contorno, las bancas de piedra maciza. Luego el empedrado

y los jardines cercados por carrizos, armería de los muchachos, inacabable caballeriza para todos los jinetes diminutos. Los señores hacían su turno de tertulia en las "bancas" de la plaza, animándose en parlas substanciosas que debían tener su colofón en la botica próxima. Para el efecto, la botica es refugio de confianza. El boticario es persona sociable, pulida en remilgos y buenos modos. La receta y el consejo prudente, van juntos; la medicina y el suspicaz comentario de las cosas, son simultáneos. La botica es asidero de noticias y filtración de dichos menudos. Allá acuden el señor cura que va de paso a su parroquia, el barbero bárbaro que tiene su "taller" a la vuelta; el escribano lleno de cuentos legalistas; el hombre político que hace guiños a la situación general.

Entonces, la labor escrutadora del espíritu público está naturalmente restringida a pocas esferas de actividad quiteña. La Colonia se debía a la Metrópoli y de ésta llegaban las directivas generales para la vida de nuestros pueblos. El comentario, pues, era simplemente hecho sobre la validez presente de las cosas llegadas acá en las órdenes regias, en los mandatos peninsulares. O la crítica administrativa, censura criolla del acontecer de Nueva Granada, difícilmente accesible al conocimiento cabal de sus motivaciones por las dificultades de comunicación rápida y eficaz. A ello debe atribuirse necesariamente el carácter introspectivo, minuciosamente vertido hacia la interioridad, que acompañó a los hombres anteriores a la Emancipación de América. No hay aún los eruditos, no hay libros sino escasamente y previa la censura inquisitorial, no hay anhelos fuertes de resurrección colectiva. Predomina la sumisa aceptación de la vida, triunfa el manso acatamiento a lo hecho y a lo acordado hacer por la Corona y sus representantes en Nuevo Mundo.

En la estrechez ordinaria de las órbitas del pensamiento social puede encontrarse, además, la explicación para la calma ciudadana, muy a pesar de pocos conatos explosivos que inician ya su lucha contra determinaciones coloniales. Por eso la ciudad muestra su seráfica figura recatada; por eso su plaza y sus calles son apacibles. Su plaza, sobre todo, es humilde y llena de esperanzas. Ella se pone de fiesta el domingo, pero los demás días pasa tranquila, con muy pocos seres que la visitan, dejándola apenas para el bullicio inocente de los aguateros o para el coloquio fugaz de los transeúntes. Por sus calles corren caballos de herraduras flamantes que hacen saltar chispas al rozar con las piedras. Es un lujo terrible "rasgar" al animal y detenerlo de improviso, con elegancia suma, fren-

te al portal de gentes prontas a la admiración, o cerca de una ventana cautelosa tras de cuyos espesos visillos unos ojos negros de mujer quiteña soslayan la maniobra de apuestos galanes que rondan su morada!

Plaza Mayor de Quito, en la que se agolpan los empeños de los hombres de otrora, de aquellos que ambulan con ráfagas libertarias. Plaza Grande en la que cautelosamente se desliza al oído atento el propósito de emancipación. Dentro de las casas conventuales, mansiones cerradas, círculos herméticos, allí germina la idea emancipadora entre gentes "entendidas" en achaques de conciencia política, pero en cambio es en la plaza en donde la mente forja sus anhelos. Es allí donde la visión conjunta de la vida pública se pule de afanes de resurgimiento.

Plaza donde se nutre la libertad. Plaza que acoge a los inclitos soldados de la causa americana haciendo eco de sus gestas mejores. Allí debió haber crecido un plantío fecundo de virtudes cívicas, transformando bruscamente el ambiente social, haciéndolo propicio para florecimientos de cultura superior, en ciertos sentidos.

Instaurada la República, había que sustituir los símbolos del pasado por nuevos simbolismos. Simbolismos de libertad, de rebeldía plena. Claros contornos de etapas mayores para la substancia social que una vida autónoma arrastra consigo. La ciudad toma ambientes modernos. Se ha dado un salto mortal. Ya desde las auroras de la República, los hijos de Quito habrán concebido la idea de plantar al centro de su plaza Grande la estatua, el monumento a la Libertad. Eso es seguro. Así como se buscó el himno, había que buscarse un himno de granito que hiciese eco de eternidad para su gesta. El Pichincha alcanza valor de heroicidad súbita. Allí se selló con sangre americana la victoria libertadora, y ello bastaba para dar riqueza al sentimiento público hondamente infiltrado de ideas de esta clase. Quito, Luz de América, cobró valor simbólico por sí misma. Ciudad de libertad, cuna de libertad, lleva procerato de amor a su causa sagrada. Ciudad altiva y noble. Por eso su Plaza Mayor debió trocarse en la plaza de la Libertad, de la "Independencia". Luego el prurito de modernidad había de llamarla parque, cuando se lo formó de verdad. Parque aromoso, pero descuidado socialmente. Jardines que desde antiguo debieron ser prolijamente vigilados con cercas y barandas, con muros y más defensas. Porque socialmente no hay afición a sus bellezas ni disposición colectiva en su pro. Porque socialmente, acaso por la resurrección indeclina-

ble de lo indigena que llevamos dentro, no gustamos de las flores. El indio, utilitarista por excelencia poco o nada ama a las flores. Los blancos —recalcamos solamente en su configuración social generalizada— poco o nada nos preocupamos de ello. El parque nos vale para aprovechar de sus lugares estratégicos, o para cualquiera cosa distinta de una función estética y saludable para los pobladores. Esa es la verdad profunda.

Afuera el empedrado toscos; afuera la pila castellana, afuera los trasuntos panteístas de una edad romántica y beatífica. Ahora, dinamismo; ahora, comodidad y confort y lujo; ahora, plaza decente, pero decencia puesta a tono con las ideas que nos llegan de lejos. La civilización nos trajo comunicación con sus centros mayores; la civilización proporcionó deseos de recomposición totalizadora. Y la plaza tenía que sufrir torturas hasta vestirse a la moda, hasta acomodarse al nuevo ritmo.

La Calle Real decae. La antigua no tiene razón de ser. La calle ennoblecida por sus dueños aledaños, deja su puesto de honor para ceder hegemonía a otras necesidades. No es el honor nobiliario o religioso el que preside; es la necesidad de ubicación de comercio el que se impone. De la calle veneranda, con "cequia" al medio, se ha pasado a la calle enguantada, correcta. De la calle silenciosa se ha pasado a la calle movida y dinámica. Lo que va de tiempo a tiempo; tiempo de silencio colonial y tiempo de acometividad económica profusa, actual.

Los hombres andan a caza de novedades. Gente nerviosa, la palpitación más tenue en el medio social y político, porque la política cobra auges insustituibles, anuncia cambios en el espíritu. Gente alerta, por más que sus disposiciones ancestrales tramiten lentamente su proceso de voliciones humanas. Gente pronta a fomentar y censurar y criticar. Gente para la sanción social, no gente para la creación social, o que apenas sí la hace en escasa medida. Gente de todos los días, no solamente el domingo cristiano y fiestero de los antiguos pobladores. Gente de plaza y calle, antes que de casa y familia. Gente de afuera, de vida extravertida, de acción externa, no como aquella que vivió su edad de recogimiento. Esto no quita que aún persistan modalidades recatadas socialmente; aún las hay en abundancia. Pero la gente, sobre todo la moza y propensa a dilatar la órbita social de sus funciones, ella preconiza el reinado de lo externo, de lo visible.

La plaza es otra. Plaza de sonoridades y ruidos, de retre-

tas y paseos. Refugio, no de románticos, sino de activos exégetas de la novedad cotidiana. Diapasón de ironías y bromas dilatadas; índice de la pícarasca incisión de sus visitantes. Sus bancos guardan secretos de expansión enardecida en hombres acabados para el doctrinarismo urbano; sus sitios concurridos son laboratorios de sentencias saladas y humorísticas. Hay horas precisas de crujir placero. Las doce del día de todos los días. Hora meridiana para el murmurador y animado platiqueo de los hombres. Los portales han amortiguado su importancia y sirven para el pronto caminar de las gentes que los cruzan. Y las calles anotan el fuerte temblor mecánico de tranvías panzudos y automóviles veloces. La plaza es vigía atento de la movilidad inestable, transeúnte. Plaza hecha atalaya, centinela, pero atalaya y centinela que dejan pasar las cosas y pasar los hechos humanos con sonrisas ingenuas y miradas ambiguas.

* * *

El porvenir vendrá a hacerse actualidad dentro de poco. Entonces, la Plaza Grande antigua, el Parque de la Independencia moderno, —ciclo evolutivo de un cuadrilátero histórico— será reliquia para la estimación del ayer quiteño. La ciudad tiende a irse hacia el Norte. Quito que respira a todo pulmón por aquel lado, hará sus nuevas plazas minúsculas pero abundantes. Hará maravillas de modernidad y acaso de lujo. Hará adorables jardincillos; hará incluso primores artísticos en sus plazas. Todo habrá de hacerlo mañana, todo, pero no podrá hacer leyenda. Esta leyenda bendita y sonriente, sagrada y regocijada a la vez, que es herencia intransferible de la actual Plaza Mayor de Quito!

Plaza Grande y Calle Real: cómo hay un rito urbano, social para la pompa de estas figuraciones simbólicas de nuestras ciudades tan castellanas y tan indígenas...

A QUITO

MANUEL MARIA SANCHEZ

En el IV Centenario de su fundación

San Francisco de Quito, cuando aquel Rey de España—
que fue prez de la raza y asombro de la Historia—
te dió un escudo ilustre, por intuición extraña,
tuvo como presciencia de tu futura gloria.

Te asientas en las cumbres y eres, así, como ellas,
de excelsa y de grandiosa. La luz con arboles
te envuelve en áureo manto, te besan las estrellas
y te forman diadema de emperatriz los soles.

Su fuego incontrastable te dieron los volcanes;
los cóndores andinos te prestaron su vuelo.
y, mientras a tus plantas rugen los huracanes,
como un símbolo egregio, estás cerca del cielo.

Desde allí, desde el flanco del gigantesco monte —
campo de tu epopeya, en la lid redentora—
vives atalayando el inmenso horizonte,
abierto, como tu alma noble y acogedora.

Desde allí, de la hirsuta y la almenada falda
de la montaña —tu alta y colosal cimera—
contemplas la campiña circundante, esmeralda
con que te ciñe, plena de encantos, Primavera.

Gloria es de la mirada el múltiple paisaje:
ubérrimos pradales; extensas arboledas
bordadas, bellamente, por delicado encaje
multicolor que en ellos ponen las rosaledas;



QUITO
(Vista parcial)

Foto: MARYNEZ. QUITO

huertos que ofrecen, pródigos, la bendita abundancia;
jardines donde, en loca eclosión, los capullos
estallan, esparciendo su exquisita fragancia;
fuentes que van cantando con alegres murmullos.

Así, Naturaleza con manos maternas
te entrega sus riquezas, y, colmando tu anhelo,
te muestra el ondulante manto de los candeales
que Fray Jodoco Ricke depositó en tu suelo.

Aunque no lo haya dicho, tal vez, ningún cronista,
pienso yo que, mirando la amenidad de tu agro,
al llegar a tus puertas, tras de la ardua conquista,
hincóse de rodillas el Mariscal Almagro.

Era el término ansiado de estupenda aventura.
Hombres de formidable, pasmosa reciedumbre,
con los cuerpos cubiertos por pesada armadura,
llegaban, cual titanes, hasta la enhiesta cumbre.

La cruz en la una mano y en la otra la tizona,
escalaron los Andes, baluarte tras baluarte;
mas para sus esfuerzos hallaron la corona,
cuando, por fin, un día, lograron contemplarte.

Quedaron embriagados con tu azul infinito;
hiciéronte española, hiciéronte creyente,
y, desde aquel entonces, San Francisco de Quito,
primogénita fuiste del Sur del Continente.

Los Schyris, y los Incas y los Conquistadores,
todos los que influyeron en tu inmortal destino,
en días jubilosos y en horas de dolores,
en tu faz imprimieron un sello peregrino.

A través de los siglos, ese sello aun perdura
y, por raro contraste, eres, a un tiempo mismo,
dulce con inefable y singular dulzura
y fieramente heroica, con trágico heroísmo.

Tranquila y apacible, rebelde y tormentosa,
hecha, como el Pichincha, de nieves y de llamas,
sonriente y ceñuda y terrible y graciosa
aun para tus desgracias encuentras epigramas.

Cinemáticamente, pasa por mi memoria
tu heráldico pasado que hoy día resucita,
y oigo el clangor guerrero que anuncia la victoria
y la esquila doliente que a la plegaria invita.

Y en el ecran oculto del cerebro, en desfiles,
se proyectan, saliendo del caos, una a una
fantásticas figuras de diversos perfiles,
los hombres de la buena y la mala fortuna.

La ciudad primigenia. Cacha, el héroe impotente,
orgullosa y enferma, que de dolor rugía,
caída ya la esmeralda de la abatida frente,
al presenciar el triste fin de su dinastía.

Los incas invasores. Huaynacápac que avanza
de grandeza nimbado y se rinde al halago
de Paccha, la princesa gentil, y la matanza
siembra entre los Caranquis y tiñe en sangre el lago.

El Yavirac. El templo que, tapizado de oro,
refulge en la eminencia. El solemne holocausto
que está humeando en la fiesta de Inti-Raimi y el coro
sagrado de las Vírgenes del Sol; la pompa, el fausto,

El imperial palacio. Entre sus esplendores,
constelado de joyas, sobre trono mirífico
va en marcha, precedido por trescientos cantores,
con el llauto simbólico, Atahualpa el Magnífico

Y, luego, cuando al Inca, cautivo en insidiosa
jornada, le estrangulan, desolación y ruina.
Rumiñahui, en las sombras de una noche espantosa,
domina en la urbe inerme, e incendia y asesina.

Inicia la Colonia su existencia. Un bizarro
Capitán la gobierna. Su gallarda figura
es de un rey, y se llama Don Gonzalo Pizarro,
cuya vida es como una fabulosa aventura.

Mas apenas nacida, oh! ciudad, te desuela
el odio de los hombres, que todo sacrifica.
La lívida cabeza del Virrey Núñez Vela,
trofeo profanado, se alza sobre una pica.

A aquel terrible vértigo de las ciegas pasiones,
a aquel furor humano que en sangre te enrojece,
siguen los elementos. Con locas convulsiones,
la tierra, en epilepsia horrible, te estremece.

En cenizas candentes te envuelve, en humo denso;
la claridad del día en lobreguez convierte,
y eres montón de escombros, desolado e inmenso,
que atraviesa el espectro del estrago y la muerte.

Hay rica savia, empero, en la marchita planta,
y, a despecho de tantas tempestades violentas,
sacando de tu herida nuevo vigor, levanta
tu genio monumentos que con orgullo ostentas.

Aunque eres aborígen, eres también latina.
Roma, París, Toledo te dieron su grandeza
y has heredado toda la inspiración divina
de aquellos que elevaron a un culto la Belleza.

Fue llama de milagro tu fe. Cientos de artistas
arrancaron la piedra de tu abrupta montaña,
la esculpieron pacientes, puliendo sus aristas,
y elevaron tus templos, para alto honor de España.

Para cada convento, para cada santuario
y para las mansiones de próceres y oidores
hubo derroche de Arte. Fuiste, así, un relicario
que guarda, noblemente, los más raros primores.

Por Santiago y Górrivar, Carrillo y Caspicara,
en las tierras hispanas tu fama se extendía;
pero llegaste, Quito, a ser aun más preclara
por tu alma generosa de insigne rebeldía.

Eres predestinada para todo heroísmo,
para toda injusticia lanzas tus anatemas,
y cuando se levanta, soberbio, el despotismo,
esgrimes el acero, en las horas supremas.

Fue tu gesta, en la noche colonial, una aurora;
tu grito en la tiniebla como un clarín guerrero,
que a somatén llamaba. La empresa redentora
halló en tu sacrificio el esfuerzo primero.

Pasa Ruiz de Castilla, con su afrenta abrumado,
la mano temblorosa en tu sangre teñida.
Esa sangre preciosa fue el bautismo preciado
de la América libre, al iniciar su vida.

Aquel licor bermejo salido de tus venas
en pródigo torrente y en cien luchas crueles,
cuando ya la victoria desató las cadenas,
como fecundo germen, floreció en cien laureles.

Con ellos te has ceñido la triunfadora frente
y, digna de un pasado de esplendor y de gloria,
poseída de tu fuerza, te alzas perennemente
tal como un centinela alerta de la historia.

Cuando quiera que surge menguada tiranía,
le opones resistencia, rechazas sus agravios,
vindicas el derecho, sancionas la osadía,
y retas a la muerte con la risa en los labios.

Corazón y cerebro, idea y sentimiento,
tú el vigoroso tronco de la Nación ha sido.
Toda la Patria vibra con tu viril acento;
del un confín al otro, se siente tu latido.

Y así como ante el crimen de indignación te inflamas
y estallas, como el rayo, en fieras explosiones,
eres plena de gracia y de bondad cuando amas
y robas dulcemente todos los corazones.

Te entregaron los suyos los Grandes Capitanes,
quedaron prisioneros en peregrinos lazos,
y hallaron, como premio de todos sus afanes,
una suave sonrisa y unos sedientos brazos.

Tus hijas fueron siempre tu mejor poesía,
flores de gentileza, flores de santidades,
que vierten en la copa del dolor ambrosía
y en la noche del alma derraman claridades.

Hay aún en el huerto de la dulce Mariana
de Jesús azucenas que difunden su esencia
sutil en el ambiente; aun la piedad humana
mitiga de las lidias feroces la vehemencia.

Mi ciudad bienamada, por tus bellas mujeres,
síntesis de hermosura, de virtudes tesoro
y joyero de gracias arrobadoras, eres
la Sultana del Ande, la de imperial decoro.

Y como son de todos tus hechizos espejo,
te rindo ante ellas culto, me prosterno de hinojos
y, al dedicarte un canto de admiración, te dejo
toda el alma, cautiva por siempre de sus ojos.

Y una plegaria elevo, al darte mi homenaje:
que esos ojos me miren, que su visión divina
endulce mi agonía y que, en mi eterno viaje,
pueda llevar grabada su luz en mi retina.

Quito, Diciembre de 1934.

QUITO EN SU ESPIRITU Y VIRTUALIDADES

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

Labra y pule ríscosa cuenca que se abre entre altos y soberbios montes. Sube y baja y tuerce, en calles angostas, acomodándose al escarpado y roto suelo. Agrupa y enfila las anchas y sencillas casas en torno al templo de ingentes cúpulas y severo frontis pétreo, dejando espacio para el cuadro de la plaza y sus portales y la holgura del claustro que guarda y encierra su arcano en toscos paredones. Hecha está al temblor de la tierra volcánica y el estallido del rayo. La gloria del sol ecuatorial la deslumbra y enciende desde limpidos cielos, tras la violenta furia del aguacero o el continuo lloro de pertinaz lluvia que la escalofrían y ensombrecen. Hecha está asimismo a los fragores de la batalla y el ulular de la tragedia política. La unción mística la recoge y ensimisma para lavar la mancilla y la congoja de la culpa y soñar en mejor vida. La pompa de las procesiones, el vuelo de las campanas, el aroma de los sahumeros le hinchen las rúas y el aire proclamando el fervor de su fe católica. Suyos son el vivir agrio y el recóndito tormento de pensar. Y chispea de ingenio y arte para ahogar la pena y disipar las sombras del misterio y el enigma. Como gusta de fiestas y regocijos en el deseo de interrumpir la monotonía conventual de sus días de urbe incomunicada, aristocrática y ociosa. Hija del sol indio y el Dios castellano, corte de Scyris y de Incas, de Presidentes, Oidores y Obispos, junta y funde, en la alquimia y abrazo de lo inconsciente, esencias disímiles de razas heterogéneas, vencedora y vencida, infiltrándose la vencida en la vencedora con sutileza

ladrona y bruja en natural vindicta de dolorosa esclavitud. Y si el conquistador pone en ella la espada y la cruz, el palacio y el templo, el arte y la industria, el señorío y la religión; el indio despojado, desde la humildad de la vivienda, la abyección de la tarea, el sueño zoológico y los linderos de la animidad, exhalando el vaho de su tristeza, miedo y apatía, maleficia las artes del dominador y da tintes sombríos y amortiguados, rasgos serviles y mezquinos, venenos letales, pozos amargos, pero también gracia tímida y virginal, seducción escondida y penetrante, a la psiquis niña de la tierra ciudad, vivero de la nueva raza.

* * *

El ambiente de Quito prospera la religión en todas sus formas. Quito es, en la época de la colonia, ciudad sacerdotal y religiosa como Toledo. Si Lima abunda en frailes, clerecía y conventos, lo que le da tono y carácter es su vida de corte donde los Virreyes y la nobleza deslumbran con el fausto y suntuosidad de sus fiestas y saraos. El delicado espiritualismo, el ensueño y la contemplación mística, la misión abnegada y sublime, la intolerancia fanática y militante, la simonía codiciosa, el poder teocrático e inquisitorial, la superstición grosera y aún, en fatal reacción, el brote del encono antirreligioso, se desarrollan, como en elemento propio, en la vida quieta, reconcentrada y triste de la capital serrana, incrustada en un peñón de los Andes a guisa de castillo roquero tal cual lo representa gráficamente su escudo.

Propicios son el silencio y la quietud para las cosas del espíritu. Y siempre fué fruto espiritual la creencia y el sentimiento religioso. El salvaje adora en el fetiche una virtud oculta de carácter psíquico o anima los grandes elementos naturales atribuyéndoles potencias extraordinarias de inteligencia y voluntad. Toda religión en su apogeo da una explicación del Universo en sentido espiritual, prolongando la vida más allá de la muerte en región donde, extinguida la materia que es división, limitación, corrupción y dolor, imperen los atributos de la eternidad, la infinitud, la unidad y la armonía. En la infancia de la humanidad la religión es timbre de nobleza.

La superstición encuentra en el alma del indio campo adecuado. Adorador del sol y de la luna, de esas magníficas cosas visibles, cuyos efectos se palpan y sienten, la religión que tratan de inculcarle, de dogmas complicados y rito múltiple y vistoso, se le torna creencia oscura y confusa, pero enamórndole de ella el aparato brillante y solemne. Prioste de las fies-

tas religiosas, se sacrificará en su celebración entregando su patrimonio y entregándose a la embriaguez dionisiaca que le hace olvidar la misera existencia y prende el coraje en la niebla de su cobardía y humildad. Pero son el Obispo y el sacerdote quienes se conducen de él, quienes algo le enseñan, quienes lo miran alguna vez con piedad y simpatía, quienes ponen algún empeño en aliviar su condición y levantar su nivel moral.

Como que el apostolado religioso se sintiese inerte ante la dureza, cerrazón y maldad de los hombres, busca siempre, para propagar la fe e imponerla al respeto, la ayuda del Poder civil y político, lo que da a éste título para el abuso y el despotismo y a aquel le inficiona de simonía y ambición baja y material. A lo largo de la historia, las religiones quieren el poder temporal para ganarse las almas y participar de las pompas terrenas. Y, a su vez, el Poder político ve en la religión poderoso auxiliar, refuerzo decisivo, patente irrefragable, y unas veces aliándose, y otras identificándose con ella, cobra potestad máxima y sagrada sobre los hombres y los pueblos. De ahí nace el Poder teocrático e inquisitorial que a sangre y fuego ha de imponer creencias, dogmas, opiniones, ideas. Entonces la religión, de prenda de paz y amor, de lazo espiritual, se convierte en instrumento de guerra, odio, persecución y exterminio.

Los conquistadores invocan la religión desde el primer instante, como los antiguos reyes que consolidaron su poder absoluto fingiéndose dioses o ungidos por los dioses. "Dios y el Rey eran entidades casi sinónimas que se confundían en los discursos académicos, en el grito de combate y en la pastoral de los obispos", dice el historiador Gonzalo Bulnes. En nombre del Papa y la Biblia trata el padre Valverde de conseguir el sometimiento de Atahualpa. La autoridad, investida de los derechos del Patronato, interviene en lo religioso y los mismos Obispos son satélites o juguetes del Virrey, Presidente u Oidores. Tétrico se vuelve a ratos el vivir en el Quito de la colonia entre monjas y frailes relajados y autoridades iracundas.

En las relaciones particulares y sociales, el fanatismo intolerante pone también su influjo y su sello. Quien se atreve a dudar de un dogma, quien se muestra irreverente es señalado, perseguido, excomulgado. La Inquisición está pronta a condenar y castigar la herejía. Aún en tiempos de la República ser heterodoxo es un estigma que aísla del trato social.

Y como hidalgos y frailes traen a América el afán de enriquecerse y allegar oro, la explotación acuciosa se deja sentir

por todos los ámbitos y el indio es la víctima y la mira. La simonía vicia y falsea así el apostolado religioso y le debilita la virtualidad moralizadora.

Pero el aliento que emana de las religiones trasciende y traspasa estas corrupciones y extravíos y tiene virtud de generar sentimientos y mover a empresas de altísimo valor. Junto a la teocracia y la inquisición, junto a la relajación y la simonía, las misiones llevan a la selva y a la horda, al través de inúmeros peligros y acerbos sufrimientos, la semilla y el germen de la moral y la cultura. "La educación pública como esfuerzo organizado y sistemático se inicia en el continente americano con el trabajo de los misioneros católicos", dice Vasconcelos. Es necesario reconocer que hazaña semejante sobrepuja los móviles ordinarios de la acción humana y que sólo explican el ardor generoso, las fuerzas centuplicadas que infunde la fe en el valor infinito del destino del hombre.

Los numerosos monasterios indician cómo la sugestión religiosa y la vida de Quito predisponen a las almas de sensibilidad impresionable e imaginación alucinada a buscar en la renunciación y apartamiento del mundo la paz del espíritu, mal hallado entre groseras tribulaciones e inquietudes. No es en el torbellino y el vértigo de una ciudad activa, que agarra los sentidos y el ánimo, donde puede florecer la mística azucena que para recatar su pureza huye de todo roce y aliento. Marianita de Jesús exprime y acendra jugos de ingenuo misticismo y su santidad es dulce, manando así la virtud femenina que el filósofo antiguo considera ser la que da valor a todas las demás, la que pone la cifra de la unidad delante de los ceros de la belleza, la honestidad, el talento.

Como figura representativa, cabal símbolo y síntesis depurada de la profunda religiosidad quiteña, aparece el Arzobispo González Suárez, que intuye la esencia de la fe y la desprende de la pasión política. Austera personalidad de sacerdote en quien la sabiduría, la rectitud, la comprensión a fondo de las excelencias de la religión evidencian cómo la psicología de Quito alza y depura, por entre neblinas y tinieblas de fanatismo, la estrella fulgente de lo ideal.

Bizarrras siluetas de radicalismo antirreligioso, como contrafigurar, se esbozan en la historia de Quito. Pero la serena y templada condición de sus hombres se presta mejor al sentimiento liberal de cepa inglesa —es el Coronel Hall el fundador y mártir de ese liberalismo— que, sin dejar de respetar lo religioso, lo diluye y amansa en la amplitud de la libertad y la benevolencia de discreto y amable escepticismo.

* * *

Asiento de una Real Audiencia y luego capital de República, Quito es el centro político de la nación. Y en ella viene a concentrarse y exaltarse el despotismo de la autoridad española y la barbarie de la política criolla. Pero el alma de Quito, por lo común, está ajena al espíritu que anima a las figuras que desfilan por el Capitolio. Los Caras subyugan a los Quitus, los Incas sojuzgan a los Caras, Presidentes y Oidores gobiernan la colonia con gesto desdeñoso y ademanes ásperos. En la República, el militarismo extranjero la escarnece. Rocafuerte es de modalidad tropical, violenta y autoritaria. García Moreno extrema, exagera, inflama su pensamiento teocrático. Veintemilla traiciona y burla su sentir adicto al gobierno civil y legal. Urbina y Alfaro la espantan e irritan. Y apenas si Espinosa y Antonio Flores, en pálidos reflejos, trasuntan lo genuino y peculiar de su manera y de su ritmo.

Quito da el teatro, no el alma. No porque le falte el don de orientar y dirigir. En la hora suprema de pensar en la Independencia, tiene un precursor indio, Espejo. Y Mejía, en las solemnes sesiones de las Cortes de Cádiz, profiere las palabras definitivas, como lo consigna el político español, Marcelino Domingo. La aristocracia da el primer grito de emancipación en el continente y Quito es "luz de América."

Quizá en la época de formación y elaboración, con amplio y hondo espíritu de síntesis, espera. Apacible y tolerante ve alternarse varias influencias y corrientes. Natural es que a ella confluyan, en su papel de capital y corazón de la patria, las savias múltiples. A veces soporta opresiones, actitudes que hieren su sentir y violentan su índole. Como todo carácter manso y esquivo, reconcentrado y **penseroso**, acumula razones y motivos, protestas y rencores para estallar, a la desesperada, en desate de ira reprimida. La política ecuatoriana no es aún, como la de Castilla en España por ejemplo, la política de Quito. La síntesis que funde contrastes y disimilitudes, que ordena y combina, que armoniza y une no surge aún. Quito da el teatro, no el alma. Cuando se dé a la tarea con todas las fuerzas será la modeladora y educadora de la nacionalidad. Le sobran para ello gérmenes y virtualidades.

* * *

El quiteño es de natural recto. Cuando es normal su vida se halla a gusto con los cánones de la moral y la justicia. Pero si el rigor de las circunstancias le pone en la pendiente, resbala con facilidad y se abandona, faltándole entereza para resistir y no plegarse a lo malo en la desgracia. Entre resignado y triste, olvida las normas y se acomoda a la inmoralidad y el vicio. La embriaguez le tienta y fascina, no por el placer físico, sino para matar el gusano.

No gusta de la acción y el movimiento. Habitado a la vida sedentaria y de meditación, tomando del espíritu religioso lo que hay en éste de recogimiento y ensueño, prefiere pensar y orar antes que obrar y ejercer el apostolado activo. No se distingue por la sociabilidad. Ama el retraimiento y la misantropía, y el estudio teórico y abstracto es más de su devoción que las ciencias que requieren experimentación y actividad.

Del indio le viene la cortedad y tal vez la falta de valor y desenfado para dar expansión completa a su pensamiento y opiniones. Carece de audacia y constancia para empresas difíciles, pero es tenaz en su afecto, convicciones y costumbres.

Querencioso, ama a su tierra entrañablemente y el viajar no le provoca en demasía. Quizá piensa que el rodar por el mundo hurta tiempo al placer de contemplar el encanto de la propia tierra y abismarse en la hondura de la vida interior.

La fuerza de su pensamiento le lleva lejos. Tiene la potencia del análisis y la síntesis. No le falta la intuición clarividente, ni el ingenio ático, ni la gracia burlona. Cuando los declives de la existencia le conducen al abandono, se vuelve romántico y jaranero.

Una educación apropiada, que le fortaleciese el carácter y la voluntad, haría de él modelo de hombre serio, capaz de regir su vida con altos principios y normas y de impulsarla en acción eficaz y fecunda.

Artista, tiene dotes singulares para la pintura, la escultura y aún para la música. El fondo religioso del medio estimula y obliga a pintores y escultores a llenar iglesias y conventos de cuadros y santos. "Tal vez no hay iglesia en América de ciudad o de aldea que no tenga todavía un cuadro o una imagen fabricada en Quito", afirma un historiador chileno. Como el Greco en Toledo, nuestros artistas descifran la psicología quiteña y la estampan en sus telas y figuras. Santiago, Gorivar, Manosalvas, Pinto, Mideros, quien cultiva su arte en Quito, dan a su ins-

piración el tinte inconfundible del misticismo ya ingenuo, ya atormentado, ya extático de esta ciudad mediatunda y triste, cuyos chispazos de alegría saetean el capuz sombrío de su vida ordinaria.

Las mujeres de Quito tienen el encanto del recato, la timidez y las delicadezas y profundidades del sentimiento, ricas esencias en vaso de primorosa y esplendente hermosura. Poseen irresistibles atractivos para grandes hombres. Huainacápac se enamora ardientemente de Paccha con quien se ha casado para asegurar su imperio sobre el reino de los Schiris. El Libertador se acompaña de Manuela Sáenz, hechizado por la decisión de la amorosa quiteña. El Mariscal de Ayacucho se rinde a la gracia de la Marquesita de Solanda.

Manuela Cañizares, Marieta y Dolores Veintemilla demuestran que la mujer quiteña, sacudida la timidez, tiene bravuras heroicas que denuncian el fondo de energía y fuerza de su ánimo.

El alma de Quito atesora gérmenes preciosos que, bien aprovechados, pueden dar gente cabal en que los dones de la inteligencia se aunen con las virtudes de la voluntad y las fecundidades de la acción. Hace falta educación sagaz y eficiente.

* * *

Y así va hacia adelante esta ciudad de San Francisco. Emerge de un pasado pobre y dolorido donde la sensibilidad y el pensamiento ahondan, buzos mágicos que extraen del abismo la riqueza oculta. Es la época de la génesis y germinación. Mañana conquistará el porvenir, madurando el alma abierta a todas las influencias para cuajar cultura superior.

Suelo soñarla así cuando, perdido entre sus calles, en mis paseos solitarios, el aspecto sugeridor de alguna vista suya me dicta vaticinios y dibuja proyecciones.

Veó de noche el templo del santo de su nombre y, siempre maravillado ante tanta magnificencia y austeridad de piedra que se extiende a lo largo de una cuadra, garra hercúlea de una fe potente y grande que graba allí lo inmutable de sus dogmas y el vigor de su aliento, pienso que las dos torres que coronan el edificio señalan el firmamento estrellado, el cielo sereno, el espacio abierto, el infinito donde se pierde y sumerge la mirada, como convidando al espíritu a libertarse y difundirse sin la atadura de la petrificada creencia.

Almas habrá en que el peso de la fe tradicional será su razón y sustancia. Es deber respetarlas. Pero las habrá también,

y es deber dejarlas expandirse, que sustituirán el pensar ortodoxo con los vuelos libres de la poesía y la metafísica. No haya presión para las alas del pensamiento. No haya moles que sofoquen la alegría creadora de la imaginación. No haya temor de que la libertad y la vida sean el camino de la sombra. Quito, en el porvenir, acogerá benigno las varias manifestaciones espirituales, todo brote de cultura, el cambiante divagar de las ideas, toda especulación alta y desinteresada.

Contemplo, en el atardecer melancólico de crepúsculos invernales, desde las alturas del Ichimbía o del Pichincha o del Panecillo, la parte céntrica y antigua de la ciudad. Las torres y cúpulas de las iglesias señorean aún en el horizonte. Aún prevalece el rojo negruzco de los viejos tejados que la pátina del tiempo y el azote de las lluvias ensombrecieron. Aún blanquea la cal de las paredes y fachadas entre la policromía de las tinturas nuevas. Todavía se distingue serpear la callejuela empedrada donde la yerba crece entre las junturas y la acequia arrastra agua jabonosa, basuras y desperdicios. Pero también, por aquí y por allá, modernos edificios alzan y destacan la opulencia de sus cornisamientos y chapiteles. El brillo plumizo de las cubiertas metálicas salpica a trechos el cuadro. Los barrios nuevos, con el rojo claro de sus tejas frescas, se encaraman en las lomas manchando el vivo verdor de la vegetación. Lo antiguo y lo moderno. Lo antiguo, cargado de recuerdos y evocaciones. Lo moderno, sonriente de promesas y esperanzas. Lo que pasa y se va. Lo que viene y florece. La vida que cambia y se renueva. El eterno fluir de las cosas. El eterno ritmo del ser. Pero la vida es cambio y continuidad a la vez; idéntica y heterogénea al propio tiempo. Ahí está su paradoja y su misterio. Es algo nuevo pero algo permanente. Es lo que nace pero enlazado a lo que fué, hecho del material eterno y uno, de la esencia inmortal e imperecedera. La vida de hoy es resultado y efecto de la vida de ayer. La vida de mañana será el producto y la obra de la vida actual. Mas la vida es perpetuo prodigio, perenne milagro, infatigable creación. Lo de ayer no explica todo lo de hoy. Lo que ahora es no reproduce tan sólo el pasado. La vida nueva enriquece, complementa, multiplica, desenvuelve, perfecciona la vida de ayer. El mañana imprevisible escapa a toda adivinación. Vano afán el de destruir por completo algo. Lo que vivió una vez ha de vivir siempre en lo que tiene de esencial y de bueno. El odio y la guerra no pueden matar lo que no debe morir, que se oculta y sumerge, que persiste latente para renacer mañana y reclamar su puesto al

sol. La violencia aplasta y vence aparentemente, aniquila vidas individuales, pero el espíritu esencial resucita en nuevos brotes. Si no podemos romper la continuidad, protejamos la armonía superior, la evolución sin dolor ni rupturas, e incorporemos en el presente lo que del pasado tiene derecho a vivir. Que el Quito nuevo, que se incrusta en el antiguo, respete esos mudos testimonios de la vida que fué y, sobre todo, exprima del añejo espíritu lo que hay en él de virtualidad inextinguible. Que la vida sea lo que tiene que ser: cambio y continuidad, enlace del pasado, el presente y el futuro, tradición y reforma, variedad, fecundidad y armonía.

Pero desde mi azotea yo me recreo también viendo en la mañana el Quito del Norte, que avanza a la conquista del espacio por entre cortinajes de eucaliptos, vistoso, riente y pintoresco, frívolo y esperanzado como la juventud, abigarrado de estilo, ensayando modas y posturas flamantes. Hay en él fervor de edificación y sus casas, rodeadas de jardines, con torrecillas y caprichosos arrequives, con tejas vidriadas y menudas que reverberan al sol o cubiertas de zinc que espejean a la luz, circundando grandes parques, de árboles jóvenes, en plena lozanía, dan la impresión de ciudad recién fundada, aún en trazo y formación. Es el Quito de mañana, el que traerá sorpresas y novedades, el que, desentumecido y remozado, sonreirá a la vida con optimismo, fuerte y alegre para el trabajo y el progreso, prolijo para halagar y alhajar el hogar y la vivienda, tocado de discreto epicureísmo, pulcro y un tanto voluptuoso como los árabes en el arte de vivir, con buen ánimo y robusta aptitud para todas las actividades y filosofías, para el pensar universal y sintético y el obrar heroico y fecundo.

La sueño así a esta ciudad que creo llamada a modelar y educar la nacionalidad. Por sobre nuestro desordenado y tumultuoso vivir dominando el apasionamiento y la violencia revolucionaria, amansando y apaciguando los impulsos y las vehemencias, yo la presiento, en el futuro del Ecuador, en el ministerio de armonizar las diferentes tendencias y regiones, de dar normas cultas y orgánicas y sentido moral a la política, de levantar en alto ideales de virtualidad siempre renovada, de comunicar ritmo tranquilo y armónico al libre y autónomo desenvolvimiento de la vida ecuatoriana, de ser unidad, síntesis y corazón de la patria.

La sueño poniendo en su divisa y escudo las palabras de Goethe: "Avanza sin prisa y sin pausa como la estrella". Y estas otras: "Vivir a gusto es de plebeyo; el noble aspira a ordenación y a ley."

MUJERES DE QUITO

AUGUSTO ARIAS

La mañana dorada de las ñustas bññase ya de pintoresco ingenio y de tensa elegía. Un misterioso símbolo alcanza a rozar la frente en donde adivina el rebrillo bronceado —casi forma externa del pensamiento— la paternidad del sol. Su entrañable actitud adorativa alcanza esos viajes de penetraciones antiguas en los cuales se presiente un origen de remotos destinos y la mitología, aún cuando no esté clásicamente figurada, suele aletear en el presagio de la virgen del sol, princesa de abo-lengo. No sabe, con certeza, de cuál linaje antiguo se trae su hermetismo raramente sonreído y su pasividad que se defiende de los temblores de la fiesta. Mas, en el ojo de voluntad zahorí, espejea el diamante del Shyri. La carne apretada quiere ignorar también la parábola inicial del terrigenismo, pero cuando en ella cuece el sol divino sus amapolas radiantes, no le es menos apetecida la gloria ajena, más distante por desconocida, que la posesión de la tierra virgen, recinto de los templos antiguos, empinados en las colinas y, acaso, veta de esmeraldas para el simbólico lenguaje de los colores y el eslabón de la gargantilla. Y, desde entonces, la quiteña indígena sabe llevar hacia el altar de piedra su misticismo asiduo y es posible que gustase de pulir el venablo —entonces más de silencio que de palabra evasiva y satisfecho de rechazar sin herir— para guardarse en su espera de timideces o descontentos o para dar en la varonil tardanza con provocativa, con certera gracia. Desafortunadamente, en la fuga de la civilización quechua lamentaremos también la pérdida del acento de los aravicos. De haberse colectado esas rapsodias indias, daríamos con el metro nemoroso en el cual se musicaron así la queja por las vírgenes huyentes, como el madrigal dicho en el arribo de la conquista o tal vez la breve

cadencia de un distico que supiese evaporar, como en la jornada poética de todos los tiempos, el vano afán de buscarlas sin encuentro.

Inexistente la certeza documental, habremos de buscarla en el escorzo de la leyenda o de captar su figura, esquiva y morena, a través de páginas de las que no podremos separar la letra de las afirmaciones del aceite acrecido de la conseja. Y mejor que no lo intentemos, pues que si tal lo deseásemos, nuestro gusto prehistórico, amortiguado de sequedad, daría más bien con la piedra miliaria que con la india de rigidices escultóricas y si intentásemos penetrar a la tola con la mensura de los etnógrafos, podríamos olvidar o desdeñar el temblar vivo de la garganta, por la comprobación —ejemplo pueril— del ajuste del abalorio.

Vestales o esposas, bañadas de no se qué misterio egipciaco, vendriales de raza la terca fidelidad y el recato. Linfa de sangre sin mixtificaciones para su latir isócrono, como se pretendiera en una física pura para la ley del ritmo. La absorvente pagania de los ritos o el amor que se traduce en el llamear hogareño. Y la preferencia por la minucia, indigenismo oriental, tema pulido, paciencia enredadora de filigrana. Encaje que dice de silencios prolongados y de días cuya mejor cualidad es la del reposo. Colorismo buscado, superpuesto, matizado con morosidad. Jeroglífico bordado con el juego de las agujetas o tatuado en el primor de la alfarería.

Como estas mujeres indígenas serian Llira, la esposa de Quitumbe o la Princesa Paccha, madre de Atahualpa.

Para la etapa fundadora la mujer de Quitumbe llevaría su poderío atrayente y los quitus desfilarían ante la ensoñadora litera, dichosos de saberse regidos por la mujer quitu en cuyo continente esplendería la forma y el aliento de las princesas nativas, romeriantes del Yavirac en el cual se inclinaban los hijos del Sol para la ceremonia del solsticio o conductores de flores nuevas para el limpio altar de la Luna, adoselado con piedras incásicas en la colina de San Juan.

La siembra castellana, haciéndolas mejores, no destruyó sin embargo de su dominio ancestral esa gloria de música y de espera y soplando nuevo milagro en la superstición antigua —poesía de lo que no se sabe y tiene, por lo mismo, advertencias mayores para la sugestión y acicates para la esperanza— creó en ellas el espíritu místico que es el alma de la Colonia y la resistencia de heroísmo que levantaría en las mujeres de la Independencia el ímpetu de las defensoras y la resolución de las impulsadoras; y así como despertó en el pórtico indígena el

ambiente gótico, trajo también para ellas algo del suave lirismo de los árabes y al aclimatar en nuestro original recinto de mirador andino el revuelo andaluz de la frase que surge, contradictoria y punzante, grave y acerada en veces o ligera para vencer las desazones más profundas, diólas también el ánimo de comprender y perdonar.

* * *

... Mariana de Jesús, inigualada, cuenta ya con la viva evocación de sus pasos y su huella ejemplar hubiera durado, aún sin el texto minucioso, de regresos y de reticencias del Padre Morán de Butron y sin la letra blanca y fatigosa del poeta quiteño Murillo. En el siglo que se marca con la copiosa erudición eclesiástica de Villaroel, Mariana de Paredes y Flores, por auténtica sobra de esquividad se atrae todas las miradas y el pararrayo de su virtud, como en compensación para la demora explicable de los recursos físicos, detiene el rayo de la tormenta. Hemos tratado en antes, en libro afortunado, de sus paseos en promesa de cumplir, en doble propósito de misionera y ermitaña. Al fin no se dá ni a la labor catequística ni al silencio claustral. Aprende a morir, pero los ramos de la existencia, sin doblegarse ni mutilarse, quisieran extenderse para los demás, no en el amor de sí que hace una entrega para las devoluciones, sino en una suerte de retoño para el alivio o la esperanza de los otros. Mariana, vedada del concierto por instinto superior que se nos aparece natural y puro, desearía para la perfección de aquel los mejores sonos. No le gustará el banquete, pero en cuanto sea reclamada ha de acercarse con un encantador continente de servicio, como si su abstinencia, exenta del desagrado de no reconocerla en todos, la diera un singular gusto para presentar las viandas. Ella es la que sirve en la mesa de su casa y en horas de reposo sus manos inmáculas dan forma al "pan de los pobres" que distribuirá sin ostenta, satisfecha tan sólo del "placer de servir" que ha descrito Gabriela en uno de sus más espontáneos poemas. No que va ceñida con el hábito de estilo, sino que lo tiene de veras, sin la figuración del sayal y si más bien con la faz del alma recogida y orante. No se le filtra el ascetismo como en la jornada de la contención o el sacrificio, en jugos amargos para el sabor de la renuncia que debe gustar a sangre propia o a ceniza de los deseos quemados. Sonriente y comunicativa imprime en su ruego tal eficacia de fe como para volverlo milagroso. No se recuerda otro sendero como si estuviese decorado de nardos, semejante a aquel por el

que fué Mariana, con su palabra quieta y su ademán sin fatiga. Quiteña como la que más, con sólo la calmada actitud de su ofertorio, será inseparable de la ciudad a la que amó profundamente. La criatura mística quiere defender a Quito de las amenazas del terremoto y cuando ha brindado su existencia a cambio de la estabilidad de la ciudad que florece sobre la quiebra difícil y se extiende sobre la zanja tortuosa, los quiteños han de afirmarse en la creencia de que su recinto de originales trazos y de belleza modelada en la estética de la piedra, será ya inmovible. Ataviada de serena humildad no se le alcanza que su virtud ha de levantarse en el lirio de la hagiografía. Acaso no ha leído ni el romance que le dedicara el lego Hernando de la Cruz, después de incinerar sus rimas profanas. No sabe que su paso ingrátido, casi inmaterial, harás perdurable en la nave de la Compañía y que siempre la encontraremos en el tranquilo patio carmelitano. No se supo, después de ella, de otra azucena trifolia que floreciera de la sangre de la penitencia, soterrada para no decir de su voluntad crudelísima....

* * *

Tal como en el florecer literario, en la época de la Colonia márcase en el alma de las mujeres el delicado sentido místico. Alguna vez hemos dicho que las letras de los Siglos XVII y XVIII parecen estallar en el periodo largo y cerrado de la oratoria sagrada. La extensión del sermonario, el intento de la homilía, el apunte catequístico o el entusiasmo del panegírico. Y sólo por incidencia, pero sin abandonar el ambiente de la teología, aparece el cantor humano. Evia, en el siglo de Mariana de Jesús es un poeta cristiano y en el XVIII el Padre Aguirre canta enredadamente en el comienzo de un poema ignaciano y el mismo doctor Espejo diluye abundante erudición teológica y escribe algunos de los mejores sermones como el de Santa Rosa. Sus diálogos desenvuelven, justamente, la crítica de la que llamaríamos literatura eclesiástica y en los personajes de sus conversadores apenas hay sujeto que no lleve hábito talar o que no venga, siquiera, de una breve estadía de seminario. Y aquello era propio. La educación de Colonia, privada por el doctorado múltiple, establece como atributo de superioridad el triple título de jurisprudencia, medicina y cánones. No hay especialización certera, pero sí absorción total de conocimientos parvos. Casi llegan a mezclarse el derecho civil con el canónico y los sacramentos, de la sal aleccionadora del bautismo al óleo de las postrimerías, están destinados a sellar el proceso

de toda la existencia, como en recurso de medicación. Se penetra a la vida por la pila del bautisterio y se sale de ella al compás lúgubre del Requiés. Uno de los últimos hombres de la Colonia cuya obra de la palabra fácil y persuasiva se traza a comienzos del siglo XIX, pero que se pertenece, por formación intelectual al ciclo del autor de "La Ciencia Blancardina", el doctor José Mejía, sabe conservar el rezago del saber teológico. El orador doceañista transita ya por el Quito que conocieron Humboldt, Bompland y Caldas, pero es docto en latinidades y si persevera en los estudios botánicos y le gusta la paciencia del herbolario, no ha de flaquear por ignorancia de los pergaminos religiosos. Más tarde llevará adelante las doctrinas de su cuñado, el indio de la luz despejadora, pero también ha de pertenecerse a la familia Santa Cruz, así llamada por su tradicional devoción calvarista y ha de recorrer con su esposa doña Manuela de Santa Cruz y Espejo —otra mujer de Quito que acicateó en el joven tribuno la modelación del amor a la tierra de sus orígenes— los escritos de Francisco Javier Eugenio y ha de conservar, en cuaderno anotado de su puño y letra, los sermones que en su vasta penetración de los asuntos de la época, desarrollara el Precursor.

El recogido destino de las mujeres, carente de las escapadas modernas, se traza en los siglos antiguos sólo en los dos senderos, fijos y calmos, que pudieron supervivir hasta el meridiano de ayer, como rutas estables y propicias: el callejón de cardos y de lirios que solía llevar hacia el retiro claustral y el camino que, tras la primavera del noviazgo conducía a la noche del casorio y al estio largo, largo, esperanzado o sin esperanzas, de llevarlo por la irrompible bendición nupcial, rodeadas primero de los hijos y después de los netezuelos, en la generación sacra que no se desbanda ni se desierta. . . .

Por la primera de esas rutas se orientan las sobrinas de Mariana de Jesús Paredes y Flores, doña Juana y doña Sebastiana de Caso y doña Catalina Guerrero, fundadora del Carmen de Cuenca. Mariana había señalado el camino de las vírgenes que la acompañaron muchas veces cuando en la procesión infantil quería depositar en sus exigüos hombros las andas de las estatuillas de la Virgen del Loreto y del Niño Jesús. Descubrió en sus ojos de limpio color y en sus frentes de aura tranquila, la visión espiritualizada y el pensamiento orante. Y las supuso exentas y las quiso, como en la tradición del lirio de la casa, complemento vivo para la piedad del retablo.

Como ellas Juana de Jesús (1662-1703), aún sin el cumplimiento de la profesión, entrégase a la silente austeridad de

la clausura y decurre por los patios del Convento de Santa Clara, dando al encaje los golpes repetidos del bolillo, disecando pétalos en el libro amarillado a fuerza de repasos, empañándose en el desgranar de las cuentas del rosario y mirando como el solo visitante de la existencia que se prolonga en rectángulo de tapias, es el sol que puede, sin embargo, volverse un emigrado en la libertad de su marcha occidua. ¿Pudieron estas mujeres de Quito, místicas y rezadoras, ejercer alguna influencia, siquiera distante, en el camino de los hombres? No habría, con certeza, una respuesta perfecta para tal interrogante insólito. Pero es posible que en la alta noche, el rezo monjil haya detenido en el aire el fulgor de las espadas toledanas y acaso el alma en potencia de extravío, volviase por la bendición del canto de las novicias. Tonificante la rama de yerbabuena que ellas cuidaban y regaban y antidoto para la inquietud, la hoja de toronjil, lustrosa y áspera. Clarisas o carmelitas, en trabajo de placideces formaban para los adornos de la novia los ramos de azahares en florecillas de cera embutidas de algodón y si caía tal o cual lágrima indiscreta en la corona nevada, alzaban en cambio, como una defensa, la palma del domingo de ramos, en variedad maravillosa de tejidos, desde el juego de canastillas hasta el incensario catedralicio y las rosas y las mil figuras. . . .

También profesa en Santa Clara, antes de los veinte años, la quiteña Gertrudis Avalos. Su nombre ha recogido la historia literaria del Siglo XVII con el elogio de alguna tímida reserva. Escribió unas hojas líricas que pudieran llevar, por acercarse a los títulos del pergamino de otrora, algo así como el nombre de la **Guía de la vocación contrariada**. No la formación teresiana, ni en otro aspecto de iguales arribos a la celda de meditar, la tristeza profunda de Francisco de Borja, la de haber visto el espectro, la osamenta de la mujer ayer no mas preciosa y amada. Gertrudis Avalos imprime en las líneas de sus versos la emoción vacilante. ¿Le gustan la tierra libre, los regalos del mundo o, al contrario, su ánimo ha de buscar el silencio y el retiro? Cree, una vez, en la tangible llegada de la tentación y entabla, a su modo, lucha con el demonio que quiso acechar a los místicos de todos los tiempos, que proyectó su sombra erizada pero ya vencida en la morada de cristal de la doctora de Avila y que fue en otro día para el sabio y sonriente alquimista de la historia fáustica, el procurador amable, el correveidile del gozo. Gertrudis Avalos quiere probar su resistencia y sale del convento. La tibieza del sol quiteño se tiende en las rúas entonces despobladas de los campos de Santa Clara,

confinantes de las quiebras de Jerusalén y el aura de agosto, como en reposo vacacional, le besa en la frente, ya desasida de la prisión de la toca. Gertrudis Avalos explora y se incauta del paisaje por ella casi no conocido. Mas en breve regresa. Niña es pero la fruta de la vida ya le sabe a tardía dulcamara. De tal conflicto anímico quedará una rápida auto descripción en la memoria de su poesía. Y aliviada de confesarse, se libertará de aquel combate arcangélico, pues que a la capciosa lengua de fuego habrá de oponer el ceñido cordel de la cintura...

Coro tembloroso de las novicias en el día de la Candelaria. 2 de febrero de 1678. Gertrudis Avalos se dispone para los votos. Se ha tendido ya, entre los cuatro cirios altos, parpadeantes, y sabe cerrar los ojos plácidamente y aminorar el aliento. La monja priora avanza con las tijeras de la regla y entre golpes acerados corta la cabellera de la nueva clarisa. Otro cantar se marca con el monorritmo de los cerrojos que se cierran para siempre. Gertrudis Avalos ha perdido su patronímico. La monja Gertrudis de San Ildefonso verá algún día, desde la ventanilla de reja, como crece la ciudad adelantándose al nuevo siglo. Y abandonará su celda a la edad de cincuenta y siete años, sólo como si se hubiera dado al sueño de ya no querer, como en el antiguo día de la Candelaria.

Desde la misma vera, casi penumbrosa y al parecer olvidada del San Francisco de Quito de entonces, llega un nombre de mujer, en eco simpático, a la vida mental de la Península, el de doña Jerónima Velasco, citada por Lope de Vega en El Laurel de Apolo. Nada se sabe del rumbo de la poesía de esta dama, considerada por el poeta español como nativa de Quito. ¿Fugarían sus papeles o habránse condenado a la muerte del fuego, al cabo de algún escrutinio severo? Pero queda para su nombre el lauro de aquel nuevo viajante al Parnaso y en el misterio que la envuelve, siquiera un tema de romance no escrito.

* * *

Y si entre las mujeres quiteñas se cultiva el poema y el rezo, no faltan las que ofrezcan su destreza de pulir al embutido del bargueño o las que sepan de la combinación de las pinceladas para el colorido del cuadro. Cuantas de ellas serían colaboradoras inteligentes en el laboratorio del pintor que formaba, casi sin saberlo ni pretenderlo, la escuela quiteña y cuantas precioso modelo para el imaginero que tallaba en la madera de olor el rostro pulido de la virgen o de la santa.

Doña Isabel de Santiago, hija de Miguel de Santiago, es

quiteña y por el temperamento y la formación, busca las perspectivas, contornea las figuras y anima los lienzos. Contrae matrimonio con Gorívar y el ambiente en el cual se desarrolla, ofrécele por todas partes la huella del ingenio pictórico tan propio del Quito del XVII.

Puede que sus rostros quedasen en los altares, copiados por los escultores quiteños y que algunas de sus joyas se extendiesen, como en ofertorio, como en ex-voto, en el pan dorado de los retablos.

No dejaron así que se perdiera la sentencia latina que pidió para la vida breve el arte largo.

* * *

Ramo de heroísmo el de las mujeres de la Independencia. En trance de lauro. A veces fecundado con la sangre del martirio y en casi todas elevado con el animoso designio de ayudar y estimular. Tal ha sido, en todos los tiempos, la posición de la mujer fuerte. El acicate de su palabra llevó al hombre al sitio de vencer o de morir. Y su corazón estuvo, también, alentado por la inquietud de los valerosos. Supo amar la cautiva gloria del arte, pero le fué de más precisa llamada el talante en el cual descubrió el gesto del denuedo y el calor de la hombría.

Ha referido la historia como las mujeres de Quito presenciaron la jornada del 24 de mayo de 1822 desde las azoteas de sus casas y la leyenda sabe, alimentada de tradiciones próximas o lejanas, cómo las esposas o las madres, formaron en ocasiones filas de retaguardia vibrante para acicatear o precaver en varias de las campañas por la libertad o cómo se convirtieron en proveedoras de municiones y entusiasmo. Es de creerse que sin ellas no hubiera surtido con tan viril impulso el himno quiteño.

Animosa Manuela Cañizares, —fino perfil que se alumbra con sus ojos altivos y quietos, y acusado en el ángulo de la nariz aguileña —no ha de poder separarse de la relampagueante hazaña del diez de agosto de mil ochocientos nueve. Ramos de osadía los suyos. Pulso de amazona y peplo diamantino. Para su retrato habría de pedirse la tela alargada y los brochazos enérgicos.

Alentaría con sus previsiones y sus augurios la tertulia de los conjurados que se venían desde las conversaciones antecedentes de Espejo y habían aprendido a fijar mejor los ojos avizores en el texto vedado. Ingenio de esta ciudad, hecho ya de criolla altanería, gustoso de trepar por el escalofrío del peligro,

pleno de la dicha de avanzar, de hacer, revolotearía prendido de su acento, escapándose de sus frases, cautivando.

Tan conocido es el episodio, que con su repetición se deslustrara el brillar de esa página escrita ya por hábiles plumas.

El saloncillo de Manuela Cañizares, en antes propicio para el volador sentido de la anécdota; raro para el tiempo, por su libre espacio para la inteligencia en decurso de liberaciones; acogedor de la chapetónia que preparaba el mañana, debió sentir entonces la más viva de sus inquietudes. No escuchaba solamente la paradoja brava, elaborada como de costumbre por uno de los contertulios, mientras se mojaba el bizcocho en el chocolate de la cena, ni el restallido, como de breve guijarro en cristal de resistencia, del golpe de las alusiones. No tampoco la galantería, devuelta en ingeniosa aceptación o en rechazo delicado, siempre de aguardar, con la cual se festejaba, a trechos, a la dueña de casa. Los conjurados querían salir, gritar, decir al Presidente de la Audiencia que su poder había cesado, que Quito era libre desde aquel día. ¿Para qué evocar la figura de Ruiz de Castilla y la del nervioso revolucionario doctor Ante? Nada importaba ya que la premura audaz se mojara en la sangre del próximo agosto, pues que la tizona de la fe, eléctrica por adivinaciones, haríase más tarde, por clara metonimia, luminar de América. Manuela Cañizares había impulsado el avance y desde entonces se pertenece a las telas de la galería heroica el fulgor de su rostro magro.

Labrábanse, para esa época, símbolos nuevos en las piedras graves, sacrificadoras y sacrificadas, de los altares de la Inquisición y no buscaba la guillotina, como en los tiempos de la Francia sentimental y épica los cuellos matroniles, pero doña Manuela Cañizares estuvo condenada a muerte como otras mujeres de Quito que se pertenecieron al tiempo heroico y que agitaron, como ella, un deseo ya no contenido ni agotado en la entraña del denuedo: doña María Ontaneda y Larraín, la guardiana de don Carlos Montúfar, gracia morena del valle de Quito, espigada y esbelta, en cuyo corazón de realistas afirmaciones se alborotó en un día la promesa de la independenciam; doña Antonia Salinas; doña Rosa Zárate de Peña, fulminada en Tumaco, en compañía de su esposo, por el plomo de los soldados españoles. . .

Dama ilustre, la esposa del prócer don José Javier Ascáubi, doña Mariana Matheu, afamada por su inteligencia y por su penetración segura y vasta en los dominios del conocimiento.

* * *

Y por la misma galería que aclaran óleos nuevos como para sensibilizar las figuras, es de vibrante gracia la de Manuela Sáenz. Vive hasta 1860, casi hasta la calma septuagenaria, para ella no calmosa ni meditativa y si mas bien entristecida por los recuerdos y asesorada por la nostalgia. Para su perfil perenne tendría solamente con su apostura libertadora y en la biografía de Bolívar el ademán de su desafiante defensa en la noche bogotana de setiembre, daría para la página más nerviosa y patética. Alta, casi pomposa, morena, de un moreno dorado, como el del trigo en levadura de sabor, con luz que quema sin quemar en los ojos de tono oscuro, casi enlucrado, iris de luz expresiva, mirada dulce y franca, imán...

No en vano supieron atraer esos ojos, ya para siempre, al héroe del epitalamio frustrado, de la boda adolescente, del beso fugitivo de Teresa, de la fugaz luna y el azahar helado, del canto nupcial interrumpido por la nota elegiaca y el insistente redoble de la diana... No hablemos de la frialdad de Manuela para con su médico británico y si el nombre del Señor de Thormes pasa por esta página como en la marcha de un meteoro, tampoco diremos nada de la suerte que para los poetas quiteños, caso de haber existido en ellos la redonda alegría de los griegos, habría desarrollado la mujer huyente, ayer prometedora de felicidades y luego afinada en el desdén, armada de sonrisas y de áspides, como si jugase a que no se la pudiera alcanzar... Suerte de Arquílocos, de Semónides o de Teognis, buscándose la válvula para la descarga de su resentimiento, volcando en el ánfora de la elegía el licor epigramático....

Pero lo que se sabe de Manuela es el amor profundo para el caraqueño, amor que se cuidó de acendrar y florecer y aún cuando no se hubiera cuidado, estaba ya de súbito prendido e indesprendible, cuando en la fronda de su sensibilidad ardorosa hicieron el milagro de la llama los ojos penetrativos, chispeantes, hondos, metálicos, del Libertador. Cuando Manuela lo vió pasar, caballero en un biznieto de los corceles españoles que en la tarde de la Conquista sembraron el pánico del Centauro, vaciló su mirada, temblaron sus labios, ensanchósele el pecho en la prisión sedeña del corpiño y ya no supo, después de la lluvia de flores, sino de la misión de poder amar al que venía, ginete flaco y mínimo, pero de fortaleza de acero y engrandecido por la hazaña, en el paseo de los Andes. ..

Y ella le sigue y él la busca. No es esa la fiebre amortecida de Casacoima, sino romance viril en son de tregua para tal

carrera inapaciguada. Manuela Sáenz sobrevive treinta años a su Bolívar. La quieta playa paiteña brinda descanso a su extrañamiento y pausa a la recordación de su época de oro. Desde allí —pequeños cuidados de sus escasos bienes, ingenio nativo, ligeros reproches y esperanzas retoñadas— desgrana, lentamente, las palabras de su epistolario. Ya no es la carta de saeta que supiera festejar algunas de las horas de Bolívar... Su letra se ha ensanchado y en la memoria vespertina se debilita la precisión ortográfica. Ella sabe, como en la tradición hogareña de las quiteñas, fabricar dulces y galletas. Y a tal faena se dará en Paíta, mientras el avance del mar, pacificado allí como en ningún otro sitio de la Costa, llégase hacia su silencio con tenuidades de caracol que tuviera una más profunda sordina. No es quizá la tristeza sin límite de Santa Marta. Pero Manuela Sáenz piensa en su Quito quebradizo y acogedor. Está reumática y en la estela distante del océano, como en la cantinela de Lope, flota una vela desvelada. Ya no podrá volver. Bajo esa arena de sal han de pudrirse los ojos inmantados de la quiteña....

* * *

El Mariscal humilde encuentra en Quito calor de hogar. No han logrado atraerle las caraqueñas de dulzura grácil, ni la colombiana de insinuación amorosa y sólo en el litoral ecuatoriano el "filósofo armado" ensayará un esguince pronto, cuando casi le aprisionen los ojos de luz franca de Pepita, la elegante pareja de la contradanza. De certero modo el avance de la Marquesa llégase hacia el corazón del héroe cenceño y menudo, retostado por los soles de su decena de campañas. Doña Mariana Carcelén y Larrea es el invitatorio tranquilo, pues que no sólo él la elige y la merece, sino que como en el anticipo de un destino, el Marqués de Solanda se la concede con reclamos amables, hasta entregarla frente al altar, con la predilección de un mayorazgo. La Marquesa de Solanda entraña la belleza de las mujeres de Quito. Tiene los ojos negros y el pelo ondulante y oscuro que le cae por sobre los hombros, contrasta bien con el color blanco, perlado por el oriente de un brillar tenuísimo en las mejillas, del óvalo del rostro. Breve desposorio el del Mariscal de Ayacucho, cuyas cenizas estaban destinadas, empero, para el cofre pulido que nuevos artifices de la piedra, bordaran con el cincel renacido para que su lueñe soñar, que se nos antoja sin ocaso, hiciérase de nuevo tranquilo y perdurable, como fue su esperanza y su ánimo, al abrigo de la estancia que ofreciéndosele tan colmada de dicha,

no le dejó en cambio, por los azares de otra ruta escabrosa si bien extraña, que gozara de la casa elegida y otorgada. Con silbido ofidiano lléganle las balas de Berruecos para romperse en su pecho, paradigma de las lealtades. No se habría podido torcer el curso de su rectilínea voluntad y el ambicionado sin ambiciones hubo de reclinarse, vencido, en el cabezal umbroso de la selva. Sobre el pronto eclipse físico del Mariscal immaculado, cae el llanto de la viuda joven y asciende después en el apóstrofe de una carta, para evaporarse al cabo, sin olvido tampoco, pero con la fácil piedad de la existencia, en la tarde de su nuevo matrimonio. Cuando los restos del Mariscal, descubiertos, despertaron el homenaje de la ciudad a la cual siempre consagró como preferida, supose del culto de recuerdo de la Marquesa de Solanda, de la custodia de los restos mortales del que vino para detenerse frente a la que reinaba en la casa azuleada y era dueña de los miniados pergaminos....

* * *

Un fulgor de leyenda perfila la figura de Carmen Aguilar, quiteña de los días iniciales de la República, picada de curiosidad aventurera pero de continente sin quebranto. Carmen Aguilar se alista entre los viajeros del **Telica**, el primer barco construido en el Astillero de Guayaquil, para ensayar una ruta por la costa del Pacífico. Despléganse las velas y la nave resbala. En poco tiempo ha ganado el golfo y en la ola de Puná, no bien diferenciada todavía del alga dulce del Guayas, ya se alcanza la vastedad marina. Metrovich, el Capitán del barco, ha pasado de la insistencia de la mirada a la seduciente palabra. Por Carmen Aguilar se le ha despertado un amor naviero que se rompe como el alción y desorienta la brújula. Carmen Aguilar sonríe desdeñosamente. Metrovich enséñale la tierra distante, sólo una franja gris y en el cascarón del barquichuelo, le muestra el poder de su timón, sólo suyo... Carmen Aguilar le da en la risa de lobo con su ala de gaviota. El Capitán naviero conversa con la inmensidad, impotente de llevarse en el lecho del barco, a esa flor altiva de la serranía. Metrovich sobrenada, casi desafiante, como en el avance de los tiburones. Carmen Aguilar le llega con el harpón de su indiferencia. El naviero descende, como los buzos, hacia la floresta suplicante de los corales. La quiteña se perfecciona en su actitud de silencio y evasiva.

Y al fin, en un amanecer de peces voladores y de velas distendidas, Metrovich, desesperado, prende fuego a su **Telica** con

un reguero de pólvora, para ya no saber pedir. Es en la Costa del Perú, en Huarney, y hácese entonces, en epicismo romántico, esa terca fundición de la cual han de sonreír los años contemporáneos, pero que sería aprovechada por Blomberg, el cantor de las viajeras sin viaje y de los navieros sumergidos...

* * *

Un año antes del establecimiento de la República, nace en Quito Dolores Veintimilla de Galindo. Trae la vocación del canto y con ella el secreto de la inconformidad. Crece, además, en el ambiente propio del romanticismo y es, por la cronología y por la que diríamos, en paradoja comprobable, débil seguridad de su acento poético, la primera romántica en el tiempo. Se pertenece a una sociedad pulida y delicada en la cual valen tanto las galas del sentimiento, que no será de mal gusto la exacerbación que da en la queja. Dolores está predestinada para justificar su nombre y cuando su espera cristalina se crea en peligro de trizarse, ha de decir a los hombres su canto desnudo, de desesperación y de reproche. De niña suele abandonar sus confidencias a páginas leves de prosa poética que se parecen a las de un diario íntimo. No ha seguido el uniforme correr de los días y no hay, por eso, enlace temporal o coherencia de calendario en sus anotaciones. Pocas han quedado de ellas, salvándose en el folleto editado en 1908 por Celiano Monge. Elévase de la prosa simple la esbeltez de un recuerdo y la historia de una confianza amorosa que originó, sin acaso, su desencanto y su deseo sin regreso. Dolores Veintimilla no quiso, para entonces, pulir la estrofa, ni dar al alabastro de sus figuraciones los matices del arte. Escribía envíos ocasionales y cuando entregaba a su cuaderno la impresión que la tenía dominada, hacía lo más bien con el intento de conversar al amigo sin nombre y sin contornos, algo de su angustia que no quería desvanecerse en el análisis. Por eso la reclamaron las antologías. Por su grito verdaderamente lírico, historia de sí propia, por su confidencia angustiada, ni hecha siquiera, por sobriedad de casta, para doler a los otros.

Dolores Veintimilla de Galindo, víctima de la calumnia, ya no pudo más con su entraña sensibilísima, prevenida si se quiere y después del desahogo de unas estrofas nerviosas y melódicas y una carta de despedida a su madre, bebió del vaso de cianuro, con la ceguera de quien se supo para siempre mancillada y para nunca comprendida. Hay que leer, en el folleto al cual hemos aludido, el documento minucioso, tejido de salve-

dades y de escrúpulos, sembrado de las deducciones de los teólogos y los canonistas, piadoso siempre y suscrito por don Mariano Cueva, para resolver que se debía dar sepultura eclesiástica a la poetisa quiteña, pues que siempre profesó en el credo católico y "en el acto de darse muerte no obró con deliberación, sino sujeta a una enajenación mental."

Se ha pensado en que pudo quemar las hojas de sus versos, antes del 23 de mayo de 1857, fecha en la cual quiso alejarse con sus veintiseis años urgidos en la premura de una esperanza superior, roto el alcázar de la fe, desolada de la compañía. Hermosa mujer cuyos ojos, valientes para la inquietud de no detenerse, se abrían en una mirada descansadora y cuyos labios, de sonrisa plácida, no nos revelarían nada de sentirse o de creerse atediados y amargos.

* * *

Marieta de Veintimilla va por la ruta contraria de resoluciones y de avances. Cultísima, atrayente, después de triunfar en los salones con el raro concierto de la elegancia de su figura y de su palabra y con la belleza de sus ojos y de su inteligencia, descuella en el campo político, algo más, en el bélico, cuando se coloca a la cabeza de los soldados de Quito, para defender la dictadura de su tío el General Veintimilla, el cual se hallaba en Guayaquil. Combate como heroína y si vencida, nunca derrotada, por las calles de San Francisco se la mira pasar, el ala del vestido acribillada por las balas e inmune el pecho aguilino. Presa y desterrada a Lima, en la ciudad de los Virreyes, ensánchase el horizonte de su rica cultura y escribe allí sus **Páginas del Ecuador**, historia novelada del episodio del que fue protagonista, en una forma ágil, segura, pintoresca, nerviosa, real, como si por ellas se hubiese deslizado la pluma de un hombre que siendo novelador fuese también un artista de ingenio pronto y de memoria dúctil.

Su avanzar excepcional la hizo aparecer en 1904, veinte años después de sus **Páginas del Ecuador**, en la tribuna conferencial de la Sociedad Jurídico Literaria. Traía un centenar de cuartillas sobre Psicología moderna, paseo desenvuelto y agudo por los lares de los filósofos, desde la belleza circular de Platón hasta los experimentos médicos de Ribbot y de Charcot, exponiendo la teoría del inconsciente y penetrando, con delicado estilete, en las genialidades y en las anomalías, en un claro anticipo de lo que habían de llegar a ser las concepciones psicológicas de nuestra hora.

Cuéntase que un día la dama admirable que había llevado la ingeniosa elegancia hacia los salones del Rímac, después de cruzarse, con gentil voz de mando, por entre las escuadras de la fusilería y que con igual sentido de penetración y de finura solía leer a un ordenado grupo de filósofos o interpretar una difícil romanza, fue invadida, en momentáneo temblor, por la impresión supersticiosa. Dejando para luego su dosis de lectura, estaba junto al piano y aún cuando en otro tiempo se hubiese sentado a la mesa de los trece invitados, oponiéndose a que se apagara el tercero de los candelabros, una mariposa negra, con trémulo aletear en la frente, la dejó pensativa y casi triste. Era la tarde de la escritora y de la mujer bella cuya vida, antes de extinguirse, fructificó en los libros y en el pensamiento.

* * *

Nardo claustral, flor de heroísmo, ramo de gracia, inteligencia que no deja perder al alado designio de la sonrisa, difícil evocaros en el tiempo y en el espacio y menos figurar, con preciso valor, el lino de la toca, el círculo plegado del miriñaque, la opulencia contoneadora de la crinolina, el luto sedoso de la manta, con la cual, mujeres de Quito, sabiais ceñiros con tan singular como modesto continente, el rostro casi siempre de belleza morena, de un moreno mate, de aquel moreno que sugirió a uno de vuestros poetas la metáfora quiteña del "trigo tostado al sol"...

FE QUITENA

HIPATIA CARDENAS DE
BUSTAMANTE

Confiada y tranquila duerme tendida sobre alfombras de verde terciopelo la ciudad de Quito; velan su luz las estrellas, el viento la arrulla meciendo suavemente las cortinas de los bosques y la neblina la envuelve atenuando el fulgor de indiscretas lámparas. Silencio, silencio profundo hasta que lentas y tristes, como un hondo gemido, suenan las campanadas del **toque de almas**, el Ave María. Las tres y media y al son de ese gemido que repercuten las montañas en lamento interminable, se recogen las almas de los muertos que vagan inconformes por la ciudad que tanto amaron y, sombras entre sombras, como fantasmas, empieza el desfilar de los vivos que, temblándoles el cuerpo al beso helado de la brisa, caminan con el alma abrasada de ansias de deleites místicos.

Sobre soberbio atrio con señoriles gradas se levanta austero y majestuoso el templo más bello de los que soñar se puede. San Francisco abre las enormes puertas cargadas con el peso de los siglos y por ellas desaparecen como en profundo abismo los seres que llenos de fe persiguen el enigma del misterio. La semi obscuridad aumenta la inmensidad de las enormes naves; los cirios con su luz amarillenta dan palidez algo siniestra al oro de los muros. De rodillas centenares de hombres y mujeres tienen los ojos clavados en los altares en donde se renueva el más grande de los sacrificios; los ojos brillan con extraños fulgores. ¿Son ellos que iluminan los altares o son los cirios? Hay quien llora silenciosamente y hay quien sonríe en éxtasis divinos; hay rostros en que se pinta el horror de la muerte y otros en que canta la vida.



San Francisco, Chile - 11.

CANTO DE PIEDRA
(San Francisco)

Formando el friso de este templo de maravillas, se ve la imagen del Sol entre bandejas de exquisitas frutas, todo trabajo de artifices indios. ¿Quién sabe si ellos, con el alma atormentada por el dolor de su libertad perdida e inconformes con la religión impuesta, quisieron que su dios, a quien con el mayor secreto en lo recóndito de sus almas seguían adorando, estuviese junto a aquel Dios de los odiados blancos?

La Aurora rompe el encanto y el misterio y empieza a filtrarse coquetona por ventanas y rendijas y tras ella el sol que siempre la persigue inunda el templo de ardorosos rayos, convirtiéndole en ascuas de oro; se disipa el miedo, huye el terror a los tormentos infinitos y el alma, en este templo de grandeza suma, se expande en suprema alegría y perdona lo duro, lo áspero, lo amargo de la vida.

¡San Francisco, en donde mi alma de juventud tuvo ansias de otros mundos, Quito que guardarás mis despojos para mi dicha eterna, en el relicario de mi corazón grabada está con amor tu imagen adorable!

EL LENGUAJE QUITENO

ALFREDO PEREZ GUERRERO

¿Dialecto mejor? Quizá en sentido técnico y filológico. Idioma y lenguaje, se dice, es el sistema sonoro y escrito del hablar cuando adquiere un grado elevado de evolución y de difusión. Dialecto es una ramificación del lenguaje, brotado en su tronco, alimentado de su misma savia, pero con particularidades específicas que matizan el habla general en sus aspectos fonéticos, morfológicos y sintácticos. En otros términos, el idioma es la sistematización y ordenación rígida del habla: se la encierra dentro de libros y se la sujeta a las normas de la Gramática y del Diccionario, para formar así, en el tiempo mutable, un equilibrio semejante a las instituciones estatales o religiosas, y para que ese equilibrio sea garantía de duración y de conservación. El idioma viene a ser, por consiguiente, resultado del raciocinio y del afán humano por la estabilidad perdurable y estática. Mientras que el dialecto irrumpe continuamente en las fortalezas racionales, organizadas y sistemáticas para poner en movimiento de composición y descomposición, es decir de vida, los múltiples grupos de palabras y sonidos. El dialecto "inventa", crea nuevos sonidos, nuevos vocablos, nuevas significaciones, y a la vez pule o destruye fonemas y palabras. Podría decirse que el dialecto es el elemento vital y, como vital, anárquico y cambiante del lenguaje; no respeta ninguna norma gramatical ni académica y todo el esfuerzo de resistencia que los doctos y personas de buen hablar oponen al impulso dialectal es vencido y arrastrado como en un torrente. Hasta que los mismos eruditos se dejan llevar por esa energía y transigen en sus diccionarios y gramáticas con las conquistas y aportes hechos por el dialecto. Por esto no tiene razón el ceño fruncido ni la reprensión acerba del académico y del gramático ante nuevos sonidos que nacen y nuevas vo-

ces que se pronuncian. El horror a lo nuevo es un "pecado" contra la vida. Las formas que ésta adopta no son nunca definitivas sino sólo expresiones transitorias sujetas a una ley de crecimiento y de muerte. Y es un necio y absurdo sueño del pensamiento el querer petrificar las apariencias individuales o sociales de la vida y del espíritu, ya se trate de la Moral, ya del Estado, ya del Idioma.

Los idiomas son primeramente dialectos que luego se perfeccionan y organizan. Y después en el idioma formado, mientras tiene vida, sigue fluyendo el dialecto como elemento renovador rebelde a los encasillamientos gramaticales. El latín fué un pobre dialecto que la grandeza romana elevó a categoría de lengua del mundo. Y el castellano, el francés, el italiano, el portugués fueron simplemente dialectos del latín. El mal hablar de soldados y campesinos romanos establecidos en España, el sermo vulgaris, despreciado por la gente distinguida, fué el germen vivo y fecundo que fructificó en la tierra áspera y dura de Castilla, y dió al espíritu de los hombres la gracia y el tesoro de la lengua castellana, que la gloria y el valor de España la esparció por el mundo. Pero como el castellano es lengua viva, no ha detenido su corriente en las formas y marcos en que, desde los lejanos tiempos de Nebrija, se ha querido contenerla. Y sigue desbordándose de las gramáticas, academias y diccionarios, en profusión de dialectos, tupida floración y ramaje de su tronco milenario. Esos dialectos, pese a la paradoja, son la lengua en su esencia más íntima y profunda; son la lengua porque es la energía que dió movimiento, organización, leyes evolutivas al haz confuso y disperso del latín en España. La energía creadora del castellano hizo en un siglo una forma de hablar, y en otro, otra; pero todas, por diversas que fueran, pertenecían, como si dijéramos, a la misma sangre, y seguían el mismo impulso y camino de antaño. Las mudanzas lingüísticas y dialectales eran y son semejantes al variar de un ser vivo, animal o planta, idéntico a través del tiempo y también distinto de hora en hora y de día en día: lo que no cambia es su ley energética y vital; lo variable son las formas, el ropaje.

Lo interesante, lo que debe ser objeto primordial de estudio en lingüística viene a ser, pues, el dialecto; y sólo por el camino del dialecto podemos llegar al corazón mismo del idioma y a su conocimiento cabal.

* * *

¿Dialecto quiteño? ¿Lengua quiteña? Cualquiera de las dos cosas, según acabamos de ver. Y con pleno derecho: el de la prescripción extraordinaria de cuatrocientos años que ha cimentado el dominio de un grupo humano sobre un idioma.

Sabemos que hace cuatro siglos arribaron acá las primeras huestes castellanas, armadas de hierro, de ambición y de fe, y recorrieron con paso rudo y ojos de asombro la ciudad capital de los quitus y los incas, la ciudad del último rey Atahualpa sacrificado por Pizarro. Y mientras retumbaba aún el fragor de los mosquetes y el galopar de los tropeles, se trazaban las nuevas calles y se distribuían solares y terrenos para soldados y monjes; se levantaba acta de la fundación de la nueva ciudad de San Francisco de Quito y se buscaban armas y blasones para su escudo. Y en las casas toscas y en las rúas, hostiles aún al invasor y silenciosas, empezaron a vibrar las palabras españolas, las palabras del siglo de oro que dijieran o dirían los Granadas y Leones y ese taumaturgo máximo del espíritu y por lo tanto de la lengua castellana, Miguel de Cervantes Saavedra. Se oirían las frases rebuscadas y cortesanas, y el habla correría majestuosa y litúrgica, con sabor de novedad en esta tierra desgarrada y soberbia. Serían frecuentes "vuesa merced" y "vuestra señoría", el "vos" elegante y el discurso pomposo y cumplido. En los primeros templos, fieles plenos de fe y devoción escucharían los primeros sermones y pláticas religiosas. Y oidores y regidores arreglarían en castellano la conservación y el progreso de la urbe niña.

El español se enfrentó desde el primer momento, para luchar y asimilarse luego (toda lucha se traduce en abrazo, estos en fusión, en concordia), con las lenguas aborígenes, de las que tomó sonidos, voces, matices. Había que nombrar, que bautizar, para que ingresaran a esa institución religiosa y mística que es todo idioma, plantas, animales, costumbres, sistemas ignorados por el conquistador, a fin de que todo ello perteneciera a la grey y hermandad castellana, y pudieran ser objeto del pensamiento y de la emoción de los hombres de aquí. Porque las cosas, mientras no reciben nombre son hostiles y enemigas y se encuentran, puede decirse, fuera del espíritu y de la racionalidad humanos, en la niebla del misterio y del espanto. Así vinieron tumultuosamente los nombres de las cosas

nuevas a aumentar el caudal castizo y a modificar las ideas y sentimientos de los hombres de España que, poco a poco, de generación en generación, irían cambiando, amoldando su organismo y su mente al ambiente de Quito y a las nuevas formas de acción, de costumbre y de vida que imponía ese ambiente físico y psicológico.

Y duró tres siglos lo que en los textos de historia patria se llama la "dominación española"; tres siglos en los que el tiempo parece formar un remanso inmóvil y tranquilo; pero que, en realidad, son la crisálida en que se teñían las alas del espíritu quiteño, de este espíritu ligero y profundo y tenaz, que auna la gracia superficial con la mordacidad penetrante, que sabe poner el suave antifaz de una sonrisa a sus pesares y que es apto para los heroísmos del trabajo, del arte y del valor. En la "oscuridad" colonial, pintores, escultores, arquitectos tallaban y bordaban la piedra de los templos y los ornaban con cuadros maravillosos. Y a pesar de terremotos, pestes, impuestos, el pueblo quiteño se levantaba con mayor brío de sus infortunios para trabajar, para reír y para comentar en las plazas soleadas, junto a las fuentes cantarinas, los sucesos de la ciudad y de España: la muerte de un rey, las querellas entre la Audiencia y una comunidad religiosa, deslices sacerdotales y femeninos, procesiones, fiestas, el último sermón. O bien se detenía frente a un libelo adherido a una pared en que se hablaba mal de las autoridades, y cuyo presunto autor, Eugenio de Santa Cruz y Espejo, entre la multitud, se sorprendía o fingía sorprenderse como los demás.

Así, de esta guisa como antes se decía, el oro castellano se cambiaba de espíritu a espíritu; se cambiaba e iba gastándose insensiblemente, e insensiblemente también era fundido y modelado en los troqueles del alma quiteña: penetraba en ella, recibía su influjo y cobraba mayor fuerza y duración.

Han venido cien años más: la Independencia, la Libertad, la Democracia, eso que rompió el lazo político entre España y América, para que las naciones de aquende crecieran solas y libres, dueñas de su porvenir y responsables de su destino. Cien años de constante afanar, de luchas intestinas, de ideales truncos, de libertad romántica... Entonces a los sermones dominicales, a las plegarias devotas, al comento colonial, uniéronse los discursos demagógicos y las invectivas políticas,

las acervas y apasionadas, sobre actuaciones de Presidentes y Congresos. Pero todo esto quizá sólo superficialmente: en verdad estaba ya formada la idiosincracia quiteña en el suave y tranquilo molde colonial.

* * *

Una lengua cuatrocientos años hablada, necesariamente había de cambiar y adquirir alguna substancia propia, extraída de los jugos vitales de la tierra, del ambiente y del espíritu de los que se sirvieron de ella. Porque el lenguaje —se ha dicho— es al pensamiento lo que la mano al cuerpo: su instrumento, su medio de construcción y de progreso. Y así como la mano ha ido evolucionando desde el antropopiteco y el habitante de las cavernas hasta ahora, para ser cada vez más útil y más obediente a los requerimientos de la acción; de igual manera el lenguaje, inarticulada explosión de ruidos y de gritos —representativo del mandato o la emoción únicamente en su comienzo— lentamente fué infiltrándose de espíritu, es decir convirtiéndose en símbolo de ideas, y adquiriendo así, por ser símbolo, el carácter sagrado y solemne que ciertos pueblos han conferido a muchas voces y frases. Cada vez el idioma fué mejor mano del pensamiento, obediente a él, y a la vez, sin embargo, autónomo de él, con sus sistemas de crecimiento y duración que los fonólogos y filólogos se han empeñado en esclarecer y determinar. El castellano de Quito debe estar, pues, penetrado en cierto modo del espíritu de este pueblo que lo ha usado durante tantos siglos y que ha vertido en él sus anhelos, sus dolores, su alegría y su cólera. Se ha apropiado del castellano y ya no es sólo lengua usada por un conjunto de hombres, sino lengua suya, aunque en general se trate del mismo idioma hablado en España y en otros pueblos de América. Así mismo son de las generaciones de hoy estas tierras que fueron hostiles y extrañas para los conquistadores.

* * *

Hay una lengua quiteña y habría que estudiarla. Estudio harto difícil por aquello que ya hemos dicho de que toda lengua es un símbolo correspondiente del espíritu. Sería menester adentrarse en este pueblo de Quito sucesor y legatario de cuatro siglos. Estudiar todas las causas que han influido durante todo ese tiempo en su formación. Seguirlo en su variar

histórico, en sus costumbres, en su religiosidad y misticismo. Estudiar los varios factores —el político, el educacional, el social, el eclesiástico— que han hecho que sea como es. Comprendiendo el espíritu quiteño comprenderíamos fácilmente su lenguaje y la esencia de éste, no tal vez científica y técnicamente, sino poéticamente en las reconditeces de que parten sus raíces y de las que toma su savia.

Después sería menester para exponer ese conocimiento íntimo y poético de la lengua quiteña, recurrir a los casilleros gramaticales y filológicos. Apeláramos a la clasificación de Fonética, Morfología, Sintaxis y Ortografía, para ver en cada una de esas ramificaciones las modalidades típicas del hablar y del escribir de nuestro pueblo. Y aquí es menester aclarar que no tratamos del hablar y del escribir de la gente "culto", que se sujeta a las normas académicas y cuyo lenguaje es, por ello, uniforme y apenas se distingue del hablar y escribir en España supongamos. Nos referimos al lenguaje del pueblo que habla según oye, siguiendo el instinto y el tono fundamental del idioma, y que inconscientemente va cambiando el sistema lingüístico en sus varios aspectos. Estas formas de hablar deberían ser la materia de las investigaciones y estudios desde los puntos de vista que ya hemos anotado. Ello, naturalmente, requeriría una monografía extensa y detallada, que no un artículo corto como tiene que ser el presente, en el que el autor pretende meramente trazar un esbozo del problema y de sus facetas interesantes.

* * *

La pauta o base de tal estudio debe ser el castellano culto u oficial para que sirva como punto de referencia respecto de las variaciones sufridas por la lengua local, quiteña. Variaciones de diversa índole que no son exclusivas de nuestro pueblo: se dan también en otros de América y España; y hay que tener sumo tiento en la calificación de quiteñismo o ecuatorianismo dado por los tratadistas a muchas voces o giros. Pues, maneras de hablar calificadas como propias y exclusivas de alguna región, con mejor estudio aparecen ser modismos españoles o de otras comarcas americanas. Ello proviene de que las leyes fonéticas y morfológicas del idioma en general y del español especialmente, siguen obrando uniformemente sobre el material sonoro y lexicográfico. Naturalmente que si hay vo-

ces y giros propios de un lugar; pero, repito, el lingüista debe poner sumo esmero en clasificarlos. Por nuestra parte, si hemos calificado de quiteño al castellano hablado en Quito ha sido, lo repetimos, más por la apropiación que nuestro pueblo ha hecho de ese idioma, haciéndolo forma y sendero de su espíritu, que por la cantidad de variaciones fonéticas o morfológicas que el quiteño haya introducido al español. Esas variaciones de matiz no modifican la substantividad del castellano como idioma; ni es de desear que influyan porque un idioma tiene tanto más valor práctico cuanto mayor es su difusión y cuanto más sirve, como instrumento espiritual, para la formación de la comunidad de conciencia y de aspiraciones de los pueblos que lo hablan.

Las formas dialectales de América tienen diversas fuentes y faces: ya se trata de un estancamiento del idioma —voces, giros, fonemas arcaicos usados por los Españoles de la Colonia, desaparecidos ya en España y que sobreviven aquí—; o bien de cambios uniformemente realizados en todos los países americanos; o de fonemas o palabras surgidos autónomamente en una región determinada.

Apuntemos brevemente algunas observaciones respecto al lenguaje quiteño en lo que se refiere a la fonética del mismo.

F O N E T I C A

Un plan de fonética dialectal quiteña debería comprender estos detalles o capítulos: los fonemas dialectales en general; el acento; los diptongos; el influjo de fonemas o sistemas fónicos entre sí.

Los fonemas.—Los fonemas castellanos son veinticuatro: cinco vocales y diez y nueve consonantes, incluyendo la z. En Quito y generalmente en América ha desaparecido el fonema "z" que los españoles pronuncian actualmente "ds" reزار redsar, igualmente que la "c" en posición dental, ficción ficdsión. Esos sonidos entre nosotros se articulan como la "s", así: reزار, es resar, ficción es ficción.

La "h" que existe como letra, mas no como fonema en lenguaje castizo, puesto que es muda, recibe entre nosotros,

en ciertos casos, bien una aspiración semejante o igual a la "j", bien una guturalización idéntica a la "g". Veamos algunos casos: halar es jalar en general; hondo es jondo; holgorio, jolgorio que, además consta como voz castiza familiar: ahorrar, enmohecer son ajorrar, mojóciar. Estos fenómenos pueden explicarse ya por permanencia arcaica puesto que hacen siglos la "h" era aspirada; ya también por un procedimiento frecuente en fonética popular que consiste en facilitar mediante la interposición de un sonido la pronunciación de otros que unidos son difíciles: tal ocurre con ahorrar y sobre ello insisteremos más adelante. La "h" tiende a hacerse "g" cuando va antes de los diptongos "ue" "ui" porque la "u" es ya gutural y tiende en fonética vulgar a buscar un apoyo para pronunciarse más fácilmente: gueco se dice con menor esfuerzo que hueco, porque la u y la g son ambas guturales, sin perjuicio de la cualidad vocal de la u, y el diptongo ue se pronuncia fácilmente apoyándose en la g. Otros ejemplos: huella, huérfano, huerta, hueso, huída son guella, guérfano, guerta, grueso, guida, en que hay que notar también la formación del diptongo ui que castizamente no existe en huída.

La "ll", letra castellana ignorada por el latín, resulta gráficamente de la agrupación de dos l l, antes pronunciadas individualmente. La pronunciación castiza es difícil, requiere una vibración prolongada de la lengua contra el paladar y, además, no tiene la autonomía de sonido suficiente para que no se confunda con la "y" que también es paladial. Por este motivo en muchas regiones, especialmente en la Costa, el cambio de la ll en y es general: la llama es la yama, chiquillo, chiquiyo, etc. En la Sierra, y en Quito por consiguiente, el pueblo ha tratado de dar independencia al sonido, divorciándolo de los otros similares: es este otro procedimiento dialectal que en técnica fonética recibe el nombre de ley de diferenciación, es decir tendencia a distinguir por el sonido o por la forma lo que es semejante, y por serlo ocasiona confusiones. La ll castiza pasa a ser entre nosotros una dental arrastrada, cuyo sonido tiene algo de la "s" y bastante de la "ch" semejante a la "j" francesa en jambe, jour, etc. Llama, halla, son schama, hascha. Vicio es éste no sólo de la gente inculta, sino casi general en personas ilustradas. Entre unas y otras no hay sino una diferencia de grado en la fuerza de pronunciación de la letra.

También hay especiales observaciones que hacer en cuanto a la "r" y a la "rr". Ambas son consonantes paladiales. Se

diferencian en que la segunda requiere una más intensa y prolongada vibración. Ambas, además, son consonantes líquidas y sonoras, es decir que la lengua no se separa completamente del paladar y dejan escapar el aire rápidamente, requiriendo al ser emitidas una vibración previa de las cuerdas vocales. Tales son los caracteres castizos de la fonética de estas dos letras. Cabe añadir, también, en cuanto a la "r" que su pronunciación es diferente según el lugar que en el vocablo ocupe y según la letra con la que se junta. El fonetismo de la r en rosa es diverso de en para y en caer o traer: la r de rosa fonéticamente equivale a la rr, lo que no ocurre con para o caer. El defecto quiteño, y no sólo quiteño, es el de arrastrar la "r" y mayormente la "rr" en ciertos casos. Ocurre un fenómeno semejante en su origen o causa al defecto de pronunciación de la "ll": ambas requieren una vibración cuidadosa, "educada" del órgano del lenguaje; y el hablar vulgar o popular tiende a suprimir en lo posible dificultades variando la articulación de las letras. En la pronunciación de Quito, la "r" deja de ser paladial y pasa a ser dental y fricativa; y de sonora que era se convierte en sorda: es la "rr" española pero mucho más arrastrada y especialmente opaca o sorda según acabamos de decir. Este cambio no ocurre en todo caso. Es general en posición inicial: rosa, río, rama, son rrosa, rrió, rrama. Igualmente con el grupo "tr", así: traer, trozo, trino, trueno, son trraer, trrozo, trrino, trrueno. Y cuando la "r" precede a las consonantes "d" "t" "s" "q", por ejemplo: ardo, mirlo, corso, caerse, tuerto, son arrdo, mirrlo, corrsro, caerrse, tuerrto. Y por último en posición final: ver, buscar, ir, son verr, buscarr, irr. Repito que estos fenómenos se deben a la mayor facilidad de pronunciación, a la ley del menor esfuerzo o de inercia lingüística. El cambio no se produce por ejemplo en las palabras arma, arco, árbol porque la articulación de la "r" y las de la "m" "c" "b" que siguen, son distintas, en diversos lugares del aparato fónico: la "r" se articula en el paladar, la "m" y la "b" en los labios, la "c" es gutural, y así el cambio de la "r" castiza en nuestra "rr" resulta inútil porque, aun hecho, no tendría efecto la ley del menor esfuerzo; quizá habría mayor esfuerzo porque éste sería sin duda más intenso para decir arrco o arrma o árrbol, en vez de arma o arco o árbol. Mientras que en "cierto" la posición de la lengua va del paladar a los dientes en la articulación "rt"; y en el habla popular la "r" y la "t" son dentales y se pasa de la una a la otra por una muy pequeña variación lingual; además los dientes permanecen unidos en ambas ar-

articulaciones, lo que no ocurre en la articulación castiza, en la cual para pronunciar la "r" es menester separarlos para que tal fonema tenga sonoridad.

Aunque científicamente queda explicado el cambio de este fonema, sería de desear que se corrija en lo posible el defecto, y sobre todo que no se lo exagere.

La "s" y la "c" con el sonido de "s" sufren una alteración especial cuando forman sílaba con los diptongos "ia" "ie" "io", y particularmente con este último en voces que finalizan en "sión" o "ción". Pierden la "c" y la "s" la pronunciación culta de América y adquieren una semejante o igual a la "ch" francesa en *chien*, *chambre*. Lección, división pronunciamos *lecchi*ón, *divichi*ón; *ciego*, *caricia*, *siempre*, son *chiego*, *caricha*, *ch(i)empre*. Este defecto no es frecuente sino entre la gente demasiado ignorante e inculta; y puede explicarse por la ley del menor esfuerzo o de inercia lingüística, puesto que en la articulación vulgar realmente se prescinde de la "i" y queda esta letra absorbida en el fonema "ch"; mientras que en la pronunciación correcta es menester articular el diptongo completo efectuando dos articulaciones vocales distintas. La alteración que estudiamos y la de la "ll" son las que más afean, si puede decirse, el fonetismo quiteño.

El acento.—El acento da la primacía y jefatura a una sílaba entre un grupo de fonemas. De allí que la regla general sea la de conservación del acento en todo el decurso evolutivo: las demás sílabas se deforman, se cambian, desaparecen, pero la que lleva el acento perdura inalterable. Hay no obstante excepciones: la que deriva de la tendencia a formar diptongos la veremos en seguida; las demás se originan en varias causas. Veamos algunos casos en nuestro lenguaje. En los imperativos desplazamos el lugar del acento trasladándolo de la raíz verbal a la terminación, fenómeno éste que no tiene novedad, porque en la época primitiva del castellano eran frecuentes y usuales dicciones como éstas: *andá*, *sali*, *cogé* en vez de *ánda*, *sál*, *cóge*. Igual cosa ocurre cuando hay enclíticos: *andáte*, *decíle*, *explicáme*. Y cuando el enclítico es de primera o tercera persona —en el tratamiento usted— el acento se traslada hasta la última sílaba, la del enclítico: *vayansé*, *diganós*, *traiganmé*. Seguramente, a más del motivo de permanencia arcaica de estas formas, puede también invocarse la razón de que

el traslado del acento entera, redondea mejor el mandato y pone mayor énfasis en éste.

Cambio del acento por motivos de cultismo también existen: *intérvalo*, *díploma*, *périto*. Parece que las voces esdrújulas son más elegantes o demuestran mayor cultura.

El diptongo.—Como un caso o consecuencia de la ley del menor esfuerzo hay la tendencia castellana a la formación del diptongo. Ya en las transformaciones de las voces latinas que pasan a formar el caudal castellano, son numerosos y forma regla los casos de variación del acento latino cuando por ese medio puede verificarse la diptongación. Esta tendencia sigue en vigor y se traduce no solamente en cambios de acento sino, además, en cambio de una vocal en otra que se presta mejor al diptongo. Así, si hay dos vocales fuertes o se suprime la una o se cambia la menos fuerte en otra más adaptable para la fusión silábica. En vez de *leer*, *alinearse*, *ahorcar*, *almohada* decimos *ler*, *aliniarse*, *horcar*, *almuada* y aún *almada*, disminuyendo en todos estos casos una sílaba mediante la supresión de una vocal o la formación del diptongo que en el habla corriente no existe. En *léido*, *páis*, *egóismo* que castizamente son *leído*, *país*, *egoísmo*, sin diptongo, se traslada el acento a la primera vocal, la más fuerte a fin de formarlo. Todos estos fenómenos, lo repetimos, se enmarcan en la ley fundamental del menor esfuerzo, de la mayor facilidad de pronunciación.

El pueblo tiende igualmente a conservar el diptongo en casos en que no debe producirse según las normas de fonética histórica española. Así dice, *fuerzudo*, *puertazo*, *dientón* por *forzudo*, *portazo*, *dentón*. Esto obedece al motivo psicológico de pretender conservar la integridad y claridad del radical o primitivo: fuerza, puerta, diente.

Hay que anotar también que cuando hay dos vocales unidas que no forman diptongo y no se ha recurrido a los principios de variación enumerados, la pronunciación popular se facilita mediante la interposición de una consonante. Así se dice: *mayestro*, *veya*, *leya*, *correya* en vez de *maestro*, *vea*, *lea*, *correa*. Para la explicación de este fenómeno hay también razones históricas de evolución, pues las consonantes interiores "g" o "j" se transformaron en "y" como se ve en *maju*, *rege*, que dieron *mayo*, *rey*.

Influjo de fonemas entre sí.—Cuando hay dos consonantes dobles, se suprime la una: lección, dirección por lección, dirección. Si son agrupadas la una desaparece: mostroso, por monstruoso. Si la pronunciación del grupo es difícil, o se suprime una como queda dicho, o se cambia por una vocal u otra consonante: docto, cápsula, absoluto, son en lenguaje vulgar dogto, cáusula, ausoluto.

Las consonantes "l" "r" por el singenismo de su pronunciación tienden a trocarse una en otra: espelma por esperma, arfil por alfil. Todos estos fenómenos son meramente la continuidad en el obrar de las leyes históricas de formación del castellano. La estrechez de este ensayo nos impide demostrarlo ampliamente.

Los casos de asimilación, disimilación, metátesis y epéntesis son frecuentísimos. Indiquemos algunos:

Asimilación: calunia, dotrina, coluna, inorancia, etc.

Disimilación: alfiler, cáir, tráir, biata, pior, etc.

Metátesis: pusilámine, longaminidad, naide, cabresto, etc.

Epéntesis: correyo, aereo-plano, inciensio, aujuero, etc.

Termino este ensayo deplorando que él no corresponda a la importancia e interés del tema tratado. Es sólo un esbozo que personas con mayores conocimientos y observaciones deben perfeccionar y completar.

Quito, diciembre de 1934.

QUITO, LA ESPOSA DEL SOL

RODRIGO JACOME

En la cima de las colinas encendieron las hogueras y resonaron los gongs alarmados; la noche glacial y silenciosa se turbó de pronto con gritos inarticulados cuyo eco se extendía de una cordillera a otra. Un clamor humano vasto y confuso se elevó al firmamento y a poco surgieron aquí y allá, como ojos brillantes de la oscuridad, luces movibles que emprendieron la marcha, desde todas las lejanías, hacia el monte sagrado. El inmenso haz de hachones cubrió el horizonte y se quedó quieto, como un rayo prisionero en la lobreguez universal. El silencio cayó de nuevo sobre todos los confines y sólo en Panecillo se concentró el rumor de la vida, bajo su símbolo de fuego.

Después de poco se escucharon las armonías acompasadas y rústicas de muchas flautas de carrizo, acompañadas del golpeteo ronco y monótono de otros tantos bombos; las llamas, dentro del gran haz de llamas, empezaron a dar saltos al ritmo de la extraña música melancólica y excitante. Así transcurrió la noche y vino la claridad azulina del crepúsculo: la gasa de niebla sorprendida como una virgen noctámbula y desnuda por el ojo rapaz del Padre Sol, corría presurosa a esconderse tras el biombo azul, dejando a su paso descubiertos a sus amantes hieráticos y cínicos; viejos panzudos de cabellos blancos, o pequeños faunos de cabeza enmarañada y oscura.

Las hogueras y las teas palidieron, consumidas poco a poco; de sus residuos hacinados se elevaba un manto de humo negruzco que la brisa disolvía; mientras retornaba triunfal el dios de la vida luminoso y alegre.

Ante los ojos de la muchedumbre congregada en la danza ritual se despojó, como nunca hasta entonces, el alma del paisaje: los valles rociados de un verde agresivo y brillante como una piedra preciosa; más allá los capiteles irisados y lúcidos de un azul denso; más allá los capiteles irisados y misteriosos sosteniendo, ingrávidos, la bóveda infinita. Más cerca y al pie de la colina, rodeado de otras, el poblado pintoresco y apacible. Chozas dispersas por las breñas, hundidas en los barrancos o incrustadas en los riscos; la chacra en torno, donde el sudor del indio cuaja las mazorcas y se transmuta en licor de bejucos; la chorrera blanca y cristalina como un hilo en la roca; el calor del hogar dentro de las cabañas, el sendero zigzagueante que conduce al abrevadero, la llama doméstica que da lana y presta su lomo ágil para llevar el cántaro, la intimidad tribal que hace taitas a todos los viejos, mamas a todas las ancianas, y hermanos a todos los jóvenes, la paz del trabajo que sustenta la vida y asegura para todos la libertad, surgieron de improviso como una revelación en la conciencia de esa multitud silvestre.

¿Qué había sucedido, qué fuerza desconocida convertía en emoción el hecho hasta entonces no percibido de un nexo tan hondo y tan fuerte que ataba a los seres con la naturaleza? ¿Por qué ese amanecer, idéntico a los demás amaneceres, sugería un sentimiento nuevo en aquella gente? ¿Por qué ese clamor hacía brotar del fondo inexplorado del grupo un concepto y un amor?

Es que el universo se ampliaba; más allá de esos valles y esas colinas, más allá de los volcanes y más allá del vacío había otros mundos no intuídos, otros hombres, otros animales, que saltaban en tierra emergiendo del mar...

* * *

El Sol, Rey y Padre del Indio, bello como un Dios paseaba también aquí, como en Egipto, en su carro de oro; cotidianamente mostraba su faz sonriente e infundía vida al suelo, a las plantas y a los hombres. Desde su órbita celeste miraba complacido a sus hijos, despertándolos temprano para sacudir sus miembros robustos y ateridos. El vigilaba con ojos penetrantes el orden de su imperio; su calor y su luz eran un manto paternal y solícito. Tras la jornada el Buen Sol iba a descansar en el Palacio remoto e inaccesible del Pichincha, cerro sagrado ya entonces; envuelto en nubes, entornaba los ojos luminosos mientras el indio se quedase dormido en la cho-

za; después, apagando su fuego, el Padre y Rey, al resplandor de su pálido farol nocturnal, volvía a recorrer los valles, las colinas, los poblados y las chacras, dejándose sorprender por la madrugada en las cumbres orientales. Había cuidado las sementeras, las había regado con abundante rocío, había abierto las flores, había asistido al parto de las llamas y variado el curso de los torrentes. Padre, Rey y Dios, velaba por los indios cuando éstos, rendidos, dormían en las chozas. Por eso le adoraban, por eso le ofrendaban lo mejor de las mieses; por eso eran suyas las vírgenes de regazo ardiente; por eso le dejaban entrar al través de los resquicios hasta la intimidad de los lechos.

El Sol era propio del Indio, como un miembro de la gran familia; a nadie le negó su auxilio y su favor; el universo estaba encerrado en la gran nave cercada de volcanes, y todo era paz, todo hermandad, placidez y abundancia.

El Shyri y el Inca, el sacerdote y el jefe eran hijos, como los otros, del Sol, aunque en las fiestas y en las correrías los dirigiesen. Eran indios hermanos de los indios: sus chozas iguales a todas las chozas, sus chacras idénticas a todas las chacras, sus rostros y su cuerpo tostados por el sol y el viento de la serranía, sus manos y pies encallecidos por la labranza y el pedrizco de los chaquiñanes. Taita shyri, cacique bondadoso, no vivió nunca del sudor ajeno ni le envanecieron jamás las plumas pintorescas que lucía en las liturgias. El mandaba su agrado, su maíz y su chicha, para las fiestas tribales, acudía a las cabañas fraternas y danzaba alegremente hasta quedarse dormido de cansancio a la sombra de los matorrales. Por eso le amaban los indios como a todos los indios y le obedecían porque organizaba y dirigía el bien común, trabajando con sus hermanos y dándoles ejemplo de labor y frugalidad.

En este reino apacible el hombre no era lobo para el hombre; el alma era sencilla y clara como el aire puro y los arroyos transparentes. Los valles y los montes salpicados de chozas, vivían envueltos en un gran silencio, turbado apenas de cuando en cuando por el eco repetido de una voz que transmitía de una colina a otra un mensaje, una advertencia o una orden.

El Indio señoreaba, sin saberlo, sobre la tierra y bajo el Sol, libre como los gorriones y feliz como ellos.

En la choza la mujer hilaba la lana tosca y mantenía el fuego humeante del hogar; los pequeños longuitos jugaban a la intemperie con la tierra, confundiéndose con ella. Y en

las sombreadas veredas o en el fondo de los barrancos, la juventud tejía el idilio silvestre del amor fecundo y bueno sobre el tálamo fresco y sedoso de la hierba.

Hasta que sonaron los gongs en los cerros y las hogueras iluminaron la lobreguez con destellos de sangre. Hasta aquella noche en que un clamor de angustia rompió la tranquila quietud de valles y colinas y en que la naturaleza pareció de pronto conmoverse: hasta ese amanecer que reveló al Indio la secreta comunión de su ser con el panorama de su Tierra.

Había llegado la voz anunciadora del milagro insólito: hombres extraños flotaron de improviso en el mar, y hollaron con su planta el apacible Reino aborigen.

* * *

¿Serán dioses o espíritus malos encarnados en esos cuerpos enjutos, de rostro blanco y barbado, que montaban en cuadrúpedos desconocidos? Sus corazas y sus cazcos, sus lanzas y sus arcabuces reflejaban el sol y a lo lejos parecía que marchaba una constelación de soles. El Indio sintió la timidez de una liebre, emprendió varias veces la fuga, pero aquellos seres enormes lo alcanzaron. Curiosidad y temor a un tiempo. Hablaban un lenguaje extraño, ininteligible. Pero el Indio comprendió que esos dioses tendrían hambre, sentirían cansancio y frío, y los condujo a sus poblados. Se asombró cuando los gigantes bajaron de sus sillas, cuando a poco vió llegar otros trayendo cosas exóticas, animales nunca sospechados, instrumentos misteriosos. Los albergó en las chozas e hizo fiestas en su honor, esas fiestas sencillas y estridentes, a las que añadió su voz metálica el clarín europeo.

Pero cayeron los velos infantiles que daban aspecto de divinidad a los recién venidos. Despojados de sus petos brillantes mostraron los harapos de su ropa; y se lanzaron famélicos a desolar las chacras, rijosos a violentar las hembras, burlones a profanar los símbolos. Ebrios de chicha y superioridad maltrataron al Indio ingenuo, echándole de su cabaña a morder el dolor del despojo total: el hogar, la mujer, el maíz y la libertad. La muerte, dada con esos aparatos ruidosos e infernales, con las lanzas agudas o con las patas de los caballos respondía a la queja, a la protesta o al abrazo supremo del amor que no entregaba la india a los impulsos del extranjero.

Eran entonces hombres de entraña mala los que al principio fueron recibidos como dioses. El mundo de donde venían no era el apacible reino del Padre Sol, pero éste acaso

estaba enojado y enviaba sus ejércitos a castigar al Indio. Clamó perdón, sacrificó las vírgenes, inundó el firmamento con ayes desgarradores. Pero el Sol lo había abandonado. Luchó desesperadamente, y fue vencido; el paisaje perdió sus fulgores de alegría; del poblado huyó la dicha sustituida por la esclavitud y la chacra, comunión del Indio con la vida y la Naturaleza, pedazo de su ser, querido y cultivado con amor, se trocó en trabajo doloroso, en sudor amargo, en tierra odiada. El Sol, padre ingrato, no volvió nunca a calentar los miembros ateridos, ni a rociar por la noche los campos para que el Indio cante a la vida: desde aquella traición el indio no alza los ojos, pues le parece que aquel Rey y Dios que pasea en el cielo se burla de su tristeza.

Murió el alma aborígen, aunque los cuerpos de bronce, opacos como el plumaje del colibrí prisionero, ambulen con paso tardo e indiferente por esta tierra que de pronto se hizo extraña y hostil. Y las muchedumbres perseguidas por su sino maldito fueron a refugiarse en los riscos helados de sus páramos, como quien busca a los únicos amigos fieles, que son la soledad y el dolor. Hasta allá no llega el calor de ese Sol, padre que repudió a sus hijos para entregar sus rayos al intruso, para vivificar sus sembríos, para dar brillo y matiz a sus palacios, para presidir sus fiestas y para endurecer el trabajo del esclavo.

La conquista fué el despojo y el Indio no volvió a sonreír. Traicionado por su divinidad, profanado su templo cósmico, quedó petrificado su espíritu y lleno solamente de fantasmas inasibles. Naturalista por excelencia, el aliento metafísico de la imagen cristiana, judía y occidental, no tuvo trascendencia. Se quedó también sin Dios: desamparado y huérfano.

* * *

El otro mundo, el ni siquiera presentido de donde vinieron aquellos hombres blancos y barbudos, empezó a reproducirse bajo el palio ecuatorial. A las chozas incrustadas en los barrancos, bajo las colinas sagradas, y a las chacras polícromas reemplazaron de improviso las casas alineadas y juntas; en donde estaba el cobertizo rústico del cacique se elevó un edificio de piedra y por todos lados surgieron pórticos y cúpulas. En los valles el paisaje no tuvo menos cambio: las parcelas y los pastos apiñados, que daban el sustento al aborígen; el campo, dividido en pequeños rombos separados por setos vivos, cada cual con su cabaña; ese hálito fecundo de

labor amorosa que bordaba la tierra, la tierra del Indio, la tierra generosa que alimentaba a todos, fueron borrados para dar sitio al panorama solitario y yermo, egoísta y avaro del señorío feudal. El suelo magnánimo se cambió en áspero y duro. En torno a la casa del amo pacían los ganados o mostraba su faz tersa la sementera encerrada por cercas o fosos contra el hombre desposeído y ávido de una mazorca o una espiga. Lo demás, la superficie vasta que el señor no necesitaba sembrar pues no había quién comprase las mieses, ahí estaba en abandono, añorando las chacras que la fecundaban y la caricia cotidiana del esfuerzo humano, mientras en la ciudad crecía una copiosa muchedumbre sumida en la pobreza, mientras el Indio se refugiaba entre las nieblas de la cordillera inhóspita a rumiar sus desdichas.

Del vientre indígena violentado, del de las siervas sometidas al servicio del conquistador, fluyó la nueva raza; laboriosa como su madre, desposeída como ella, condenada a amontonarse en las ciudades porque su media sangre blanca rechazó la esclavitud en gesto quijotesco, se hizo el nervio del nuevo mundo, aborigen y occidental. Captó la metafísica cristiana, pero la enriqueció con una reminiscencia naturalista; labró en la piedra y en la madera encajes primorosos, entregó sin tasa sus privaciones y sus desnudeces para que se elevaran los templos, magníficos y eternos, por sobre la humildad de las viviendas. Recamó de oro los santuarios, para que tuvieran fulgores de Sol, cubrió los cristos desnudos con paños de brillantes y al cordero pascual lo recostó siempre en un Sol.

Paciente y sobria la nueva raza creó su arte peregrino, su cultura típica, mezcla de superstición y de fe, de melancolía y esperanza, de ardor y frigidéz. El orgullo caballeresco castellano, la gracia aguda del andaluz, la indómita rebeldía del vasco y el secreto recelo desconfiado del indio hicieron de este pueblo un foco de anhelos y de inconformidad sin contornos definidos, que lo han llevado hasta el impulso heroico.

El indio se ha vengado sazonando la cultura de sus conquistadores con el fermento sutil de su alma y su tristeza: haciendo que su sangre hable en occidental al través del mestizaje con una reciedumbre de perpetua juventud. Tostando la epidermis con matices de bronce y manteniendo en sus manos las claves de nuestra civilización. Por eso lo llamamos, después de cuatro siglos, pero El, impasible, continúa envuelto en la niebla de los páramos, ingrávito y glacial, como que exclama: devolvedme mi tierra, devolvedme mi paisaje, devolvedme mi Padre, Rey y Dios el Sol!

* * *

El hombre escribe con la tinta indeleble de su espíritu la historia universal: él domina las fuerzas ciegas, modela como suave argamasa la Naturaleza; él anima lo inerte, y elabora las esencias invisibles del cosmos en el laboratorio de su cerebro. Millonadas de siglos transcurrieron en que la vida dejó huellas sobre los continentes viejos, mientras la tierra virgen de América, escondida en el misterio de lo Ignoto, guardaba los cofres de una historia nueva.

El hombre americano surgió de improviso al escenario del mundo, vigoroso y ardiente, como fruto de primera floración. Y en cuatro centurias llenó con su voz los ámbitos del planeta.

Quito, desde la cumbre que por estar más cerca al Sol eligiera como nido, desde el centro del globo en donde la luz es más clara, ha oficiado el sacerdocio de la inteligencia, el valor épico y el esfuerzo viril. Ha dado al Continente, al mundo y al Tiempo las páginas eternas de una historia fecunda. Aquí los hombres grandes, para emular con los genios por la envergadura del pensamiento, por la audacia de la concepción, por el primor, siempre el primor del alma indígena, de las formas, por la generosidad humanista y universal del anhelo. Aquí el pueblo que rompe las montañas y encauza los torrentes; aquí el grito y el martirio primeros en favor de la libertad continental que había de transformar al mundo político y remover el centro de gravitación del universo entero.

Aquí las colinas sagradas en donde, roturando el granito, sembraron los quiteños el árbol frondoso y florido del Ideal democrático, que había de convertir la Humanidad a la nueva indeficiente fe republicana.

Enhiesta en las cimas, Quito ha sido la hoguera con que su espíritu vigilante da las voces de alerta; el cuerno con que su perspicacia despierta al Hombre dormido; el fanal que recogiendo los rayos de su Sol vertical, los refleja con ardores de fuego sobre la conciencia americana.

Destino altruista, destino fáustico el de este diamante luminoso engastado en el ombligo del planeta!

* * *

Quito, Esposa del Sol, vistes de gala hoy día en que cumples cuatrocientos años de occidentalidad; el disco de oro diadema tu frente levantada y amplia; las curvas graciosas de tu cuerpo se envuelven púdicas con las gasas ágiles de la bruma andina, y en tu entraña ardiente eclosiona el amor de tus hijos, hijos del Sol universal!

Y el mundo, ese mundo que ha sentido la influencia de tu Espíritu, que ha visto la claridad de tu Idealismo y que te debe la apertura de la Era contemporánea, te vuelve a aclamar Luz de América, de esta América que está escribiendo la Historia de la Humanidad!

UN CAPITULO DE LA "BIOGRAFIA DE GONZALEZ SUAREZ"

NICOLAS JIMENEZ

El presente estudio, galantemente cedido por su autor, el notable crítico y literato don Nicolás Jiménez, forma parte de la biografía del Ilustrísimo Arzobispo y eminente historiador quiteño señor doctor don Federico González Suárez; valiosa obra ésta que, ofrecida como imponderable homenaje a la ciudad de Quito, al celebrarse el cuarto centenario de su fundación española, ha sido justamente premiada por el I. Cabildo de esta ciudad, el mismo que en breve y en edición especial la dará a publicidad.

SUS ESTUDIOS LITERARIOS

La colección de los ensayos, en el sentido inglés de la palabra, que el Ilmo. Sr. González Suárez empezó a publicar en 1896 y que continuó hasta mucho después, con el nombre de Estudios Literarios, le exhiben principalmente como crítico.

La biografía y la crítica literaria han sido para quien estas páginas escribe objeto de predilección y de constante y nunca terminado estudio. Géneros multiformes, cambiantes, variables, riquísimos en sus manifestaciones, en cada siglo, en cada generación, en cada corriente y escuela literaria, se han enriquecido con los aportes de la cultura general y se han asomado con diferentes aspectos, a cual más perfeccionado y atractivo. Es inagotable el arsenal de calificativos con que se pudiera deno-

minarlos y es asimismo interminable la serie de sus manifestaciones en los pueblos y en los siglos.

Un crítico, cuando llega a serlo de veras, a abrir algún sendero nuevo y a formar escuela, no se parece a otro. Presenta no sólo un matiz diferencial, sino que conquista un terreno inexplorado y virgen, porque, en la crítica, como en el mundo físico, como en la creación, como en el universo, aún hay regiones por descubrirse, que nadie ha atravesado y que guardan tierras para el primero que a ellas llega con su carabela de descubridor.

Sainte-Beuve descubrió todo un continente. Taine sacó a luz otro exclusivamente suyo, y después de ellos, conquistadores y exploradores, pero ya de otro orden, con algunas de las cualidades que aquellos poseyeron en conjunto y en grado sumo, han repartido su labor de investigación y conquista en parcelas reducidas, en regiones de segundo orden. Pero aun entre estos, hay no pocos dignos de ser nombrados capitanes porque su labor ha sido grande. Aquellos dos insignes maestros en la crítica literaria, que ya quedan nombrados, para continuar con el símil que hemos adoptado, son descubridores y conquistadores, han encontrado continentes nuevos y los han entregado a la labor de los venideros; éstos, son como los mineros que, sobre la superficie vasta, por otros descubierta, caban en lo hondo, hasta dar con la veta de preciosos minerales o con los depósitos de piedras preciosas por labrar.

La crítica literaria! No es posible hablar de ella sin entusiasmarse, no es posible habérselas con un crítico sin detenerse a examinarlo, como un espécimen raro, como un organismo ricamente complejo, como un ser de múltiples facultades y aptitudes.

La crítica ha llegado a ser una obra de arte. Se hace crítica como se hace un poema, como se hace una novela; poniendo en acción las facultades creadoras, cincelandó las frases, dejando hablar al sentimiento, penetrando en las almas, creando o recreando un ser, labrando trozos bellos con la finura del arte.

Las obras de crítica literaria del Ilmo. Sr. González Suárez darían materia para dos o tres tomos voluminosos. Están reunidas bajo el título general de **Estudios Literarios**. No obedecen a un plan predeterminado. Acaso han sido compuestos aisladamente y en diferentes épocas. Las principales, aunque publicadas en 1896, se remontan a unos ocho o diez años atrás, cuando se hallaba engolfado en la composición de su *Historia General del Ecuador*. Es de lamentarse de que, en ninguna parte de sus obras, haya dejado notas cronológicas para situar

estos estudios en los años precisos en que fueron escritos. No consideró de importancia esta indicación, pero, para el biógrafo habría sido de mucho valor, ya para ponderar mejor esa labor de grandes facultades múltiples como eran las suyas, que así le permitían acometer de frente una tan paciente y árida labor como la de la "Historia General", aunque él mostrase en ello un gusto vivísimo, como para divagar apacible y dulcemente por las regiones de la belleza y de la crítica literarias de esos **Estudios**.

Situados en la época más probable de su vida, en los años de 1890 y subsiguientes (1), hay que tener en cuenta, para apreciar las cualidades y la escuela de su crítica, que, en este género, en los países cultos de la misma Europa, si bien eran muy conocidos, Sainte-Beuve, Taine, Brunetière y Zola, Anatole France y Jules Lemaitre entre los franceses y Menéndez Pelayo, Valera, entre los españoles, para no hablar del grupo famoso de los críticos negativos y de combate que enseñaban corrección gramatical y modo de redactar con sentido común en la Península, no había surgido, con admirable fecundidad y con infinita variedad de matices, esa falange enorme de críticos que ha venido después y que, como un ejército de voluntarios, sin someterse incondicionalmente a jefes reconocidos ni adoptar banderas insustituibles, llevan a cabo una labor de análisis y de arte que tanto ha dignificado a la crítica.

El Ilmo. González Suárez tenía en su escogida biblioteca lo mejor de las obras de los autores franceses, maestros de la crítica, ya citados. Los había leído y releído y había también leído directamente, en su idioma original, a los autores de quienes se ocupa en los **Estudios Literarios**. Y aquí es necesario abrir un paréntesis o, mejor, señalar una forma distintiva de su crítica literaria.

No hay error alguno al asegurar que sus **Estudios**, por el aspecto crítico, atenta la cualidad que en ellos predomina, provienen de ese cotejo que su inmensa erudición y las lecturas enormes a que durante toda su vida se entregó, le permitían establecer entre las obras criticadas y las críticas sobre ellas formuladas. Leía por ejemplo los estudios de Sainte-Beuve sobre Chateaubriand, leía cuanto de más notable se había escrito sobre el autor del "Genio del Cristianismo" y leía también, al

(1).—Su **Lacordaire** tiene ecos de la campaña que, entonces, se le venía haciendo con acusaciones mal fundadas de liberalismo, y encierra, en cierto modo, explicaciones de su conducta independiente y franca.



GONZALEZ SUAREZ
Eminente historiador y literato.

mismo tiempo, las obras de éste, tratando de ver si estaban en lo justo los críticos; y, tanto de la conformidad del análisis con la obra, como de las discrepancias que él mismo observaba o que descubría al parangonar las diferentes apreciaciones de varios críticos entre sí en sus juicios sobre el mismo autor, le venía espontánea e irresistiblemente, no pocas ocasiones con entusiasmos que inmediatamente se plasmaban en páginas elocuentes, el deseo de decir, por su parte, algo sobre el autor, objeto de tan diversas opiniones.

Por esto, no hay novedad, no hay originalidad propiamente dicha en sus estudios: su crítica es el reflejo de la de muchos escritores que cultivaron ese género. Cuando dice que va a emitir su opinión propia, ésta se reduce a espigar de aquí y de allá, de este o del otro crítico, lo que le parece más acertado, lo que define mejor a un autor, lo que es más preciso y justo, formando con ello un haz, realmente nuevo, en el sentido de que no pertenece todo él a un mismo crítico, sino que está sacado de muchos, cada uno de los cuales nunca dijo, ni pudo decir así, en conjunto, los conceptos que resultan de la colección y reunión de múltiples pareceres; haz o remillete, escogido con buen gusto, con tino, con ese método de cotejo con la obra original.

Son verdaderos estudios: es decir, fruto de una paciente lectura, cuyo resultado es la ilustración, la sabia comprensión y absorción de doctrina y de méritos de autores.

"Muy difícil —escribe— casi moralmente imposible, es decir algo nuevo sobre un autor, cuando acerca de él se han publicado juicios literarios, estudios críticos y trabajos biográficos, debidos a la pluma de escritores de autoridad y mérito indisputable: hé ahí lo que, con razón, tememos que acontezca con nosotros al escribir estas páginas consagradas al P. Fray Luis de León...." Y esto que dice del religioso agustino español, pudo decirlo de cuantos escritores fueron objeto de sus **Estudios Literarios**, pues, por desgracia, escogió para ellos a los más conocidos, a los más criticados, a los más analizados: Dante, Milton, Virgilio, Chateaubriand, Lacordaire, Fray Luis de León, Balmes...

Pero téngase en cuenta que no es rigurosamente exacto aquello de que no queda nada que decir de nuevo sobre autores tan universalmente conocidos y juzgados. Cuando se tiene verdadero y agudo espíritu crítico siempre se da con algún rinconcito del alma de los grandes hombres que aún nadie ha hollado. Sobre Virgilio ¿no se han descubierto primores esotéricos en su Egloga IV? Aparte de que, la publicación de docu-

mentos inéditos —epistolarios, fragmentos de libros en proyecto, obras inconclusas, apuntes íntimos, relatos de contemporáneos— permiten enfocar en otras actitudes y desde puntos de vista diferentes, a esas figuras que parece que han sido contempladas de todos lados, hasta en sus profundidades más íntimas.

Tornando al punto interrumpido por esta digresión, hay que decir que la crítica literaria, en el último cuarto del siglo XIX no era aún cultivada con la maravillosa fecundidad que lo es ahora y que la cercanía de algunos de los grandes maestros, en verdad ya desaparecidos entonces, no permitía que se fijara la atención en los que poseían buenas aptitudes para el género, pero no en grado para levantarlos por encima de todos a alturas incommensurables.

El autor de los **Estudios Literarios** no intentó abrir caminos nuevos, ni adentrarse en peligrosas investigaciones. Era un espíritu clásico, enemigo de innovaciones, y era un eclesiástico, que no quería, ni podía girar sino dentro de determinado círculo insalvable. No concibe el arte por el arte, el ejercicio desinteresado de las facultades creadoras, que se proponen realizar obras de belleza, mediante el impulso incontenible —semejante al de los miembros del cuerpo humano que llevan al niño al juego— determinado por un motor interno, que da nacimiento a las obras de arte. Ni siquiera se detiene a discutir esa teoría, negándole implícitamente su razón de ser, su tendencia a existir.

Para él la belleza y el arte no pueden prescindir de la moral y de la verdad. Si un artista deja que intervengan en su obra los Seres Superiores sobrenaturales, puramente espirituales, no ha de ser a capricho de su fantasía, concibiéndoles y dándoles acción y voz como lo cree adecuado a los fines y procedimientos estéticos que le dictan sus facultades creadoras, sino conforme a las incommovibles enseñanzas y dogmas de la teología. Y, en esto, tiene justísima razón. Mientras más se asciende en el orden jerárquico de los seres, éstos ocupan posiciones con caracteres humanos menos accesibles a nuestro entendimiento y al arte. Se escapan a la concepción del artista y hay que evitar reproducirles o hay que darles las cualidades y naturaleza que le dan otras ciencias que no son el arte.

A pesar de todo cuanto pudiera decirse en contra y de cuanto en realidad se ha dicho (1), los **Estudios Literarios** son

(1).—Son severísimas, ya se hizo notar, la biografía y semblanza que traza del Imo. González Suárez el escritor radical Manuel J. Calle, espíritu brillante, polemista formidable, crítico perspicaz, pero apa-

una obra apreciableísima, inusitada entre nosotros por su método y composición (2), y algunos de ellos totalmente nuevos como los que encarecen y ponderan las bellezas literarias de la Biblia. Es necesario dar ligera idea de ellos.

Según el orden cronológico en que los publicó, el primero de esos Estudios fue el relativo a la Biblia y a las bellezas que contienen algunos libros del Antiguo Testamento, considerados desde un punto de vista puramente literario. Como de costumbre en él, ese estudio es una discreta selección de lo mejor que, en esa materia, se ha escrito. Aun la narración meramente histórica, como es el Génesis, contiene episodios de una belleza no igualada, en fuerza precisamente de la sencillez y de la ingenua relación. En cuanto al lirismo puro, a la poesía subjetiva, nada hay, en las demás literaturas —griega, latina, india— que iguale a los Salmos de David. Es éste, por ciertos aspectos, el mayor lírico del mundo. La elegía está representada por el libro de Job y las lamentaciones de Jeremías, y si en el primero se escuchan ayes lastimeros y casi pesimistas que no tienen parecido en la literatura universal, en los Trenos del profeta se eleva la elegía a las alturas de la épica. Los profetas son poetas: Visionarios sublimes, en sus libros se encuentra el primero y el mayor de los poemas debidos a la imaginación creadora. El dogma justifica la grandeza de sus visiones, que eran el porvenir visto a través de la fantasía del profeta, pero visto tal como iba a suceder algún día. Crearon los profetas el simbolismo o sea la encarnación de una realidad, difícilmente expresable en forma directa, en figuras y hechos y expresiones simbólicas.

El lirismo hebreo, el de los Salmos, tiene una nota subjetiva original, la que le hace tan grande, que no se encuentra ni podía haber en las demás poesías de la antigüedad. Esa nota es el concepto de la culpa. Entre los griegos y latinos, cuando el hombre daba rienda suelta a sus inclinaciones y se iba tras el placer, satisfacía deseos, en su concepto, lícitos y naturales. No le quedaba sino el hastío, leve fuente, en ellos, de lirismo. No sentían, ni conocían el arrepentimiento. Los dolores que les afligían eran considerados como rigores del Hado, como in-

sionadísimo y, como tal, injusto en muchas ocasiones. El Obispo de Ibarra que fue su profesor de literatura en Cuenca, sale de sus manos desfigurado, golpeado y afeado.

(2).—Apenas don Roberto Espinosa, en anotaciones marginales, por el mismo tiempo en que los Estudios fueron escritos, trazaba ligeras semblanzas de algunos autores extranjeros.

justas persecuciones contra las que el hombre se revelaba, en actitudes que se conceptuaban heroicas. La poesía hebrea introduce el elemento de gran fuerza estética del arrepentimiento y la culpa. Las satisfacciones del hombre, mientras más grandes, más vivas y más ilícitas encierran una ofensa a un Ser de cualidades infinitas, que todo lo ve, que ha prohibido ciertos actos y a quien se ofende con ellos y cuyo castigo, aplastante si cayera sin atenuación alguna sobre el hombre, se provoca en esa forma temeraria. Los Salmos son la poesía lírica del dolor del alma, del arrepentimiento del corazón, de la execración propia, del anatema contra sí mismo. No se encuentra nada igual en la literatura antigua. Entre los griegos, si los dioses llegaban a castigar a los hombres era porque éstos se revelaban directamente contra ellos, porque los ofendían, hasta los herían, como en la *Iliada* de Homero; tratándoles como iguales, porque todos esos habitantes del Olimpo estaban cargados de los peores vicios; pero, no como ofende, en la concepción hebrea, el hombre, ser infinitamente pequeño, a Jehová, ser infinitamente grande y perfecto.

Sin ahondar mucho en estos puntos, que no se encuentran ni en el "Genio del Cristianismo", el Ilmo. Sr. González Suárez, nos hace apreciar la estética de la Biblia, ofreciendo un nuevo capítulo que pudiera agregarse a la preceptiva literaria tal como se la ejerce aún en el Ecuador, según la cual, en el mejor de los casos y en la más sólida de las enseñanzas, la única literatura antigua que se cultiva es la latina. De la griega se saborean muy pocas cosas y de la hebrea nada; cuando en realidad, esta es superior a todas, en ciertos aspectos y por motivos que serían de especial atractivo al conocerlos, explicarlos y comprenderlos.

Ese fue, indudablemente, uno de los fines que se propuso al publicar su primer **Estudio**, aun cuando no haya sido debidamente atendido, porque la enseñanza ha tomado diferentes rumbos y está orientada en opuesta dirección.

Siguen en el mencionado orden cronológico las semblanzas de Lacordaire y de Balmes, acerca de las cuales hay poco que decir. Nótese, desde ahora, que una de las características del Ilmo. Sr. González Suárez, en sus ensayos críticos, es describir muy poco, o pasar por completo por alto, lo que se llama en tecnicismo crítico el medio ambiente o la época. No traza prolijamente el escenario en que se movía la figura que va a diseñar, apenas lo necesario para que, en torno de ella, se forme un ligero fondo, un claroscuro que rodee y acentúe los ras-

gos lineales del rostro y del cuerpo. Nada de esas perspectivas dilatadas, ni de paisajes con colores y tonalidades propios, reproducidos a lo vivo, con la misma prolijidad que la figura principal. Pudiera considerarse esto como una deficiencia, pero, por ser constante en sus estudios, por ser prevista y aceptada de buen grado, se la debe tener como una manera propia de su sistema o método o gusto críticos.

En **Lacordaire** hay pocos rasgos del ambiente moral, social e intelectual, poquísimos, los estrictamente necesarios para situar al elocuente dominico, antes que en su época, en su círculo reducido de orador y de doctrinario. En su **Balmes** no hay nada del filósofo profundo, del metafísico poderoso, del autor de la filosofía fundamental, acaso la mayor potencia analítica de España en el siglo XIX, sin exceptuar a Sanz del Río ni a Salmerón, que se aferraron demasiado a una escuela, sin libertad para moverse ampliamente en las demás.

La semblanza del P. Faber tiene felices toques: es realmente el oratoriano inglés, el poeta de la mística, si es que, en cierto orden, elevado de conceptos, un místico no es, por lo mismo, un poeta, aunque no haya escrito sus anhelos en verso.

Pero en el campo en donde pudo acentuar los rasgos del P. Faber fue en el de la ascética, como conocedor admirable del corazón humano. Porque ese es el distintivo de la ascética en general. Es algo sorprendente, que sin embargo, se explica, cómo y hasta qué grado los hombres que viven en el retiro de un claustro, alejados del trato con sus semejantes, entregados solo al estudio y la meditación, ajenos a las relaciones e intereses sociales, conozcan sin embargo tan a fondo el corazón humano, hasta el extremo de que, en los libros que han dejado, que son tratados maravillosos en que exponen todo lo que es el alma, con todas sus potencias, facultades, inclinaciones, tendencias y aptitudes, en un análisis de una sutileza y exactitud extraordinarias, se encuentran páginas que no tienen parecido ni en los novelistas o dramaturgos más afamados.

Nadie describe como los ascetas, en sus obras de perfección cristiana, el juego de las pasiones, nadie ha discriminado con tanta prolijidad en los pormenores y tanta sutileza en las distinciones, los orígenes de aquellas y nadie ha señalado la manera de proceder en la dirección de la conducta individual, combatiendo ciertas inclinaciones, mediante recursos de admirable eficacia.

El secreto de su poder nunca igualado reside en que los ascetas, mediante el examen diario de conciencia, que se prac-

tica en todas las órdenes religiosas, llegan al perfecto, cabal y hondo conocimiento de su propia alma. Es ese un ejercicio, que comunica, con la frecuencia con que se lo practica y la seriedad con que se lo lleva a cabo, facilidad para desdoblarse la propia personalidad, de modo que se la trae delante de la consideración y se la obliga a reconstruir sus últimas acciones y voliciones, con la mayor sinceridad y franqueza, ante la mirada escrutadora y severa de la conciencia, que va siguiendo el desarrollo de cada acto y de cada intención hasta sus raicillas genitoras más pequeñas y profundas.

Además son también los ascetas, directores de conciencia y de almas. Estas, no sólo en la confesión, sino en la dirección espiritual les confían sus más íntimos secretos, declarando, como en un juicio civil en que son necesarias las interrogaciones, todo lo que encierran sus secretos y lo que se oculta al mundo.

De ahí que, a pesar de su aislamiento y retiro y de su aparente falta de comercio individual y de relaciones sociales, un asceta tenga el más profundo conocimiento del corazón humano que sea dable imaginar. Y no sólo en la normal y ordinaria situación de la generalidad de los hombres, sino en terreno más alto y complicado, cuando las almas se han refinado en ese ejercicio que se llama de la perfección cristiana, en que presentan cuestiones que al mejor novelista psicólogo dejarían asombrado.

El padre Faber era de esos admirables y profundos conocedores del corazón. Y en una de sus manifestaciones más raras, la de la conversión. Fue de la secta anglicana. Tenía prevención contra el catolicismo. Era poeta de la escuela de Wordsworth. Y lentamente se operó en él esa transformación interior, ese drama que se desarrolla dentro del alma y de la conciencia, sin repercusiones al exterior, pero que es uno de los más fecundos en peripecias, en aventuras, en inquietudes, en desasociados, que al fin terminan en una radical transformación del hombre. Recuerdos de ese combate interior, gran experiencia, cabal conocimiento de la vía recorrida, y, en medio de todo, un lenguaje poético, como la voz de una alma "que parecía haber sido tocada, al venir al mundo, por las manos de los ángeles, quienes la dejaron como ungida con una fragancia del todo celestial", según dice el mismo Ilmo. González Suárez: tales son las cualidades distintivas de las obras del P. Faber.

El Estudio sobre Fray Luis de León es de lo más extenso, pero el que contiene menor acopio de ideas propias. Es un verdadero resumen de cuanto había leído su autor sobre aquel poe-

ta del siglo de oro. Ofrece el tipo de la modalidad tan característica del Ilmo. Obispo de Ibarra: leer, releer, entusiasmarse por contagio, resumir sus muchas lecturas y decir a su modo, lo que otros lo habían dicho en otro estilo.

En cambio, "Chateaubriand", es acaso el mejor de sus estudios, no obstante sus muchas deficiencias, unas voluntarias, ya que él mismo confiesa que no ha querido examinar en Chateaubriand al hombre de Estado, al diplomático, al orador parlamentario, al historiador, sino al literato, y otras involuntarias como las que se advierten en lo que dice acerca del romanticismo.

Esta escuela, poderosa en sus manifestaciones iniciales, como un torrente formado por las aguas impetuosas que convergieran de todos lados, no era tan bien comprendida en la época en que fue escrito el "Chateaubriand" de González Suárez. El mismo Menéndez y Pelayo, en esa obra portentosa de erudición y crítica que se llama *Historia de las Ideas Estéticas en España*, que, por desgracia dejó inconclusa, al analizar a Chateaubriand, da una idea amplia, en su tiempo innovadora y cabal del romanticismo, pero ahora incompleta y restringida.

El romanticismo, en su concepto novísimo, de hoy, puede sintetizarse diciendo que fue un retorno a la naturaleza. Pero la naturaleza, tiene en este papel que juega en los orígenes del romanticismo, un doble significado. En Francia y según el romanticismo francés, la naturaleza se opone a la vida artificial de los salones y la corte, dentro de los cuales se formó y desarrolló la literatura clásica francesa, contra la que reaccionó poderosamente la escuela romántica. Es, pues, en ese concepto, la naturaleza lo mismo que la vida ingenua del campo, que la entrega del alma a la contemplación de la tierra y sus bellezas y a los sentimientos que ellas despiertan.

Al contrario, en Alemania, naturaleza se entiende en un sentido más hondo y diferente: es el alma misma en lo que tiene de pura, libre del convencionalismo de la sociedad, del artificio de la Corte; el yo íntimo, el último reducto interior, al que puede acudir en sus meditaciones el genio soñador y reflexivo de la raza, el santuario de donde parten los sentimientos más nobles y más ingenuos y donde se engendran las concepciones más ideales y puras. De ahí que el simbolismo francés, que, fuera de las innovaciones formales y de ritmo, creó la quinta esencia de la lírica, no deriva del romanticismo francés, demasiado superficial para poder darle vida, sino del romanticismo alemán, esencialmente subjetivo y hondo.

Nada de esto ve el Ilmo. González Suárez en el romanticismo de Chateaubriand y de su escuela, ni era posible que entonces nadie lo viese. Son los aportes sucesivos de la cultura, las exploraciones subterráneas de la crítica literaria, las que han dado con esos tesoros ocultos hasta entonces.

De sus primeros Estudios hay que dar un salto de algunos años para encontrar otro, escrito en 1911, que tiene caracteres comunes con aquellas semblanzas. La crítica de las composiciones poéticas de don Belisario Peña, tienen, para el biógrafo, la circunstancia especial de poder apreciar la labor, las facultades y la penetración crítica del Ilmo. González Suárez en un terreno en que, a diferencia del que se colocó en sus Estudios, no tuvo predecesores. Esa semblanza es obra original, no es de imitación, ni de acopio de ajenos materiales. Y, en ese ensayo, resulta triunfante el Prelado, porque es de primer orden, el juicio crítico que formula sobre el poeta colombiano, aun cuando haya que poner uno que otro reparo a sus apreciaciones (1).

El señor Peña fue un gran poeta: tuvo la aptitud para la oda heroica, el acento en muchas ocasiones épico y siempre elevado, la entonación robusta, el ímpetu de los cantores de héroes y de sus hazañas y el fervor de un creyente. De la escuela clásica por sus lecturas y su formación, no estaba desposeído de cualidades de otras escuelas, como el sentimiento, demostrado en sus elegías y la pasión de la indignación bravia contra las injusticias y las impiedades que le hirieron más de una vez en su corazón de cristiano y de patriota.

La gradeza de la poesía del vate colombiano está muy bien comprendida y juzgada por el Ilmo. González Suárez; mejor que la rápida crítica hecha por plumas también autorizadas. Está considerado por todas las manifestaciones que tuvo su encumbrado estro. Es particularmente hermoso lo que dice de las elegías que escribió el Sr. Peña. No puede, en efecto, nadie escribir tantas composiciones en la muerte de muchos amigos, con igualdad de sentimientos y de mérito en el desempeño. Y en este punto hay que entrar en una breve y agradable digresión.

De las elegías del Sr. Peña, su ilustre crítico prefiere la escrita a la muerte de su compañero de ostracismo el Sr. Fran-

(1).—Tratado en la intimidad, en conversaciones literarias, emitía admirables pero breves apreciaciones sobre poetas y literatos nacionales y extranjeros, con entera franqueza y originalidad. Sobre Cumandá es algo definitivo y precioso lo que decía, sin que se pareciera a nada de lo que se ha escrito acerca de la novela del insigne don Juan León Mera.

cisco Ortiz Barrera y coloca en segundo término aquella otra, a la muerte del Dr. Julio B. Enríquez. Y da por razón que, en la primera, todo es sentimiento, en tanto que en la segunda el poeta, no siempre siente, sino que razona. Pero, talvez sea más exacto preferir ésta a aquella. En la segunda de las elegías, en la que según el Ilmo. González Suárez, el poeta razona más que siente, está observada con naturalidad la graduación compleja del dolor. Este no es obra exclusiva del sentimiento, porque entonces sería monótono y breve cuanto se escribiera para darle expresión. El dolor por la pérdida de un ser querido comprende no solo el sentimiento interno de la desesperación, sino el recuerdo, la reflexión, la meditación en que nos sumerge, para dar luego lugar a nuevos y punzantes estremecimientos del corazón. Lo que parece razonamiento frío es una faz del mismo dolor, que se desenvuelve entre alternativas del puro sentimiento y del recuerdo meditativo. Y todo eso debe abarcar la elegía, si no ha de ser una breve sucesión de ayes y exclamaciones.

Pudiera decirse que el arte está precisamente, en seleccionar y aportar sólo ese elemento que netamente se llama de dolor y de sentimiento, separando por impropio lo que se comprende bajo el nombre de reflexión o razonamiento. Puede ser que se opine así y entonces estaría e nlo justo el Ilmo. González Suárez; pero, aparte de la monotonía que resultara, no estaría representado en su totalidad el proceso del dolor, que por ser variable, según los casos, tiene ese elemento más de belleza, tan opuesto a la uniformidad inalterable de una sola exclamación...

Pueden ser comprendidos dentro de la denominación general de **Estudios Literarios** otros apreciables trabajos suyos: el ensayo sobre la épica cristiana, en que se contrae a las bellezas de los poemas de Dante y Milton, con reminiscencias del de San Avito, que parece haber sido utilizado por el poeta inglés en su **Paraíso Perdido**; el ensayo sobre Virgilio y la traducción de sus obras por don Miguel A. Caro; y aquel libro hermosísimo titulado: **Hermosura de la Naturaleza y el Sentimiento Estético de ella**.

El Prelado poseía el latín a la perfección; en la Compañía de Jesús lo estudió, bebiéndolo, por así decirlo, en la fuente de los clásicos latinos. De ahí que su comprensión de Virgilio sea completa y acabada. La significación misma del poeta latino es otra; en este punto, está en lo justo y es superior el libro del sabio Jesuita ecuatoriano, P. Aurelio Espinosa

Pólit, titulado "Virgilio, el poeta y su misión providencial". Pero como comprensión del poema virgiliano, que le permitió saborear y gustar todo lo que el mundo ha consagrado en él con el calificativo de clásico, equivalente aquí al de perfecto, la obra del Prelado es admirable. Podrá fatigar un tanto, por la prolijidad en la comparación entre el original y su traducción, sin embargo, de ello se obtiene al fin una apreciación justa de la labor de Caro, ni tan sublime como la creen sus compatriotas, ni tan vulgar y pesada como alguien se ha atrevido a decirlo.

La **Hermosura de la Naturaleza** es de un género que un tiempo fue muy cultivado. El romanticismo, al dar al hombre uno como sexto sentido, le hizo amar a la creación, como si antes no hubiera reparado en las bellezas que encierra, en la armonía que en ella reina, en ese murmullo que de ella se desprende y que es diferente de la música aérea de las esferas, que ya escucharon los filósofos antiguos.

La ciencia, al estudiar la naturaleza, por su constitución íntima, inevitablemente va a dar con la poesía, como si esta fuese una de los tesoros o minerales ocultos en las entrañas de la tierra. El sabio que ha querido y ha logrado expresar la admiración que le causan los secretos que descubre en la naturaleza es poeta sin quererlo. La última significación del átomo es esencialmente poética. "El átomo es el alma de las cosas", dice un sabio de nuestros días. Y esa sola expresión se enlaza con el "Sunt lacrymae rerum" de Virgilio, que concedió no solo alma sino sentimiento y lágrimas a las cosas.

Con mayor razón se dará con veneros inagotables de poesía, si en la naturaleza no con ánimo científico, sino con sentidos y alma de esteta se observan los aspectos bellos que ofrece en sus paisajes y en las formas y colores de los seres.

El libro del Ilmo. González Suárez tiene el inapreciable mérito de ser ensayo descriptivo de la hermosura de la naturaleza en el Ecuador. Nuestro suelo está visto con ojos de artista, está descrito con emociones estéticas, está contemplado con el espíritu de un hombre religioso, que encontraba en los objetos naturales bellos un reflejo de la hermosura increada, de aquella que Platón adivinó en sus visiones de poeta y de filósofo.

Tal es el contenido íntegro de sus **Estudios Literarios**, que, en algunos capítulos y libros, encuentran su complemento en los **Estudios bíblicos**; páginas estas de pura ciencia, en que se examina el Génesis de Moisés, a la luz de los principios

demostrados por los sabios en sus últimos descubrimientos e interpretaciones que han sido aceptadas por la Iglesia.

Las ideas principales estarán tomadas de otros autores, sus opiniones y juicios críticos no serán todo lo originales que se quisieran, pero lo que es suyo, y es admirable, y esto basta para su elogio, es el estilo, es la manera conquistadora con que hace propio por perfecta asimilación lo que otros han dicho; lo que es suyo es la admirable forma externa, las comparaciones espléndidas, la elocuente y bien resumida exposición de los temas, las imágenes, la frase vibrante, la explanación de los mejores pasajes del Dante y Milton y Virgilio, con ese modo que sólo él tuvo de graduar los efectos, mediante una serie continuada de frases precisas, de palabras significativas, de epítetos afortunados; lo que es suyo es el exquisito gusto depurado con la lectura de los grandes maestros en la literatura y en la crítica.

Ha sido preciso detenerse a examinar cada uno de sus estudios literarios porque aún no se halla bien aquilatado el mérito de ese libro. Allá en 1896, y aun antes, ese escritor trató de dar a los literatos de su patria una como norma de lectura y uno como aliento para la producción literaria. Era el primero acaso que hablaba con tanta extensión y tanta ilustración de los más grandes literatos extranjeros, trayendo a las letras ecuatorianas un elemento cosmopolita tan fecundo y benéfico. ¿Ha quedado sin imitación su ejemplo?

QUITO, SUB SPECIE AETERNITATIS

GONZALO ESCUDERO

Acontece con la ciudad lo que con el libro. Menester es leerla y releerla, en trance de vigilia y sublimación del yo. Lectura esotérica de piedras, naípe de panoramas, con tiempo, humo, sol y lluvia, fatigadas imágenes de la eternidad.

El transeúnte del mundo es una antena viajera. Con el transeúnte del mundo, y sólo con él iremos, para medir los cuatro siglos de Quito, en la cinta métrica de la angustia. Con el transeúnte del mundo, y sólo con él volveremos, para rumiarse esos cuatro siglos de humanidad perezosa en el bosque de chimeneas urbanas. Artillería de las chimeneas. Última pólvora de los arcabuces, dientes de plomo en la piel india. Techos de bermellón descolorido que, al fin, copiaron el color de la piel india. No de otra manera, la ciudad se parece al hombre. No de otra manera, el hombre se transubstanció en la ciudad.

Georges Duhamel, buzo de ojos limpios, ensaya la duda: decadencia de la eternidad. Máquina y técnica devoran —a dentelladas truculentas— los residuos de eternidad. Las palabras de Duhamel no se murmuraron para Quito, urbe muerta desde que nació, y por ello, urbe en eternidad. La eternidad —vale decir la muerte— arrojó a Quito en liturgia y ahí, la ciudad, amurallada por la montaña y el alcor, que nunca abjuró de su destino de torre y de cúpula sobre el almálico de las casas chatas. Y ahí, la multitud feudal que ora sin saberlo. Y ahí, el hombre, hongo sin sonido en el solar, insecto lento en la calle. Y ahí, la ciudadanía de las campanas, vocabulario de un alma soterránea, como la que pudo darse al acoplarse el escepticismo hispánico y el quietismo aborigen.

Algún día, será preciso decapitar a la epopeya que nos roe. Algún día, será necesidad perentoria proclamar que el "homo aeconomicus" advino de Oriente a Occidente, con indumentaria española de los siglos XVI, XVII y XVIII. El instinto económico descubrió y conquistó la América y los mozos peninsulares de cordel y de aventura, carcomidos estaban por la soberanía del abdomen. Mercenarios de ultramar fundaron la ciudad de Quito. Traían cabalgadura y arneses, y en los arneses, grabadas traían las insignias de la Corona y del Pontificado. La cabalgadura obedecía al mercenario y el mercenario obedecía a su hambre. La humanidad india sería, desde entonces, la sub-humanidad de la América Española que, en 1934, aún continúa siéndolo. El proceso colonial constituye la organización técnica de ese dominio quirritario del hombre ultramarino sobre el hombre y la tierra americanos. La independencia de cuerpo político no transmutó esa oposición del contenido social y, apenas, sustituyó arrogantemente la soberanía del Rey con la soberanía del mandarín criollo, depositario de la mentira democrática. He aquí el esquema de la epopeya.

El estante de la historia no admite estas heterodoxias. Polvoriento, heráldico, patinado, hacina la mentira con la belleza, porque la mentira es belleza, como lo afirma el Conde de Keyserling. Fuero suyo el de la letra gótica sobre el pergamino. Vesania suya la del menudo ratón que ambula y trota por sus aristas. Pero la verdad, no la encontraremos, sino rastreándola en la realidad nuestra, inventario histórico de lo que somos, porque somos, como fuimos. Y nadie intentaría negar que conservamos, en alcohol transparente, la servidumbre del indio, ciudadano de la República. Y yo sostengo que mientras las cuatro quintas partes de la población ecuatoriana no hayan superado la frontera zoológica para convalecer en su naturaleza jurídica de humanidad, no existe nacionalidad, ni existe República, ni existen ciudades próceras.

La gloria es una concepción metafísica que se la administra cotidianamente a los grupos humanos, aún más que el agua que les falta. Y la gloria es una superchería sin la justicia. La justicia de todos que, en el siglo espasmódico de ogaño, es exaltación socio-económica de las clases mayoritarias. La otra justicia —románica e individualista— es ya categoría de museo.

Los cuatro siglos de Quito agotan una experiencia histórica, clausuran un ciclo de vida. La conciencia del pasado no debe pesar en la marcha de un pueblo, a guisa de reminiscencia heroica. El supremo heroísmo reside justamente en la con-

ciencia vital, esto es, en conocer cómo vivimos y cómo debemos vivir. Existencia supone perfectibilidad. Existencia sin perfectibilidad es inercia. Inercia es levadura de disolución.

Nuestro feudalismo cuatro veces centenario no puede significar orgullo colectivo. La panoplia, donde los aceros cuelgan y las cimbras enmohecen, no amasa pan. Amasa literatura épica, fonografía de un verbo homérico, psicopatología de un lenguaje orondo y gazmoño que, a trueque de sonar siempre, semeja aquel suplicio chino del sonido. Pero los hechos tuercen el cuello a la retórica, porque las necesidades son más fuertes que las palabras.

Como quiteño, sueño en una ciudad quiteña redimida. Desasida de sus magnas supersticiones y de ese recato que la arropa, sombra de una Edad Media suya. En Quito, es el sol la óptima verdad, la que se otorga en dación íntegra de luz. La dinámica de la naturaleza sea nuestro espejo. Contra el **etnos**, el **ethos** y el **pathos** que nos ciñen, tal una triple armadura. Porque raza, costumbre y emoción nos han dictado un decálogo de indigencia y un alfabeto de conformidad. Se acerca el gran día, aquél en que los hombres anónimos de la gavilla urbana, en asocio con las bestias humanas del agro, no sean más, cadáveres que andan. En esa madrugada sitibunda, fundaremos a Quito, enderezando su fundación histórica de 1534. Porque urge su fundación espiritual sobre el cimiento económico de una justicia social. Entonces, Quito adquirirá el fuero de la ignipotencia, aún más que la montaña ardiente que la sustenta. Entonces, Quito será risco del espíritu sobre el risco de la meseta.

Quito, 6 de diciembre de 1934.

LA MUSICA EN QUITO

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

Como en las viejas capitales de los Imperios desaparecidos, en el Oriente y Occidente paganos, lo legendario se interpone ante nuestros ojos, y se torna más denso cuanto más aguda parece la hipótesis que pretende descifrar los misterios del pasado. La Historia de la Música se escribe muchas veces con acopio de materiales que, si tienen algún valor objetivo, nada importante enseñan a la intuición del espíritu.

Himnos al Sol, cánticos a la Luna, en templos dedicados al respectivo culto, sobre colinas que orientan los ecos de las multitudes hacia las profundidades de las cordilleras, hasta las quiebras y los valles. La **cuybi**, la **quipa** decoran un fondo en el que se dibujan vagamente heraldos de triunfales tiempos; la **quena** murmura el idilio, bajo un cielo azul de plenilunio. Los **taquis** enronquecen hasta llevar al espíritu la convicción de sus monótonos mensajes; los **pingullos** perforan el horizonte con el agudo puñal de su melancolía.

La ciudad de Quito, la española, nace entre estos sonos. Una gran tristeza original se cierne sobre las primeras torres de sus templos, una paz que recuerda la de las églogas, pero con ritmo distinto, de quietud sin anhelo, sin pasado y de nebuloso porvenir...

El incaísmo se transforma, pero en ningún instante pierde su valor de fuerza creadora; vive, silencioso, en el ambiente; circula en las arterias, sin delatar su presencia; la psicología y, por añadidura, el dolor del indio, allí están palpitando en las entrañas del orgulloso ciudadano moderno. El mismo valor emotivo tienen las sobrias variaciones del monótono sanjuanito para el "serrano" del siglo XVIII y para el del siglo XX. ¿He dicho monótono, para referirme al tradicional baile

indígena? Sí; es indispensable expresar lo que nuestra sensibilidad contemporánea cree descubrir en él con intuición y sutileza no muy certeras; pero lo único exacto es que carecemos —pese a nuestro orgullo de hombres cultos— de las cualidades necesarias para distinguir en ese monocromismo aparente la rica gama de matices de la tristeza auténtica del indio.

El genio criollo nació y fue una realidad, aunque bien poco parecen interesarnos sus vicisitudes. ¡Qué fecundas iniciativas, qué semillas de originalidad duermen a su sombra, que es móvil y fugaz, porque está batida por huracanes de celosa pasión!

Hijo natural del particularismo y del regionalismo indoamericano, el gusto musical quiteño se bifurca: el pueblo da preferencia a "su" música; la aristocracia criolla acoge las danzas importadas; la clase media se divierte con un género mixto.

Pero lo autóctono es lo único digno de mención en la historia. Bastaría la evocación melódica del **albazo** para intuir lo que el genio criollo escondía en su albor. Si lo indígena resiste, con sorprendente pertinacia, a la invasión de lo exótico, el criollismo —por naturaleza y antonomasia— es lo más permeable a los ajenos influjos. La morfología musical europea ha prestado sus moldes para vaciar la melodía indígena. Las danzas del viejo mundo —las más célebres en las tres capitales de la moda— tomaron carta de naturaleza a fines del siglo XVIII en Quito.

Quito, ciudad serrana y —en un tiempo— refugio de hidalgos, ha dado preferencia a dos tipos de danza: el de melodías un tanto desgarradoras y ritmos enfáticos, y el de melodías y ritmos ceremoniosos o alegres, con alegría importada.... Este hecho, por demás común en todas las capitales de América, no tiene el valor que, en cambio, hay que estudiar tratándose de las danzas populares. El intercambio de danzas autóctonas entre los países de América fue rápido, a merced de un fenómeno de ósmosis de la cultura y el genio populares. La **cueca** chilena se bailó en Quito con fruición y entusiasmo espasmódicos, apenas llegado a sus arrabales. El criollismo había elaborado interesantes danzas, algunas de tipo bien desarrollado como el **costillar**, o de mucho movimiento y nota humorística como el **alza que te han visto**, o de ritmo enfático y peculiar como el **toro rabón**. En todas ellas se ve cómo el quiteño auténtico se complace más en los ritmos que le permiten balanceos antes que violentas sacudidas, requerimientos y provocaciones bien

disimuladas antes que orgiásticas convulsiones... Hasta el bambuco de Colombia rozó con beso leve, sin dejar huella perdurable, nuestra genuina sensibilidad. El pasillo, en cambio, tenía los elementos indispensables para perdurar; su ritmo, su melodía, su forma, parecieron propicios a la interpretación de las cuitas y las nostalgias quiteñas, y por eso le infundió un poco más de lo suyo, del acento de su espíritu, de su dolor persistente y vago, sin otorgarle otro rasgo característico que la queja. Sus cultivadores —casi todos anónimos— no han superado los más felices brotes de Ortiz —el "pollo", tan popular —o de Ojeda— de trágica recordación.

La historia de la música instrumental, en todas las latitudes, se ofrece como la más objetiva y variada. Nuestra Vieja Ciudad fue, desde los primeros tiempos, un emporio de instrumentos indígenas y españoles, siendo los predilectos, entre estos últimos, las trompetas de guerra y las guitarras moriscas; el órgano implica un concepto aparte, que toca más al orden espiritual que al emocional.

En forma que pudiéramos llamar académica —a base de estudios de solfeo y de las consiguientes nociones de teoría elemental— sólo puede hablarse de cultivo, de aprendizaje metódico, de instrumentos en Quito al tiempo de instaurarse la República. El órgano fue el preferido en esta orientación; organistas notables impartieron su enseñanza. Fr. José Viteri, agustino, Fr. Mariano Baca fueron discípulos de Fr. Altuna, aventajado organista, émulo del P. Mideros; Ignacio Miño, diestro organista y violinista, digno discípulo de Fr. Tomás, el agustino. ¡Cuántos nombres sería de justicia no olvidar, siquiera como representantes —lejanos o próximos— de una profesión que ha sufrido tan lento, laborioso y —hasta ayer— desafortunado desarrollo en nuestro país! Violinistas extranjeros como Sejers, Marcelli y Gigante, o nacionales como Baldeón, Paz, Müller, Aguilar y la Arévalo han seguido diversas tradiciones y escuelas, todas encaminadas por un anhelo de perfección. La escuela de flauta, —que tuvo su primer representante caracterizado en don Pedro Traversari, profesor de flauta contratado para el primer Conservatorio quiteño— recorrió una amplia curva de eficiencia, desde Rafael Jiménez hasta Augusto Terán. El piano, cuyo primer profesor fue Zaporta, y más tarde Marconi —italiano— y Behovide —español— cuenta con destacados ejecutantes, desde Agustín Guerrero hasta Gustavo Bueno y Belisario Peña. Los violonchelistas cuentan sus biografiados desde Juan Correa hasta Teodelinda Terán.

La música de cámara se cultivó en Quito con fervor, gracias al desinteresado esfuerzo de los hermanos Terán, músicos todos, que lograron reunir un grupo homogéneo y brillante, compuesto de violinistas como el Maestro Fernández, español, Pedro Paz y Enrique Terán, la **cellista** ya famosa, Tola Terán, el flautista Augusto Terán y el pianista inglés, Mr. Knapp. Posteriormente actuaron como pianista Bueno y como violista Paredes.

El canto se cultivó en Quito desde los primeros tiempos de la colonia para fines religiosos, y ha sido siempre en los templos en donde hemos podido escuchar las voces de más valor. El segundo Conservatorio quiteño educó dos voces muy bellas: Hortensia Proaño, soprano, y Rosa Sáa de Yépez, mezzosoprano, cuya **tessitura** muy amplia le permite lucir las más ambicionadas notas de una contralto. Notables profesores de ambos sexos han pretendido orientar y afianzar la enseñanza del canto en la capital, tropezando con inconvenientes insubsanables. Carrillo es tal vez el único bajo profundo de pura cepa quiteña, iniciador de un Orfeón de grata memoria.

La dirección de orquesta —la más importante de todas— no ha tenido hasta hoy un técnico de preparación sólida y especializada; no obstante eso, artistas como Pedro Paz iniciaron una cruzada para conseguir algo que más tarde podría ser fruto sazonado. La historia enmudece al llegar a este punto...

Casi todos los ejecutantes que hemos nombrado recibieron su educación en el extranjero, de manera que pertenecen a escuelas totalmente distintas.

La didáctica musical quiteña —si así podemos llamar a las tentativas de implantación de un arte, por todos los medios lícitos, aunque no siempre con afortunadas iniciativas ni sistemas— tuvo su origen en el colegio de San Andrés, fundación franciscana, hacia mediados del siglo XVI. Desde entonces quedó incorporada la música al plan de estudios de la institución: sus resultados no dejaron huella alguna perdurable. Es necesario llegar a la República para que el nombre del agustino quiteño, Fr. Tomás de Mideros y Miño, nos recuerde al primer iniciador de una Academia musical —**Aula de Música** la bautizó el agustino—, fundada con el desinteresado propósito de "hacer música", sobre fundamentos sólidos de enseñanza teórico-práctica. Quito pudo, a poco, vanagloriarse de poseer una orquesta organizada, gracias a la plausible argucia del sacerdote fundador, quien impuso la toma de hábito como obligatoria para los que desearan continuar estudiando la música.

Y se multiplicaron las escuelas; José Miño fundó la suya; Fr. Antonio Altuna, franciscano, estableció otra en su convento; Don Crisanto Castro, violinista y compositor, no quiso hacer menos que sus ilustres colegas. Todos dejaron alumnos personalmente distinguidos, pero ninguno sistemas pedagógicos de trascendencia.

Fue García Moreno el que intuyó la conveniencia de dar a la enseñanza de la música valor permanente, en organismo capaz de evolución indefinida. Eloy Alfaro, émulo en todos los aciertos de su digno antecesor, infunde vida nueva a otro organismo similar. Los decretos de 28 de Febrero de 1870 y de 26 de Abril de 1900 bastan para otorgar, a quienes los suscribieron, la gloria que en felices edades otorgaron los griegos a sus Pericles. El segundo Conservatorio quiteño ha vivido ya lo suficiente; su porvenir está en manos de la juventud: ella tiene la palabra.

La composición —fuente única de supervivencia para el genio de razas y naciones— ha tenido, entre quiteños o residentes en Quito, significados representantes. Las materias técnicas superiores, indispensables para que todo intento de creación sea perdurable, han sido enseñadas con fortuna varia en Quito, y la mayor parte de las veces en forma ocasional y abreviadísima. Sejers fue uno de los primeros músicos que inició la enseñanza de armonía en Quito; algunos sacerdotes, antes y después del violinista sajón, tuvieron discípulos de la misma asignatura. Marconi y Brescia, de nacionalidad italiana, fueron los profesores —en particular el segundo— que encaminaron esta disciplina hasta conseguir resultado apreciable. Poco antes de la caída de Alfaro, la historia de la música se ensombrece: el nacimiento de la Sociedad "Beethoven" es uno de aquellos episodios que la juventud realiza con todo el ardor de su corazón, y lamenta, luego, con toda la tristeza del fracaso. Segundo Luis Moreno y Francisco Salgado son los dos representantes de la escuela de Brescia.

Los nombres de los Córdoba, Ramos, Romero, Valdivieso.... tradicionales fueron en Quito, por su hereditaria vena musical. Aficionados de estirpe, como José Ignacio Veintemilla y Mario de la Torre, podría citarse en buen número.

Los años transcurrían y la técnica de la Composición era como privilegio de sacerdotes egipcios. El Dr. Sixto Durán, valiéndose de sus buenas relaciones con destacadas personalidades del mundo musical europeo, adquirió algunos textos que, por entonces, eran los más reputados de la escuela francesa, y con entusiasmo, constancia y fe —que le hacían superarse a

si mismo— llevó a cabo la educación de un grupo de alumnos en las asignaturas de Armonía, Acústica, Fraseo, Contrapunto, a cuyo fin no escatimó las horas de estudio en materias que para él mismo reservaban páginas inéditas. Estos noveles profesores, luego, se han especializado. Poco después de iniciarse esta cruzada, que pondría a las generaciones nuevas a ritmo con las exigencias de una enseñanza musical perdurable y fecunda, fue llamado a colaborar en la enseñanza del Contrapunto y la Composición Belisario Peña, quien desde entonces asumió la responsabilidad histórica de tan bello apostolado.

Las bandas militares, que tuvieron su época de florecimiento, han sufrido reveses debido al maléfico influjo de ciertos inconsultos ukases de la superioridad militar. Más de un siglo ha transcurrido desde que fue conocida la primera banda militar por los quiteños. ¡Qué revuelo en el espíritu cándido de las masas de esta pacífica ciudad produjo el truculento desfile del "Numancia": su banda, la primera que lanzó por las estrechas calles sus estridentes ecos, que estremecieron los apacibles ventanales de la católica urbe! Nota sensacional del año 1818. El empirismo ha reinado en éste como en otros ramos del arte. El segundo Conservatorio quiteño produjo directores de banda como Segundo Luis Moreno y Miguel Muñoz.

La historia del teatro lírico —al menos del importado, ya que el autóctono apenas si se anuncia para el porvenir— no comienza sino con el estreno del Teatro Nacional "Sucre", en 1886. La Compañía "Jarques" mereció ese honor, y por algunos años se escucharon en los salones y en las serenatas —que los quiteños, músicos o no, las han dado con tanto entusiasmo— los más felices pasajes de *El Salto del Pasiego*, *La Tempestad*, etc. En diferentes años (1904, 1909, 1921 y 1922) nos han visitado compañías de ópera. Los nombres de Lambardi y Bracale no se han borrado aún; el timbre de tan bellas voces como las de una Storchio, una Paggi, una Toniolo, un Pallet, un Bettoni no se olvidan fácilmente.

El fundador del arte coreográfico en Quito fué Raymond Maugé, profesor francés contratado, cuyas labores se inician en Agosto de 1929.

La canción nunca puede faltar en un país. Lindas canciones han brotado originales de este solar criollo; pero es curioso ver cómo prenden exóticas plantas de melodismo con tanta facilidad en nuestras latitudes; y en nuestro tiempo, el radio y el cine están realizando lo que faltaba para que las semillas —malas, en su mayor parte— vuelen y germinen; para que impere el mal gusto; para que algún día sólo interese a

los eruditos saber en qué país nació una canción, un ritmo, un aire. ¿Es que nosotros recogemos, como restos de vegetación y naufragio en las playas, las envejecidas modas de otros países? Algo hay de esto, pero mucho más de otra cosa, significativa y profunda: similitudes temperamentales entre naciones de igual origen, símbolos culturales que nos es fácil interpretar.

De todas las canciones, el yaraví —desgarrador, melancólico, digno de las amargas cavilaciones del **haravec**— alcanzó vida propia, y entonado al pie de las ventanas, hizo llorar a cien quiteñas que ocultaban su dulce resignación de amantes fervorosas, aunque tímidas y castas, bajo los cobertores empapados en llanto. ¿Cómo no recordar, por fin, la plegaria “¡Salve, salve, Gran Señora!”, que ha entonado la multitud con unción tan rendida en todos los templos quiteños?

Canciones en modo menor son las interandinas, hasta las que aparecen escritas en mayor. No amamos la tristeza: somos la tristeza. Nuestra tristeza “es la consumación de la melodía de la vida en tono menor”, como diría Keyserling.

¿El gusto musical quiteño evoluciona o involuciona? Hay quienes responderían, con énfasis, por lo segundo. Toda respuesta radical puede estar viciada de error original. En la formación del gusto batallan fuerzas poderosas e invisibles. El estilo, como espuma blanca, surge del oleaje, pero vuelve a hundirse, tal vez sin remedio, en torbellinos de emociones turbias e hirvientes; torbellinos de vida sentimental o subconsciente —individuales o colectivos— que encierran gérmenes de futuras creaciones. El localismo es el quilataje del folklore; el regionalismo es la proyección más honda de lo autóctono: imposible detener estas fuerzas o cercenar sus raíces; inútil y nocivo pretender un tránsito a lo permanente, a lo eterno, sin cruzar por las estratificaciones del subsuelo. Ay! de quienes pretenden alzarse, con orgullo despreciativo, para substituir —falsificando, a pretexto de ortodoxia— el “nacionalismo” por el “clasicismo”, sin haber comprendido bien el verdadero significado y las interdependencias misteriosas que unen estas dos modalidades, al parecer tan disímiles, de la cultura humana. En música, la melodía viene al mundo de dos fuentes: lo intuitivo —vale decir, lo anónimo—, vertiente inagotable, y lo elaborado —lo que perdura y consagra—. El genio puede obrar en ambas condiciones sus prodigios; en ambas la estulticia verter su alcalino brebaje. El gusto vive de estas posibilidades, de la confluencia de tales factores. ¿Cómo encauzarlo? El gusto musical quiteño parecía avanzar en condiciones

favorables. La ópera, la opereta y la zarzuela; la sinfonía orquestal, la clásica obertura bandística; los solos instrumentales, los buenos coros, etc., iban depurando su gusto. Pero todo esto parece haber sido un paramento; lo subconsciente vive y se impone con fuerza avasalladora; lo nuevo se arremolina sin tregua. El grito del incario, la sangre de color, el mestizaje, lo criollo, perviven, rugen, se agigantan; crisan los dedos, mueven los pies, agitan las caderas, engolan la voz, entreabren los labios y empañan los ojos con sus embriagueces. El radio se encarga de llevar los mensajes, de imponer los "esquemas" rítmico-melódicos, de propagar lo que ya era carne y sangre de grupos, de ciudades y de razas. Lo ecuménico vendrá. Quito es una ciudad ya preparada para los nuevos evangelios estéticos. Pero antes hay que vivir "nuestra" vida emocional, cantar "nuestras" canciones, bailar "nuestras" danzas... pero con un alto sentido estético. El estilo es una espuma que cristaliza en perlas, cuando se mezcla con las lágrimas silenciosas de quienes se sacrifican por el arte.

HUMORISMO QUITEÑO

QUITONIAN

"El público es una fiera; se necesita encadenarla con el dicterio o huir".— VOLTAIRE.

Con temeridad que no puede encontrar disculpa, de antemano sabemos que ni la capacidad nos asiste ni la ilustración nos apoya para barruntar en forma que valga la pena, algo que signifique por lo menos el escueto proemio de la noble y extensa materia del humorismo nacional ecuatoriano, parte integrante del que se da en la enorme Patria indoamericana, aunque a simple vista aparezca como tema despreciable y sencillo aqueso de trazar las características más salientes de la risa de un pueblo que no solamente significa alegría sana y feliz sino también filosofía morrocotuda y determinante, ya que el fenómeno de la risa como expresión de la inteligencia humana se adentra muy hondo en los dominios de la psicología y de la historia, fuerzas científicas que sería menester conexionarlas para de allí arrancar las características del alma genuinamente ecuatoriana a través de su prehistoria, de la fusión de razas y del proceso posterior en el cual nos hallamos comprendidos, es decir de estos cuatro siglos que dura ya el hogar quiteño-español que autóctonamente considerado ya brilló antes bajo el sacrosanto dosel de las civilizaciones precedentes: quichua, incásica, chibcha y en el fondo, la maya.

No obstante de lo poco que se ha escrito sobre la materia, el humorismo quiteño se levanta del medio obscuro que supone la esclavitud colonial, con claridades de cohete multicolor y altanero para criticar a los mandones castellanos, a los chapeto-

nes que no conocían, generalmente, la tolerancia y que sólo buscaban, bajo diferentes pretextos de conciencia, la forma más expedita de engordar el riñón.

Antes que las coplas criollas y las sátiras, de buen o de mal tono, que ha coleccionado pacientemente en antologías la Academia ecuatoriana correspondiente de la española, cabe primero averiguarse si el genio popular y su manera de producirse nos vino exclusivamente de España, de Andalucía, por ejemplo, o si experimentó transformaciones al fusionarse con el romance quichua, idioma gráfico y expresivo por excelencia.

Sólo así podríamos arribar a conclusiones que nos autorizarían a clasificarlo bajo la subdivisión de una nueva escuela humorística.

El llamado **folklore nacional** tendría por fuerza que referirse a las diversas influencias que concurrieron a la gestación de sus tradiciones, que se han filtrado en forma fija y silenciosa a través de los siglos y de los acontecimientos contrarios, tradiciones que se exteriorizan en usos y costumbres y que residen en la sangre de nuestro pueblo. Sólo que nadie se ha cuidado de incorporarlo ni exhibirlo como se merece. No ha mucho que llegó a Quito una distinguida intelectual estadounidense y se anduvo como loca por todas partes en busca de una fuente de ilustración folklorista ecuatoriana sin conseguir ni un gramo de lo que deseaba.

El chiste, el donaire, el humorismo, las chuscadas quiteñas permanecen expósitos, no obstante de su mérito intrínseco y de sus múltiples manifestaciones que las sentimos palpar a cada paso. Hora es, pues, de que le acojamos, le demos entrada generosa y le invitemos a sentarse a la mesa de la celebración cuatricentenaria, para que escancie hasta las heces el burbujeante y rojo licor de nuestra alegría y entusiasmo, a que le reponga de las mezquinas pasadías del pretérito, de las hambres y maltratos, de las incomprensiones y castigos. Y que se verga como el simbólico caballero de la triste figura para que arremeta con bríos renovados a los desconocidos yangüeses, a los decidores de lengua de hacha que hanse establecido abusivamente en sus batanes y cortijos, para enseñarle que en el duelo de palabras y de ideales, por locos que estos sean, no se trata de hacerle sangrar a la víctima, como a res, sino tan sólo de comezonzarle saludablemente el corazón con la punta del florete imaginario del ingenio, para que enderece su proa y cruce con gallardía los escollos que ofrece el anchuroso y traidor océano de la existencia.

No por lo temida sino por lo querida, arrimaremos el hombro a la delicada tarea de tratar en forma seria de asunto tan aparentemente vulgar como es el chiste, hijo legítimo del humorismo y de la gracia que como fenómeno psicológico ha sido analizado por Bergson. La risa tiene, pues, su filosofía y el que ríe es por ende un filósofo, de lo grande o de lo chico, según el caso.

El humorismo, que no tiene definición segura en los graves diccionarios, que han rehuido darle hasta los más reconocidos ingenios, contentándose los más en decir con LeStrange que "la definición del humor hablado, pintado o escrito, era cosa humanamente imposible."

Curioso conflicto, que sin escribirse la definición exacta, se produzcan los hechos, pues que los chistes viajan por todas las vías humanas, por los derroteros más escabrosos y las selvas más intrincadas. Y respiran a pulmón pleno los chistosos allí donde menos se soñaba encontrarlos. El chiste es ortiga de todos los climas y altitudes. A veces luce como tea incendiaria que reclama nuevas posiciones en la vida. Los descontentos alemanes que redactaron allá por los años 1515-1517 la famosa Carta de Varones Oscuros, libro satírico por excelencia promovieron la noble causa de la reforma en su país. Y muchos han visto en Rabelais, Moliere y Voltaire el precursorado de la Revolución francesa que la prepararon desde sus gabinetes de escritores ironistas y burlones.

* * *

Penetremos sigilosamente en el laberinto propio, santiguándonos con las reliquias de Menéndez Pelayo para que no nos silven las centurias, quien dijo que "el humor es lo cómico-romántico", alegre en la forma y de sentimental amaneramiento en el fondo.

Hombres hay que son la tradición viviente de cada lugar. Personificadores irrecusables de situaciones, el pasado habla, palpita y se mueve por su intermedio. Marcan la fisonomía del parentesco espiritual que se conserva latente a semejanza del de la sangre, que halla gestos evocadores entre los ascendientes de ultramar. La sonrisa maliciosa, los ojos grandes y redondos o rasgados de los abuelos, la cabellera en bucles naturales, de la madre, y el ingenio travieso de algún tío, sólo que han vivido separados, sin comunicarse siquiera epistolariamente.

El donaire espiritual de un pueblo se trasmite por intermedio de unos pocos y galantes actores que accionan despreocu-

padamente en el tinglado movedizo de las edades para señalar con frases preñadas de intención lo que a su turno fue inspiración de sus mayores. Es así como adelanta la humanidad: asimilándose de lo ido para formar el presente que no tardará en constituirse en pasado. No es, pues, esencial que para esta gestación incesante intervenga el libro, así como para el cumplimiento de la función genésica no es de rigor que se lea un tratado de sexología. Es un apoyo apreciable para el estudio comparativo pero en nada influye su presentación para que las manifestaciones del ingenio sean más acabadas o perfectas.

El chiste es un brote espontáneo del demonio interior que llevan dentro todas las gentes y se produce bajo determinadas situaciones.

La extensa familia de los profesionales o amateurs del chiste puede dividirse en los siguientes cuadros:

Humoristas,
Chistosos,
Chuscos, y
Repetidores.

Los humoristas crean los dichos espirituales y sentenciosos y dan las leyes del juego.

Los chistosos son los jugadores de cancha. Los negociantes de segunda mano. Los cómicos del esplendoroso escenario en el que se sucede la danza de las ideas luminosas con el ingenio.

Los chuscos son los recitadores de menor cuantía que muchas veces aplican, por su cuenta, lo ajeno. Son los "cajitas de música" de los fandanguillos de arroz quebrado.

Los repetidores constituyen el coro del humorismo puesto en escena. Somos nosotros los demás mortales, que de vez en cuando gustamos también de lanzar un **cacho** para matar la murria. Para calmar los "ladridos del estómago" y la sed de las almas.

Con variantes relativas ha sucedido en Quito lo que en otras partes: el chiste salado, la frase donairosa, la metáfora atrevida, la paradoja extravagante, la copla picaresca, el **cacho zandunguero** circulan con generosidad callejera que no tarda en treparse escaleras arriba a las mansiones señoriales, y, hétenos que de la noche a la mañana crecen las reputaciones de los autores, en relación inversa del buen nombre de los vapuleados. Un chiste bien ahorquillado vale más que una batería bien montada. De aquí que el humorista tenga más enemigos que un

presidente en primera línea, a los empresarios, de las cosas serias de la vida. Uno de estos señores, recién llegado de Europa, rajó con una crónica anodina contra ese "corral de infelices" que se deja ver en la Plaza Mayor, mascullando temeridades contra el prójimo, y otro, no menos grave, aumentó: "Se debería hacer una colecta de dinero para llenarles la boca a esos facinerosos. Sólo así se callarían". Para no quedarse atrás, un arquitecto añadió: "Estoy listo a dirigir el mausoleo donde se ha de enterrar definitivamente al chiste nacional, con una lápida que diga: "Aquí yace el secreto del desastre nacional".

Lástima muy grande es en verdad que nadie se haya cuidado de apoyar la idea de esos señores, así como que no se puedan comprar libros donde se narren, con la respectiva sal y pimienta, las aventuras del Doctor Custodio, clérigo colonial que le dejó atrás con sus aventuras, cada vez más brillantes y cómicas, al mismísimo Diablo Cojuelo, para entretenimiento de sus mercedes.

Entre tanto favorecido por la musa de la risa asoma la cabeza de otro presbítero decidor ingenioso e irreductible, cual fue el Canónigo Gómez de la Torre, que se especializó en bromas nada menos que contra Don Gabriel.

Se dirigía una tarde a la Catedral para asistir al Coro de aquella en circunstancias en que se empedraba una de las calles contiguas. Para decir algo, comunicativo como era, averiguó a los maestros de la obra quién les había ordenado formar ese rompe cabezas y cuando éstos le replicaron que el amo Presidente, comentó el enfurruñado presbítero diciendo:

—"Qué loco éste, que no va a dejar en las calles piedra sobre piedra."

García Moreno que se hallaba en las cercanías, malicioso de lo que ocurría, apretó el paso y tomándole al agresor por la espalda, le interrogó muy fresco:

—¿Qué está usted diciendo, señor Canónigo?

—¡Estoy admirando sus obras, Excelentísimo señor...!

—¿Conque, admirable, eh? ¡Si usted me decía que no lo era, le habría mandado descomponer y devolver esas piedras al Pichincha!

—"Siga no más, Excelencia, con sus piedras, que yo me voy a pensar en Dios", le dijo el Cura, agitando violentamente la teja del sombrero, en señal de despedida.

Al Canónigo Gómez de la Torre se le da la paternidad de la estrofa salutaria al tirano, que decía:

"Buenas tardes, Excelencia,
Ilustrísimo Señor,
¿Cómo está su mercesita
Taita Dios del Ecuador?"

Que le pinta a don Gabriel hundido, hasta las cejas en la reforma divina y humana, componiendo la una y dañando la otra. Posteriormente, entre otros tantos, que no hay espacio para nombrarlos, aparece la figura distinguida de don Pancho Aguirre Guarderas que se fué resueltamente contra los molinos de viento y los rebaños de Panurgo de los prejuicios sociales. Aparte de los innumerables dichos y epigramas heroicos contra sus propios parientes, escribió dos comedias de costumbres sociales, dos "Recetas la una para Viajar y la otra para Heredar, que daban la pauta para solucionar el frecuente caso de la sangre azul que luchaba por mezclarse con la discutida clase media; y para heredar, los arbitrios de que suelen echar mano los galanes codiciosos para cotizarse en aras del séptimo sacramento de la iglesia.

"¿Qué es lo chusco?, le preguntaron sus amigos en cierta ocasión. Y don Francisco les contestó, poniéndose muy grave: —"Pues, me parece mucho más fácil no definirlo, sino más bien sentirlo, como la armonía que lanza una regia orquesta o la luz que nos libra repentinamente de la obscuridad. Lo chusco es la simpatía, la apreciación, el amor se expresa por la boca de esos seres invadidos por la locura excelsa de Don Quijote y los absurdos prosaicos de Sancho Panza o por el jovial animalismo de la mayoría humana que se cree fuera de la fiesta. Por esos es que las chuscadas brotan aún en la mitad de las mismas piedras."

En cierta reunión campestre ocurrió que se hablara acerca de pergaminos nobiliarios. Los aludidos callaban solemnemente, los segundones aprensivos soltaron unas cuantas zopen-cadas, los plebeyos observaban maliciosamente, hasta que por último, uno de esos dómines que nunca faltan, se puso de pie e improvisó un brindis largo y entre otras cosas dijo: —"Be-bamos por nosotros que no hemos claudicado aún ante los golpes rudos de la democracia..."

Otro asistente dibujó expresivo mohín de incomodidad mientras sorbía el exquisito falerno. Indignado el orador le interrogó, desafiante:

"—¿Y qué de singular tiene mi afirmación para que usted se ría de mí?"

“—No me río de lo singular sino de lo plural”, replicó éste sin inmutarse.

Era don Pancho Aguirre que sacaba la cara por sus amigos los llamados de “medio pelo”.

Los frailes han sido también espléndidos mantenedores del *esprit* quiteño. Muchas coplas y aventuras, a ellos se las debemos hasta la intromisión del *rucu cadete*, según le llamaban las cajoneras de los portales quiteños a don Gabriel, en las vidas de sus santidades. Cada convento era dueño del barrio respectivo donde estaba situado, con *guambras* y todo, ¡Y qué lindas debieron ser las contemporáneas de nuestras abuelitas!

Cuéntase de un Provincial de esos predios espirituales y materiales urbanos, que necesitado de plata fue a pedirselo a uno de los legos que se hallaba a la sazón un tantico borracho, y que solicitado por su Superior le alargó muy gentilmente un puñado de libras. Sorprendido de tanta largueza, le inquirió éste, de dónde las había. El lego sin inmutarse le dijo:

—De las beatas, su Reverencia, que me regalan para que les converse de usted, a más de los sabrosos pisco-labis y bizcochuelos que me tienen postrado.

—¿Conque a tí te regalan y a mí me chupan la sangre esas malditas?— fué la conclusión del tonsurado libertino, alargando la mano para coger las libras.

* * *

Muchos años más tarde, llegaba a Quito, después de prolongados viajes, Eduardo Borja. Desde el principio le declararon los cenáculos del chiste quiteño como a su Dictador y señor único, no obstante la enormidad de Enrique Bustamante y López que ya tocaba retirada, después de larga y fecunda monarquía. Educado en Suiza, un país tan serio, jamás quiso colgar su máscara festiva en la percha de las conveniencias sociales, que más bien las atacó con mucho ardor e ingenio. Algún día se han de publicar sus apuntes acerca de lo que él vió y observó en Europa que bien merecería la risa despampanante y rotunda de toda América. Los franceses le preguntaban con sumo interés, cuántas coronas de plumas tenía su padre y él les contestaba que muchas: de lora, papagayo, paujil y hasta de buitre, para luego hacer una respetuosa reminiscencia de su ilustre padre que bien hubiera merecido, de haber nacido allá, ser Presidente de Francia, vistiendo en vez del cómico adminículo que le endilgara la fantasía ignorante europea, una encumbrada chistera de siete reflejos.

Psicólogo formidable, descomponía con facilidad las situaciones forzadas y de cajón. A la farsa le puso fuera de combate muchas veces. En las barras del Congreso era irreducible. Se apoderaba y guiaba como mariscal auténtico la opinión de los que le oían. Con mucha razón han dicho que muerto él el Congreso se estaba dando el pisto de gallito de la peña. Borja tuvo el pep de los ingleses, el esprit de los franceses, el umore de los italianos y la gracia más criolla que darse pudo en estas latitudes.

De Arcesio Escobar se cuentan muchas cosas cada cual más salada que otra. Melifluo e inofensivo a simple vista es hábil auscultador del corazón humano. De réplica pronta y maliciosa, le deja soñando al adversario si fué o no ofendido, que él apoda de traído. A Don Fernando Pérez, casi lo manda al Manicomio con sus frecuentes voladas, cuando se hallaba construyendo la casa que ocupa hoy el Hotel Metropolitano. Se aprovechaba de desconocidos para ensopearle recados.

—Dile a mi hermanito, que está allá sentado, que para qué día ha dejado la colocación del reloj en la fachada de la casa. Que la gente está hablando feo diciendo que ha puesto, sin motivo, ese hueco.

—Contéstale que ya sé quién es él. Que no hay tal reloj. Que si él quiere hacer las veces venga en seguida. Y que si quiere tirarse a la vereda, también puede hacerlo.

* * *

Yo no sé si deba figurar en esta reseña rápida un hombre de tan mala suerte y buen condumio como lo es el mocho Nieto, representante sentimental de muchas jorgas quiteñas que ya han desaparecido y enamorado eterno de la musa del arroyo. Una noche nos decía, "entre las horas de 10 a 11, tiempo fatal o desgraciado, en que sucede un daño o no pasa lo que se ha deseado."

—"¡Cuántas lucasitas!... Debajo de cada una, algo sucede... de amor o de pena... De comprensión o de odio.— Es un jardín de flores luminosas que se extiende desde los panteones hasta las caídas del Machángara; desde el Pichincha, patria de las siemprevivas que orlan los tejados de la urbe, hasta la Tola, mi barrio, desde cuyos miradores disparo mis disparados versos o los picantes epigramas que bien merecen asentarse con una docena de cerveza... Nieto es así, verleniano, todo lo ve al trasluz de las burbujas opalescentes o rubias.

* * *

Otro. Es el temible capitán Piola, Frank Barman y Raúl Andrade que le está dando fama a la tercera página de "La Mañana" con sus crónicas cachacas, aunque un tantico tóxicas. Se maneja una kodak detectivesca que el momento menos avisado puede irse contra sí mismo. Ironista hondo de vistazos multilaterales, se olvida con frecuencia de que está solo embromando y se pone más pujante que una locomotora. A los escritores en general hay que aconsejarles, lo que decía un famoso plazolero quiteño, el negro Rosanía: —"Para dar duro hay que chupar parejo y no cerrar los ojos, así le lluevan a golpes". Muchas veces hay que atenuar la agresividad, sustituyéndola por la elegancia que casi siempre atrae triunfos más agradables y duraderos.

* * *

Revisando muchos papeles y periódicos antiguos para ver la manera de darle mejor apariencia a este boceto nos hemos encontrado con EL DEAGORAS, hijo de LA ONZA AFRICANA, hojas ambas que llenaba con sus chabacanerías malolientes un pedagogo que se llamó don Luis Z. Rañón. Reproducimos a continuación un trozo de lo más entretenido y bien puesto que da la medida de las ejecutorias satíricas de su editorialista.

Decía:

"El ilustre académico español don Marcelino Menéndez Pelayo, en una de sus críticas sobre autores americanos, muy suelto de huesos, se ha permitido decir que los **Siete Tratados** de nuestro insigne compatriota Juan Montalvo, no eran otra cosa que un jardín de paja, por no ser de obra de fondo, sino una miscelánea de banalidades. Véngase por acá, don Marcelino, sabiendo autor de la "Historia de los Heterodoxos Españoles" y otros libros de grande aliento, que le han dado a usted tanta fama en el mundo literario, y aún cuando no paso de ser un modesto pedagogo de aldea, permítame corregirle a un Académico de tantas campanillas por ser de la Real Española, que aquí, entre nosotros los americanos, a los campos incultos donde crece la paja, no los llamamos **jardines** sino **páramos**, porque como usted y sus colegas saben mejor que yo, solamente a los huertos de recreación, compuestos de plantas deleitosas por sus flores, matices o fragancia, formando cuadros simétricos, laberintos o distintas figuras, se les denomina jardines."

* * *

Con mayores datos, algún día de abril florido nos ocuparemos de la caricatura gráfica en el Ecuador y de aquellos que nacieron para expresar con el lápiz el espiritualismo que late en sus cerebros templados por la temperatura moral del medio; que confían en que muy luego aparecerá una atmósfera social innovadora que venga a convertir en verdades lo que ahora aparece como un adorno cromático de exageraciones que salieron del lápiz que lo cargan muy unido al corazón.

* * *

Y aquí concluye el primer tranco de la deficiente tarea. Que los siglos no me escupan y que quienes la lean hasta el fin, suplan caritativamente las deficiencias que son muchas.

LA ARQUITECTURA CIVIL DOMESTICA EN QUITO, EN LA EPOCA VIRREINAL

JOSE GABRIEL NAVARRO

Como la arquitectura indígena era pobre, lo mismo en el Ecuador que en los demás países de América, si se exceptúa México, los colonos españoles tuvieron que traer de España arquitectos, albañiles y carpinteros para construir sus casas y los templos de las ciudades que fundaban.

En Quito, pues, la arquitectura fue obra exclusiva de los españoles. Naturalmente, en su desarrollo cobró tintes especiales con el ambiente y hasta adquirió un especial vocabulario que se conserva hasta hoy. Los colonos implantaron todas las industrias necesarias a la arquitectura, desde la fabricación del adobe, teja y ladrillo hasta el acondicionamiento de la madera y piedra labrada. El modelo de la teja fue el antiguo modelo castellano, las dimensiones del ladrillo, exactamente las mismas que establecieron los antiguos romanos.

Antiguamente había una clase de albañiles que tenían la exclusiva y especial ocupación de construir las paredes de un edificio. Se llamaban **parederos** y los había de dos clases: los que fabricaban paredes de adobe o de ladrillo, y los que las hacían de **adobones** de tierra ligeramente humedecida y apisonada en grandes bloques, según tradición arábigo-andaluza. En el norte del Ecuador hay casas de dos altos fabricadas con adobones.

La casa quiteña colonial era un trasunto de la andaluza local, no de la árabe, con zaguán recto hacia el patio porticado a la romana, que tanto privaba en el Mediterráneo, y

con fachada abierta. Lo principal de la casa era el patio. Se dice que consultado un colono por su arquitecto sobre las características de la casa que le encomendara construir, le respondió: "Hacedme un gran patio, y si queda sitio, las habitaciones." La casa era de uno o dos altos; las habitaciones corrían alrededor del patio, en el frente y los flancos con corredores abiertos; pero al fondo y paralelo a la fachada, una azotea de azulejos en lugar del corredor. Los balaustres del pretil del corredor eran de madera, torneados o recortados en formas características; y los de la azotea, de barro vidriado verde. Las paredes principales o maestras se hacían de adobe o ladrillo; pero las secundarias o intermedias, por lo regular eran de bahareque construido con cañas, o de esteras o de un aparejo de alfajias de madera relleno de ladrillo crudo puesto de canto, o de medio ladrillo denticulado para ayudar a la trabazón. La cubierta del frente de la casa era a dos vertientes, la de los flancos, sólo de una, por lo cual llamaban de media agua. Esas cubiertas se hacían con **tijeras** de madera, cuyas **piernas** se unían con tirantes y descansaban sobre vigas **costaneras** empotradas en la superficie superior de las paredes.

Las tijeras se unían en sus vértices con vigas **cumbreras**. Luego se procedía a **enchagllar** la cubierta; tarea que consistía en tender sobre las tijeras una verdadera red de palos largos y delgados llamados **chaguarqueros** o **mantaqueros**, y que no son sino los tallos de la flor de la cabuya. Sobre esa red se extendía, en seguida, un tupido tejido de **carrizos** y encima procedía a tender las tejas el albañil.

Cubierto el esqueleto del edificio, venía la tarea de ejecutar el cielo raso de las habitaciones y corredores. A esta operación la llamaban **tumbar** y al cielo raso, **tumbado**. Procedíase para ello en forma análoga a la empleada en la cubierta: tendían los obreros red de chagllas y la tupida de carrizos y quedaba así formado el cielo raso. Venía en seguida la operación de sujetar y nivelar el **tumbado**, que lo conseguían atándolo en diferentes partes con cuerdas hechas de la cabuya machacada y denominadas **soguillas**, contra las vigas superiores. Esta operación se llamaba **atormentar**.

En seguida venía el enlucido del edificio. Procedíase, primeramente, a **empañetar** las superficies, con lodo mezclado con pala picada y luego a enlucirlas con el mismo lodo molido aplicado a la pared ya seca y frotada con una regla de madera para alisar y abrillantar la superficie. Mas como ésta, al secarse, se resquebrajaba, esas quiebras las cerraban con el mis-

mo lodo bien diluido en agua y aplicado a la superficie de paredes y cielo raso con un hisopo de pelos de cabuya. Esta operación llamaban **mazamorrear**. De esta manera, la pared y el cielo raso quedaban listos para ser empapelados o pintados.

Mientras tanto al carpintero, que había preparado la madera para la cubierta, las vigas y alfajias, para los pisos, los **lumbrales** para los vanos, los pilares con sus zapatos para los corredores, los **canecillos** para los aleros, los balaustres para los pretilos y el pasamano de la escalera, hacía las puertas y ventanas del edificio: enorme la de la calle, con postigo y claveteada con bulas de adorno o clavos redondos; pequeñas las otras y asegurados sus tablones al marco con simples clavos de **tillado** o de **tillería**, que se solían comprar entonces a dos pesos el ciento, fabricados por los herreros.

Las gradas de las escaleras eran, ordinariamente, de ladrillo, a veces puestos de canto y detenidos por una cinta de madera para impedir el desgaste de los escalones y asegurar su buen estado. Los pisos de las habitaciones, lo mismo altas que bajas, eran igualmente enladrillados con ladrillo cuadrado hecho expresamente con este objeto. Esos ladrillos se colocaban en los pisos sobre alfajias; pero en los inferiores previa la operación de **solarlos**, es decir, de cavarlos un poco, ahondando el suelo a fin de evitar el contacto directo del ladrillo con la tierra e impedir la humedad en la habitación, y colocando las alfajias sobre pilones de piedra o de ladrillo de regular altura. En cambio, las azoteas se cubrían con grandes ladrillos llamados **mambrones**.

Los balcones o cerramientos de las ventanas eran unas veces de balaustres simples de madera en forma de columnitas redondeadas; otras, de tablas anchas recortadas en forma característica; y, a veces, también, una sola tabla decorada en relieve tallado.

El material de construcción variaba un poco en las casas de los ricos, que usaban la piedra para el zócalo de las fachadas para los portales y pórticos del patio. Entonces la piedra se trabajaba en serie, como lo demuestra la igualdad absoluta de capiteles, basas, formas ornamentales, ménsulas que se encuentra en las diversas fábricas quiteñas. Casi todas las casas antiguas tenían su portal de piedra ornamentado, algunos lucían su blasón de armas de familia, o en su lugar alguna efigie o, por lo menos una inscripción piadosa, cuando no ha llegado el lujo hasta colocar dos columnas salomónicas acantoadas. Aún en la actualidad Quito cuenta con buenos ejemplares de cada variedad de estos portales.

En lo regular, las casas no tenían un solo patio, sino dos, tres y, a veces, cuatro con el corral, tan necesario para los animales de carga que venían semanalmente de las fincas rurales y de las haciendas, con viveres para la casa o productos para el mercado. En uno de esos patios o en el corral se hallaba la pesebrera o establo para la vaca lechera de la familia y para los caballos de silla de alguna estima. Daba lugar a esta acumulación de servicio la enorme cantidad de terrenos de que el colono disponía; pues en la repartición de tierras para poblar, lo mismo antes de la Legislación de Indias que después, la ciudad se trazaba, según la costumbre urbanística medieval, en manzanas de a cien varas castellanas, cortadas en ángulo recto, como tablero de ajedrez; manzanas que, divididas en cuatro solares cada una, eran adjudicadas a cuatro pobladores, que así llegaban a disponer para su casa de la bicoca de 2.500 varas cuadradas de terreno cada uno.

La arquitectura doméstica quiteña, como toda la hispanoamericana de la época virreinal, nace, según decíamos, de la española. El colono español, como el criollo después, no hicieron otra cosa en sus edificaciones que poner en planta las Ordenanzas de Sevilla y trazar con portal, sala y todos los departamentos que su dueño pedía para su comodidad, las casas ordinarias o comunes: con salas, cuadras, cámaras y recámaras, portal y patio porticado con zaguán, las casas de los señores ricos o principales; y con los mismos servicios aumentados en número o ensanchados en tamaño y más decorados, las casas reales o del Estado.

Decíamos, al principiar, que la casa quiteña era la andaluza local y no la árabe. La prueba de ello tenemos en la entrada, que no presenta el zaguán en ángulo, como el de la casa mora, sino el zaguán recto que deja ver el patio desde la calle por la puerta principal. Ni los servicios de la casa eran iguales a los que prestaba la casa morisca, ni había un solo tipo para la casa ordinaria, como pasaba entre los árabes.

No siendo el llamado estilo colonial de nuestra arquitectura sino la adaptación de los estilos reinantes en España durante su dominación en América, no hay que admirarse si, no prestándose para la arquitectura doméstica popular los estilos herreriano, barroco y neo-clásico, de los siglos XVII y XVIII, y habiendo decaído la arquitectura casera gótica y moruna cuando la conquista de América, no se hubiere recorrido en ésta, sino a la ordenación de la casa andaluza romana, en boga en España durante aquella época.

En cuanto a la decoración arquitectónica, fue pobre la ar-

quitectura civil de Quito. A las paredes enjalbegadas de blanco y ligeramente decoradas con algún piso o cenefa de color, sustituyeron las forradas de papel, y decimos **forradas**, porque cuando recientemente se introdujo el uso del papel tapiz, éste no se le pegaba con engrudo, sino se le clavaba con tachuela fina. A veces, en las casas de los muy ricos, la cuadra era forrada de tela de seda y sus techumbres adornadas con gruesas sogas retorcidas que, doradas, formaban graciosas y elegantes molduras.

El aspecto exterior de la casa colonial no correspondía a veces a su riqueza interior. Solamente, a partir del siglo XVIII, con el acrecentamiento de la riqueza en la colonia, se comenzó a ver mayor ornamentación en los portales, talla y pintura en los canchillos; zócalo de madera alrededor del muro como lo usaban los flamencos.

La arquitectura civil en Quito, no se formó sino después de la religiosa. Los frailes, que fueron los maestros insignes de las artes en el Nuevo Mundo, primero atendieron a levantar sus conventos y, precisamente esas fábricas constituyeron la escuela práctica de los arquitectos y albañiles que luego fueron los constructores de las casas de los ricos quiteños, de las cuales ya se conservan sólo restos.

PANORAMA DE LA EDUCACION QUITENA

LUIS F. TORRES

I

Quito, Capital del Ecuador, ha tenido una situación prestante dentro de la cultura nacional. Diríase que el clima mismo, con su gama de todas las estaciones en un día, el medio ambiente, propicio a la meditación y al estudio, en su plegamiento de cordilleras, que en esta parte se destacan en poemas de fuego y de nieve, han sido parte principalísima en la concentración de los espíritus y en los callados afanes del intelecto.

En los tiempos del Incario se destaca un soberano, Atahualpa, que, según dan a conocer sus biógrafos, supo distinguirse por su claro talento, por su paternal magnanimidad, por sus dones de intuición gubernativa y por sus dotes prácticas de administrador del Imperio Incásico. Muerto Huainacápac, y llegada la hora de la sucesión entre Huascar y Atahualpa, este último monarca se puso al frente del Reino de Quito, y le dió impulso de organización y de progreso. Si los hados no le hubiesen sido adversos, mejor dicho, si no hubiese sonado la hora final para las tierras vastas de los Incas, con el asomo de los españoles, que surcaban los mares, sedientos de riquezas y aventuras, no es dable presumir a qué grado de civilización, en el sentido humano de esta palabra, habría llegado el Reino de Quito, con sus ricos templos al Sol, con sus tierras distribuidas bajo un concepto de igualdad social —que hoy apenas constituye una aspiración incomprensiva e incomprensible, con sus habitantes sencillos y frugales, con sus vírgenes soñadoras en la

placidez de sus encierros. Porque —curiosa analogía de sacrificios, dentro de un sentimiento religioso esencialmente panteísta—, los Incas tenían monasterios y vírgenes consagradas al culto de sus divinidades. Y el Sol estaba bella y pomposamente servido.

Puesta la planta española en tierra de América, se inicia, muchas veces en forma bárbara —y esta antítesis es interesante—, una era completamente nueva de cultura, inasimilable para los aborígenes, por sus métodos y sus fines. La esencia religiosa, sutil y compleja por sí misma, no podía ser captada, en forma impositiva, por los espíritus sencillos y simplistas de los indígenas. Y así, a las supersticiones propias de sus creencias, que a través de las manifestaciones de la naturaleza reveláronse avasalladoras y pujantes, se añadieron nuevas supersticiones —mezcla de paganismo y catolicismo—, que dieron como resultado el respeto aparente y la rebelión callada y la actitud superficialmente humilde, tímida y obediente y en realidad inconforme en el fondo, que han caracterizado las manifestaciones ordinarias de la vida de los aborígenes, que acabaron por desconfiar de los blancos y por enclaustrarse en su apartamiento y silencio autóctonos. Por demás deplorable este divorcio espiritual de la raza vencida, por la reivindicación de cuyos derechos las nuevas generaciones han comenzado a demostrar entusiasmo, si bien es cierto que más en un terreno especulativo que en el de positivas realizaciones.

Carecería de imparcialidad crítica, desde luego, no reconocer la contribución ofrecida por las primeras comunidades religiosas, que se establecieron en la Colonia, en favor de la culturización de las masas indígenas. Más beneficiosos habrían sido los resultados, por cierto, si su misión no habría sido esencialmente catequizadora y hubiese contemplado también los aspectos realistas y prácticos de la vida. Desde luego, aquellos eran tiempos de especulación metafísica por parte de los emisarios del Evangelio y de especulación monetaria por parte de los conquistadores. Bien conocido es que España, sobre todo en los primeros tiempos de la conquista, no trasvasó sus mejores hombres en tierras de América, ni su ojo, vigilante para todo cuanto tenía un sentido de expansión y dominio, alcanzó a penetrar los intereses espirituales del nuevo Continente. Su aporte cultural, dentro del autoctonismo americano, tenía, pues, que ser, necesariamente, limitado y la orientación ideológica, absolutamente unilateralizada en el sentido religioso que luego hubo de mezclarse, para dar un producto de hibridismo formulístico,

con las supersticiones pintorescas de los aborígenes. Por esto, al querer ofrecer un panorama de la cultura de la parte representativa del Reino de Quito, hoy República del Ecuador, la observación y el análisis se han de limitar exclusivamente a la raza vencedora, quedando al margen la vencida, como lo está hoy y como lo estará por mucho tiempo, en tanto que los postulados de redención indigenista no tomen asidero en la realidad, a base de un estudio más hondo de nuestro ambiente y una aplicación más humana de las conquistas ideológicas, que hoy circulan por el mundo.

II

Generalmente aparece borrosa, en los aspectos de la cultura, la etapa colonial. Se ha hablado de que en nuestra historia representa la Edad Media. La crítica histórica moderna, a la luz de nuevos documentos, de investigaciones y de hallazgos recientes, está empeñada en una revisión del medioevo europeo. Del mismo modo, la época colonial americana encierra todavía muchos y valiosos secretos que habrán de revelarse a los hombres de estudio y que servirán para rectificar y aclarar muchas de las leyendas de aquellos tiempos. Recordemos, en esta ocasión, una frase de la notable escritora venezolana, Teresa de la Parra, cuando departíamos en un precioso rincón de los Alpes suizos, en junio de 1932, sobre las cosas de nuestra América. "La vida colonial de nuestra América—decía—encierra un enorme interés que hay que saber descubrirlo." Y nos refería que se hallaba dedicada a investigaciones de esa índole, que espera darlas un día a la publicidad. Claro que ese libro sería otro de los pocos, pero bellísimos libros con que tan pulcra escritora ha regalado al Continente.

La conquista del Reino de Quito se realizó a principios del segundo tercio del siglo XVI, cuando las letras en España habían llegado a su mayor florecimiento. La edad de oro irradiaba con doble esplendor: el poder político, que encontrando estrechos los horizontes de Europa se desplazaba hacia el nuevo mundo y el del poder espiritual y religioso que seguía rutas paralelas al primero. Con las pragmáticas de Carlos V viajaron también los metros de Boscán y Garcilaso de la Vega y las prosas bien trabajadas y unciosas del Lazarillo de Tormes y de Fray Luis de Granada. Sin embargo, los menesteres de la conquista y las ocupaciones de arraigo en las nuevas tierras no dejaron tiempo para los cultivos literarios. Y al es-



LA UNIVERSIDAD CENTRAL

tridor de la pelea, en desigual batalla con los indígenas del Imperio de Huainacápac, sucedieron las intrincadas luchas y las interminables disputas entre los propios castellanos, venidos en viaje de aventura y de dominio.

En medio de este campo de lucha de pequeños intereses y de ocupaciones intrascendentes, la instrucción pública no podía ser objeto del miramiento oficial. Hay que imaginarse, por lo mismo, con qué extrañeza no sería recibida la noticia de la fundación de la **Escuela de San Andrés**, llevada a cabo por los religiosos franciscanos y destinada, según aseveran los historiadores, a iniciar la instrucción de la clase popular. Se dice, incluso, que fue una especie de escuela "politécnica", como que en ella se iniciaba en las ciencias elementales y se adiestraba en las manuales artes.

Casi toda iniciativa de instrucción ha de partir, durante la Colonia, de los conventos, y maestros y catedráticos han de ser, necesariamente, religiosos. Después de cosa de cuarenta años de establecida la primera escuela, fúndase el primer instituto de segunda enseñanza. El nombre del obispo Solís suele ser citado con veneración por haber sido él quien, en 1594, abrió el **Seminario de San Luis**, que fue puesto bajo la dirección de los Jesuitas. Estos religiosos han disfrutado del predicamento de sabios, y no hay duda que han sabido mantenerlo, poniendo su sabiduría, cuando ha sido menester, al servicio de los intereses de la política, como que la educación y la política, como lo demuestran las dictaduras modernas, tienen que darse la mano, para alcanzar un mismo fin. De ahí que lo más importante, en las sociedades actuales, sea la determinación de los fines educativos.

La ciudad de Quito, esencialmente andina y acogedora, ha gozado, desde la Colonia, del prestigio de ciudad universitaria. Los historiadores anotan la existencia, en el siglo XVII, de tres universidades, la de San Fulgencio, la de San Gregorio Magno y la de Santo Tomás de Aquino, regentadas por los agustinos, por los jesuitas y por los dominicos, respectivamente. No hay para qué decir que se suscitaba, con este motivo, una notoria competencia en los estudios. Y los certámenes públicos que se llevaban a cabo periódicamente, siempre sobre disquisiciones teológicas, ponían de manifiesto la entraña didáctica universitaria, en cuanto a métodos escolásticos—y en cuanto a fines, exclusivamente dogmáticos, con aspectos de aficiones y cultivos literarios, inspirados en el culteranismo y conceptismo, importados caprichosamente a nuestra América, en aquellos

tiempos, y resuscitados, con savia autóctona, en la época rubendariana.

Un siglo más, siglo XVIII, y el obispo Pérez y Calama ha de recomendarse a la posteridad como un propulsor decidido de los estudios superiores: la Universidad de Quito le debe un plan de estudios que, para entonces, puede considerarse avanzado, por las nuevas materias de enseñanza, tales como la Economía Política, hacia cuyo estudio alentó y estimuló a la juventud quiteña.

Los nombres de Pedro Vicente Maldonado, José Mejía, Eugenio Espejo, y Juan de Velasco constituyen, sin duda, la síntesis de la cultura colonial, en sus diversas manifestaciones. Recibieron, es verdad, influencias de ambientes extranjeros, a donde el viaje obligado o voluntario los llevó. Pero la raíz de su formación la habían tenido en Quito y el amor a esta tierra les hizo tornar los ojos desde la lejanía de otras playas hacia las inquietudes que ya se dibujaban en los horizontes patrios por la conquista de la libertad y los derechos que la Península no se decidía a reconocer a los pueblos a quienes miraba con ternura de hijos todavía débiles, que apenas comenzaban a dar pininos en el gobierno de sí propios y que requerían ser sometidos a pruebas y ensayos...

III

Sin embargo, se alcanzó, tras arduo bregar, la libertad. Fue la hora señalada en los destinos del Nuevo Continente. Quito tuvo la primacía en la lucha y la gloria en el martirio. La historia había de signarle con el dictado de "Luz de América", como consagración de su procerato en la epopeya emancipadora.

A las faenas de la gesta guerrera —que fue explosión de energías y anhelos contenidos—, habían de suceder, con pujanza explicable, los empeños de cultura y de progreso. La instrucción encontraba campo más dilatado y podía y debía acentuarse en forma mucho más libre y expedita. Pero como, no obstante el radical y profundo cambio de régimen de gobierno, la influencia religiosa y dogmática había de continuar imperando, el avance en la enseñanza y en los métodos tenía que seguir el ritmo de la política supeditada a los mandatos de Roma.

En la era republicana —que se inicia en 1830— hay atisbos de reforma. No fueron extrañas para el Libertador Bolívar

las concepciones educativas. Algún día se estudiarán estos aspectos de su inquietud mental y se verá cómo tuvo ideas pedagógicas demasiado avanzadas para su época y sobre todo, de muy difícil ajuste en el medio prejuicioso y retardado en que tenía que actuar. Tampoco su obra podía contar, en esos momentos, con los colaboradores necesarios. El clero, el agente poderoso de su programa de instrucción, tenía que realizar, forzosamente, una labor unilateralizada y parcialista. Y la educación, si ha de ser alta, ha de ser serena, amplia, imparcial.

El único método de que se oye hablar en los primeros tiempos de la República hubo de ser el método de Lancaster que, con varios matices y nombres a veces sugestivos, se ha prolongado a lo largo de cien años. Quién no recuerda, si torna la mirada hacia la infancia, los varios episodios de la enseñanza monitorial? Un alumno, no siempre el más inteligente, ni el más aprovechado, constituido, a veces zurriago en mano, en maestro, imponiendo la disciplina de la clase y "tomando las lecciones"! Pero, gracias al sistema lancasteriano, pudo haber disciplina y enseñanza, cuando no abundaban los maestros y uno solo tenía que habérselas, frecuentemente, con más de un centenar de alumnos. Lancaster tuvo visiones pedagógicas acertadas, y hoy se le recuerda en Europa como el iniciador de métodos —pues alguno tenía que existir—, en la América del Sur, especialmente en Colombia. Y con las variaciones y adaptaciones explicables a los avances de la educación contemporánea, diríase que el método Lancaster, que tiene como base la enseñanza mutua, ha se reencarnado en el método Cousinet, el ilustre maestro francés que ha revolucionado la escuela, obteniendo grandes rendimientos, con sus valiosos ensayos del trabajo por equipos, que tiende a desarrollar entre los escolares los sentimientos de solidaridad y de cooperación.

La enseñanza en el Ecuador se caracterizó, sobre todo durante los dos primeros tercios de la vida republicana, por su carácter particular. Universidades y colegios estaban regentados por instituciones religiosas. El Colegio de la Concepción fue el de mayor prestigio, al que acudían las señoritas de la más alta sociedad de Quito. Las escuelas primarias, en cambio, eran objeto de la atención, siquiera en pequeña escala, del Gobierno y principalmente de los Municipios.

La Institución Municipal, la vieja Comuna española, hay que reconocer, ha prestado en nuestro país valiosísimos servicios a la educación pública. Con noble emulación se han preocupado los municipios de establecer escuelas, de fomentar la

instrucción, de combatir el analfabetismo, de becar a estudiantes distinguidos para que realicen estudios en la Capital. En la Historia de la Educación ecuatoriana, la acción cultural de los Municipios ha de ser consignada con elogio.

Este fervor por la educación ha sido creciente en lo que respecta al Municipio Quiteño, que ha sabido ser fiel depositario de sus más honrosas tradiciones. Atento al ritmo de las exigencias modernas en cuanto a la formación cultural de las nuevas generaciones, ha contribuido a dar un impulso notable a las escuelas que ha creado y que procura mantenerlas en un elevado pie de prestigio. La Escuela "Espejo" y la Escuela "Sucre", a las que acuden centenares de alumnos quiteños constituyen un honrosísimo testimonio de cómo el Concejo de Quito ha comprendido sus deberes de representar al pueblo y de velar por sus más caros intereses. La capacitación de la mujer para la lucha por la vida, dentro de las exigencias de los tiempos actuales, ha sido también, motivo de preocupación para el Municipio quiteño. Primeramente auspició la fundación de una escuela profesional de mujeres, la misma que se convirtió en el Liceo Fernández Madrid y que en la actualidad puede figurar como un modelo de instituciones de este género, en todo el país. Cuando visitamos este Establecimiento, a nuestro regreso de Europa, nos sorprendió gratamente el progreso que había alcanzado en corto tiempo. Un amplio edificio en una de las principales avenidas de Quito. Espaciosas salas de clase en las que se veía, como en gracioso colmenar, a numerosas señoritas entregadas a sus diferentes faenas: ya al perfeccionamiento de su instrucción escolar, ya al aprendizaje de alguna arte manual, desde los pacientísimos trabajos de bolillo, con su tinte de pretérito, hasta los modernísimos bordados a máquina, que hoy se imponen con el vértigo propio de nuestro tiempo.

El panorama de la educación que presenta, en estos momentos, Quito, es, pues, decididamente satisfactorio. Y bien se puede afirmar que la obra culturizadora de los últimos veinte años ha logrado colocarnos al nivel de los pueblos avanzados. Acaso faltan el sistema y la perseverancia en la empresa. Pero la savia de nuestro pueblo, como de los pueblos de nuestro Continente, es savia joven y fecundante. Por eso abrigamos la esperanza de que iremos muy lejos, si nos empeñamos en canalizar mejor nuestras energías y orientar con mayor acierto nuestros pasos. Un espíritu pragmatista alienta hoy en el mundo. Y si Quito gozó del predicamento de ciudad intelectual, concentrada y meditativa, como se manifiesta en las obras de

nuestros escritores de la Colonia, que a veces alcanzan —como en el caso de Villarroel—, varios volúmenes en cuya lectura difícilmente podríamos ahora aventurarnos, es seguro que alcanzará también un alto sitio en los dominios de la técnica, que hoy impera en el mundo. Pero Quito sabrá conservar, en todo tiempo, su sello inconfundible de gracia y espiritualidad.

Maestros primarios ávidos de ensayar en sus escuelas los métodos que preconiza la ciencia de la nueva educación, que aspira al desarrollo espontáneo de la riqueza espiritual del alma del niño; profesores de Colegio, que quieren encuadrar su enseñanza en los principios psicológicos de la juventud; catedráticos de Universidad que se empeñan en la investigación científica, sobreponiéndose a los percances de la política que en ocasiones ha pretendido inficionar el ambiente universitario, que ha de ser sereno, mesurado, alto; un revuelo de inquietudes intelectuales que se manifiestan en el diario, en la revista, en el certamen, en la conferencia: tales las formas de significarse el clima espiritual de la ciudad quiteña, que acaba de celebrar, con números de unción y de recuerdo, el Cuarto Centenario de su fundación por los españoles, que nos dejaron su herencia mística, muy de siglo XVI, pero que nos dejaron también la imaginación despierta y el anhelo de las realizaciones que, registradas de modernidad, han de modelar la nueva raza por la que ha de hablar el espíritu de América.

Quito—Ecuador.

TIPOS QUITENOS

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

EL CAMPANILLERO

Han desaparecido de esta próspera ciudad de tantos recuerdos, aquellas rumbosas procesiones que llamaron la atención desde los tiempos de la colonia. Para algunas, la preparación era de un año, tal su esplendor y los gastos que se originaban. Se hacía derroche de lujo. Al deslumbramiento material, iba acompañado el prestigio colectivo: lo más granado de la sociedad acudía en diversas formas, ya con hachones encendidos, ya con cirios de grandes candeleros, ya exhibiendo estandartes o insignias de las distintas cofradías, ya cooperando en el orden y traslado de las andas feéricas.

En el religioso desfile iba un cuerpo de campanilleros, anunciando el solemne paso. Raros ejemplares quedan ahora en templos como el Sagrario, Santa Bárbara y otros parroquiales.

El campanillero llama a los que han de acompañar al viático. Tiene a la puerta de la iglesia, el esquilón de bronce pendiente de triangular yugo de madera que termina en dos mangos o manubrios. El muchacho, a duras penas, puede mover la colosal campanilla que con tieso y retorcido cabestro le cuelga del cuello. Agobiado está con el peso. Se ayuda con ambas manos, que asen de la empuñadura de palo, y agita incesantemente el instrumento para que el badajo repiqueteé.

Rechina el gozne con sonidos a veces quejumbrosos, a veces estridentes. El desarrapado chicuelo, en el desempeño de su oficio, que es solicitado con ilusión, mueve brazos y cabeza, en interminable balanceo. Así pasa muchos minutos invitando a los fieles de la comitiva eucarística.

Se le ve en ocasiones con el sombrerito bajo el brazo, empeñado en mover la campanilla y circundado de granujas que le solicitan "un pichón" o relevo, en el afán de ser ellos también chicos de campanillas, aunque no entiendan cómo se las campanean y oigan campanas y no sepan dónde.

En alguna excepción, el campanillero viste de monaguillo. Va con hábito talar que arrastra hasta el suelo y lleva no muy limpia sobrepelliz. Precede la marcha de la sacramental procesión, y no se cansa de agitar la enorme campanilla; joya broncea de la que pocos ejemplares quedan.

Habituado el campanillero a estos menesteres, ingresa de sacristán y concluye por adaptarse a la simbiosis del culto externo.

Inconfundible su aspecto, por la agobiada actitud a que le ha forzado su oficio.

Como otras figuras populares, el simpático campanillero será al fin olvidado en la dilecta y vieja ciudad de las añoranzas coloniales.

El tránsito cada vez mayor que congestiona muchas calles, dificultaría ahora el paso de los prolongados desfiles religiosos, que la vigilancia policial se ha encargado de prohibir como manifestaciones del culto externo. También impide los tumultos populares y cívicos, cuando no tienen el carácter oficial o llevan el sello de alguna adhesión gubernativa.

Con todo, quedan vigentes, en la práctica, las improvisadas procesiones con motivo del viático.

Salen generalmente de los templos parroquiales o de la "Capilla Mayor", conduciendo, con el guión y los ciriales, entre una docena, o más de acompañantes con ceras, al sacerdote revestido con áurea capa de coro y albo amito con el que, a dos manos, empuña el cáliz, bajo amplio quitasol. A veces también le escoltan colgantes y artísticos farolillos suspendidos en alto y cirios sobre amarillento soporte de madera que semeja su prolongación, en el que descansa la cándileja de metal o de vidrio.

Precede la comitiva el campanillero, que algunas veces encarga una cajita con los útiles para la extremaunción, escoltado por floristas y turiferarios que, por lo regular, son mujeres del pueblo que, en platos de hierro, y otros recipientes aun de barro, llevan viva la brasa que consume el incienso y la alhucema; otras van desgranando por las calles las flores, que mutiladas han sido de sus cálices y pétalos, para extenderlos en amplios charoles o bandejas.

Según la importancia del moribundo que ha solicitado los últimos sacramentos, crece el número de acompañantes, con sendos cirios encendidos y mayor pompa de la acostumbrada.

Este espectáculo colonial es cada vez menos frecuente; pero no ha desaparecido del todo, en la tranquila vida de la ciudad de cotidiana rutina, que de vez en cuando interrumpe su pacífico tragar y el ambulante tráfico, obligando a que se descubran o hinquen la rodilla los transeuntes, sorprendidos por el retintín de la campanilla.

EL SEÑOR DE GUAGROCOTE MEDICO

Cuando describimos a este curioso personaje quiteño, artista popular, dejamos en el tintero una de sus más preciosas habilidades: la de especialista en curar algunos males. Era el médico de los pobres. Vendía, a precios módicos, manteca de gato, que él aseguraba era de oso, como un específico para el reumatismo. Para que no dudasen, había conseguido la cabeza de un negro plantigrado que disecado exhibía en parte visible de su tienda o consultorio, acompañando a la de un corniabierto venado que utilizaba como ropero.

Acudían muchos clientes, sobre todo indios, a quienes ceremoniosamente despachaba la suave droga, generalmente en usadas cajitas de fósforos, ponderando la virtud de esa panacea universal o pomada oleosa. Otra curación que realizaba milagrosamente: la del **Espanto** en los guaguas. Para devolverlos sanos y buenos, exigía una botella de vino, advirtiéndole que fuese del legítimo de uva. Los crédulos compraban el generoso líquido donde el "Buena Fe", comerciante muy acreditado de la plaza de San Francisco de Quito.

Una vez en posesión del vino, se tomaba un buen trago, y desnudaba a la enferma y nerviosa criatura, la sacaba al sol, casi de costumbre a la acera del frente de su tienda. Fingiendo que le daba friegas en la espalda con el vino y lo soplabá en el desmirriado cuerpo, lo iba apurando hasta vaciar la botella. Murmura en seguida extrañas oraciones, frases cabalísticas y jaculatorias a San Gregorio Magno. Después sacudía al guagua en alto, levantándolo en vilo, asiéndolo de los pies, y le daba cariñosas palmaditas en las mejillas. Cuando

Baco le ponía de buen humor, terminaba la curación untando la cara del pequeñuelo con las eses del vino, engañándole con unos muñequitos que hacía.

Los curiosos, formando corro, presenciaban la extraña operación clínica.

También curaba los lobanillos de la muñeca con tres golpes dados con el lomo de un grueso libro, al son de esta plegaria:

“De piste en piste,
coroniste;
por orden de Satanás,
por polvos de Pataconiste,
por María Pimplín,
por arte de calabaza,
pasa y repasa,
a la una, a las dos y a la tercera.”

Caían los recios golpes en la parte de la protuberancia, entre el brazo y la mano, y el tumor indolente desaparecía como por ensalmo.

¿Cómo explicar las curaciones del “espanto” en los niños? Sea por la impresión que recibían al contemplar los bigotes, la mofletuda fisonomía del médico y su peluda gorra de cabeza de gato; sea por los bruscos sacudimientos; sea por el masaje al aire libre, sea por las masculladas oraciones, lo cierto que ya no berreaba el guagua y la confianza en el señor de Guagrocote le devolvía la salud.

En la manipulación botánica, fue también muy atendido. Citaba innumerables yerbas caseras que obraban prodigios. Familiares para él estos raros nombres de plantas: asnayuyo, taraczaco, asheumicuna, paico, huacamullo, bledo, calaguala, chuquiragua, yerba del pozo, de sapo, etc.

—Dele una **efusioncita** de tales hojas, recetaba, por decir una infusión.

No sabemos si formaba parte de sus manipulaciones de Galeno la manera de **quemar el sol y opacar la luna**, los viernes santos en los pueblos de la Magdalena y Cotocollao, a los que conducía, junto con su banda de músicos, algunos judíos para el sermón de las tres horas.

Para conquistarse más reputación, exhibía, en algunas oscuras noches, a la muerte: un esqueleto artificial, hábilmente

imitado, con el que infundía terror al vecindario, rodeando al señor de Guagrocote o al a secas José Pérez, de magnífica aureola.

Tenía la devoción de tañer el **rondador** a las cuatro de la mañana, con tristeza tal, que ponía en un puño a los corazones.

Su hijo Linares, con ocasión de una terrible leva, que llamaban **cogidas**, tuvo la ocurrencia de llevar al cuartel, para que figurasen como soldados, traídos a la sogá, a todos los músicos de la banda de su padre. Por muchos días celebróse el humorismo del Capitán de Milicias Linares.

CIUDAD HEROICA Y NOBLE

MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

Quito, la soberana de los Andes, sonríe jubilosa y bella en el día feliz de su cuarto centenario, aureolada por una tradición de triunfos en el saber y el arte, en la leyenda histórica y el fantástico misterio de su pasado, por cuyas páginas discurren las sombras de príncipes y guerreros de otras razas y otros tiempos.

La audacia caballerescas de la noble España puso la planta conquistadora en el suelo de la ciudad incaica y levantó en ella los pendones de una nueva civilización.

La pujanza de la sangre ibérica engendró generaciones de hombres altivos y patriotas, que hicieron, luego, la sagrada promesa de perpetuar con hechos la obra de los heroicos aventureros, impulsando la marcha de nuestra egregia capital por una senda de vasta cultura, para honra del continente latino americano y solaz de cuantos son los que se acogen a la sombra de este suelo privilegiado por la madre naturaleza, al pie del volcán gigantesco, bajo las caricias del sol ecuatorial que ilumina las cúpulas de los viejos templos, vestidos de oro y decorados por la gracia insuperable de sus filigranas de piedra.

El arte quiteño, palpitante y vivo a través de los siglos en los maravillosos lienzos que exhornan los muros conventuales; en las inimitables esculturas que nos hablan de grandes artistas, acaso desconocidos, pero que nos legaron obras de renombre; en los monumentos arquitectónicos que despiertan la admiración de cuantos los contemplan, está pregonando la delicadeza espiritual de los hijos de Quito, cual si el ambiente de la urbe ilustre estimulase la inspiración de los genios, invitándoles a la concepción de sublimes creaciones.

Poetas y músicos, escritores y maestros en la oratoria trajeron los sentimientos de la magnífica ciudad; héroes y patrios mecieron en ella su cuna y ofrendaron la vida en el altar de la Patria; aquí, a las faldas del Pichincha, se dió el primer grito de nuestra Independencia, y, en la cumbre de ese monte sagrado, la Libertad de todo un continente definió su última jornada.

La mujer quiteña, que prevalece en el hogar por sus virtudes y proverbial hermosura, nunca ha sido extraña a los deberes cívicos; y por el contrario, al propio tiempo que enardecía de amor el corazón de los libertadores, cooperaba con ellos a la obra común de la defensa y mejor éxito de la santa causa, dejando tras de sí el constante recuerdo de la abnegación femenina en pro de los intereses patrios. Existen sobre esta materia tantos y tan interesantes episodios, que por sí solos se recomiendan al respeto y la admiración de la posteridad, supuesto que en cada uno de ellos hay algo elevado y grande que revela el temple del alma quiteña, siempre celosa del prestigio y fama de la ciudad querida.

Cierto que el predominio religioso había hecho de Quito el reducto de la teocracia desde el tiempo de la Conquista; pero ello no obstante, debemos reconocer, sin ninguna reserva, que acaso esta misma circunstancia contribuyó en gran parte a la formación de ricas bibliotecas conventuales y al estímulo del arte religioso, fecundo en temas dignos de la inmortalidad.

Como consecuencia del medio circundante, habían tomado gran incremento las manifestaciones del culto externo, cuya teatralidad y fausto hicieron época. Nadie que las viera por sus propios ojos podrá olvidarlas nunca, ni en conjunto ni en detalle. Entre otras, las célebres procesiones que se organizaban en aquel entonces, eran el asombro de los espectadores. La ciudad se engalanaba con primor. El Gobierno, las Cortes de Justicia, el Concejo Municipal, las Comunidades religiosas, las damas de la aristocracia, el ejército y el pueblo, la Universidad, los Colegios y las escuelas de uno y otro sexo y cuanto de representativo tenía Quito, desfilaban en ordenado conjunto, sobre una alfombra de rosas y flores de naranjo, entre el humo del incienso que embalsamaba el aire. Grupos de cantores entonando salmodias místicas; largas hileras de gente diversa, portando hachones encendidos y abigarrados estandartes; andas emblemáticas vestidas de oro, seda y pedrería, todo en inquieto vaivén, daban a ese cuadro sin igual un aspecto gran-

dioso que bien mereciera la obra de una pluma diestra, para describirlo con vivos colores.

Las intensas preocupaciones religiosas que todo lo arrollaban, incluso la administración y la política, habían retardado un tanto el progreso de la noble ciudad, de suerte que la higiene y las obras de embellecimiento no tomaron impulso sino poco a poco, a partir de 1895, gracias a la acción de los hombres que derrocaron el régimen ultramontano y dictaron leyes y programas innovadores, tendientes al mejoramiento moral y material de la República. Desde entonces, nuestra capital disfruta de todas las comodidades que ha menester una ciudad moderna; y aparte de que, su cultura, sus grandes hombres y todo lo que constituye el pasado y el presente de su fecunda historia, dan pleno derecho a la noble y leal ciudad de San Francisco de Quito, a ocupar el distinguido puesto que le corresponde entre las más importantes capitales del mundo hispano americano.

Quito, Luz de América, la ciudad del arte, la gentileza y el ingenio, ha sido y será siempre la diosa defensora de la Libertad y la Justicia: pueblos de la América Latina: pueblos y naciones del mundo entero, rendirle, en este día inmortal, el tributo de aplauso que bien se merece, como factor de redención y rebeldía, porque supo quebrantar la coyunda de pesada esclavitud y sostener en lo alto la bandera de los derechos del hombre, una vez rotas las cadenas que abaten y envilecen a quienes las soportan en silencio, sin la imponencia de la protesta airada, baja la cerviz y el corazón sin fuerza para el sacrificio.

QUITO EN LA HISTORIA ECUATORIANA

CARLOS MANUEL LARREA

Hay una predestinación para los pueblos, como la hay para los hombres. Al recorrer la Historia se contempla que, en cada época, dos o tres naciones se han disputado la hegemonía y preeminencia en el Mundo. A través de los siglos siempre ha habido pueblos predestinados para ir a la cabeza en la marcha de la civilización y jugar un papel sobresaliente y destacado en el desarrollo de los acontecimientos humanos. Ley de todo cuanto vive es la evolución: Principia en el germen o el embrión y la cuna, y termina, aparentemente al menos, con la muerte. En la vida de los pueblos el proceso es análogo: nacen y van creciendo hasta llegar a un completo desarrollo; sufren vicisitudes que les afectan, como al organismo humano enfermedades y accidentes; llega la inevitable decadencia; y las ruinas y los restos arqueológicos, probándonos están que también para los pueblos y las civilizaciones hay la muerte.

La vida de los pueblos y el destino de las naciones es, como la vida de los hombres, igual en ciertos aspectos y bien diferente en muchos otros. Hay pueblos predestinados para grandes sucesos, mientras otros apenas dejan, detrás de sí, rastro en la Historia. La vida de unos es larga y gloriosa, al paso que la de otros es efímera y oscura.

Dentro de cada nación hay también un destino para las ciudades; y lo que hemos dicho de los pueblos, puede igualmente afirmarse de los núcleos de convivencia humana, de los centros de vida social y política. La predestinación histórica de algunas ciudades es un hecho innegable, y en todos los

tiempos han existido urbes que como astros de primera magnitud han irradiado poderosa luz durante largas centurias, y ciudades que sólo han tenido destellos momentáneos. Nínive, Babilonia, Tiro, y Cartago, Ahmedabad en la India, Abydos, Memfis, Tebas y Alejandria, Esparta y Atenas, Roma y Bizancio —para no citar sino ciudades del Mundo antiguo— son ejemplo de urbes predestinadas a gran figuración en la Historia.

¿Obedece esta preeminencia al acaso? El desarrollo de una ciudad hasta convertirse en foco de cultura y centro de actividades y riquezas, ¿será obra de la casualidad únicamente? No por cierto. Ni el acaso ni el capricho de los hombres pueden fijar el destino de un pueblo o de una ciudad. Múltiples factores lo determinan, y en ellos debe buscar el historiador y el filósofo la explicación de no pocos acontecimientos.

Dos son los factores cuya influencia en la historia suele ser decisiva: el factor geográfico y el factor étnico. Estos determinan principalmente los destinos de una ciudad, de una nación o de un pueblo.

Circunscribiéndonos a la importancia de tales elementos en relación con el desarrollo de las ciudades, es indudable que las condiciones geográficas y topográficas del lugar en donde se hallan asentadas, juegan un papel preponderante.

Pureza del cielo y limpidez de la atmósfera, belleza del horizonte, clima primaveral, sano y agradable, fertilidad de las tierras circundantes, extensión de bosques y praderas en los alrededores, abundancia de agua potable y para regadío, son otros tantos elementos naturales que influyeron, sin duda alguna, para que la fundación de Quito se efectuara en el lugar privilegiado que ocupa. Estos factores y su situación respecto a los pueblos circunvecinos, han influido grandemente en su desarrollo y contribuido a que esta ciudad sea, en todos los tiempos, la primera de toda la comarca.

Otro factor trascendental en la historia de un pueblo o de una ciudad, es el factor étnico. En las características de la población autóctona, en las diversas corrientes migratorias que han sobrevenido, en la proporción del cruzamiento de razas, se encuentra la clave de las modalidades de los habitantes de una ciudad. Como el atavismo explica muchos rasgos físicos y morales del individuo, en las raíces étnicas y en los sucesos históricos remotos se puede hallar la explicación de la fisonomía de un pueblo, de sus características esenciales, de lo que pudiera llamarse su personalidad propia. De allí la importancia

de los estudios etnológicos e históricos para todo el que se ocupe de cuestiones sociales, para el estadista y para el político, que quiera enderezar los rumbos de la Nación hacia un fin determinado o pretenda acelerar el ritmo del progreso hacia la meta señalada por la Providencia, mediante los factores geográficos y étnicos, en los destinos de un pueblo.

Pueblos que olvidan su pasado, que arrancan como inútil bagatela toda tradición y recuerdo, y quieren vivir sólo en la hora presente, son como árbol sin raíces, que no podrá conservar largo tiempo sus verdes hojas sin que se marchiten y mueran, ni menos podrá florecer y dar frutos regalados. Hay que mirar, pues, al pasado e inquirir allí las causas del estado presente.

Al conjunto de factores geográficos y étnicos debe, pues, Quito su preeminente lugar en la historia ecuatoriana. Ellos revelan la causa por la que esta ciudad fue siempre el centro de la vida y desenvolvimiento político de la Nación. Desde remotas edades, Quito ha sido como el corazón de la Patria, donde afluyen y refluyen las corrientes vivificadoras de todo el país, y como el cerebro que preside y regula todos los grandes movimientos, comunicando esa fisonomía y personalidad propias, de que hemos hablado, a este grupo humano y entidad política que hoy se llama Ecuador.

* * *

Quito es una ciudad de viejo abolengo. La Arqueología y la Lingüística prestan argumentos para asegurar que Quito ha existido desde época remotísima. Acaso no fue, como posteriormente, en los tiempos de Huayna-Cápac y de Atahualpa, el núcleo más importante de población en estas fértiles y risueñas comarcas; pero es indudable que en los alrededores mismos de lo que hoy es nuestra Capital, existieron grupos importantes de población en tiempos antiquísimos.

Los restos arqueológicos extraídos de los sepulcros aborígenes en Chaupi-Cruz, revelan una gran antigüedad. Las sepulturas mismas en pozos profundos; la cerámica de formas sencillas —globulares, elípticas y trípodes—; la carencia de ornamentación o lo primitivo de ella; la profusión de fragmentos de utensilios, de trozos de obsidiana y piedras talladas, indican una población numerosa y antigua. También por el Sur de la ciudad se hallan restos abundantes de alfarería aborigen. Si en la ciudad misma no encontramos sino restos de

civilizaciones más modernas, —como las ricas prendas de oro halladas en Itchimbia— acaso se deba a lo mucho que aquí se ha removido el suelo, desde hace varios siglos, y, sobre todo, a la especial topografía del terreno.

Los movimientos migratorios trajeron, en diversas épocas, oleadas de otras culturas que vinieron a superponerse a la población primitiva. Del Norte avanzaron hasta los valles cercanos a Quito, los constructores de **tolas**, montículos artificiales semejantes a los que se hallan en Misisipi y el Ohio en los Estados Unidos; mientras del Sur llegaron pueblos de una cultura diferente. Por las hoyas de los grandes ríos occidentales —el Guallabamba y el Blanco— cuenta la tradición que ascendieron, hasta el altiplano quitense, inmigrantes extranjeros que habían llegado a las costas de Manabí y de la actual Provincia de Esmeraldas. Trasmontando la Cordillera, por esos mismos pasos que hoy son el camino más corto a las fuentes del Maspa, el Coca y el Napo, también habían venido hombres del Oriente.

Sitio de convergencia de corrientes migratorias, aquí se fundieron, quizás, en remotísimas épocas de la prehistoria, las culturas que venían desde las lejanas altiplanicies del Anahuac y las tierras en donde florecieron las grandes civilizaciones Mayas, desde las llanuras y los valles de Chibchas y Quimbayas, con las misteriosas civilizaciones tiahuanacotas y nazcas. Quito fue, pues, desde los más remotos periodos de la prehistoria americana, un centro, una encrucijada de caminos culturales, un lugar predestinado para ser asiento de una civilización y núcleo de una nacionalidad.

En efecto, la tradición nos habla del gran Reino de los Quitus y de los Shyris. En aquellas legendarias reminiscencias, no todo es fantasía. La Ciencia, acaso, llegará a descubrir algún día, el velo que cubre los orígenes de este pueblo predestinado a grandes cosas. Rechazar en absoluto los relatos de nuestro primer historiador, el Padre Juan de Velasco, es temeridad que no se compadece con la discreción y prudencia que deben presidir en toda investigación científica. Aceptarlos totalmente, a ciegas, tampoco puede la crítica severa. Las exploraciones arqueológicas, los estudios lingüísticos sobre el antiguo Reino de Quito, aun son muy rudimentarios para que autoricen a condenar como fábulas todo cuanto el ilustre Jesuita recopiló de viejos escritos y de la tradición entonces todavía viviente. ¿Por qué contradecir, con pruebas deficientes, una tradición magnífica, por el solo hecho de revelar-

nos la grandeza y poderío del antiguo Reino de Quito? Cada día la Ciencia descubre en lugares hoy desiertos de la Caldea o del Egipto, insospechadas grandezas que apenas dejaba vislumbrar una tradición casi perdida.

La conquista del Reino de Quito por los Incas, es una de las páginas más interesantes de la protohistoria americana.

La influencia del gran Imperio del Sur debió ser muy débil en Quito, hasta que los soberanos del Cuzco emprendieron en la conquista de las tierras situadas al Norte de Chinchasuyu. La Arqueología nos proporciona datos para juzgar que la expansión de los Incas hacia el Norte, fue violenta en extremo: La uniformidad de las formas y decoraciones, la pureza en el estilo de los objetos de cerámica incaica, prueban que esa cultura ni había ido infiltrándose poco a poco, ni era de muy antigua data en este país. En efecto, ni se observa —salvo raras excepciones— la evolución del arte, por las influencias aborígenes, como se ve en Calchaquí, por ejemplo; ni se encuentra —como en otra parte hemos anotado— la adaptación del decorado de la cerámica peruana para los vasos y otros objetos de Quito; ni se halla, tampoco, sino esporádicamente, la apropiación de las decoraciones de éstos, para ornamentar las formas características del Cuzco.

Túpac-Yupanqui envió desde el Cuzco un ejército de "más de doscientos mil hombres, con tan gran bagaje que henchían los campos", al decir de Cieza de León. Sangrientos combates con los aborígenes tuvieron que librar los ejércitos invasores, desde las aguerridas provincias de los Cañaris, hasta llegar a Quito. "Más de quince mil hombres con sus mujeres y el señor principal dellos" —según relata Cieza— fueron arrancados de la tierra Cañari y llevados al Cuzco. Después de grandes y prolongados esfuerzos, los guerreros incaicos lograron dominar a Quito. El Inca, —dice el referido cronista— pareciéndole bien aquella tierra, y que era tan buena como el Cuzco, hizo allí fundación de la población que hubo, a quien llamó Quito y poblóla de mitimaes, e hizo hacer grandes cavas y edificios y depósitos diciendo: "El Cuzco ha de ser por una parte cabeza y amparo de mi gran reino, por otra ha de ser el Quito." Junto a la población aborígen, situada probablemente en la parte septentrional, comenzaron, pues, a levantarse los barrios de mitimaes cuzqueños, los templos y palacios mandados construir por el Inca y los pucaraes o fortalezas para la defensa del territorio.

Túpac-Yupanqui se vió obligado a reconquistar Quito,

años más tarde de haberlo subyugado. Huayna-Cápac consolidó las conquistas de su padre. Apreciando la ventajosa posición estratégica de Quito, hizo levantar nuevas fortalezas, como la de Guanguiltagua, en una de las pendientes más ásperas que, avanzando sobre el pueblo de Guápulo, es como una atalaya que domina los valles de Cumbayá y Tumbaco. Montesinos dice que Huayna-Cápac "edificó varios palacios, repartió los barrios, dió nombre a los cerros de los alrededores... y en todo procuró asemejarla a la ciudad del Cuzco", que era la ciudad sagrada del Imperio. Y Cieza de León en su obra "Del Señorío de los Incas" dice: "aun del Cuzco mandó llevar piedras y losas para edificios del Quito, que hoy día tienen en los edificios que las pusieron"... "Mandó que en el Quito se hiciesen más aposentos y más fuertes de los que había; y púsose luego por obra, y fueron hechos los que los nuestros (los españoles) hallaron cuando aquella tierra ganaron". Con los nuevos palacios, templos y monasterios de vírgenes consagradas al Sol, Quito se convirtió en una de las principales ciudades del Tahuantinsuyu. El príncipe de nuestros historiadores, Ilustrísimo González Suárez, dice que "de las dos ciudades más célebres de su inmenso imperio, Huayna-Cápac había preferido a Quito y hecho de ella su residencia ordinaria, por casi treinta años continuos, hermoseándola con edificios suntuosos, según el gusto y usanza de los Incas. Quito había, pues, venido a ser, en los últimos años de la vida de Huayna-Cápac, la verdadera corte del Imperio". Según Cobo, fue tanto el amor que el Inca llegó a tener a Quito, que a su muerte, ordenó que antes de llevar su cuerpo al Cuzco para ponerle en las huacas, junto a los de sus mayores, le sacaran el corazón, que deseaba quedara siempre aquí.

Dividido el Imperio a la muerte de Huayna-Cápac, su hijo y sucesor Atahualpa, hizo de Quito la Capital de su extensa monarquía y, según viejas crónicas, ensanchó y embelleció la ciudad, en la que había nacido, según afirman varios cronistas, con grandes construcciones y acumuló en templos, palacios y casas de placer, incalculables riquezas.

* * *

Las primeras tierras con que tropezaron los audaces descubridores que partieron de Panamá hacia el Sur, en busca del país del oro, cuya fama llegara hasta el Darién, fueron las tierras ecuatoriales. Creación de la fantasía parece la épica jor-

nada, y la escena de los Trece en la Isla del Gallo, es digna de ser cantada por Homero.

Desde Tumbes, en el extremo meridional de la costa ecuatoriana, emprendieron Pizarro y sus tenientes en la conquista del Imperio Incaico. No es nuestro propósito relatar las jornadas de epopeya de los Conquistadores; de esos hombres de leyenda, que atravesaron el Océano en busca de un mundo nuevo, atraídos por el misterio de lo desconocido, impulsados no sólo por la sed del oro, sino también por la ambición de renombre y gloria; de ese puñado de héroes, de aventureros intrépidos, que soportando el hambre y el frío, cruzando la maraña de los bosques y la soledad misteriosa de los páramos; desafiando las enfermedades y las plagas, las asechanzas y las flechas envenenadas de los indios, se internan en el suelo americano, llenos de fe y coraje, para derribar al golpe de su espada el majestuoso Imperio de los Hijos del Sol.

Los Conquistadores! Aquellos hombres de temple de acero, que confiándose a débiles embarcaciones salieron del Istmo sigilosamente para surcar las aguas descubiertas por Balboa, rumbo a las incógnitas regiones del Sur, en cuyo cielo brillaban estrellas nunca vistas por los nautas, son los que, con audacia incomparable, han puesto su mano sobre la persona sagrada del Monarca quiteño, han dispersado sus huestes innumerables, y que después de consumir la sombría tragedia de Cajamarca, han trepado hasta los riscos de la Cordillera.

Tierras desconocidas y pueblos extraños han tenido que cruzar para venir a plantar sus tiendas al pie del gigantesco Chimborazo. Torrentes impetuosos han tenido que vadear y se han internado por desfiladeros pavorosos para trepar hasta la fría altiplanicie. La fama de las riquezas del Reino de Quito les ha hecho volver las espaldas a los barquichuelos que, frágiles, eran no obstante un refugio seguro contra los ataques enemigos y una posibilidad de volver a reunirse con los hombres de su raza y de su lengua. El renombre del fantástico país de los Quitus, les atraía como imán poderoso, y seguían adelante, por senderos nunca antes hollados por plantas europeas, afrontando todas las eventualidades y peligros, con valor temerario.

La misma fama del opulento Reino de Quito atrajo también, desde las lejanas tierras de Guatemala, al célebre Conquistador Don Pedro de Alvarado. El Mariscal Don Diego de Almagro y otros compañeros de Pizarro, para tener un título jurídico sobre las tierras recién descubiertas e impedir que

otros capitanes quisieran partir con ellos esos dominios y la fortuna que esperaban hallar en las incógnitas regiones de los Andes, en la famosa Quito, desde donde habían ido a Cajamarca gran parte de los inmensos tesoros, mandados traer por el desgraciado Inca, para su rescate, resolvieron tomar posesión del Reino, fundando en nombre del Monarca español, según era costumbre, la ciudad que andando los tiempos llegaría a ser la Capital de nuestra República.

Mas esta fundación, hecha de prisa, el 28 de Agosto de 1534, en el valle de Zicalpa y Cajabamba, debía llevarse a cabo "en el sitio y asiento donde está el pueblo que en lengua de indios se llama Quito", como consta en el Acta de fundación de la Villa de San Francisco. El 6 de Diciembre del mismo año se hizo efectiva dicha fundación, se asentaron en otra acta solemne los nombres de los primeros vecinos españoles de la ciudad, y el Capitán General Sebastián de Benalcázar, en nombre del Rey de España y Emperador de Alemania, Carlos Quinto, y del Gobernador y Capitán General del Perú, Francisco Pizarro, dió posesión a sus primeras autoridades.

Así nació la ciudad española de San Francisco de Quito, sobre los restos de la opulenta Capital del Imperio de Atahualpa, incendiada por sus propios ejércitos antes de que cayera en manos del Conquistador; y en el mismo lugar en donde existiera desde remotísimas edades, la importante población de los Quitus y los Caras. Hace cuatrocientos años se verificó, pues, uno de los acontecimientos más trascendentales de nuestra historia: la fundación de la ciudad castellana sobre las ruinas de la ciudad antigua; el establecimiento definitivo de la nueva civilización, en la misma Capital septentrional de la Monarquía Incaica; el nacimiento de la ciudad cristiana sobre los conmovidos fundamentos del Imperio de los Hijos del Sol; el arraigo de la cultura europea en esta porción del suelo americano y el principio de otra era en nuestra historia.

Lugar estratégico, naturalmente defendido por las quiebras profundas que, a manera de fosos, cortaban las faldas del Pichincha, que inclinadas en suave declive, veíanse libres del estancamiento de las aguas; y fortificado por los **pucaraes** de los Incas, presentábase Quito como el sitio más adecuado para la seguridad del pequeño grupo de españoles, que se había aventurado entre las numerosas turbas de enemigos y a quienes las tropas de Rumiñahui y Zopozopangui amagaban continuamente. Lugar delicioso por el clima, dulce y salúfero, de perpetua primavera; abrigado de los vientos por las colinas

circundantes, desde las cuales centinelas podían atalayar un horizonte muy extenso, ofrecía Quito, para la población de entonces, ventajas que no hubiese podido encontrar en los valles vecinos. Una hermosa cascada de agua pura y abundante se precipita de la montaña y, por acueductos de piedra, llega el caudal necesario hasta el lugar en donde se levantan los muros del palacio y las casas de placer de Atahualpa. Al Norte y al Sur de la hoyada en que se asienta la población, se extienden hermosas llanuras de tierra fértil, cubiertas de prados y sembríos de los aborígenes, apropiadas para el despliegue de la caballería, la fuerza más importante del pequeño ejército castellano. Una bella laguna —hoy desecada— bordea por el Norte el valle de Añaquito. Sobre las colinas Yavirac y Carmenga, se elevaban las ruinas de los templos del Sol y de la Luna que podían servir de observatorios de los movimientos enemigos. Bosques seculares cubren los flancos de la montaña, y en una de sus quiebras, enorme cantera proporciona precioso material para las construcciones. Por otra parte, la antigua Capital del Imperio de Atahualpa está situada en el cruce de caminos que llevan a las provincias de los Caranquis y de los Imbayas, por un lado, de los Lactacungas y Panzaleos, de los Yumbos y Colorados, por otros. "Así es como el ojo perspicaz del conquistador —dice el sabio polígrafo Crespo Toral— eligió para núcleo central Quito, consultando la situación, las distancias, la grosura del suelo, la benignidad del clima, las posibilidades de defensa contra los aguerridos naturales y la previsión del avance oriental hacia el Dorado tentador."

Y Quito fue, efectivamente, el centro de donde partieron las expediciones asombrosas de Benalcázar hacia el Norte, de Gonzalo Pizarro hacia el Oriente, de Alonso de Hernández, por Calacalí y Nono, a la tierra occidental de los Yumbos, de Pedro de Puelles a conquistar las tribus de Lita, Quilca y Caguasquí y de Diego de Bazán al descubrimiento de la provincia de las Esmeraldas.

De Quito salen, en busca del Dorado, los descubridores de los valles del Cauca y del Alto Magdalena. Desde aquí van hacia Oriente los intrépidos exploradores del País de la Canela y de las aguerridas Amazonas, para internarse en las selvas y descubrir sus ríos inmensos y conquistar esas tierras que al Gobierno de Quito pertenecieron por el primordial de los derechos. Y a Quito vuelven, cargados de riquezas o desilusionados, esos hombres que con su audacia, su energía y esfuerzo,

van tomando posesión de los vastos territorios del Reino y ensanchando los dominios de Su Majestad Católica.

Quito ocupa, pues, lugar preeminente en la historia de los acontecimientos que tuvieron lugar en América, durante la época del Descubrimiento y la Conquista.

* * *

Quito, durante la época colonial, si bien no fue la sede de los Gobiernos Virreinales, fue siempre una de las más célebres, populosas y ricas ciudades de los inmensos dominios hispanos en América. Cuando Buenos Aires era apenas como una aldea; cuando Santiago de Chile era pueblo insignificante, Quito era ya ciudad notable por muchos respectos. Desde 1541 ostentaba el título y los privilegios de Ciudad, concedidos por el Emperador Carlos V, quien la dió también Escudo de Armas y la honró, poco más tarde, con los títulos de **Muy Noble y Muy Leal**; y Felipe II, por Cédula de 29 de Agosto de 1563, ordenó el establecimiento de la Real Audiencia, cuyo distrito comprendía, por el Norte hasta Buenaventura y por el Sur hasta Paíta, teniendo bajo su jurisdicción, entre otras varias ciudades, a Popayán, Buga, Cali y Pasto. Quito, durante la Colonia, fue un gran centro religioso y político, intelectual y artístico, de industria y de comercio.

Desde la fundación española de Quito, hace cuatro siglos, fue la traza que los Conquistadores hicieron, por entre las ruinas de la Capital incásica, la de una ciudad monumental. Las primeras edificaciones que empezaron a levantarse, labradas con la hermosa piedra de las canteras del Pichincha, fueron templos y monasterios de proporciones grandiosas. Templos maravillosos, joyas de la arquitectura española ejecutadas por la mano hábil y paciente de los indios. El gran arquitecto del Escorial, Juan de Herrera y Gutiérrez de la Vega, trazó los planos del atrio, fachada y coro de San Francisco, la primera gran iglesia, iniciada por el Fraile flamenco que fundó también la primera escuela para indígenas y sembró el primer trigo en nuestra tierra. Cuán merecido es el monumento que a instancias nuestras, se levanta en la plaza de San Francisco, para perpetuar la egregia figura de Fray Jodoco Ricki!

Soberbios claustros de piedra con artonados de madera primorosamente labrada; retablos magníficos en que el churriguero recarga su opulencia con motivos aborígenes; casas solariegas de recia construcción y noble sencillez arquitectónica, se

van levantando en las faldas del Pichincha, cuyos bosques de cedros y otros árboles seculares, proporcionan las maderas preciosas para la edificación, la talla y el mueblaje. Sobre las profundas quebradas que cruzan la ciudad y la defienden, sobre ciclópeos fundamentos, se fabrican numerosos puentes de arquería que la dan un aspecto típico; las cúpulas de las iglesias y capillas recortan en el purísimo azul del cielo sus curvas elegantes y atrevidas, y esbeltas torres la decoran y embellecen. Casas severas, con amplios salones, se destinan para la Real Audiencia y el Cabildo. Hermosas pilas de piedra, que se ostentan en las plazas principales, surten de agua cristalina al vecindario; y en las fértiles llanuras de los alrededores, pacen numerosos hatos de ganados.

En pocos años la población española de la nueva ciudad creció considerablemente, "pues la fama de su clima suave y benigno, —dice González Suárez— de su hermosa campiña y fértiles terrenos atraía vecinos y moradores, que llegaban a Quito de lejanas distancias. Entre los que acudían a vivir en la recién fundada ciudad vinieron también, en diversos tiempos, religiosos de las principales órdenes monásticas establecidas entonces en el Nuevo Mundo".

Quito se convirtió bien pronto en el centro religioso más importante de la América Meridional. Después de la gigantesca iglesia y convento de San Francisco, edificados sobre un atrio monumental, se elevaron los magníficos templos y monasterios de la Merced, la Compañía, con su fachada que es un encaje de piedra, San Agustín, Santo Domingo, Santa Clara, los Cármenes, Santa Catalina, las Recoletas de San Diego y de las Ordenes Dominica y Mercedaria; la severa y amplia Catedral, la primorosa y clásica Capilla Mayor del Sagrario, las bellísimas capillas de Cantuña, del Rosario, del Hospital, de San Juan de Letrán y otras, todas con magníficas fachadas de piedra, en que los estilos clásicos o el barroco y plateresco lucen sus primores. También se levantaron las iglesias parroquiales de Santa Bárbara, San Sebastián, San Roque, San Blas y San Marcos de factura más modesta. Los inmensos conventos rodeados de murallas, daban a la ciudad un aspecto severo e imponente. "Después de México, más que Lima y sobre Puebla, —dice Crespo Toral— en la América del Sur se edificaba un remedo de la Roma Papal, una ciudad conventual más rica en ejemplares arquitectónicos que Avila de los Caballeros o la Capital Burgalesa."

El decorado interior de los templos es maravilloso. Alta-



FILIGRANA DE ROCA
(La Compañía de Jesús)

res, columnas, púlpitos, molduras arquitectónicas, nichos, tribunas y cátedras recubiertos de oro, recuerdan las fastuosas decoraciones de la India, de Siam o de Java. Baldaquinos y frontales de plata macisa; espejos venecianos decorando arquivoltas y arquivoltas; artesonados mudéjares; vasos sagrados riquísimos, custodias y relicarios cuajados de esmeraldas y perlas, estatuas y pinturas maestras, abundan en iglesias y capillas y hacen de Quito un "joyero precioso", como lo llamó Aristides Sartorio.

El Papa Paulo III erigió en Obispado la ciudad de Quito, en 8 de Enero de 1545, poniendo bajo su jurisdicción, por el Norte hasta el Río Patía, en Colombia, y por el Sur hasta más allá de Paita en el Perú. Quito era el centro de las Misiones que para convertir y civilizar a los indios, partían a Oriente y Occidente, hacia los Quijos y Maynas, hasta los confines de las colonias portuguesas, o hacia las tierras de Cayapas y Barbacoas.

La vida religiosa era intensa, como en ninguna otra ciudad americana. Las funciones del culto se verificaban con gran solemnidad y magnificencia, y a las ceremonias y procesiones de Semana Santa, trasunto del esplendor sevillano, acudía mucha gente, desde poblaciones muy lejanas. No poco de vanidad y de fastuosa ostentación había en todo esto; y si es verdad que la relajación cundió en la sociedad y en conventos y monasterios, también es cierto que aquí brillaron, por su virtud y austeridad, muchos insignes varones, y que en el jardín quiteño brotó aquella flor que aún embalsama el ambiente con su delicada fragancia, y que es conocida con el nombre de la Azucena de Quito.

* * *

Centro de la vida intelectual de todo el Reino, Quito puede afirmarse que fue durante la Colonia, el foco del saber y la cultura de aquella época. Sus colegios y universidades tienen fama aún en la Península; los ingenios de Quito brillan en las cátedras de otras Universidades de las Indias y hasta llaman la atención en la Metrópoli.

El historiador debe, ante todo, rendir culto a la verdad. Debemos, pues, decir que aquellas Universidades no eran lo que son ahora tales instituciones. Eran, propiamente, como explica muy bien González Suárez, Facultades universitarias con el privilegio de conferir grados. Pero en medio del atraso de la instrucción pública en las Colonias españolas y teniendo en

cuenta la decadencia de los estudios que por aquella época se dejaba sentir aún en la Península, sí puede afirmarse que la vida intelectual en Quito era intensa y apreciable. Gloriábase Quito de tener tres Universidades: la de San Gregorio Magno, establecida por los Jesuitas; la de Santo Tomás de Aquino, fundada por los dominicos y la de San Fulgencio, regentada por los Agustinos. En el Colegio Seminario de San Luis se dictaban clases de enseñanza científica y literaria. Dice González Suárez que al Colegio de San Luis acudían jóvenes desde Panamá y desde Popayán a educarse en él.

Las conclusiones o disputas sobre puntos de Filosofía y de Teología, en que los argumentadores hacían alarde de erudición y de sutileza de ingenio, eran frecuentes y concurridas por lo más granado de la sociedad quiteña. El gran historiador citado dice: "A mediados del siglo décimo octavo se había hecho en Quito una pasión exagerada la de las llamadas conclusiones en los colegios y en los conventos de Quito". El mismo ilustre autor afirma que había en los criollos amor a la ciencia y que les devoraba la sed de ilustrarse.

Las bibliotecas de los conventos, ricas en obras raras y valiosas, eran accesibles al público, "pues los religiosos no sólo no negaban la entrada a ellas, sino que se complacían en franquear a todos los tesoros científicos y literarios que en ellas poseían". El sabio Caldas escribe entusiasmado: "He visto aquí exquisitos libros y en gran copia: no hay particular que no los tenga en mucha o en corta cantidad, y me parece que en esto Quito hace ventajas a Santa Fe". Y en otra parte repite: "Yo no acabo de admirar como ha podido venir tanto libro bueno a esta ciudad: apenas hay particular que no los tenga, y libros que no pude ver en Santa Fe los he hallado aquí". La valiosa biblioteca de los Jesuitas, después de la expulsión de éstos de los dominios de España, se abrió al público y su primer bibliotecario fué el célebre Precursor de la Independencia y erudito escritor quiteño, Don Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

Así como Quito fue la única ciudad de la Colonia en donde hubo colegios de instrucción y bibliotecas públicas, así también fue la única en que se establecieron imprentas. Después del traslado de la que los Jesuitas habían traído desde Europa a Ambato, hubo dos imprentas en la Capital, pues existía también la del quiteño Raimundo de Salazar, de cuyas prensas salieron varios interesantes libros, hoy codiciado tesoro de bibliófilos e historiadores.

La producción literaria de aquella época, proclama la absoluta hegemonía de Quito entre todas las ciudades de la Presidencia. No es corta la lista de escritores ilustres como los dos Alcedos, Don Antonio de Morga, los Obispos Montenegro y Calama, los Padres Acuña, Rodríguez y Maroni, historiadores de las Misiones de Oriente, quiteños unos, extranjeros otros, que contribuían al ambiente intelectual de Quito. Son notables por uno u otro concepto, el cronista quiteño Don Juan de Ascaray y el italiano Coletti; los biógrafos de la Azucena de Quito, Morán de Butrón, Jijón y León y Juan del Castillo. No faltaron en la producción quiteña los libros místicos, llenos de unción religiosa, como el de Fray Fernando de Jesús Larrea, ni los de sagrada oratoria, como los de Rojas, Milanesio, Chiriboga y Daza, Yépez, Coronel y Ontaneda. Las obras de literatura y poesía son también numerosas. El Maestro Jacinto de Evia, los Jesuitas Aguirre, Viescas, Orozco, Ambrosio y Joaquín Larrea, dejaron, entre otros muchos, obras apreciables de su ingenio. Hubo quiteños como Don Carlos Montúfar, que cultivó las ciencias y mereció distinciones de las Academias de Europa; y tribunos, como Mejía, que fue muy aplaudido en las Cortes de Cádiz. Velasco y Maldonado, en la Capital de la Presidencia brillaron sobre todo, y Espejo es el exponente de lo que era la cultura de nuestra Patria al finalizar el siglo XVIII. Aun existen inéditas muchas obras escritas en Quito, en tiempo de la Colonia, sobre cuestiones teológicas, sobre Filosofía y Derecho, materias las más cultivadas en aquella época.

* * *

Si la preeminencia de Quito como centro intelectual de la Colonia es incuestionable, el puesto que ocupa en la historia de las Bellas Artes en América, es, en verdad, extraordinario.

Ya hemos dicho cómo desde los primeros años de la fundación española, se fueron levantando en la ciudad monumentos arquitectónicos de primer orden, consagrados al culto cristiano, y cómo la decoración interior de esas iglesias, recuerda, por la riqueza y profusión de adornos, los mejores monumentos del barroco europeo y aun tiene semejanza con la de templos y palacios de las civilizaciones orientales en Asia.

La riqueza artística de Quito ha sido proclamada por cuantos viajeros y escritores han visitado la ciudad. Mucho ha

desaparecido, pero aun subsiste un tesoro incalculable. La escuela de pintura, en todo tiempo tuvo merecido renombre. Desde el siglo XVI aparecen pintores quiteños admirables, como Adrián Sánchez Galque, Miguel de Benalcázar, Juan Sánchez de Jerez, Fray Pedro Bedón y otros, que trabajan junto a notables artistas venidos de España, como Juan de Illescas y Luis de Rivera. En el siglo siguiente florecen los dos príncipes de la Escuela quiteña durante la Colonia: Miguel de Santiago y Nicolás de Gorívar, dignos de figurar junto a los grandes pintores españoles o italianos del Renacimiento. Una pléyade de artistas anónimos, —muy pocos nos han dejado su nombre: Vela, Morales, Egas Venegas de Córdova, Oviedo Valenzuela, Hernando de la Cruz,— llenan los templos y los claustros de los monasterios con cuadros magníficos, de los cuales aun se conservan algunos y que podrán admirar ecuatorianos y extranjeros, con la realización del proyecto, con tanto entusiasmo acariciado por nosotros desde hace varios años, de que se celebre el Cuarto Centenario de la fundación española de Quito, con una gran exposición de Arte Colonial en los conventos quiteños.

En el siglo XVIII, la tradición artística de la Escuela quiteña continúa esplendorosa con Samaniego, Legarda, Benavides, Albán, Bernardo Rodríguez, Sánchez Barrionuevo y otros. Cuadros quiteños de la época colonial se hallan todavía en muchas iglesias de América, desde Cartagena hasta Buenos Aires, y aún se encuentran en Museos de Europa ejemplares de aquella espléndida floración de arte.

No sólo llamaban la atención, por su excelencia artística, las pinturas quiteñas; también las bellas esculturas policromas eran solicitadas de casi todos los países del Continente y con ellas se han poblado, —a] decir del gran crítico italiano, Aristide Sartorio— los altares de México, Colombia, el Perú y la Argentina. Los nombres del Caspicara, de Olmos, del Padre Carlos, han llegado hasta nosotros nimbados de gloria.

Iglesias, conventos, casas señoriales, en esta privilegiada ciudad de refinado gusto estético, guardaban también obras maestras de las Escuelas italianas y españolas, junto a las manifestaciones del arte vernáculo. Todavía pueden contemplarse, en monasterios y en museos privados, retablos, y ricas tallas cubiertas de oro refulgente por lo bruñido; muebles primorosos de taracea, bargueños, cueros repujados, figurillas de madera, marfil y corozo, orfebrería y filigranas de oro y plata; bronces y esmaltes y joyas peregrinas, hierros forjados, alda-

bones y cerraduras cinceladas; alfombras, damascos y encajes, brocados y tapices; cerámicas, porcelanas, lozas; códices miniados, ejecutorias y cantorales, que están proclamando a Quito como centro de cultura, de refinamiento artístico y buen gusto.

* * *

En la historia de la Ciencia, también a Quito le ha cabido la suerte de ocupar un puesto destacado. En el siglo dieciocho es visitada la ciudad por los Académicos franceses Godin, Bouguer y La Condamine, que acompañados del botánico Jussieu y de varios técnicos, fueron enviados por la Real Academia de las Ciencias de París, para efectuar la medida de algunos grados de meridiano en el Ecuador, a fin de averiguar la verdadera figura de la Tierra. Los Oficiales españoles Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa debían acompañar a los sabios franceses, por orden del Rey de España.

Los Académicos trajeron los mejores instrumentos científicos conocidos entonces y cantidad enorme de libros importantes. Establecieron su observatorio principal y la base de sus exploraciones en la Capital de la Presidencia, que recibió a la Misión científica francesa con gran entusiasmo y extraordinaria cordialidad. Un siglo después, otra gran Misión de sabios geodésicos franceses había de verificar la medida de un arco de meridiano y residir, por varios años, en nuestra Patria.

Situada Quito casi bajo la línea equinoccial, a 2.850 metros de elevación sobre el nivel del mar, con una atmósfera límpida y brillante, que permite contemplar, en noches despejadas, constelaciones de ambos hemisferios, préstase, como ninguna otra ciudad, para las observaciones astronómicas y meteorológicas. Situada en el centro de dos cadenas de montañas y rodeada de picos nevados y volcanes, ofrece, así mismo, ventajas incomparables para los estudios de Geología y Vulcanología andina.

Las importantes operaciones realizadas por las Misiones francesas y las obras científicas que publicaron los Académicos de París y los Oficiales españoles, hicieron célebre el nombre de Quito en la historia de las Ciencias. Años más tarde llegó a Quito y dejó aquí una estela luminosa imborrable, uno de los hombres de ciencia más grandes que ha tenido la humanidad: Alejandro de Humboldt.

La tradición que había consagrado a Quito como centro

importante para las investigaciones científicas, su privilegiada situación geográfica, que hace de esta ciudad como un museo de la Naturaleza, han atraído, en todo tiempo, a sabios y estudiosos; desde la época en que vivió aquí el sabio granadino Caldas, hasta la época de las exploraciones de Reiss, de Stübel y el florecimiento de la Politécnica con Wolf, Dressel, Menten, Kopel y Sodiro, gran número de sabios ha venido a esta ciudad, ha difundido aquí la ciencia, contribuyendo a cimentar el renombre de Quito.

* * *

En la magna gesta de la Emancipación Americana, a Quito le corresponde también el primer puesto. Centro en donde se incuban las primeras rebeliones, desde los remotos tiempos de Gonzalo Pizarro, aquí estallan las primeras revueltas contra el Gobierno Peninsular y aquí va germinando la idea de libertad e independencia, cuyo grito resonará el primero de todos en los ámbitos de las Colonias hispano-americanas. La Revolución de las Alcabalas y la de los Estancos, brotes son del espíritu arrogante y del fervoroso anhelo de conseguir la autonomía. Quito, "Luz de América", la de los Próceres ilustres, Montúfar, Morales, Quiroga, Salinas, Larrea, Matheu Checa, Ascázubi, Ante, Zambrano y otros muchos, será después el teatro de trascendentales sucesos, desde el martirio de los Padres de la Libertad, hasta la Batalla con que la espada vencedora de Sucre y la sangre generosa de Calderón sellaron en Pichincha la Independencia ecuatoriana.

¿Para qué recordar, si es de todos conocido, el lugar prominente que en la historia de la República ha tenido su Capital? "Quito —dice el ilustre escritor azuayo Crespo Toral— por motivos geográficos, étnicos y culturales, desde que tuvo nombre y vida, ha sido centro de la nacionalidad. Ella, por el sacrificio de Atahualpa y la resistencia de sus caudillos militares, ella, por tradicional intento liberador de la Metrópoli Española, ella por la proclamación de la Independencia antes que los Virreinos y las Capitaniás Generales; ella por su declaración de 1812, y su campaña sangrienta al mando de Montúfar y Francisco Calderón; ella por el triunfo de Pichincha —sacra montaña que fue altar de la Patria llamada Ecuatoriana; ella la que constituyó primeramente la segunda emancipación de 1830; y después en hechos de increíble heroicidad, en tragedias y duelos, embestidas y resistencias, ha mantenido casi siempre la rigidez de la vindicta, tanto como el honor

de la bandera. Pueblo que sabe castigar, que alegremente se entrega a morir por un ideal común, entrañado en lo más hondo de su ser —ideal de Dios, Patria y Libertad—."

Cuna de egregios varones, cuyos nombres han pasado los linderos de la Patria, conquistando en el extranjero honor y gloria para la virtud, la ciencia y el arte ecuatorianos. Quito ha sido también medio adecuado y propicio para que el talento y la actividad de los hijos de las demás ciudades del Ecuador, se desenvuelvan libres y alcancen el mejor éxito, merced a estímulos generosos.

Asiento de los Poderes Públicos, ciudad metropolitana, centro político de la Nación, Quito es y será el Arca Santa de las tradiciones de gloria y de honor ecuatorianos; relicario artístico de la Patria, cuna de la Independencia, foco de saber y de cultura y verdadero núcleo de la vida nacional, una predestinación feliz le ha dado tales preeminencias. A través de los siglos, Quito aparece en la historia ecuatoriana, como el Sol radiante de su cielo. Si en los primeros tiempos, —célula de la nacionalidad— concentra en sí casi toda la vida de esta entidad política que hoy se llama Ecuador, hasta poder decirse que la historia de Quito es la historia del País, después, proclamada la República y en su madurez la Democracia, ha mantenido con honra el cetro que preside los destinos de la Patria y ha seguido siendo el cerebro y el corazón de ella.

* * *

Con el orgullo de llamarme tu hijo, con entusiasmo y filial amor rebosante en mi pecho, he recordado, Quito, algunas de tus glorias y preeminencias, como homenaje de mi admiración y afecto en tu conmemoración centenaria!

Quito, diciembre de 1934.

NOTAS EDITORIALES

EL PRESENTE NUMERO DE "AMERICA"

Gracias al generoso e inteligente apoyo del Muy Ilustre Ayuntamiento de esta ciudad, nos ha sido posible editar el presente número de nuestra revista, destinada a conmemorar el cuarto centenario de la fundación española de Quito. En tan patriótico y cariñoso homenaje han participado los más consagrados escritores ecuatorianos, por cuya colaboración, también, les agradecemos cordialmente.

EDICIONES CONMEMORATIVAS DEL IV CENTENARIO DE QUITO

Nos es grato anotar el espíritu de confraternidad, de unión y de conciencia nacional que se ha revelado en todos los organismos de la prensa ecuatoriana, con motivo de la celebración del cuarto centenario de la ciudad quiteña, con la publicación de significativas y valiosas ediciones conmemorativas. Fuera de los números especiales de los grandes rotativos de la Capital y del Puerto, y otras de las demás provincas, y del número extraordinario de la "Gaceta Municipal", que ocupa por su nitidez y la calidad del contenido documental y literario, lugar preferente, entre todas las publicaciones, se han dado también a publicidad números de las revistas de los Colegios Normales Juan Montalvo y Manuela Cañizares, ambas merecedoras de nuestros calurosos aplausos, por cuanto han realizado una patriótica y encomiástica obra cultural.

DISCULPAS A NUESTROS COLABORADORES

Por cuanto el material destinado al presente número de América ha excedido al límite fijado, hémonos visto en la necesidad de postergar la publicación de algunas colaboraciones para la próxima edición. Por este mismo motivo no asoma, tampoco, la sección bibliográfica, la que se publicará en el número venidero.

HOMENAJE AL DOCTOR VICTOR M. RENDON

Felicitemos al eximio literato e ilustre diplomático doctor don Victor Manuel Rendón, por el justo homenaje que le rindieran los centros culturales e intelectuales de Guayaquil, en prueba de reconocimiento por sus labores de patriota y hombre de letras, homenaje en el que estuvo presente lo más representativo de la intelectualidad ecuatoriana y que constituyó un acto de sinceridad y justicia intelectual.

ECUATORIANOS GALARDONADOS

Felicitemos también y muy cordialmente a los señores Juan Pablo Muñoz Sanz y Gabriel Villagómez, por sus triunfos obtenidos en los concursos literarios promovidos en la República Argentina.

NUESTRAS RELACIONES INTERNACIONALES

Por indicación del poeta y escritor don Alberto Guillén, nuestro representante en el Perú, nos ha sido placentero otorgar la representación de América en Santiago de Chile, en las personas del poeta Carlos Préndez Saldías y del escritor Mariano Latorre, cuyas valiosas cooperaciones —que agradecemos desde ahora— serán de gran eficacia para la realización de nuestros ideales de conocimiento e intercambio intelectual internacional.

"AMERICA" EN EUROPA

La aplaudida escritora peruana, Rosa Arciniega y don Jesús Lea Navas, nuestros representantes en España, y Jorge Carrera Andrade compañero y representante nuestro en el Havre, hállanse empeñados en una encomiable obra de divulgación de las letras ecuatorianas en el exterior. Gracias a estos laboriosos intelectuales, la expansión del conocimiento de la cultura patria va adquiriendo, día a día, mayor desarrollo en los centros europeos.

"NOSOTROS"

Con mucho pesar hemos visto, en nota que dirige don Alfredo A. Bianchi, director de la revista argentina "Nosotros", a nuestro gran amigo don Joaquín García Monge, director de "Repertorio Americano",

que la importante revista bonaerense hállese en peligro de muerte después de sus 27 años heroicos y gloriosos de vida. "Duros tiempos los que corren —dice Bianchi— para las cosas del espíritu. Tiempos de barbarie y analfabetismo". Una amistad de diez años, comprensivamente cultivada, nos hizo apreciar de cerca el valor y la significación que "Nosotros" tenía para la cultura de la Argentina y del continente americano, especialmente. Por el bien del pensamiento argentino y de las relaciones intelectuales internacionales, no deseamos que se confirme tan funesta noticia. Pocos son, hoy día, en América, los organismos que como "Nosotros" y "Repertorio Americano", hayan, a través de una lucha dura y heroica, logrado hacer tanto bien a la cultura de América y a su conocimiento en el continente europeo.

LA EDITORIAL "IMAN"

Excelentes son los esfuerzos que viene realizando hasta aquí esta editorial argentina en su empeño de hacer accesibles económicamente las más valorizadas obras de la literatura social actual que facilitan el conocimiento de los problemas fundamentales que conforman la civilización contemporánea.

LA EDITORIAL DE ARTURO ZAPATA

Sólo voces de estímulo merece este ilustre escritor amigo nuestro, que al divulgar y propagar las letras colombianas, está ayudando a crear la literatura americana, tan en potencia de revelación hoy día.

BENJAMIN CARRION

Aunque tarde, tenemos la complacencia de saludar afectuosamente a este distinguido amigo nuestro, quien permaneció en la ciudad de México en calidad de Ministro del Ecuador, en donde laboró con mucho éxito por el intercambio intelectual entre los dos países, y de donde arribó, en el mes pasado, trayéndonos su última obra "Atahualpa", que ha constituido un triunfo más para el crítico y literato, por el mismo que le felicitamos del modo más sincero y entusiasta.

EDUCACION

Esta importante revista órgano del Ministerio de Educación Pública de nuestro país, que lleva ya nueve años de existencia, viene cumpliendo desde su iniciación, una eficaz labor de propaganda educativa.

Valiosos elementos del Magisterio y las letras ecuatorianas han halládose, alternativamente, frente a su dirección, entre ellos, su fundador, Emilio Uzcátegui, Oscar Efrén Reyes, y, ahora, Luis F. Torres, quien como sus antecesores, y con la conciencia de su misión, ya como funcionario público, ya como hombre preocupado por los profundos problemas que agitan la civilización contemporánea, trata de realizar sus ideales educadores, ciñéndoles a las urgencias culturales de la hora presente.

VICTOR MIDEROS

Un album que contiene ocho cuadros litográficos, sobre motivos bíblicos, —su característica modalidad pictórica—, originalmente concebidos, y maestramente realizados, ha sido la contribución del gran artista ecuatoriano, hoy Director de la Escuela de Bellas Artes, a la conmemoración del IV Centenario de la fundación española de Quito.

JORGE ICAZA

Entre los repetidos honores discernidos por entidades culturales extranjeras a escritores ecuatorianos de la actualidad, se cuenta el que la Revista Americana de Buenos Aires, acaba de conceder al autor de *Huasipungo*, por ésta su última obra literaria.

Felicitamos al joven novelista.

INDICE

Volumen IX. Números 54, 55, 56, 57 y 58

- Arias Augusto: Alberto Guillén, el buscador de sí mismo, pág. 1.—
Mujeres de Quito, pág. 435.
- Azcoaga Enrique: Ese ir y volver..., pág. 82.
- Andrade y Cordero César: Poemas, pág. 243.
- Andrade Coello Alejandro: Tipos quiteños, pág. 520.
- Albornoz Miguel Angel: Ciudad heroica y noble, pág. 525.
- América: Notas editoriales, págs. 127, 269, 545.— Bibliografía titular,
págs. 129, 273.— Nuestro homenaje, pág. 275.
- Bustamante José Rafael: Quito, en su espíritu y virtualidades, pág. 426.
- Cárdenas de Bustamante Hipatia: Prosas, pág. 34.— Frente al mar,
pág. 179.— Fe quiteña, pág. 450.
- Carrera Andrade Jorge: Nuevos microgramas, pág. 64.— Microgramas
de las ciudades, pág. 195.
- Carpío Campio: Un libro americano, pág. 100.
- Castañeda Aragón G.: Jorge Carrera Andrade y "Boletines de mar y
tierra", pág. 103.
- Corylé Mary: Pobre casita abuela, pág. 187.
- Cuesta y Cuesta Alfonso: Cantera, pág. 216.
- Crespo Toral Remigio: Cien años del Ecuador-República, pág. 357.
- Carrera Andrade César: Apuntes para el estudio de la cultura en la
colonia, pág. 398.

- Díez de Medina Fernando: Tres libros de América, pág. 59.— Versos de la montaña, pág. 232.
- Escudero Gonzalo: Paralelogramo, pág. 189.— Quito, sub specie aeternitatis, pág. 486.
- Fálquez Ampuero F. J.: Una guirnalda más, pág. 179.
- Ferrer José Miguel: El indigenismo fervoroso del Ecuador, pág. 245.
- Guillén Alberto: Poemas, pág. 19.— El hombre del alba, pág. 139.
- Garcés Víctor Gabriel: Quito antiguo, pág. 410.
- Jiménez Nicolás: Guillermo de Torre y la nueva poesía, pág. 24.— La sensibilidad en la poesía moderna, pág. 133.— Un capítulo de la "Biografía de González Suárez", pág. 472.
- Jaramillo Alvarado Pío: Atahualpa creador de la nacionalidad quiteña, pág. 277.
- Jácome Rodrigo: Quito, la esposa del sol, pág. 464.
- López Zoila E.: El milagro del verso, pág. 48.
- Lasso Ignacio: Orfeo, pág. 87.
- Larrea Carlos Manuel: Quito en la historia ecuatoriana, pág. 528.
- Muñoz Sanz Juan Pablo: Idealista genial y hombre mediocre, pág. 35.— Las ideas biológicas del P. Feijóo, por Gregorio Marañón, pág. 142.— La música en Quito, pág. 489.
- Montalvo Antonio: El día de Bolívar, pág. 79.— Mirador bibliográfico, págs. 106, 253.— Romance vivo de mi hermano muerto, pág. 237.
- Madreselva: La palabra, pág. 153.
- Mata Humberto: Primera exhibición del poema ecuatoriano, pág. 197.
- Martínez Alfredo: Meteoros, pág. 234.
- Moreno Mora Manuel: El reino preincaico de Quito, pág. 317.
- Moreno Julio E.: El sentido histórico de la cultura, pág. 385.
- Núñez Sergio: Poemas, pág. 98.
- Navarro José Gabriel: La arquitectura civil doméstica en Quito, en la época virreinal, pág. 507.
- Obligado Carlos: El Cuervo, pág. 49.— Una transposición del arte, pág. 239.

Poe Edgar: El Cuervo pág. 55.

Parra Antonio: Solidaridad obligada de los Estados Hispanoamericanos, pág. 180.

Pérez Guerrero Alfredo: El lenguaje quiteño, pág. 452.

Quitonián: Humorismo quiteño, pág. 497.

Reyes Oscar Efrén: El ciclo de los conquistadores, pág. 344.

Sánchez Luis Alberto: Esquema de la cultura Hispanoamericana, pág. 154.

Sacotto Arias Augusto: Sismo, pág. 209.

Sánchez Manuel María: A Quito, pág. 420.

Torres Luis F.: Ideario de Manuel Ugarte, pág. 91.— Panorama de la educación quiteña, pág. 512.

Zaldumbide Gonzalo: Significado de España en América, pág. 67.

CRISOL

Revista Mensual de Crítica
Publicada por el Bloque de
Obreros Intelectuales de
México.

Director:
Miguel D. Martínez Rendón

Suscripción en América y
España: \$ 3,00 m. n.

Apartado postal 1979
México, D. F.

CUADERNOS DEL VALLE DE MEXICO

Los publican:

Rafael López Malo
Octavio Toscano
Enrique Ramírez y Ramírez
José Alvarado

Guerrero N° 75.

México, D. F.

ELITE

Revista Semanal Ilustrada

Director:
Juan de Guruceaga

Caracas, Venezuela

NOS-OTRAS

Revista Mensual Ilustrada

Directora:
Luisa Martínez

Suscripción anual: Bs. 16
Apartado de Correo 795
Caracas, Venezuela.

LA NUEVA DEMOCRACIA

Revista Mensual publicada por
el Comité de Cooperación en la
América Latina

Director:
Samuel G. Inman

Suscripción anual: \$ 1,00 o. sm.
254 Fourt Avenue, Nueva York,
EE. UU.

ESPAÑA Y AMERICA

Revista comercial ilustrada, de
exportación, economía y
finanzas.

Director:
Eduardo de Ory

Suscripción anual: 20 ptas.
Cadiz, España.